



**ADIÓS,
PRINCESA**
JUAN MADRID



Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

El escritor Juan Delforo (autor de la serie de novelas protagonizadas por Toni Romano) ha sido acusado del asesinato de la presentadora de telediario Lidia Ripoll. El diario personal de la periodista lo incrimina, y la investigación policial señala como posible cómplice al exboxeador y expolicía Toni Romano, en quien Delforo se basó para crear a su personaje. Algunas de las claves del caso están en unas grabaciones que Delforo hizo como apuntes para su próxima novela, pero nada ni nadie es lo que parece.

L  **LIBROS**

Juan Madrid

Adiós, princesa
Toni Romano - 7

*Aquel mes de agosto de 2008, cuando se terminó
esta novela, Toni y yo teníamos sesenta y un años
y mi nietecita, Oihane, tres años.*

He sido criticado por escribir de manera demasiado concisa, pero encuentro que el estilo de Babel es aún más conciso que el mío. Cuando ya se le ha quitado todo el jugo a un relato, aún se puede exprimir un poco más la naranja.

HEMINGWAY a Ilya Ehrenburg en un hotel de Madrid
en 1937, después de leer la traducción inglesa
de *Caballería Roja*

La noche en que murió Lidia comenzaron mis pesadillas con Isaac Babel. En el sueño es 1941 y el escritor ruso más grande del siglo XX se encuentra ante el pelotón de fusilamiento.

—Ahora te toca a ti—me dice.

Me despierto antes de escuchar la, descarga, de fusilería, cubierto de sudor, y me incorporo en la cama mientras la frase «Ahora te toca a ti» resuena en mis oídos como si la acabara de escuchar. Desde que murió Lidia duermo solo. Lola no ha vuelto a dormir conmigo. Me tienta la posibilidad de llamarla por teléfono y contarle el sueño. Pero no lo hago.

Ese sueño ha vuelto durante otras noches sucesivas. Pero nunca de la misma y exacta manera. Otras veces estoy en la celda con Babel esperando la hora fatal y le pregunto:

—Maestro, ¿has escrito ya tu gran novela?

Y me responde:

—Ahora te toca a ti.

Pero desconozco si me está anunciando mi próxima muerte o me ordena que continúe la obra literaria que él no pudo concluir. Es inútil que se lo pregunte. Cae en un mutismo total. Pero el sueño se repite una y otra vez sin que yo pueda desentrañar esa incógnita.

Según han contado la viuda de Babel, A. N. Pirozhkova, y su hija Nathali y consta en los archivos de la Lubianka, tal como aparece en las investigaciones de Vitali Shentalinski (Crimen sin castigo, Moscú, 2006), a Babel lo detuvieron tres esbirros de los servicios de información de la Policía una mañana de mayo de 1939. Las acusaciones eran de «enemigo del pueblo y agente del imperialismo».

Pero no sólo se lo llevaron a él, sino también todos sus manuscritos, sus cuentos inconclusos, las obras de teatro, guiones de cine, notas y, sobre todo, la novela que corregía una y otra vez. Junto con todos sus papeles confiscaron además su principal instrumento de trabajo, su máquina de escribir alemana, una Singer comprada en París en 1935, cuando acudió al Congreso Mundial de Escritores.

Babel no fue el único. En menos de veinte años—de 1936 a 1953—unos tres mil intelectuales soviéticos, entre los que destacaban los escritores, fueron

silenciados, represaliados y enviados a cárceles y campos de concentración. Dos mil de ellos fueron fusilados o se suicidaron a causa de la represión. Los escalofriantes cuentos de Varlam Shalámov (Relatos de Kolymá, Barcelona, 1997), contemporáneo de Babel, que sobrevivió a los campos de concentración, describen con toda crudeza la vida en esos campos.

Nunca se vio más a Babel. A finales de 1941, cuando contaba cuarenta y siete años y ya se había producido la invasión alemana a la Unión Soviética, su familia recibió una escueta nota de la Policía en la que se comunicaba que se había producido el juicio, secreto, por supuesto, y su inmediato fusilamiento. Nunca vieron su cuerpo, ni se indicó en qué lugar fue enterrado. Se supone que después de ser detenido, Babel fue conducido a una de las mazmorras del siniestro edificio de la Lubianka para ser interrogado y, presumiblemente, torturado. Es probable que acabara en uno de los campos de concentración cercanos a Moscú, en donde esperaba su inevitable fin.

Fueron inútiles las interminables visitas, las súplicas de la esposa del escritor para que las autoridades le dijeran dónde se encontraba y cuál era su suerte. Una espesa capa de silencios y mentiras cubrió a Babel. Su nombre fue borrado de la Unión de Escritores y de las enciclopedias y prohibida su sola mención o cita en cualquier revista, libro o conferencia. Se decretaba el silencio. Isaac Babel había desaparecido como escritor y persona.

En realidad, los problemas de Babel con las autoridades soviéticas comenzaron cuando publicó su obra maestra, Caballería Roja, en 1924, fruto de su experiencia como corresponsal de guerra en la Primera División de Caballería del mariscal Budionny en el frente polaco. El libro constaba de 36 cuentos y causó inmediatamente un impacto tremendo en los medios literarios soviéticos por su originalidad y peculiaridad estilística. K. Fedin escribió: «En Moscú la sensación de los últimos tiempos es Babel... Ha petrificado a todos». Y.A. Voronski, redactor de la prestigiosa revista Krasnaia Novotny, dijo: «Babel es un nuevo logro de la literatura soviética del periodo posterior a octubre, un logro de no poca importancia y sumamente alentador».

Sin embargo, también tuvo detractores, sobre todo entre las autoridades militares más distinguidas, sobresaliendo la del propio mariscal Budionny, que tachó el libro de falso y calumniador del Ejército Rojo, «similar al punto de vista de un guardia blanco o el de un contrarrevolucionario connotado». Gorki, en cambio, discrepó de Budionny y defendió a Babel. «Su libro —escribió en Pravda— despertó mi cariño y respeto por los combatientes del Ejército de Caballería, al mostrármelos como auténticos héroes intrépidos, con hondo sentido de la grandeza de su lucha».

Pero todo eso fue inútil, Babel estaba cercado. El círculo del olvido se había cernido sobre él, hasta el punto de volverse asfixiante. Sus contemporáneos habían dejado de citarlo y sus cuentos, devueltos por «improcedentes». Era cuestión de

tiempo que lo arrestaran.

Babel comenzó a escribir en su Odessa natal hacia 1910, cuando contaba dieciséis años y estudiaba en el Instituto de Estudios Financieros y Comerciales. Era de familia judía bastante acomodada, comerciantes en telas, que le ofreció una educación esmerada. Estudió música y francés, lengua que llegó a dominar a la perfección. Su destino era el de continuar la tradición familiar. Pero el joven Isaac frustró esos objetivos. Se hizo comunista y decidió que se convertiría en escritor.

En aquella época, Odessa —capital de Ucrania— era la tercera ciudad en importancia del Imperio, después de San Petersburgo y Moscú. A su puerto arribaban barcos de todas las nacionalidades, contando con una población extranjera muy numerosa. «Odessa es un lugar horrible—cuenta en uno de sus relatos, llamado, precisamente, Odessa, pero de todos modos opino que hay en ella mucho de bueno, y que posee más encanto que cualquier otra ciudad del Imperio. Basta pensar en la vida fácil y sin complicaciones que se disfruta en Odessa. La mitad de la población es judía, y los judíos son gente que tiene las ideas claras sobre ciertas cosas muy sencillas: se casan para no sentirse solos, hacen el amor para que su raza se prolongue eternamente, ganan dinero para poder comprar casas y ofrecer abrigo a sus esposas».

¿Voy a estar a tu altura, Isaac? Tú, al menos, tuviste un gran maestro, yo no. Hacia 1915 le llevaste tus relatos a Máximo Gorki y él te aconsejó: «Introdúctete con la gente, con el pueblo y conócelo». Y eso fue lo que hiciste, visitar las tabernas, los burdeles, los billares espesos de humo, los cuarteles, las cárceles y los mercados. Te mezclaste con la gente vulgar y corriente y aprendiste de ellos. Yo lo he intentado también. Tu obsesión por reflejar en tu literatura lo sustancial de la vida ha sido, para mí, un objetivo.

Pero tu mandato, «Ahora te toca a ti», me pone en un aprieto. ¿Debo entender que van a acabar con mi vida lo mismo que hicieron contigo? En ese caso, debo contar la verdad sobre la muerte de Lidia, aunque carezca de tiempo. La rapidez en la elaboración de un relato no es una, buena premisa. Tú tardabas meses en pulir un cuento de cinco o seis páginas. Eras un obsesivo, casi un paranoico, del trabajo bien hecho. Poner límites de tiempo a un trabajo literario es contraproducente.

En el libro El arte de la guerra, escrito en el siglo V antes de Cristo por el general chino Sun Tzu, dice: «Antes de una batalla, un general hábil y astuto debe conocer las intenciones del enemigo». Y yo las conozco. Llevo toda mi vida denunciando la corrupción policial y la de los servicios secretos, su falta de escrúpulos y la dependencia absoluta de los intereses de los grupos que controlan el país. Soy una de las pocas personas que conoce las circunstancias que han rodeado los últimos meses de la vida de Lidia y la confabulación que, con toda seguridad, van a organizar tras su muerte.

Tengo que darme prisa, dios sabe cuándo vendrán a por mí.

¿Cuándo comenzó esta historia? Es difícil saberlo. Es probable que fuera cuando Matos me llamó al móvil después de diez años sin saber de él y me propuso el descabellado trabajo que originó este relato. Aunque también es posible que el origen de todo se remontara a la amistad que le profesé a mi vecino Juan Delforo, el periodista, que hace más de veinte años alquiló un apartamento al lado del mío, en la calle Esparteros de Madrid con la intención de hacerse escritor, y me pidió que le informara sobre el trabajo policial, sin saber las consecuencias que eso me acarrearía después.

Cada vez que me detengo a pensar en lo que ha sido y en lo que se está convirtiendo mi vida, surge Juan Delforo y todos aquellos años en los que le contaba mis experiencias de policía. Delforo quería saberlo todo, cómo hablaban los delincuentes, dónde vivían, cuáles eran sus relaciones con la vida... « Quiero escribir sobre las pobres gentes, Toni », solía decirme, y yo le llevaba a los más sombríos tugurios, a los ínfimos burdeles adonde acuden los más desgraciados, sin futuro y sin fortuna, a las chabolas y a los dormitorios comunales de emigrantes. Gracias a mí conoció a mendigos, prostitutas, rateros, alcohólicos, asesinos enloquecidos y drogadictos a punto de morir. Aprendió cómo hablan y cómo transcurre su pobre y excluida vida. Ahora sé que todo eso le sirvió para escribir gran parte de sus novelas.

Es evidente que debí mandarle a la mierda hace más de veinte años, pero no lo hice y nunca me arrepentiré lo suficiente. No excluyo la posibilidad de que la causa de todo ello sea debida a algún rasgo autodestructivo y oculto de mi carácter.

Esta historia pasó hace tiempo y la olvidé.

Han pasado ocho años de la muerte de Lidia y yo continué trabajando para Draper, caminando solo y aburrido hacia el umbral de la vejez, aún sin saber a ciencia cierta por qué no conservo a ninguna de las mujeres que he amado durante mi vida, consciente de que mi tiempo se acaba, filtrado a través de los dedos de mis manos como la arena de una playa.

Y puestos así, esta historia puede comenzar un día cualquiera a finales de

septiembre del año 2000, en aquel taxi que me traía a Madrid, un poco antes de que Matos me llamara al móvil.

Aquella madrugada, a finales de septiembre, el aire era es1 peso y venenoso en Madrid. Aún no había salido el sol del todo y yo iba en taxi rumbo a Ejecutivas Draper, deslizándonos por un silencioso Paseo de Extremadura recortado de altos edificios pardos, difuminados por la neblina apesosa del próximo río Manzanares. Había salido unas horas antes de Zafra, un pueblo grande y próspero de Badajoz, donde al fin había encontrado a un estafador. El sujeto se llamaba Cifuentes y debía en varios puticlubs del extrarradio de Madrid cuentas por valor de un millón y medio de pesetas, gracias a tarjetas de crédito amañadas. Su última hazaña la realizó en el Chiki Club de Torreldones, cuya dueña, Carmen Buranda, alias Carmiña *la Calva*, había logrado reunir a todos los damnificados por Cifuentes y aglutinar la deuda. Le había encargado a Ejecutivas Draper el cobro a cambio del treinta por ciento de su valor. Yo me llevaría el diez por ciento, menos la mitad de los gastos.

Tardé más de veinte días en pillar al estafador, recorriendo Extremadura, hasta que descubrí que el fulano vivía en Zafra. A partir de ese momento no me causó demasiado trabajo hacerle entrar en razones. Cifuentes era dueño de una pequeña fábrica de embutidos, un padre de familia de misa dominguera, y concejal del ayuntamiento. Tenía demasiado que perder. De modo que le presioné un poco con la amenaza de hacer públicas sus andanzas en Madrid y no tardé en conseguir un cheque conformado que incluía los intereses de demora.

En aquel turbio amanecer viajaba de vuelta a Madrid con el deber cumplido y la promesa de ciento cincuenta mil pesetas.

El taxista que me llevaba, un muchacho con un pendiente en el lóbulo de la oreja derecha, era uno de esos que no pueden mantenerse en silencio. Dos o tres veces intentó enrollarse contándome lo que había cambiado Zafra en los últimos diez años, después lo intentó con la meteorología y continuó con la jodida frase: «Si yo fuera presidente del Gobierno...» a pesar de que yo me hacía el dormido.

Lo malo fue que cuando avistamos el puente de Segovia sonó mi móvil y no tuve más remedio que atenderlo. Era la primera vez en mi vida que usaba uno de esos pequeños teléfonos; me lo había regalado Huang *el Chino*, y aún no lo sabía manejar bien del todo. Mis dedos parecían enormes y torpes, demasiado gruesos para apretar las diminutas teclas.

De todas maneras conseguí pulsar la tecla debida y escuché una voz de hombre que me era vagamente familiar.

—¿Toni?

—¿Con quién hablo?

—Matos, ¿te acuerdas de mí?

Hubo un instante de silencio. Muy poca gente tenía el número de mi móvil.

Había conocido a un Matos hace bastantes años, un abogado joven que trabajaba para el obispado. Pero no podía ser ése. Había pasado demasiado tiempo.

—¿Eres Matos, el abogado? ¿Cristino Matos?

—¡Joder, sí, Toni, el mismo! ¿Cómo lo has sabido?

—Aún puedo controlar el Alzheimer, ¿quién te ha dado mi número?

—Eso no importa, compadre, ¿cómo te va?

—Bien, voy tirando, no me puedo quejar. ¿Y tú?

—¿Yo? Bueno, qué quieres que te diga, sigo bebiendo ginebra Sapphire Medalla de Oro. ¿Tú continúas con ésa a granel que le comprabas a Justo?

—Matos —le dije—, se me está calentando la oreja. Estos chismes no me gustan. ¿Quién te ha dado mi número de móvil?

—Draper.

—En este momento voy a su oficina. ¿Qué quieres?

—¿Puedo invitarte a cenar esta noche? Me gustaría hablar contigo.

Cristino Matos, al menos el joven que yo conocí, era tacaño como un sacristán. Era de esos que a la hora de pagar una ronda de cañas les daban unas súbitas ganas de mear y se iban rápidamente al retrete.

—¿De qué quieres hablar conmigo?

—No te lo puedo decir por teléfono. ¿Conoces el restaurante Jockey? —No esperó a que yo le respondiera—: Pásate por allí esta noche a las nueve y media, tengo mesa reservada.

—Esta noche voy a jugar al póquer. Adiós, Matos.

Corté la llamada, desconecté el móvil y lo guardé en el bolsillo. El muchacho del pendiente aprovechó la ocasión y empezó a decirme:

—Bueno, jefe, como le iba diciendo, si yo fuera presidente de España pondría un impuesto especial de un duro, por ejemplo, en cada botella de licor, ¿no? Y de tres pelas el paquete de tabaco... Con esa pasta se podrían construir escuelas por todo el país...

Le interrumpí:

—Oye, chaval, si te aburres, pon la radio, ¿quieres? Y no demasiado alta, voy a intentar dormir.

Cerré los ojos y me recliné en el asiento. Ya habíamos pasado el puente de Segovia y nos dirigíamos hacia la Cuesta de San Vicente, para alcanzar la Plaza de España, torcer por la calle de San Ignacio y subir por Amaniel hasta la calle de la Palma. El final del viaje era el 57 de la calle Fuencarral, donde Draper tenía la oficina. Me estaba esperando.

Al fin, el muchacho me hizo caso y puso la radio baja. Eso y el suave traqueteo del coche provocaron los recuerdos de Cristino Matos. Lo conocí en 1990, cuando yo aún trabajaba en la Policía, en el Grupo de Noche de la comisaría de Centro. Y fue a causa del cura de la iglesia de San Lázaro, en la calle Desengaño. Fue a verme una noche para denunciar el robo de un cuadro de

la sacristía, atribuido al Divino Morales y valorado en seis millones de pesetas. No recuerdo su nombre, pero sí su aspecto: gordito, de unos cincuenta años, muy nervioso, traje deshilachado, gafas en el puente de la nariz y bufanda.

La historia que me contó parecía fácil de creer. Vivía en el piso de arriba de la iglesia y a eso de las tres de la madrugada le habían despertado unos extraños ruidos que provenían de la sacristía. Se puso la bata, bajó y el cuadro había desaparecido. Los ladrones habían forzado la puerta de entrada.

Pero el cura mentía.

Cuando revisé los archivos descubrí que estaba fichado como corruptor de menores. Se lo montaba con los chicos emigrantes de la catequesis, la mayoría de ellos polacos. A cambio de la comida y la ropa que les entregaba una vez al mes, tenían que pasar por sus manos. Había seis denuncias en su contra. A todas se les había dado carpetazo.

Más tarde llamé por teléfono a la Brigada Central y pregunté por Puente, Evaristo Puente, el jefe del Grupo Judicial de Robos de Arte. Al escuchar el nombre del cura me contó que la archidiócesis de Madrid llevaba varios años vendiendo sus obras de arte a los anticuarios, utilizando la añagaza de los robos. Los cuadros pertenecían a la Iglesia, pero no podían venderse sin la autorización de Patrimonio Nacional. El asunto era que la Santa Madre Iglesia necesitaba dinero para sus múltiples obras de caridad, según decían, y utilizaban el método de los falsos robos para conseguirlo.

Puente me aconsejó que lo dejara correr. Pero no le hice caso. A las dos semanas de investigar descubrimos el cuadro en el almacén de un anticuario de Zaragoza. El cuadro ya estaba embalado y listo para ser enviado a un marchante belga. El anticuario tardó cinco minutos en mostrarnos la factura de venta, firmada por el cura.

Y lo denunciarnos al juzgado. Tres denuncias: una por corrupción de menores con la agravante de continuidad y abuso de autoridad, la otra por robo del Patrimonio Nacional y la tercera por falsedad.

Y ahí fue cuando conocí a Cristino Matos. Llegó a la comisaría en plan dicharachero y simpático, dando palmadas en la espalda a todo el mundo y contando chistes subidos de tono. Se presentó como abogado del obispado. Entonces debía de tener poco más de treinta años, pero parecía uno de esos hombres sin edad, bien peinado y con trajes caros que no le disimulaban la barriga. Era más falso que la declaración de la renta de Mario Conde.

Lo primero que hizo fue regalarnos una botella del mejor whisky de malta que se podía conseguir en Madrid y otra de ginebra Sapphire Medalla de Oro, un regalo personal al Grupo de Noche. Le dije que podía meterse las dos botellas donde le cupieran y le mostré lo que gastábamos nosotros, la ginebra a granel que fabricaba Justo a sesenta pesetas el litro.

Matos se empeñaba en acompañarnos a los bares cuando terminábamos el

turno, intentando hacerse el gracioso. En realidad era un abogado correoso y astuto que intentaba por todos los medios que anulásemos las denuncias. Admitía que el cura era un poco pedófilo, pero ¿quién está libre de un pecadillo? El señor obispo ya había tomado cartas en el asunto y había enviado al cura a un retiro espiritual, sin contactos con jóvenes. El asunto del falso robo del cuadro también era otro «pecadillo», por dios santo, la Santa Madre Iglesia necesitaba dinero para sus obras de caridad y el Estado no daba permiso para que se vendieran legalmente.

En Navidad recibí en mi casa un regalo de Cristino Matos. Dos tabletas de turrón de guirlache, elaborado por unas monjitas, atadas con un lacito rosa. A mí no me gusta el turrón —y menos el guirlache—, de modo que se lo regalé a mi prima Dora, medio novia en los ratos libres, que entonces regentaba el bar Torre Dorada de la Plaza Mayor. Mi prima me envió una carta muy emotiva dándome las gracias, lo que me extrañó. Al poco tiempo dejó al Rubio, con el que estaba arrejuntada, se casó con un portugués y se fue a vivir a Oporto. Ya no la volví a ver más hasta bastantes años después.

Unos días más tarde recibí una llamada de la Dirección General de la Policía. Se me ordenaba llave y armario a las tres denuncias. Asunto concluido. Ya no volví a ver a Cristino Matos, ni tuve noticias de él hasta este momento.

Años más tarde mi prima Dora vino a verme para agradecerme lo bien que me había portado con ella en el pasado. Se había separado del portugués y se estaba viendo con un gallego con posibles que residía en Uruguay. A continuación me entregó un sobre con cien mil pesetas. Las mismas que le había prestado para que rehiciera su vida. Yo no sabía de lo que me estaba hablando. Y me lo explicó: las tabletas de turrón eran en realidad mazos de billetes —¡qué detalle tan encantador había tenido yo!—, nada menos que cien billetes nuevecitos de mil pesetas.

Me quedé de piedra.

Pero todo aquello había pasado muchos años atrás. Y ahora volvía a aparecer en mi vida el abogado Cristino Matos.

El cartel de «Ejecutivas Draper. Detectives, morosos, investigaciones confidenciales. Seriedad y eficacia», se repetía dos veces: una en el portal número 57 de la calle Fuencarral, un edificio antiguo que había sido señorial muchos años antes, y otra en la puerta del piso.

Gerardo Draper había sido comisario de Centro en los años en que yo era el jefe del Grupo de Noche. Conservaba casi todo el cabello de antes, medio rizado y aplastado a la cabeza, que ya había encanecido. Le gustaba vestir trajes juveniles y se daba rayos infrarrojos para estar moreno. Durante el largo período en que fue mi jefe inmediato, se dedicó a comprar bajo cuerda pisos y locales comerciales a través de los subasteros. Eso lo supe mucho tiempo después. Nadie sabía cuántos había conseguido de esa manera. El caso fue que

consiguió una más que holgada jubilación.

Me abrió la puerta con una taza de café en la mano. Eran las ocho de la mañana y le extrañó verme tan temprano.

—¿Ya estás aquí?

—He vuelto en taxi, Draper.

—¿En taxi desde Zafra? No j odas, Toni, ¿tú qué eres, un señorito? Pues eso lo vas a pagar tú, a mí no me vengas con ésas.

—Me han hecho un precio especial.

—¿Ah, sí? Anda, pasa. ¿Quieres un café?

—Vale—le contesté.

En el despacho me sirvió una taza de café y le puse delante el cheque conformado por valor de un millón y medio de pesetas.

—Vaya, a la Calva le va a encantar, no esperaban cobrar. ¿Ha sido difícil?

—Como siempre.

—Bueno, te prepararé un cheque, no tengo metálico ahora mismo. Podrás cobrarlo en mi banco en cuanto abran. ¿Has traído la nota de gastos?

Se la mostré. Cincuenta mil pesetas entre taxis, autobuses y noches en fondas de mala muerte. Este último taxi me había salido por quince mil. El chico del pendiente tenía que venir a Madrid a recoger en el Clínico a un enfermo al que le daban el alta. Esta vez cobraría ciento cincuenta mil, según mis cálculos.

Draper se entretuvo en hacer las cuentas. Yo recorrí la pared del despacho detrás de su sillón. Allí estaba su licencia de detective privado, enmarcada en un bonito cuadro. Al lado pensaba colocar el diploma de licenciatura en derecho de su hijo Gerardín, que debía de tener unos diecinueve años o así y debía de estar en segundo o tercero de carrera.

—¿Te ha llamado Cristino Matos, el abogado? —le pregunté.

Levantó la mirada de los papeles.

—Sí, ayer por la tarde, y me extrañó bastante, preguntó por ti. Le dije que andabas en Extremadura en un curro y le di tu número de móvil.

—Me lo ha dicho, pero ¿cómo ha sabido que trabajo contigo?

Draper se encogió de hombros.

—Bueno, eso lo sabe bastante gente, ¿no? Igual ha llamado a la comisaría y se lo han dicho.

—En la comisaría ya no hay nadie que se acuerde de nosotros, Draper.

—Regalo calendarios de Ejecutivas Draper a todas las comisarías de Madrid, Toni. Me salen bastantes trabajos gracias a eso. No me jodas.

Terminé mi segunda taza de café y Draper me entregó un talón por la cantidad de ciento cuarenta mil pesetas. Era lo primero que cobraba ese mes.

Jodido Draper.

Hace veinticinco años que vivo en el número 6 de la calle Esparteros, en el centro de Madrid, a unos pasos de la Puerta del Sol. Cuando lo alquilé era muy

caro, veinte mil pesetas, pero estaba a un paso del antiguo edificio de la Dirección General de Seguridad, hoy sede de la Comunidad de Madrid, donde estaban los despachos de la BIC, la Brigada de Investigación Criminal, donde trabajaba. Después me destinaron a la recién creada comisaría de Centro, en la calle de la Luna. Durante esa época empezaron a subir los precios de las viviendas... Pero no de la mía. Lo intentaron, pero no pudieron. El apartamento era ilegal, lo mismo que los otros tres que había en la planta. Era un antiguo y señorial piso de más de doscientos metros que la empresa inmobiliaria propietaria había dividido en apartamentos, pero con el pequeño detalle de no haberlo declarado. Ahora, pago de alquiler un poco más de quince mil al mes, un chollo.

Subí las escaleras a paso rápido, con el dinero que acababa de ganar en el bolsillo, y me detuve en el piso cuarto. Saqué la llave y la metí en la cerradura de la puerta B, donde vivo. El A es de mi amigo Juan Delforo y en el C viven las hermanas churreras. El D es un picadero que se anunciaba en los periódicos y se alquilaba por horas a parejas. Lo atendía el portero, un tal Gumersindo Acebes.

Antes de abrir mi puerta, salió del apartamento de enfrente Angustias, la mayor de I, as tres hermanas, propietarias de la churrería Hermanas Abril, en la trasera del Ministerio de Asuntos Exteriores.

Iba muy elegante con un traje de chaqueta.

—¡Eh! —exclamó—. ¡Mira quién está aquí! Ayer estuve llamándote, pero no estabas.

No era mala mujer, aunque bastante pesada. Tenía parecida edad a la mía, era soltera y ancha de hombros de la cabeza a los pies. Eso le hacía pensar que teníamos algo en común.

—Yo trabajo, Angus. Acabo de regresar de un viaje.

—Quería decirte que ha estado por aquí un policía preguntando por ti. Muy guapo él y parecía muy serio.

—¿Sí? ¿Y ha dicho su nombre?

—No lo sé... Me lo han contado mis hermanas, fue los otros días. Me parece que ha venido antes dos veces más. Oye, ¿tienes tiempo ahora para lo nuestro?

Otra vez con lo «nuestro». Me lo había propuesto el mes pasado. Y el pretexto fue una charla en la televisión en la que se decía que la virginidad traía muchas complicaciones. Ella y sus hermanas discutieron acerca de eso. Opinaban que hablar de asuntos tan íntimos debería ser ilegal, incluso antinatural y pernicioso. Decidieron venir a mi casa para consultarme. Afirmaron que yo era un hombre de mundo, un expolicía, y que tendría que saberlo. Yo les contesté lo mejor que pude. Debí haberlas echado fuera si hubiera sabido lo que vendría después. Cuando sus hermanas se fueron a trabajar, Angus me confesó que era virgen totalmente. Tengo que confesar que me pilló desprevenido.

Y a partir de entonces, poco a poco, mi vecina fue perdiendo la timidez hasta

que un día me propuso, así sin más, que la desvirgara. Lo había pensado detenidamente y había llegado a la conclusión de que yo era el hombre adecuado.

Entre otras cosas porque no era su tipo.

—Angus, así no se puede resolver este asunto, ¿comprendes? Además, he salido de Zafra a las tres de la madrugada y todavía no he dormido, no me jodas.

—Venga, hombre, ¿a ti qué más te da? No te va a llevar más de diez o quince minutos. Es por mi novio, ¿entiendes? Me quiero casar con él y no quiero que sepa que no he estado con ningún hombre. No te cuesta nada hacerme ese favor. Para eso somos vecinos, ¿no? Yo creo que los vecinos tenemos que hacernos favores. Si tú no me haces ese favor, yo tampoco te los haré a ti. Y te aviso de que vas a salir perdiendo.

—Sí, somos vecinos, Angus, y debemos hacernos favores, pero debes comprenderlo. Esas cosas no se hacen así. ¿Por qué no te vas a un bar de copas esta noche y te ligas a alguien?

—Ya he ido varias veces, pero esos bares me aburren mucho y termino castaña, a mí la bebida ni fu ni fa. Además, la música tan alta me marea. ¿Por qué no quieres desvirgarme? No es lo mismo que lo haga con un desconocido, me daría vergüenza. Yo soy bastante tímida. ¿Es que te doy asco?

—No se trata de eso, Angus. Yo creo que debes decírselo a tu novio. Es mejor que se lo digas de una vez. Mira, ese tipo de confianzas afianza a las parejas, ¿sabes? Él te lo agradecerá.

—Es que tú no conoces a Baldomero, mi novio, es un municipal de éstos, un sargento o un oficial, no sé. Es viudo y le he contado que yo..., verás, que yo pues he tenido novios, ¿no? No muchos, pero sí unos cuantos, los normales, vamos. Y no puedo ir ahora a decirle que todo eso es mentira. Toni, en serio, yo creo que con diez minutos bastaría. ¿Qué trabajo te cuesta, hombre?

—Angus...

—No importa, otro día será. Igual hoy estás cansado. Mira, yo mañana estaré en casa sobre las nueve. Luego iré a cenar con Baldomero, si quieres nos vemos un poco antes. De todas maneras vamos a tener que vernos, somos vecinos. Bueno..., adiós, chato. —Pero se volvió antes de entrar a su apartamento, y añadió—: Y recuerda, tenemos que hacernos favores.

Durante la noche, la Asociación de Cazadores se convierte en un garito clandestino de póquer. Desconozco lo que hacen el resto del día. Y lo sé bien, porque yo he trabajado allí de encargado durante dos largos años. Ahora lo regenta un macarra llamado Andrés *el Moléculas*, al que llaman Editoriales o El B. Cuando yo trabajaba allí, la propietaria era una tal Maruja Garrido, que sigue en el talego acusada de matar al Dátiles, uno de los mejores palquistas que ha habido en Madrid.

Ser encargado de garito es un trabajo fácil, limpio y muy agradecido, que

tiene, como todos los trabajos, sus puntos flacos. El peor de ellos era lidiar con timadores, *burlangas*, *tomadores del dos* y descuideros, a los que los garitos de póquer les parecen el reino de Jauja.

Precisamente uno de mis cometidos era evitar que los *tomadores del dos* pisaran el local. Esa gente desprestigia los garitos y hay que echarlos inmediatamente. Lo mismo ocurre con los bronquistas y borrachos. Sin embargo, lo peor era hacer que los perdedores pagaran las deudas de juego. La política de Maruja Garrido era la de prestar un máximo de cincuenta mil pesetas a los clientes asiduos y de confianza. Luego había que cobrarlos si perdían y ahí empezaban los problemas. Precisamente ésa fue la razón de que muriera el Dátiles.

El caso era que aquel local me gustaba bastante. Cuando tenía ganas de echarme unas cuantas manos de póquer, como ocurrió aquella noche en la que volví de Zafra, pensaba en la Asociación en primer lugar. Y no sólo porque había trabajado allí, sino porque en aquel local continuaba de camarero y crupier mi amigo el Cuquita, o Cuquí, como también suelen llamarlo.

Eran las doce de la noche y el Cuquita tardó más de lo debido en abrirme la puerta del garito, un segundo piso de un edificio antiguo de la calle Hortaleza, muy cerca de la Gran Vía. Cuando me vio, gritó: « ¡Toni! », y saltó a mis brazos. El Cuquita es un enano bien proporcionado y sentimental, ágil como un gato, quizá debido al intenso entrenamiento que tuvo cuando de joven trabajaba para el Bombero Torero.

—Vaya, estás en forma, ¿eh, Cuquita? ¿Cómo te va, hombre?

—¡Coño, qué alegría, Toni, joder, qué alegría! ¿Por qué has tardado tanto en venir, eh?

Lo coloqué en el suelo con suavidad y le pellizqué la mejilla.

—He estado fuera, Cuquita. ¿Hay alguna buena mesa?

El Cuquita se quedó pensativo y recorrió el local con la mirada. Las seis mesas estaban ya ocupadas por jugadores. Había varias mujeres.

—¿Ves al Moléculas en la mesa del fondo?

Dirigí la mirada a donde me indicaba el Cuquita. Efectivamente allí estaba el Moléculas con su chaqueta ajustada de terciopelo negro, diciéndoles algo a unos clientes.

Añadió el Cuquita:

—Son cuatro tíos que han estado de juerga, vienen muy contentos. Parecen unos pardillos, es la primera vez que vienen. Todavía no han empezado.

—Vale, cámbiame —le di diez billetes de mil pesetas—, y te quedas con mil. Vamos a ver si tenemos suerte.

Me acerqué a la mesa, di las buenas noches y pedí permiso para participar en la partida. Me lo dieron y me senté al lado de un sujeto gordo que sudaba. El Moléculas llevaba un buen rato hablando y le interrumpí, le gustaba mucho darse

importancia.

—Bueno, Toni, bienvenido, les estaba diciendo aquí a estos caballeros las normas de la casa, que tú conoces mejor que nadie. Veinticinco cada jugador por partida y el cinco por ciento de las ganancias del mayor ganador. Eso es lo único que tendrán que pagar a la casa. No se admiten trampas, voces, peleas, ni borracheras, tampoco cantar, ni molestar. Si necesitan un crupier, lo piden. En ese caso tendrían que pagarlo a razón de quinientas cada uno. Cada vez que deseen cambiar de baraja, les costará cincuenta por barba. Les estaba diciendo que aquí se juega al póquer cubierto de treinta y dos cartas, o Chiribito, también llamado la Señora. Si desean beber, pueden pedir bebidas a nuestros empleados, el señor Cuqui y doña Luz María.

No sabía que habían contratado a una camarera y recorrí el local con la mirada. No vi a nadie, pero la cortina verde que separaba el salón de juego del bar se abrió y dio paso a una mulata vistosa que llevaba una bandeja.

—Ah, y otra cosa —añadió el Moléculas al ver que todos mirábamos a la mujer—. Nada de ligar con la camarera, ni de tocarle el culo, aquí se viene a jugar. El que lo intente se las verá conmigo y se irá a la puta calle en ese mismo momento. ¿Está todo claro?

Nadie dijo nada. El Cuquita dejó sobre la mesa mis fichas y dije:

—Bien, caballeros, ¿cuál es la postura mínima?

A las once de la mañana del día siguiente, entré en mi casa, me tumbé en la cama y observé el techo. Entonces sonó el móvil.

Había ganado seis mil pesetas, pero después de nueve horas de fatigas. Dos de aquellos sujetos no eran unos pardillos. Eran profesionales y trabajaban juntos, haciéndose señas. Los otros dos habían sido reclutados en una discoteca, fueron los que palmaron.

—¿Sí?

—Tenías desconectado el móvil. Te he dejado dos mensajes. ¿Has escuchado el contestador?

Reconocí la voz ronca de Juanita San Juan.

—No me ha dado tiempo, acabo de entrar a casa. ¿Pasa algo, Juanita?

—¿Puedes venir a comer con nosotros al Burbujas? Vente y te lo cuento, ¿quieres? Anda, hombre, Catalina te preparará algo que te guste. ¿Te apetece una paellita?

—Por una de sus paellas soy capaz de cualquier cosa. ¿A las dos y media?

—Sí, venga, te esperamos. Un beso, Toni.

Colgó y comprobé el móvil. No tenía ninguna otra llamada que no fueran las que me había indicado Juanita. Volví a echarme en la cama sin desvestirme y me quedé dormido.

Un poco antes de las dos y media, con ropa limpia y afeitado, me encontraba ante la puerta del Burbujas de Oro con una bolsa de plástico en la mano que contenía una botella de rioja. Me detuve a contemplar el esqueleto de tubitos de neón en forma de corazón que surgía de la botella de champán. Con las luces encendidas resultaban mucho más bonitos, iluminaban la calle con la promesa de alegría desenfadada.

En la comisaría lo llamábamos «el Bar de Draper» y solíamos acudir a tomar una copa al terminar el Turno de Noche. Creo que fui demasiadas veces.

Me traía muchos recuerdos.

Era un antiguo bar situado al comienzo de la calle Molino de Viento, muy cerca de la plaza Carlos Cambroner. Según me contó Juanita, lo inauguraron en

1935 con una orquesta de señoritas. Servían cócteles y whisky y era de lo más moderno que había en el Madrid de la época. Durante la Guerra Civil fue requisado y transformado en despacho de alimentos. Al terminar la guerra sus antiguos propietarios lo pusieron otra vez en funcionamiento hasta que en 1976 lo compró Draper. Juanita San Juan y Catalina *la Grande* se lo arrendaron a Draper en 1985. Antes de aquel tiempo, ambas formaban parte del dúo cómico Las Hermanas Sisters, que actuaban en los teatros y circos de provincias.

Me enamoré de Juanita San Juan.

Bueno, al menos eso fue lo que creí. Éramos muchos los que nos lo creíamos, según supe después. Entonces, en 1985, Juanita producía estragos entre la clientela. Era una mujer muy hermosa, pero no sólo era eso, le chispeaban los ojos y era tranquila y reposada, como si no sospechara lo bonita que podía llegar a ser. Estuvimos juntos una larga temporada, casi un año. Llegué a vivir en el piso de arriba, en la habitación del balcón sobre el rótulo de corazoncitos amarillos, que iluminaban su dormitorio durante las noches.

Por aquel entonces, yo deseaba que terminara lo antes posible mi turno en comisaría, en la calle de la Luna, para ir al Burbujas.

Allí estaba Juanita, siempre con su amiga Catalina *la Grande*, más las cuatro o cinco chicas que trabajaban con ellas y un montón de amigos. En aquel tiempo todos éramos jóvenes e inmortales, y las noches, infinitas y cargadas de promesas.

Mi turno en comisaría comenzaba a las siete y terminaba a las dos o las tres de la madrugada, de manera que Juanita y yo teníamos mucho tiempo para estar juntos. Cuando se iban los últimos clientes y las chicas, Juanita y yo bebíamos la última copa, o desayunábamos, o nos acostábamos. A veces hacíamos las tres cosas a la vez.

Yo tenía mis útiles de afeitar y aseo en su casa, una bata que me había regalado por Navidad y gran parte de mi ropa. Juanita la lavaba y la planchaba. La funda sobaquera con la Astra del nueve corto, de reglamento en la Policía por aquel entonces, la dejaba en el cajón de la mesilla de noche. Pero el trabajo policial no tiene horario. Muchas veces salía de servicio fuera de Madrid y faltaba durante varios días a mi cita con Juanita. Entonces la echaba tanto de menos que creía reventar.

Pero los problemas comenzaron cuando le noté los primeros síntomas del embarazo. Yo creí explotar de alegría y le dije que deberíamos casarnos. Pero para mi asombro ella comenzó a darme largas, lo de casarse no entraba en sus planes, ¿no estábamos bien así? Hasta que una noche, ante mi insistencia, me confesó que no estaba segura de quién era el padre de aquel hijo. Aquello fue como si me dieran un mazazo. Discutimos, ¿cuántos habían estado en su cama mientras yo estaba fuera, dos, tres? Ella se negaba a contestar, simplemente no quería hablar de ese asunto, se cerraba en banda. Yo le daba nombres: «¿Es

Draper, Juanita?» . « No, y deja de preguntar, Toni, no me des la lata, tengo sueño» . « Entonces es Visado, seguro» . « ¿Quién es Visado?» . « Ese que venía tantas veces, el tío de la aseguradora» . « Ni siquiera sabía que se llamaba Visado» , contestaba ella.

De manera que aquella madrugada recogí mis cosas y me marché, dejé de acudir al Burbujas. Nunca nos separamos oficialmente, porque tampoco nos habíamos jurado amor eterno. Pasados unos meses volví otra vez al bar y me convertí en eso que llaman « un gran amigo» , un eufemismo que apenas si enmascaraba, quizás, una gran piedad y algunos gratos recuerdos.

Silverio nació ese mismo año. Era un niño travieso y juguetón al que cuidaban Catalina y las otras chicas del club. A veces, cuando las madrugadas se prolongaban en mañanas soleadas, lo veíamos atravesar el bar en estampida rumbo al colegio y me fijaba en él con la secreta esperanza de que no se pareciera a mí. Pero nunca pude estar seguro, entre otras cosas porque yo no tengo una idea muy clara de mi imagen. A veces, cuando me miro al espejo al afeitarme, veo el rostro de mi propio padre y sufro un sobresalto.

La voz ligeramente ronca de Juanita me sacó de mis ensoñaciones.

—¡Eh! ¿Qué haces ahí en medio de la calle como un pasmarote?

Levanté la cabeza. Juanita, apoyada en el balcón, me sonreía.

—Te he estado observando —añadió—. Llevas lo menos quince minutos mirando la puerta.

—Me gusta.

—Espera, ahora bajo y te abro.

Dejé que me besara en los labios. Siempre lo hacía de esa manera con todos. Un beso rápido y cariñoso. Era como su marca de fábrica con los hombres.

Es posible que hubiera cumplido ya los cuarenta y ocho, pero seguía siendo la mujer más hermosa que hubiese conocido nunca, de cualquier raza y de cualquier edad.

Me acarició la mejilla y dijo:

—Vaya, por fin te dejas ver, Toni. Si no te llamo, no vienes nunca a verme. Eres un descastado.

—He estado muy ocupado. ¿Llego demasiado pronto?

—Catalina no ha terminado todavía la paella. ¿Quieres una cerveza mientras tanto?

El bar estaba a media luz, vacío y tranquilo, y olía a desinfectante. Juanita me tomó del brazo y me condujo a uno de los taburetes. Ella pasó al otro lado del mostrador y comenzó a verter cerveza en dos jarras.

Era un buen bar, como ya no se hacen. El mostrador era de madera oscura y barnizada con la superficie de cinc, adornado con filigranas. El fondo estaba formado por una estantería hasta el techo de la misma madera, donde Juanita colocaba las botellas. La base de ese mueble eran las viejas neveras eléctricas

Siemens, fabricadas en Alemania hace más de setenta años y todavía en funcionamiento.

Aguardé a que Juanita terminara. Levanté mi jarra y brindé:

—Por ti, Juanita.

—No, por nosotros, Toni.

Los dos bebimos. Juanita tardaba en servir las cervezas porque lo hacía bien. Primero dejaba que la jarra se llenara de espuma, luego aguardaba a que fuera bajando e iba añadiendo más y más cerveza hasta que la espuma, espesa y consistente, sobresaliera dos dedos por encima del borde. Ése era el momento de bebería. La diferencia con una cerveza arrojada sin más a un vaso, como hacen en casi todos los bares, es notable.

—Bueno, cariño, ¿cómo te va? —me preguntó—. ¿Sigues con Draper?

—Sí, con él sigo, pero hago otras cosas de vez en cuando. Y voy sobreviviendo, supongo que como casi todos. ¿Sigue viniendo Draper por aquí?

—Claro, es el dueño y le gusta demostrarlo, pero cada vez viene menos. Creo que su mujer está bastante enferma.

—Su mujer siempre ha estado enferma.

Juanita sonrió. Draper se le había declarado un montón de veces. Pero ya no me importaba si se acostaba o no con él.

—¿Y tú?

—¿Yo, qué?

—¿Qué tal andas de novias?

—Pues no sé si bien o mal. No tengo ninguna. ¿Eso es malo o bueno? —Me la quedé mirando—. ¿Te ocurre algo?

—No, nada, no es por mí. Es por mi Silverio, ¿sabes? Está un poco raro últimamente. Me tiene bastante preocupada.

—¿Un poco raro? ¿Qué quieres decir?

—Eso..., un poco raro. No sé cómo explicártelo... No viene a dormir a casa, falta mucho y cuando le pregunto dónde ha estado, me da evasivas, me rehúye, vamos, parece que le doy asco.

—¿No son figuraciones tuyas, Juanita? El chico tiene diecisiete años, ¿no? Y a esa edad...

—Tiene dieciocho.

—Bueno, es lo mismo, diecisiete o dieciocho, ¿qué más da? A esa edad los chavales se ponen raros, cambian, ya sabes, se vuelven hombrécitos. Es normal.

Sin querer, me vinieron a la cabeza algunos recuerdos de mis dieciocho años. Ninguno era bueno.

—Este año va a tener que repetir curso, segundo de bachillerato. Le han quedado cinco asignaturas. Y me ha soltado que ya no quiere estudiar más, no hace más que..., bueno, gamberrear por el barrio. El otro día llegó con la cara marcada, como si le hubieran pegado, ¿entiendes? Y le dije que hasta aquí

habíamos llegado. Me puse seria y me contó que está boxeando.

La interrumpí.

—¿Boxeando?

—Bueno, eso me dijo. Y que va a ganar mucho dinero, que le habían salido algunos combates. Y los otros días me entregó veinticinco mil pesetas que dice que ha ganado con el boxeo. Y yo le pregunté: «¿De dónde has sacado tanto dinero?». Y va y me contesta que no es cosa mía. A mi Silverio le avergüenza que yo me dedique a esto..., al bar. Desde que era pequeño me viene diciendo que quiere sacarme de esta vida, fíjate tú. Que va a ganar un dineral para que Catalina y yo vivamos como reinas. Yo le digo que este trabajo no es lo que parece, un bar de alterne no es lo mismo que tener una casa de putas, pero no hay manera. Y me preocupa, Toni. Por eso te he dicho que vinieras, a ver si tú te puedes enterar de lo que pasa. Me parece a mí que con dieciocho años recién cumplidos no se puede ganar dinero en el boxeo, ¿no? Hay que ser profesional, estar en la Federación, ¿no es así? Y mi chico es amateur.

—¿A qué gimnasio va?

—Me lo ha dicho, pero no me acuerdo. Es por Capitán Haya, me parece. Arriba tengo la dirección, luego te la doy.

—De todas maneras, hasta que un boxeador no sea profesional y tenga un mínimo de combates homologados como amateur, no puede combatir por dinero. A lo mejor es un farol que se ha tirado contigo, Juanita.

—Bueno, es posible, pero mi chico puede ser muchas cosas, pero no un embustero. ¿Por qué no hablas con él, Toni? A ti te tiene mucho respeto.

Me bebí la jarra de cerveza.

—Vale —le respondí.

Catalina *la Grande* apartó la cortina, abrió los brazos y exclamó:

—¡Ven para acá, tío macizo, machote, ven y dame un beso!

Catalina me sacaba casi la cabeza y pesaba noventa kilos sin parecer gorda. Me aplastó contra sus pechos con fuerza antes de que pudiera responderle. Y añadió:

—Ya no vienes a vernos, ¿eh? Vaya tío asqueroso que estás hecho. Pero déjame verte, hombre. ¿Has hablado ya con Juanita lo del niño? Ese chico nos tiene muy preocupadas, Toni. Nos parece que se reúne con malas compañías, tú me comprendes, ¿no?

—Hasta ahora Juanita no me ha contado nada raro. Cosas de los chavales cuando cumplen dieciocho años. A eso le llaman crisis de edad.

Esperamos a Silverio hasta las tres y media de la tarde charlando y bebiendo cerveza. La paella de Catalina se pasó, pero la comimos de todas formas, mientras continuábamos hablando de cualquier cosa, fingiendo que era la mejor de las paellas y que no importaba que Silverio ni siquiera hubiese llamado a su madre para avisarle de que no vendría.

Cuando terminé de comer, caminé hasta la Gran Vía, tomé un taxi y me dirigí a Capitán Haya.

El gimnasio se llamaba Garden Park Urban Fitness, ocupaba dos plantas y parecía moderno y limpio. Anunciaban que tenían bar, restaurante, saunas, cuartos de masajes y sala para rayos infrarrojos. La zona de boxeo y artes marciales se encontraba en la segunda planta.

En la puerta había un vigilante jurado de uniforme celeste. Un sujeto grande, al que le estallaban las mangas de la camisa. En el pecho tenía una chapa con un círculo al que cruzaba un puñal y la leyenda «Totalsecurity». Le pregunté si podía pasar a la zona de boxeo para ver a un pariente. Me contestó que no había inconveniente.

No había nadie en el impoluto mostrador de la entrada, de manera que caminé por un pasillo enmoquetado, flanqueado de grandes cristaleras hasta el techo. A derecha e izquierda, unos cuantos hombres y un gran número de mujeres de diversas edades y tipos pedaleaban, corrían en cintas o intentaban quitarse la grasa de las cinturas mediante máquinas vibradoras, mostrando una gran variedad de pantaloncitos, chándales y bodis, más o menos apretados.

Subí a la segunda planta y entré en la sala. Dos boxeadores se daban patadas en un ring reglamentario, era kick boxing. Reconocí a Silverio, a pesar del casco de cuero que ni siquiera se había abrochado. El otro era un hombre maduro, como de mi edad, con el calzón celeste. Una mujer delgada, con minifalda, los jaleaba.

Silverio jugaba con su contrincante, que daba la impresión de no saber hacer otra cosa que ponerse en guardia y mover los brazos sin ton ni son. De vez en cuando alzaba la pierna y sacudía patadas que se perdían.

La sala era grande, bien ventilada, limpia y ordenada, pintada de beige. Habían adornado las paredes con pósteres enmarcados de boxeadores famosos, posando ante los fotografías en actitudes amenazadoras. Había también reproducciones de carteles antiguos de grandes combates, mezclados con fotogramas ampliados de películas relacionadas con el boxeo. Distinguí a Robert de Niro en *Toro Salvaje*, haciendo el papel de Jack La Motta, a Joe Louis, Primo Carnera, al argentino del peso ligero Nicolino Loche, Panamá Brown y a mi viejo amigo Exuperancio García, alias Fred Galiana, en el Luna Park de Buenos Aires, cuando consiguió el título continental de los gallos al noquear al argentino Amalio Valdés.

En un lugar de honor distinguí una enorme foto del príncipe Felipe, supongo que inaugurando el gimnasio, muy sonriente, apretado entre mucha gente.

Hacía bastante tiempo que no veía a Silverio, y como ocurre con los jóvenes de su edad, había pegado un estirón. Debía de estar entre los sesenta y siete o sesenta y ocho kilos, un wélter fibroso y sin grasa, los músculos marcados bajo la piel, la cintura estrecha. Al menos no se había jodido los músculos haciendo

pesas. Y se movía bien, coordinando los brazos y las piernas, pero sin técnica, se estaba exhibiendo para la mujer.

El tipo del pantaloncito celeste no paraba de lanzar las piernas, intentando alcanzarle. Un cojo hubiera podido esquivarlas y un boxeador ciego tumbarle. Sus movimientos eran siempre previsibles, los mismos una y otra vez. Maldita la gracia que tenía eso. Encima los anunciaba. Le escuché decir:

—¿Qué te parece esto, eh, chaval? ¡Ven aquí, no huyas, cobarde!

El contrincante de Silverio hizo un gesto con el guante para detener la pelea, o lo que fuera eso, y se dirigió a la mujer.

—Laura, ¿quieres que le sacuda en la entrepierna?

La tal Laura contestó:

—No lo vayas a desgraciar, ¿eh? Todavía es muy joven para que quede como tú.

Eso produjo mucha risa, incluida la de Silverio. Me di cuenta de que combatían sin el bocado protector.

Sonó la campana final de asalto, pero continuaron con las bromas. Una puerta del fondo se abrió y apareció un tipo bajito y tripón, con el pelo rizado en una enorme cabeza, ataviado con un chándal celeste de buen corte, y se encaró con ellos.

—¡Eh, eh, don Ricardo, así no es! —Parecía bastante enfadado, furioso, pero sonreía—. Disculpe, pero hay que parar cuando suena la campana. Tiene que hacerme caso, ¿vale, don Ricardo?

—Venga, no seas pesado, tío —le respondió el hombre.

La mujer le alcanzó un cigarrillo a Silverio, que chupó un par de caladas. El cabezón del chándal se volvió y entonces me vio. Lo contemplé caminar hacia mí, moviéndose con agilidad a pesar de su gordura y la tripa que le abultaba el chándal, los hombros relajados y los brazos laxos y listos a lo largo del cuerpo. Según se iba acercando le distinguí el rostro, cárdeno por la ira.

Se detuvo a unos metros de mí y se quedó mirándome con atención, entrecerrando los ojillos. Pero sonó la campana de vuelta al combate y se volvió. Los contendientes se habían puesto a charlar con la mujer, que se había subido al ring.

El del chándal me preguntó:

—¿Qué quiere usted?

—Ver a Silverio.

—¿Es usted amigo de don Ricardo?

—No, pero ¿puedo saludar al chaval? Es el hijo de una amiga.

Se encogió de hombros.

—Haga lo que quiera. Esto es una puta mierda. Don Ricardo me paga un pastón para que lo entrene y no me hace ni puto caso. Mírelo..., haciendo el payaso.

Los dos dirigimos la mirada al cuadrilátero. La mujer permanecía en el ring jaleando a Silverio.

—¡Dale en los cojones, venga, una patada!

—No me tiene respeto —manifestó el hombre—, me oye como el que oye llover. Yo he sido muy bueno en mi peso, ¿sabe? Campeón olímpico dos veces, campeón de Europa, y número tres en el ranking mundial.

—¿Quién es el del pantalón celeste?

—El dueño, don Ricardo Saragola, pero le llaman Richi, un millonario aficionado al boxeo..., bueno, eso es lo que él se cree. La de la minifalda es su mujer. Tienen tanta pasta que no saben qué hacer con ella, los muy cabrones.

Observé otra vez la pelea por encima de la cabeza del preparador. Nadie se había bajado del ring. Silverio y el millonario intentaban bailar el vals, cogidos de la cintura. La mujer se había unido a la fiesta con ellos.

El preparador también lo contemplaba en silencio. Después de unos instantes dio media vuelta y se marchó. Su rostro se había desmoronado, como si los hilitos que le sostenían se hubiesen soltado súbitamente.

El grupo descendió del ring y se dirigió a los vestuarios. Regresé al vestíbulo y me senté en un sillón a esperarlos. Tardaron media hora en salir. Aparecieron por el pasillo alrededor de Silverio, que se exhibía con un cigarrillo en los labios. Richi llevaba un impecable traje gris marengo.

Escuché a Laura decirle a Silverio:

—... te gustará, ya verás, es un chalé precioso con su piscina para ti solo. —Soltó una carcajada—. Podrás traerte a tus novias, si quieres. —Se volvió a su marido—: Richi, dile que se lo va a pasar muy bien.

—Sí, tienes que venir, te puedes llevar mucha pasta, chaval —añadió Richi—. No lo olvides. Te he preparado un combate con un negro.

Me puse en pie y di las buenas tardes, pero nadie me contestó. Me observaron en silencio, como si yo estuviera pintado en la pared.

Me di cuenta de que la mujer estaba operada de arriba abajo. De lejos parecía una muchacha, de cerca una muñeca china con el rostro impávido de porcelana y labios abultados de mulata.

—Vaya, Toni —dijo Silverio—. ¿Qué haces por aquí? Te he visto antes entrar.

—He venido a verte boxear.

—Es un amigo de la familia... Bueno, de mi madre —añadió Silverio.

—He comido con tu madre y Catalina, ya sabes... La famosa paella de Catalina. Tu madre me dijo que andabas con esto del boxeo y me entró curiosidad. ¿Podemos hablar?, vamos, si tienes tiempo.

—¿Ahora?

—Siempre que tengas tiempo.

—¿Y de qué quieres que hablemos, Toni?

—Bueno, parece que quieres boxear, ¿no? Convendría que hablásemos tú y

yo.

—¿Es tu padre? —preguntó la mujer y sonrió.

—No, no es mi padre..., no es nadie —contestó Silverio—. Es un amigo de mi madre y mi madre tiene muchos amigos.

—¿La que dices que es cabaretera? —preguntó Richi—. ¿Esa que tiene un bar de alterne?

—Sí, la única madre que tengo. —Me dedicó una sonrisa irónica—. ¿Te ha enviado mi madre, Toni?

—Algo parecido, Silverio. De todas maneras, si vas a boxear, conviene que hablemos. ¿No te parece?

—¿Me vas a enseñar a boxear?

—Una cosa es boxear y otra, el kick boxing, o eso a lo que has jugado. Tienes que entrenarte con más seriedad.

—¿Jugado? —Richi cruzó los brazos sobre el pecho y me observó con una mirada porcina. Combatí los deseos de machacarle la cara—. Vaya, qué interesante. ¿Se atrevería a combatir conmigo? —Y añadió—: Venga aquí otro día y nos ponemos los guantes, ¿qué le parece?

—Yo de usted no lo intentaría —le contesté—. Todavía no, aún le falta un poco de entrenamiento.

Se aproximó a mí y metí las manos en los bolsillos de la chaqueta, apretando los puños.

—¿Sí? ¿Usted cree?

De cerca era aún más desagradable. El cabello rizado estaba implantado en la frente y probablemente le habían estirado las mejillas, las tenía demasiado rosadas y tersas.

—No le quepa duda. Le acabo de ver en el ring.

—Póngase ahora mismo unos guantes. Lo voy a machacar en el primer asalto.

—Estoy seguro, pero será otro día.

La mujer soltó una risita y se tapó la boca con una mano.

—Qué simpático es todo esto. —Señaló a Silverio—. Bueno, dejemos a éstos que se la midan a ver quién la tiene más grande. ¿Vas a venirte con nosotros o te vas a ir con este amable señor?

—No, me voy con vosotros.

Se marcharon sin despedirse.

Me puse a registrar mis viejos papeles en el cajón del armario de mi casa hasta que encontré una fotografía de 1966, cuando cumplí diecinueve y gané el campeonato militar de los wélter, el único palmarás de mi época de boxeador. Salí en *La Voz de Almería*, en las páginas de deportes. Se me veía bien peinado, en pose con las manos en guardia abierta, muy serio, como solía ser yo entonces.

Era igual que Silverio.

Pero llamaron al timbre de la puerta y abrí. Al otro lado había un tipo joven con gafas y una chaqueta marrón, como de unos treinta y pocos años.

—¿Antonio Carpintero?

—Sí, soy yo.

—Me llamo Román Gades, soy inspector de Policía. —Sacó un carné oficial y me lo mostró—. ¿Podemos hablar un momento, señor Carpintero? Me gustaría charlar con usted, si no tiene inconveniente.

—No, no tengo inconveniente. Pase, por favor, ¿quiere café? Sólo tengo café y ginebra, pero supongo que no bebe y menos antes de cenar. ¿Me equivoco?

—No, no se equivoca. Gracias de todas maneras.

Pasó dentro y le señalé el pasillo. Le dije que mi casa era pequeña y que podíamos hablar en la habitación del final, la única que había.

Le pregunté:

—¿Ha estado buscándome estos días?

—Sí, varias veces.

—¿Y de qué quiere que charlemos?

—De Juan Delforo, su vecino el escritor. Creo que son amigos, ¿no?

—Sí, pero hace tiempo que no lo veo..., un mes o así, si no me equivoco. Vive ahí al lado, en el apartamento vecino. ¿Quiere sentarse? Así estaremos un poco más cómodos.

—No, gracias, voy a estar poco tiempo.

Gades había bajado la cabeza y parecía contemplarse los zapatos, pensativo, mientras me escuchaba preguntarle:

—¿Ocurre algo con Juan Delforo?

En mis tiempos de la Academia de Policía, el comisario Mediavilla, el encargado de la asignatura Práctica Policial, nos solía decir: « Si vais a interrogar a alguien, dejadle que hable primero, que se explique. No le preguntéis directamente lo que estáis buscando. Observad sus reacciones, sus gestos. Así sabréis si miente o no» .

También tapaba los ojos de cualquier alumno y le preguntaba: « ¿Quién lleva una corbata azul con lunares blancos?» o « ¿Cuántos de nosotros llevan bigotes?» . Si no lo sabía o se equivocaba, lo echaba de clase con cajas destempladas. Nos decía que un policía debía tener una memoria fotográfica, ser capaz en una ojeada de captar los detalles de cualquier hombre, una habitación o de un lugar cualquiera. A eso lo llamaba « práctica ocular» . « No hay cámara fotográfica que sea capaz de sustituirla,» solía decirnos el comisario.

Este chico estaba repitiendo el manual. Pero al fin, me preguntó:

—¿Desde cuándo no ve a su amigo?

—Desde el 28 de agosto por la tarde. Nos vimos por casualidad en un bar cercano, a eso de las cinco o cinco y pico. ¿Qué ha pasado con Delforo?

Antes, los inspectores que entrábamos de turno en comisaría teníamos que ir a las celdas y contemplar a los detenidos de la jornada para quedarnos con sus caras. Recuerdo que las antiguas fichas de detenidos solían añadir detalles nemotécnicos para identificarlos, del estilo de « suele cortarse el pelo a cepillo» o « tiene la manía de chascar la lengua» o, incluso, « le gustan las mujeres gordas y simpáticas» . Las modernas fichas de ordenador no registran nada de eso, y se ha perdido la costumbre de escrutar a los detenidos. Supongo que se ha ganado en unas cosas y perdido en otras.

Este Gades era de los modernos. Pero me estaba enfadando. Si me hubiera observado con más atención, se habría dado cuenta. ¿Por qué no iba al grano? Estaba haciendo un jodido teatro. Lo vi sonreír. Una pequeña mueca que apareció en un costado de su boca. No daba la impresión de que practicara mucho eso.

Y repitió:

—Se vieron a eso de las cinco o cinco y pico. Bien. ¿Cuánto tiempo estuvieron en ese bar, señor Carpintero?

—No suelo llevar un cronómetro encima, señor Gades. Pero pongamos una hora o así. Yo tenía que ir a la oficina para preparar un viaje que iba a hacer, de modo que me fui enseguida. Y hablamos de generalidades. ¿Va a decirme de una vez a qué viene esto?

—¿No lo vio después? ¿Quiero decir, ese mismo día a eso de las cuatro y media de la madrugada?

—¿A las cuatro y media de la madrugada? Pues no. A esa hora estaba en un autobús rumbo a Mérida. ¿Va a decirme de una vez qué ocurre?

—Señor Carpintero, su vecino está en la cárcel acusado de asesinato. ¿No lo

sabía?

Procuré que no se me notara la sorpresa. No sé si lo conseguí.

—¿En la cárcel? Vaya, no tenía ni idea. ¿Y a quién se supone que ha asesinado?

Se me quedó mirando.

—¿Tampoco lo sabe?

—Dígame de una vez de qué muerte se le acusa y qué pinto yo en todo esto. No me gustan los acertijos.

—Se le acusa de asesinar a Lidia Ripoll. ¿Le suena el nombre? Ha salido en todos los periódicos, en la tele... La mataron el 28 de agosto, al amanecer. Técnicamente el día 29, alrededor de las tres de la madrugada. ¿No se ha enterado?

—Sí, claro, Lidia Ripoll, la periodista de televisión. Me enteré en Mérida, pero no sabía que mi vecino hubiera sido detenido, acusado del crimen. ¿Cuándo lo han detenido?

—Hace dos semanas, poco más o menos, exactamente el 12 de septiembre. —Metió la mano en la sobaquera y extrajo una fotografía de carné, ampliada. Me la tendió—. Ésta es Lidia Ripoll, la conocía media España.

Sí, era ella, la vi en la televisión en el comedor de una pensión en Mérida. Una mujer joven, de menos de treinta, morena, de cabello muy negro y de rostro bello, ancho y simpático. Tenía ojos verdes oscuros que observaban al fotógrafo con cierto aire de travesura.

Gades me preguntó:

—¿La ha visto alguna vez por aquí?

—No la he visto nunca, Gades. No la conozco. —Le devolví la foto—. ¿Le consta que esa chica ha estado aquí con Delforo?

—Bueno, señor Carpintero, verá, hay bastantes pruebas, por eso se lo pregunto. Un testigo afirma que la ha visto varias veces con Delforo en este edificio. Y como usted y Delforo son amigos... ¿No la ha visto nunca? ¿En serio?

—Le acabo de decir que no la he visto nunca y eso incluye este edificio y mi casa. ¿Hablo chino, inspector?

—Lo he entendido, señor Carpintero. Se expresa muy bien. Pero me acaba de decir que no estuvo con el señor Delforo a las cuatro de la madrugada, aproximadamente, y sin embargo me consta que sí estuvo. ¿Quiere pensarlo de nuevo? A lo mejor se le ha olvidado.

—Espere un momento. ¿Me está acusando de algo?

—Responda, si es tan amable. ¿Volvió a ver a su amigo Delforo después de dejarlo en ese bar?

—Gades, después de dejar a Delforo fui a la oficina, arreglé algunos asuntos relacionados con el viaje y tomé un autobús en la Estación Sur a la una y media de la madrugada. Llegué a Mérida sobre las siete. Fui a una pensión llamada La

Madrileña. Creo que llegué sobre las ocho y media. Desayuné antes en la estación de autobuses.

—Pudo haber ido a Mérida en coche, ¿no es así, Carpintero? En coche se tardan tres horas y media. Y en la pensión no consignaron la hora a la que usted llegó. Pudo ser a las ocho y media, a las nueve y media o incluso a las diez.

—¿Ha estado en esa pensión, Gades?

—Por supuesto, Carpintero.

—Tengo los comprobantes de los gastos, que incluyen ese billete de autobús.

—Eso no prueba nada. Usted pudo haber comprado el billete y luego no utilizarlo. Eso es fácil. Y no me ha respondido. ¿Vio a su amigo Delforo esa madrugada?

—Ya me he cansado de usted. La próxima vez que quiera algo de mí, me cita en una dependencia policial, o ante el juez. No vuelva a decirme que quiere «charlar» conmigo, inspector, cuando lo que está haciendo es acusarme de encubrimiento y complicidad en un asesinato. Y lárguese de aquí ahora mismo.

—No hay problema.

Me tendió una tarjeta.

—Llámeme a cualquier hora del día o de la noche, por si de pronto se acuerda. He apuntado mi móvil particular.

Me guardé la tarjeta en el bolsillo del pantalón, mientras lo seguía por el pasillo hacia la puerta. Entonces le dije:

—Eh, muchacho.

Se dio la vuelta, rojo por la ira.

—He sido policía durante muchos años. Me sé todos los trucos. ¿Sabía eso?

—Por supuesto. Y no vuelva a llamarme «muchacho» o le romperé los dientes. Soy inspector de Policía.

—¿Qué va a hacerme, muchacho? No lo he oído bien.

El rostro se le volvió cárdeno y lo vi apretar los labios. Pero se contuvo a duras penas.

—No voy a caer en la trampa, Carpintero. Usted quiere que le agreda, pero no lo haré. Y déjeme decirle algo, lo que más me jode en el mundo es un policía, o un expolicía, corrupto. Me joden aún más que los delincuentes. Y usted es un corrupto de mierda. Tenemos un testigo que ha jurado que lo vio con Delforo a esa hora, aquí en este edificio. Es inútil que lo niegue. Lo voy a joder, ¿sabe? Complicidad en un asesinato es muy grave.

Pensé que iba a cerrar la puerta de golpe, pero la dejó abierta. Y yo me quedé inmóvil hasta que el eco de sus pasos se perdió escaleras abajo.

Toqué el timbre de la puerta de enfrente, la de las churreras. Escuché la voz de Angus:

—¿Quién es?

—Toni, tu vecino. Abre un momentito, anda.

Apareció sujetándose una bata. Debajo llevaba un camisón muy escotado.

—Hola, Toni, cariño. ¿Ya estás dispuesto?

—¿Qué?

—Cariño, en lo que hemos quedado. —Dio un paso fuera y bajó la voz—: ¿Es que ya se te ha olvidado?

Joder, se me había olvidado.

—Espera un momento, Angus... ¿Te refieres a que tú y yo? —Hice un gesto con la mano que podría querer decir cualquier cosa. Angus asintió con repetidos golpes de cabeza.

—Sí, Toni. ¿Quieres que sea ahora?

—Vaya por dios, Angus, en estos momentos..., verás, estaba pensando en otra cosa. Quería preguntarte sobre la detención de Delforo. Me acabo de enterar y quería preguntarte un par de cosas, tú estás más tiempo en la casa que yo. Pero no quisiera molestarte.

—No, Toni, no es molestia, para eso estamos los vecinos. Pero las que más saben de eso son mis hermanas. —Otra vez bajó la voz—: Son muy cotillas. —Pasó dentro y gritó—: ¿Estáis visibles? ¡Va a entrar Toni, nuestro vecino! —Se volvió a mí—: Es que nos gusta ver la tele en camisón, ¿sabes?

—Me parece que voy a volver mañana.

—Pero qué tonto eres, criatura, pasa, anda.

Abrió la puerta y añadió, apartándose:

—Nos encanta que nos visiten los hombres. Pero nunca viene ninguno.

El apartamento de las tres hermanas churreras era un poco más grande que el mío, tenía un dormitorio más. Siempre rae pregunté cómo podían vivir tres personas en él.

Angus me condujo del brazo por el pasillo hasta el umbral del salón. El olor a útero era intenso. Allí estaban las otras dos hermanas viendo la televisión, sentadas ante una mesa camilla con un mantel de plástico. Ambas en camisón, sobre el que se habían colocado unas batas, y ambas se apretaban las batas a la altura del pecho. Las tres hermanas eran pechugonas.

Las dos me sonrieron.

—¡Hola, Toni! ¿Qué tal, cómo te va?

—Sin novedad. No voy a molestaros, quería preguntaros...

Una de ellas, no las distingo bien, podía ser Felicidad u Hortensia, me dijo:

—Pero pasa, hombre, pasa y siéntate aquí a nuestro lado. ¿No quieres tomar algo? ¿Una copita de vino dulce?

—No, gracias, sólo quería...

La otra insistió:

—Anda, hombre, están poniendo un programa muy bonito. —Señaló el televisor—: Es de baile. Venga, que no mordemos.

Angus no me había soltado el brazo, se apretaba a mí, mirándome fijamente

sin dejar de sonreír. Daba la impresión de que me había cazado en alguna trampa para pájaros.

—No, gracias, me tengo que ir enseguida. ¿Cómo fue la detención de Delforo? He estado fuera casi un mes y me acabo de enterar.

Una de las hermanas me respondió:

—¿Te acabas de enterar? Vaya, hijo, cómo eres. Si ha salido en todos los periódicos y en la tele. Pero no lo han detenido aquí, lo hicieron en su casa.

—¿En su casa?

—Sí, ésta no es su casa. Lo tenía como picadero, el tío. Con lo mosquita muerta que parecía, ya ves.

La otra hermana añadió:

—Los tíos sois así.

Intervino la que había hablado primero:

—Toni, un policía estuvo por aquí un montón de veces y habló con nosotras. Te estaba buscando. Era bastante guapo, aunque muy serio.

—Muy ancho de espaldas, así como tú, pero más joven. Muy educado él —manifestó la otra—. Era un policía, pero de la Secreta.

—Se llama Gades, Román Gades. Y nos dio una tarjeta. ¿Quieres verla?

—No, no hace falta. ¿Habéis visto por aquí a Lidia Ripoll, la chica asesinada?

—Bueno, le dijimos que por aquí no habíamos visto a esa pobre chica.

La otra hermana la interrumpió:

—Quería saber si habíamos visto a la chica ésa tan mona, la periodista, la que ha matado Delforo, entrar en el apartamento ese, esa guarrería que hay ahí. Lo de las putas, Toni, y nosotras le dijimos que no. No nos fijamos en las guarrras que entran y salen de ese apartamento. Vamos, que ni las miramos.

Intervino Angus:

—Es un escándalo, Toni. Varias veces los tíos se han confundido de apartamento y han llamado al nuestro, qué vergüenza. Se lo decimos a ese canalla de portero que tenemos y ni por ésas. Tú tenías que hacer algo, Toni.

—Sí, hablaré con él. Pero decidme, ¿os preguntó si yo estuve con nuestro vecino la madrugada del día 29 de agosto, cuando la mataron?

—Sí, nos lo preguntó, pero nosotras le dijimos que no sabíamos nada, Toni. Nosotras nos pasamos la noche durmiendo. No andamos por ahí a las tantas de la madrugada, tenemos una reputación. Mucha gente se cree que nosotras..., bueno, que somos putas por vivir aquí, ya ves.

Acebes lavaba el recipiente de las basuras en el patinillo interior del edificio. Me quedé en la puerta y lo contemplé de espaldas, absorto en su trabajo. Vestía un mono azul y restregaba el cubo con una escoba. Se llamaba Gumersindo, pero siempre lo llamé por el apellido. Cuando alquilé mi apartamento, ya estaba allí.

—Acebes—lo llamé.

Se volvió despacio, como si hubiera sido una alimaña sorprendida en medio

de un festín carroñero. Era un hombre de mi edad, flaco y de rostro alargado y pálido, azulado por la barba. Se tintaba de negro el poco cabello que le quedaba y se lo aplastaba en la coronilla para disimular la calvicie. No lo lograba.

—Vaya, Toni —me respondió—. ¿Ya has vuelto?

Acebes tenía, como mucha gente, una doble vida. Aunque la suya era un poco especial. Era bujarrón. Antes se dedicaba a merodear por los bares de la cercana calle Postas y en los retretes de los antiguos cines de la zona: Carretas, Pleyel, Sol y Postas, acechando a los chicos de los colegios que faltaban a clase y a los jóvenes reclutas que necesitaban un poco de dinero rápido y fácil. Era de los que se llaman «hidráulicos contemplativos», una variedad de bujarrón que suele actuar siguiendo a sus presas hasta los retretes, observándolos mear. Solía ir siempre bien trajeado con los puños de las camisas sobresaliendo de las mangas de la chaqueta.

Cuando cerraron los cines y los viejos y hermosos bares de la zona se transformaron en réplicas de bares posmodernos —o lo que fuera eso—, Acebes amplió su radio de acción a la Plaza Mayor y a los turistas mochileros que venían del extranjero. Si había suerte, subía a los chicos hasta el apartamento por horas que regentaba. Lo había visto en las escaleras no pocas veces. Los chicos solían ser muy jóvenes.

—Sí, volví ayer. Mira, quería preguntarte un par de cosas. Tengo curiosidad. He faltado casi un mes y han ocurrido en la casa cosas raras, ¿verdad? ¿Por qué no me pones al día?

—Es lo del señor Delforo, ¿verdad? Ha sido el escándalo del barrio, no se habla de otra cosa. Y ha salido en todos los periódicos, ha sido la caraba. A mí me han sacado en la prensa, ¿lo sabías? He hecho mogollón de entrevistas a los periodistas.

Me mostró los dientes delanteros, grandes y amarillos.

Pero sus ojillos negros no parpadeaban, atentos a lo que fuera a suceder. Su aspecto de alimaña se acentuó.

—Me alegro por ti, Acebes, ser famoso debe de estar muy bien, ¿a que sí? ¿Es verdad eso de que Delforo no vivía aquí?

Se dio la vuelta y comenzó de nuevo a frotar el cubo con la escoba. Yo añadí:

—Te estoy hablando, Acebes. ¿Es que no te has dado cuenta? —Avancé unos pasos hasta ponerme a su altura. Siempre que lo veía, tenía que combatir las ganas de destrozarle los dientes—. ¿No tienes educación, Acebes?

Se volvió despacio, sin mirarme.

—Es que tengo que..., ya sabes, limpiar esto y..., bueno, yo tengo que cumplir, ¿no? Luego pasa lo que pasa con los vecinos. ¿Es que no lees los periódicos? Ahí viene todo, Toni.

—No, no leo los periódicos. Pero para eso te tengo a ti. Anda, cuéntamelo y no te andes por las ramas. ¿Qué coño significa eso de que Delforo no vivía aquí?

Ha sido mi vecino durante más de veinte años y siempre ha vivido en el apartamento A. Y te diré una cosa, por si no lo sabes, siempre he estado cabreado, desde niño. Pero ahora que estoy mayor, lo estoy más. Me estoy convirtiendo en un viejo cabreado, debe de ser porque cada vez tengo menos testosterona. Así que no te hagas el loco y contéstame a lo que te he preguntado. No hagas que pierda la paciencia, todavía no he cenado.

—Je, je, je, Toni, cómo eres..., un viejo cabreado..., nosotros todavía no somos viejos, ¿eh? Bueno, en realidad, el señor Delforo no era un inquilino como... Vamos, como sois vosotros, las churreras y tú. No sé si me entiendes.

—No te entiendo, Acebes, y acláramelo, anda.

—Pues eso, el señor Delforo, o sea, don Juan, alquilaba el apartamento por horas, por así decirlo, ¿no? No era su casa verdadera, era un picadero. ¿Nunca te lo dijo? Y... bueno, yo también he sido amigo de él, le gustaba hablar conmigo y algunas veces me invitaba a cañas. El bar que más le gustaba era ése de ahí, el que estaba en la calle Postas, La Joya se llamaba, le jodió mucho que lo cerraran... Pero íbamos a otros bares, me preguntaba cosas de mi vida y las apuntaba en un cuadernito. Nunca tuve nada en su contra. Eso también se lo dije a los maderos, ¿sabes? Vinieron un mogollón de ellos, entraron en su apartamento y lo registraron, tenían mandato. Se llevaron algunas cosas..., papeles sobre todo.

Los ojillos de Acebes lanzaron un destello y se dio la vuelta para continuar fregando. Lo agarré del brazo, un brazo flaco y nervudo, y se lo apreté.

—¿Estuviste presente en el registro, Acebes?

—Sí, y o, Toni. Y firmé un papel. Y los maderos me preguntaron cosas, claro. Yo soy el portero, ¿no? Vamos, una autoridad en la casa, por así decirlo.

—¿Qué les has contado de Delforo y de mí, Acebes?

—Bueno, pues eso, les dije que el señor Delforo, don Juan, pues que venía mucho por aquí, vamos que venía bastante al apartamento y eso, ¿no? Que llevaba más de veinte años en la casa y que era discreto como nadie, un señor. Y de ti, no sé, ¡qué voy a decirles! Que habías sido policía y que estabas de viaje... Bueno, y que eras amigo del señor Delforo. Amigo íntimo.

—Mira, deja que te diga otra cosa. Aún me quedan amistades en el cuerpo y puedo leer tus declaraciones en cualquier momento, de manera que dímelo todo y no me hagas perder el tiempo. ¿Le has dicho a la Policía que estos apartamentos son ilegales?

—Bueno, Toni, tienes que comprender que..., en fin..., pues..., me parece que no, de esa manera no se lo he dicho, ya ves.

—¿Estuvieron los de la inmobiliaria en el registro?

Acebes se encogió de hombros y cambió de postura las piernas. Seguí observándolo. Durante los más de veinte años que llevaba de inquilino en esa casa, nunca había visto a los de la inmobiliaria. Sabía que se llamaba Inmobiliaria Pedraza S. L., con razón social en Vicálvaro, porque ése era el nombre

estampillado en los recibos mensuales. Yo le pagaba directamente a Acebes.

—Verás, Toni, las cosas no son tan fáciles. Hay que ganarse la vida, y o no me meto con nadie, y o hago lo mío. El señor Delforo alquilaba el apartamento por horas, como ya te he dicho, o sea, ¿entiendes? Además, el señor Delforo no quería papeles, tenía el apartamento reservado en exclusiva para él todo el año, me pagaba un tanto al mes. Lo tenía para traerse tías, vamos. Tú me entiendes, ¿no?

—Sigues sin contestarme. ¿Estuvieron los de la inmobiliaria en el registro? —Continuaba en silencio, sin mirarme—. ¿Quieres que pierda la paciencia? Me falta poco. Pero espera un momento. Ahora lo comprendo —añadí—, tú eres el dueño, no sólo eres el portero, sino el dueño de los cuatro apartamentos. Los cuatro ilegales, sin declarar a Hacienda. ¿Cómo te han dejado hacer eso, Acebes? ¿No me respondes? Déjame que yo te lo diga, vas de *chota* de la Policía, ¿verdad? Debes de ser un *confite*, un viejo *confite* de alguna brigada o algo peor. Y no quiero pensar en ese «algo peor». Igual te has dedicado, o te dedicas, a los trabajitos sucios, ¿verdad? Si no, no se explica cómo te han dejado tranquilo todo este tiempo y te permiten corretear por los retretes buscando niños. Eres una joyita, Acebes, ¿lo sabías?

—Deja mi vida privada, Toni, y respeta. Yo siempre te he respetado. ¿Alguna vez has tenido queja de mí? Pagas una mierda por el apartamento, ¿no? Quince mil en esta calle y en estos tiempos. ¿No te has preguntado por qué, eh? Pues porque has sido madero y yo, pues te considero. Cuando te lo alquilé eras madero, ¿no? Y ahora que no lo eres, pues es lo mismo. No vengas a meterte conmigo, mi vida es mía, ¿vale? Y no me jodas.

—Me importa una mierda tu vida, y tus chanchullos menos todavía. Ahora quiero que me cuentes de una vez si nos viste a Delforo y a mí la madrugada del día 29.

—Lo único que he dicho es... eso, que el señor Delforo utilizaba el apartamento para picadero, que subía algunas mujeres de vez en cuando..., que era un tío educado, muy considerado, un señor... Y que me pagaba siempre, como un reloj. Bueno, y que era muy amigo tuyo, ¿no? Ésa es la verdad, Toni. ¿Es que no erais amigos? A mí me parecía que sí. A veces os ibais de parranda por todos los bares de la zona, ¿no? Dime que es mentira, Toni.

—¿Sólo les has dicho eso? No te creo, Acebes.

—Sólo eso, Toni. Te lo juro por mi madre querida que está en los cielos. Lo que te digo va a misa. Sólo les he dicho que erais amigos y que ahora andabas de viaje, fuera de Madrid, que no sabía por dónde estabas. Ellos..., bueno, ellos sabían que estabas con el señor Draper, con el comisario Draper, en esa agencia de detectives que tiene ahí en la calle Fuencarral. Sabían bastantes cosas de ti, Toni. Y es normal, ¿no te parece?

—¿Te interrogó un tal Gades, Román Gades?

—Bueno, fueron varios al principio. Pero el que más vino fue el señor Gades, muy educado él, un señor de los pies a la cabeza.

—No me vayas a contar tu vida, Acebes, no me interesa y, además, podría vomitar. ¿Qué le dijiste a la Policía de esa chica asesinada, esa tal Lidia?

—Bueno, me enseñaron la foto de ella, de la periodista que mató el señor Delforo, Lidia Ripoll, la del telediario. Y les dije que la había visto varias veces por aquí con el señor Delforo. Vamos, que la subía a su apartamento. Ha venido bastantes veces y... bueno, yo limpio los apartamentos, ¿no? Y se notaba que quilaban, vamos, eso se nota.

Entre lo que me había dicho Gades y ahora Acebes, resultaba que Delforo, mi amigo Juan Delforo, me había estado echando las tres cartas durante más de veinte años. Más de veinte años mintiéndome. El día se había jodido del todo.

—Eres un dechado de virtudes, Acebes. Pero dime, ¿para quién trabajas? Y mírame cuando te hablo, ¿a quién le das las confitas?

—Déjame tranquilo, Toni, ¿vale?

El hombre bien vestido, el que parecía el jefe y tenía el cabello blanco muy corto, le volvió a preguntar a Lidia:

—¿Es lo único que recuerda de ese chico?

—Bueno, ya se lo dije el otro día, yo tenía catorce años o por ahí, quizá quince, y no me acuerdo mucho de los detalles, Fue en San Rafael, durante el verano de..., de 1987, me parece..., sí, de 1987. Él se llamaba Arturo y era de familia alemana, vamos, su madre era alemana. Eran varios hermanos y tenían la casa al lado de la nuestra. Arturo estudiaba en Alemania, creo. No lo he vuelto a ver más.

El hombre del cabello blanco consultaba la lista que ella le había entregado una semana antes. La enumeración de todos sus novios, amantes, amigos. Sobre todo a los que les había escrito. Insistió mucho en eso, en las posibles cartas. También en las fotos y lo más importante, ¿le habían sacado alguna película casera alguna vez?

En eso había insistido bastante. Pero ella había contestado que no, nunca le habían hecho ninguna película de ninguna clase.

—¿Recuerda cuántas veces le escribió, señorita?

Otra vez le preguntaba lo mismo.

—Sí, ya se lo dije, una o dos cartas, pero no me contestó.

Creo que volvió a Alemania, al menos eso fue lo que me dijo aquel verano. Era muy guapo, rubio, de ojos azules. Yo estaba loca por él.

Los otros dos hombres continuaban registrando sus cosas. Habían abierto los cajones del aparador y se dedicaban a registrarlo todo. Uno de ellos miraba fotografías de una caja y el otro dijo:

—No fueron dos cartas, fueron más. Muchas más. Y efectivamente es de madre alemana y de padre español. Ahora vive en Bilbao, se ha casado y es el gerente de un negocio de importación-exportación. Conservaba sus cartas y se acordaba bastante bien de usted, no le contestó porque ya, entonces, tenía novia, una alemana. La misma con la que se ha casado. Tienen dos niños. Usted le ha seguido escribiendo. Las cartas están en nuestro poder.

El hombre del cabello blanco había estado mirando al que acababa de hablar. Cuando terminó, volvió a dirigirse a ella.

—La última carta la envió usted hace dos meses. Tiene que acordarse mejor. —

Le hablaba con amabilidad, pero tenía un tono frío y duro que la inquietaba—. No es lo mismo una o dos cartas que media docena, señorita. Nos ayudaría bastante si se acordara mejor.

—Lo intentaré.

—Gradas, señorita.

—¿Puedo conservar esas cartas?

—Las hemos destruido, señorita.

El otro hombre levantó una fotografía y la agitó en el aire.

—¿Tiene los negativos de esto?

El hombre se acercó a la mesa y le mostró la foto al hombre del cabello blanco. La estuvo mirando un buen rato. Detrás de la foto estaba escrito con bolígrafo: «Caños de Meca, julio de 1993». Y ella se acordó de pronto. La tienda de campaña y la semana en el camping con Piluca y Matilde. A esa foto la llamaban «la foto de las tetas». La cámara era la de Piluca y sacó la foto aquel chico belga tan guapo y tan hippy de la tienda de al lado que luego se fue con Piluca.

Ella aguardó. El hombre del cabello blanco le dio la vuelta a la foto y observó el reverso.

—Julio de 1993 —repitió—. ¿Tiene más fotos de este viaje?

—No. Piluca las rompió todas. Decía que estaba fatal, que tenía..., bueno, los pechos muy grandes. Se me había olvidado que la conservaba.

—¿Y los negativos?

—No lo sé. Los debe de tener Piluca. La cámara era suya.

—Está bien. —Ella lo observó apuntar algo en un cuaderno pequeño de tapas negras—. Nos quedaremos con la foto.

Le sonrió por primera vez. Y el otro hombre le dijo:

—Tiene que seguir recordando, señorita. Siempre se olvida algo. Ya sé que espesado, pero es necesario. Espero que lo comprenda.

—¡Oh, sí, lo comprendo, no se preocupe!

—Ahora dígame, ¿ha seguido nuestros consejos? —Sí.

—¿Le ha hablado a alguien, ha hecho algún comentario?

Negó con repetidos movimientos de cabeza.

—No, a nadie. Sólo Piluca sabe que..., bueno, que lo vi en la fiesta de Pedro, del señor Asunción, vamos. Sólo eso.

—Bien, muy bien. ¿Y a su madre?

—¿A mi madre? No, a ésa menos que a nadie. No me llevo bien con ella. Es una...

Cerró la boca. No tenía sentido explicarles ahora a esos desconocidos el carácter de su madre. El hombre del cabello blanco esperó a que fuera a decir algo más. Entonces dijo:

—Ya hemos hablado con su madre, señorita. Y le garantizo que se ha mostrado,

yo diría que muy colaboradora, receptiva al máximo. Por supuesto, el resto de sus parientes no lo deben saber todavía. ¿Me comprende?

—Sí, claro, lo entiendo.

—Bien, ahora escuche. Esta tarde a las cinco, tiene usted cita con la doctora Lavilla en la Clínica Ruber para el chequeo ginecológico. Allí le darán hora para el restó de los chequeos.

—¿Esta tarde?

—Sí, esta tarde a las cinco.

—Bueno, tengo trabajo, ya sabe. Salgo en pantalla a las seis.

—No se preocupe por eso. El señor Asunción lo sabe. Si lo desea, le enviaremos un coche a las cuatro y media.

—No hace falta. Iré en mi coche o tomaré un taxi.

—Perfecto, como usted desee. Y ahora..., bueno, quisiera que nos repitiera lo que nos ha contado sobre el señor Delforo, Juan Delforo. Fue su profesor en la universidad hará unos cinco años, ¿no es cierto?

—Sí, eso es. Cuando terminé la carrera me matriculé en el máster que impartía Juan, quiero decir, el señor Delforo. Me gustó el enunciado: «Realidad y ficción en la construcción del relato». El curso duró un año..., bueno, un curso académico. De octubre de 1994 a junio del otro año, de 1995, tres días a la semana. Realmente aprendí mucho, éramos pocos alumnos, exactamente catorce y... ¿Quiere que le hable de mis compañeros?

—No hace falta, señorita. Tenemos la lista de alumnos, ya llegaremos a eso. Ahora, si es tan amable, continúe con el señor Delforo.

—Bueno, pues eso..., aprendí mucho, el señor Delforo es..., quiero decir, era muy convincente, sabía enseñar y tenía teorías muy curiosas sobre la imaginación y la realidad. Se basó, sobre todo, en tres escritores: Isaac Babel, Dashiell Hammett y Ernest Hemingway, aunque citaba a otros más, Rulfo, Gorki, Chéjov, Flaubert, Galdós, Poe... Pero el que más le gustaba era Babel, había sido el tema de su tesis doctoral. Solía hablarnos de qué manera se había ido creando en la época contemporánea, es decir, hoy día, poco a poco el supuesto ideológico, él lo llamaba así, que hacía primar la imaginación sobre la realidad. Se refería a la imaginación desvinculada de las condiciones reales en las que se desarrolla el relato, o sea, las contradicciones de clase, el desarrollo capitalista, el imperialismo... Opinaba... —Se dio cuenta de que los tres estaban pendientes de sus palabras y añadió—: ¿Quieren que continúe?

—Sí, hágalo, por favor.

—Bueno, nos contaba que la ideología dominante, sobre el arte y el hecho artístico, y la novela, claro, en estos momentos, en esta etapa del capitalismo, decía él, ha ido creándose durante todos estos siglos en que la burguesía controlaba la producción y la distribución de riquezas y, por lo tanto, la ideología que lo sustentaba. Y esa ideología, en lo fundamental, intenta enmascarar la

realidad. No desea que se conozca la verdadera situación del ser humano en este momento histórico, su situación real. Es decir, un ser enajenado, manipulado y explotado, convertido en productor de riquezas y consumidor.

Se quedó en silencio. Después de unos instantes, añadió:

—Hice unos apuntes muy buenos de sus clases... Fui la única matrícula de honor del máster. —Sonrió—. Esta mañana los he repasado.

—Díganos, señorita, ¿consideraría al señor Delforo comunista?

—¿Comunista? —Parecía sorprendida—. Bueno, no sabría decirlo. En sus clases..., verá, no sólo hablaba de literatura, añadía psicología, ciencias sociales, historia... Pero comunista... realmente... Criticaba bastante a Stalin, ya sabe..., decía que la Revolución de Octubre se había convertido en un capitalismo de Estado y que..., bueno, las plusvalías, los excedentes de valor, se los apropiaba no el pueblo, sitio una nueva clase, la nomenclatura, que lo utilizaba en su provecho. —Volvió a sonreír—. Me sé sus apuntes de memoria.

—Usted lo admiraba, ¿verdad? —insistió el hombre del cabello blanco.

Ella asintió.

—Sí —añadió en voz baja—, entonces le admiraba. Ahora, no.

—Comprendo, ahora quisiera...

Lo interrumpió el otro hombre, el que había estado mirando su caja de fotos.

—Usted dice que no le consta que el señor Delforo fuera comunista, sin embargo, entre 1963 y 1966 estuvo en un grupo subversivo y terrorista, el GAUP, Grupos de Acción y Unión Proletaria, partidarios de la lucha armada, y en 1967 ingresó en el Partido Comunista de España, en el que permaneció hasta 1979, perteneciendo al clandestino Consejo General de Universidades, un órgano encargado de la subversión en la universidad, controlado por el Partido Comunista, por supuesto. Ese señor Delforo, que usted dice admirar tanto, fue detenido más de veinte veces por la Policía entre 1972 y 1975, sin contar que residió de forma clandestina en la Unión Soviética entre 1968 y 1970. ¿Sabía usted eso, señorita?

El hombre del cabello blanco se había girado y contemplaba al que le había interrumpido. No había ningún reproche en su actitud. Sin embargo, ella se dio cuenta de que tras su aparente tranquilidad, se escondía una furia terrible y moleadora y sintió inquietud.

—Yo no podía saber eso que usted menciona. Fue mi profesor, ya se lo he dicho. No sé lo que hacía antes. Yo no me meto en política.

—Y lo admiraba entonces, pero ahora no. ¿No es cierto?

—Sí, eso es. Yo era muy joven entonces.

Al día siguiente, a las nueve de la mañana, entré en la hemeroteca municipal, en la calle Conde Duque, y le comuniqué a la mujer que atendía al público mi intención de leer los periódicos sobre el caso Lidia Ripoll. La mujer llevaba el cabello tintado de azul y no mostró sorpresa. Supuso que yo era un jubilado aburrido, otro más, deseoso de una ración de morbo impreso. Me condujo, taconeando, a una sala grande y alargada en la que había mesas individuales con ordenadores, tres de ellas ocupadas por viejos que parecían enfrascados en algo muy importante, encorvados sobre las mesas. Me preguntó qué periódico quería consultar y yo le respondí que me orientara ella. Me recomendó uno y me comentó que aún no estaban microfilmados. Me traería los ejemplares enseguida.

Me entretuve observando la sala. Uno de los viejos tosió y otro se dio la vuelta y me escudriñó. Quizá dentro de unos pocos años yo fuera como ellos, cuando el futuro se hubiera desvanecido del todo de puro delgado, sin poder resistir ya el peso del pasado que se acumulaba día tras día como un fardo. Me convertiría en uno de esos ancianos que no desean dormir más, no vaya a ser que los sorprenda la muerte por sorpresa. El silencio de la sala se convirtió en sepulcral y acaricié el paquete de Ducados en el bolsillo de la chaqueta. Me dieron ganas de fumar y de salir de allí en estampida.

El taconeo de la funcionaria resonó otra vez en la sala. Traía un mazo de periódicos apretados al pecho que me colocó sobre la mesa.

—Mire, le he traído éstos. Son los que hablan del crimen. Pero si quiere ahorrarse leerlos todos, le recomiendo el del domingo pasado, es un reportaje que está bastante bien, muy completo. Hace un resumen de todo. —Y me sonrió —. Ha sido terrible, ¿verdad, usted? Esa chica tan maja y tan simpática.

—Muchas gracias, es usted muy amable.

—No hay por qué, estamos aquí para servirles. Cuando termine, toque este timbre y vendré a recogerlos. Le ruego que no los manche, rompa o subraye, es material de archivo.

—No se preocupe, lo cuidaré como si fuera mi hijo pequeño.

Escuché su taconeo de nuevo, hasta que se perdió en los pasillos. Esa mujer con el cabello azul, la guardiana del sepulcro.

Me fijé en el suplemento dominical, lo había colocado el primero, encima de los demás. El reportaje se titulaba « Crimen al amanecer », ocupaba la portada y se extendía en cuatro páginas interiores, dos de ellas llenas de fotografías. Me dediqué primero al texto. El reportaje comenzaba así:

« ¿Quién le iba a decir a Fernando Martínez, un humilde barrendero, llamado el Escoba por sus amigos, que aquella espesa y plúmbea madrugada del 29 de agosto iba a descubrir el macabro crimen que marcó su vida para los restos? Fernando divisó un automóvil, un Volkswagen Golf pintado de amarillo, mal aparcado en la calle Ezequiel Estrada, un callejón del popular barrio madrileño de Vallecas, muy próximo al centro comercial Supercampo. En su interior vislumbró una figura humana sentada en el asiento delantero al lado del conductor. Se fijó un poco más. Era una mujer, tenía la cabeza levemente inclinada sobre el pecho y el brazo derecho fuera de la ventanilla. Cuál sería su sorpresa cuando...» .

Intenté quedarme con los datos fundamentales entre tanta hojarasca. El barrendero encontró el cadáver a las seis y media de la madrugada le habían pegado un tiro a bocajarro, debajo del seno izquierdo. El orificio de salida, con una trayectoria de arriba abajo, se encontraba en la nalgua izquierda. No había sangrado mucho. Los forenses dictaminaron que la muerte se produjo entre las tres menos cinco y las tres y cinco de esa misma madrugada. La bala, calibre 9 mm, había atravesado el asiento y se había encontrado alojada en la alfombrilla del coche. El casquillo «era, presumiblemente, de una pistola antigua o defectuosa» .

El periodista especulaba con las circunstancias del crimen. Parecía obra de un ladrón chapucero o de un hábil asesino que había intentado camuflar el crimen. El bolso de la víctima estaba abierto sobre el asiento trasero con sus pertenencias desparramadas. Faltaba el billetero con su documentación y el presumible dinero. La madre de la víctima, la profesora Helena Ortuño, declaró al periodista que echaba en falta una sencilla cadena de oro, de valor sentimental, que su hija solía llevar alrededor del cuello. La ventanilla del lado de la víctima estaba bajada, por lo tanto, era plausible que Lidia Ripoll, momentos antes de morir, la hubiese bajado e interpelado a su asesino para decirle algo. Posiblemente, el asesino había regresado al coche y le había descerrajado un tiro. Luego había huido tras fingir un robo.

La Policía había interrogado a todos los habitantes de los inmuebles cercanos, pero nadie había escuchado ningún disparo, ni había visto ningún automóvil aparcado. Por supuesto, Juan Delforo era un perfecto desconocido para la gente del barrio. Sin embargo, lo conocían muy bien los vecinos del edificio donde vivía sola la «prestigiosa y joven periodista» . Juan Delforo, al que calificaban

como « el conocido escritor de novelas policiales » , la visitaba muy a menudo, « ya que mantenía con ella estrechas relaciones amistosas » .

El periodista deducía que el disparo, en el silencio de la madrugada, debía de haber sido oído por alguien. Al no ser así, lanzaba la hipótesis de una automática « o un revólver con silenciador » , lo que lo convertía en un perfecto imbécil, por si hubiera dudas. Los revólveres no arrojan fuera los casquillos. Y tampoco se le pueden aplicar silenciadores. El característico sonido de un disparo se produce por la explosión sónica de los gases al expandirse por el caño del arma y la fricción de la bala al salir a casi mil metros por segundo. El revólver no posee recámara y la percusión del detonante del casquillo se produce en una sección aparte del caño.

La única posibilidad de disminuir el sonido del disparo de un revólver es agujereando el caño, con el peligro de que el arma te estalle en las manos y te convierta en manco. Recuerdo que en una ocasión detuvimos a un sujeto que portaba un arma con esas características y fue la comidilla de la comisaría. Unos decían que esos agujeros no servían para nada y otros afirmaban lo contrario. Alguien decidió que la mejor manera de salir de dudas era ir a la calle y probar el arma. Nos quedó la duda, nadie quiso arriesgarse a dispararlo y quedarse sin mano.

Continué leyendo el reportaje. El periodista seguía con una entrevista a la madre de Lidia Ripoll, la profesora Helena Ortuño, « profundamente conmovida por el asesinato de su amada hija, con la que mantenía una estrecha relación » . La madre acusaba directamente a Juan Delforo, al que calificaba de « hombre sin escrúpulos, capaz de cualquier cosa para satisfacer su vanidad » . La madre de Lidia añadía que el móvil del crimen fueron los « celos enfermizos de ese canalla que asediaba a su hija, intentando mantener relaciones con ella. La asesinó por despecho » .

El periodista continuaba más adelante con otra entrevista a una compañera de TV, Piluca Sánchez, « con el corazón roto, al igual que todos sus colegas y amigos, por el horrendo crimen » . Y añadía « que no era coqueta y que no tenía novio, ni tonteaba con hombres. Lo suyo era el periodismo. Estaba obsesionada con llegar a ser una gran periodista » .

Después el reportero acudía al edificio en donde había vivido la víctima, « un coqueto apartamento de soltera en el típico barrio de Maravillas o Malasaña, como popularmente se lo conoce » . Allí, el reportero entrevista a la vecina de la víctima, Ana Garcés, cajera en un cercano supermercado, que califica a Lidia Ripoll de « buena persona, siempre amable, dispuesta a hacerte un favor. Y no le conozco ningún novio, era una chica normal, que a veces, muy de tarde en tarde, traía amigos a su casa, pero que no hacían ruido ni montaban escándalo » . A ese hombre mayor, el acusado del crimen, Juan Delforo, lo había visto varias veces entrar y salir de la casa y no le constaba que fueran amantes, ni nada de eso. Y

más aún, la entrevistada añadía: « Yo vi a ese canalla, el hombre mayor, entrar en casa de Lidia el día 28 de agosto. Yo estaba en la ventana, regando la maceta, cuando lo vi bajar de un taxi con una botella de champán Moët & Chandon en las manos. Eran como las ocho y media o así. Y lo sé porque yo vuelvo del supermercado entre las ocho y las ocho y cuarto. Y era él, el asesino» .

El periodista continuaba con la descripción de la conferencia de prensa que había concedido a los medios periodísticos el jefe superior de Policía de Madrid, Humberto Delgado, en presencia del delegado del Gobierno y el jefe de la Brigada Central de Homicidios, el comisario Raúl Luengo, « el artífice de la solución de este crimen pasional que ha sacudido a toda la comunidad periodística de España» .

Me detuve. La detención de Delforo la había efectuado personalmente el comisario Luengo, el 12 de septiembre, catorce días después de cometerse el crimen.

Luengo... Luengo... Me sonaba el nombre. Claro, podía ser. Hace años acudió a la comisaría un fulano de Relaciones Públicas con una delegación de policías japoneses. Draper me lo endosó a mí con la excusa de que el Turno de Noche era el verdadero meollo de la actividad de la comisaría. Los japoneses, y ese tal Luengo, estuvieron dando la lata dos noches. Podía ser el mismo, aunque el cambio de Relaciones Públicas a Homicidios parecía raro, pero peores cosas se han visto en la Policía.

Las declaraciones de los altos mandos policiales carecían de interés, eran retóricas y huecas, alabando « la prontitud con que se había resuelto el caso» . El último en intervenir era Luengo. El periodista lo halagaba sin ningún tipo de pudor, cubriéndolo de adjetivos tales como « superpolicía» , « el Sherlock Holmes español» , « astuto y certero» . Luengo anunciaba que la prueba definitiva que incriminaba a Juan Delforo era « el brillante estudio de nuestra Policía científica que ha demostrado que el casquillo encontrado en el automóvil de la señorita Ripoll fue percutido por una automática antigua, rusa, fabricada en 1921 por M. Makarov, de igual modelo que el arma que poseía el señor Delforo y que fue robada, según denunció, el 16 de mayo de este año, lo que demuestra la premeditación con la que fue cometido el crimen» .

Además, continuaba el periodista citando al comisario, « el señor Delforo también era sospechoso del crimen gracias a la lectura minuciosa del diario de la víctima, que lo acusaba sin ningún género de dudas» .

Luengo explicaba el móvil del crimen: los celos. Según constataba doña Lidia Ripoll en su diario, un diario que comenzó a escribir desde que cursaba periodismo en la facultad en 1994, Delforo, antiguo profesor de doña Lidia Ripoll, había intentado desde el pasado mantener con ella relaciones íntimas, a las que ella se negaba.

Más adelante, Luengo describía a Delforo como « un desequilibrado

consumidor compulsivo de cocaína y alcohol, obsesivo con el sexo, que mantenía relaciones sexuales con varias mujeres a la vez». «La noche de autos —continuaba el comisario—, según los informes de un testigo que reconoció al señor Delforo, éste fue a visitar a la víctima en su casa aproximadamente a las 20. 30, portando una botella de champán. Presumiblemente ocultando el arma entre sus ropas. Salieron ambos del domicilio de la víctima a una hora indeterminada de la madrugada y montaron en el automóvil de doña Lidia Ripoll, un Volkswagen Golf de color amarillo, que estacionaron en la calle Ezequiel Estrada, en el barrio madrileño de Vallecas».

Pero el comisario daba su opinión. En esa zona se comerciaba al menudeo con drogas. Era muy plausible, por lo tanto, que el presunto asesino la condujera allí para obligarla al consumo de drogas, con la finalidad de mantener relaciones sexuales. «Al negarse doña Lidia Ripoll —continuaba el comisario—, el acusado abandonó el coche y se alejó unos metros. Entonces, es muy probable que doña Lidia le afeara su conducta —no hay que olvidar que el encausado había sido su profesor—, lo que provocó que el señor Delforo volviera sobre sus pasos, extrajera el arma de sus ropas y le descerrajara un tiro a bocajarro, produciéndole la muerte de forma instantánea. Seguidamente, el señor Delforo fingió un robo y abandonó el lugar de los hechos, presumiblemente caminando. En algún momento o días después, el señor Delforo se desharía de su arma, que no ha sido encontrada y que es posible que no encontremos nunca».

El comisario les recordó a los periodistas que «no excluimos la posibilidad de que el presunto asesino hubiera tenido un cómplice» que «o bien le hubiera ayudado a esconder el arma homicida, o la hubiera hecho desaparecer». Sin descartar, tampoco, «la posibilidad de que ese cómplice hubiese sido el falso ladrón que robara el arma de la casa del señor Delforo. Una burda coartada que, evidentemente, no ha evitado la detención del presunto culpable».

«El hallazgo del diario personal de doña Lidia Ripoll —añadía el comisario— fue definitivo para el encarcelamiento inmediato del presunto asesino. Era el sospechoso número uno, sólo hacía falta encontrar el móvil y éste apareció en el diario que doña Lidia Ripoll escribía casi día a día desde 1994. Permítanme no citarlo, es una prueba concluyente y está en manos del juez instructor del caso».

El periodista volvía a citar al comisario, que se lanzaba a describir lo horrendo del crimen, «cortando de cuajo una vida prometedora en lo profesional y en lo personal, de una joven periodista como ustedes».

Me salté las líneas siguientes. A continuación, el reportero contaba la vida de Delforo y citaba algunas de sus novelas, en las que se describían crímenes parecidos al ocurrido en la realidad, mencionando a su esposa, Dolores Blumber, compañera de Lidia Ripoll en Ciencias de la Información y también graduada en Psicología, y en estos momentos empleada en una empresa de publicidad de gran prestigio, que lo había recibido «amablemente en el domicilio conyugal, un

hermoso ático con vistas al parque del Retiro, pero que se había negado a efectuar ningún tipo declaración sobre su marido» .

Después se trasladaba al « picadero que mantenía el conocido escritor en una populosa calle del centro de Madrid, muy cercana a la Puerta del Sol» . Y ahí entraba Acebes, declarando que « el señor Delforo llevaba veinte años ocupando ocasionalmente el apartamento cuarto A, al que acudían todo tipo de mujeres» .

No tenía desperdicio el bueno de Acebes.

El reportaje continuaba con una pequeña entrevista realizada a su defensor, « el prestigioso criminalista Cristino Matos, que nos recibe con gran amabilidad en el lujoso despacho particular de su bufete, que se encuentra en el Paseo de la Castellana, y es uno de los más importantes de España» .

No me lo esperaba y me detuve unos instantes. Delforo y Matos juntos. Nunca podría haberlo imaginado, ni siquiera en un mal sueño.

Continué leyendo, el abogado declaraba lo típico, su cliente era inocente y estaba implicado en el crimen por hechos circunstanciales, no por pruebas concluyentes. Lo más importante que decía Matos era que la mención en un diario « no puede enviar a nadie a prisión» y añadía que « voy a contratar a prestigiosos peritos forenses y psiquiatras extranjeros que demostrarán los desarreglos psicológicos de doña Lidia Ripoll, sus fantasías paranoicas, tal como demuestra una simple lectura del mencionado diario» .

El reportaje terminaba con la descripción de la incineración del cadáver de Lidia Ripoll, celebrado en la máxima intimidad, « con la sola presencia de sus familiares más íntimos» .

Cuando hube acabado con la lectura del reportaje, me dediqué a observar las ilustraciones fotográficas que lo adornaban. Una foto de Delforo firmando libros en la librería Fuentetaja, dos de Lidia Ripoll, una de ellas sacada del telediario de las dos de la tarde y otra con su madre.

Me detuve, la madre se parecía mucho a ella, pero no era sólo eso... caramba, Helena Ortuño, la profesora. La conocí en la Asociación de Cazadores. Era una jugadora compulsiva aficionada al alcohol. Estuvimos juntos un par de meses, quizá menos. Se parecía bastante a su hija.

Ésa era la razón por la que el rostro de Lidia me sonaba tanto.

En la calle llamé a Draper a la oficina. Atendió al tercer timbrazo.

—Draper, escucha, quiero preguntarte una cosa. Luengo, el jefe de la Brigada de Homicidios, ¿es aquel Luengo que tuvimos en comisaría con la delegación de japoneses? ¿Ese de Relaciones Públicas con aquellos trajes tan caros?

—¿Luengo estuvo en comisaría? No me acuerdo, desde luego estuvo antes destinado en Relaciones Públicas y Prensa. ¿Por qué me lo preguntas?

—Por el asunto Delforo. Me acabo de enterar de su detención, ya ves. Me gustaría hablar con Luengo. ¿Lo ves muy a menudo?

—Bueno, no mucho. Nos vemos en la cena anual de la asociación de comisarios. ¿En serio no sabías de la detención de Delforo? Debes de ser el único en España.

—¿Dónde puedo ver a Luengo que no sea en su despacho oficial?

—¿Que no sea en su despacho? Déjame pensarlo. A ese cachondo de Luengo le encanta codearse con gente importante. ¿Sabes que se habla de él para subsecretario del Ministerio del Interior? Ha sido un palo la detención de Delforo y la solución del caso. Ha dado una imagen de la Policía española en la prensa internacional de aquí... También dicen que le han ofrecido el puesto de director de la Interpol, el puesto queda vacante ahora. ¿Sabías que le han otorgado la medalla al mérito policial con distintivo rojo? La leche en bote. Como si el descubrir casos no fuera la tarea normal de la Policía.

—Draper, ¿sabes de algún lugar especial donde vaya a comer o a tomar café?

—Antes solía ir al José Luis, y a sabes, ese bar tan fino de Hermanos Bécquer. Le gustaba tomarse allí el aperitivo. He quedado citado con él allí un par de veces, pero hace bastante tiempo de eso... Prueba a ver.

No estaba en el José Luis. Me hice un lugar en el mostrador entre gente elegante que picoteaba tapas, hasta que pude preguntarle al camarero por Luengo, Raúl Luengo, ¿iba a venir después? El camarero me contestó que si ya no estaba, era difícil que viniera. Sin embargo, solía ir a tomar el aperitivo a otros lugares, a don Raúl le gustaba, sobre todo, ese café de escritores del Paseo del Prado, el Café Gijón.

Lo vi sentado a una mesa junto a uno de los ventanales, acompañado de otros tres hombres. No me reconoció al pasar por la calle. Debía de estar contando algo gracioso, porque sus acompañantes se reían. Entré al local y me dirigí a su mesa. El mostrador estaba lleno y más de la mitad de las mesas ocupadas. Hace años acompañé a Delforo a ese mismo café y me percaté de que todo el mundo lo saludaba. Recordé, sobre todo, al cerillero, un hombre encorvado con chaquetilla azul, que le dio un abrazo a Delforo y le comentó algo de su última novela.

Ahora el quiosquillo estaba cerrado y habían colgado su retrato al óleo, y una pequeña placa de bronce en la pared, con una inscripción: «Aquí vendió tabaco y vio pasar la vida Alfonso, cerillero y anarquista. Sus amigos del Café Gijón».

Luengo había cambiado, supongo que como todos. Pero no había perdido el pelo. Lo tenía lo suficientemente largo como para parecer un tipo moderno, pero no tanto como para pasar por descuidado. Vestía un impecable traje azul a juego con la camisa celeste y la corbata de tonos rojos. Me detuve a su lado y aguardé a que se diera cuenta de mi presencia. Se dirigía a los otros tres hombres en inglés fluido. Continuaban las risas.

Durante unos segundos me observó sin verme, hasta que se dio cuenta y

exclamó:

—Vaya, mira quién está aquí. Nada menos que Toni Romano. —Se echó atrás en la silla y me recorrió con la mirada—. ¿Ha sido casualidad, Toni, o me buscabas?

—Quiero hablar contigo, Luengo... Si tienes tiempo, claro.

Consultó el reloj.

—Bueno, se nos ha hecho un poco tarde. Tenemos ahora una comida, estábamos terminando el aperitivo. Pero siéntate con nosotros un momento, anda. —Se dirigió a sus acompañantes—: Éste es Toni, Toni Romano, un antiguo compañero.

—Nada de Toni Romano, Luengo. Me llamo Antonio Carpintero.

A continuación saludé a los presentes con una inclinación de cabeza, cogí una silla y me senté a una esquina de la mesa. Uno de los que estaban con él se apartó.

—Estos amigos son de la Policía americana, entienden español. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias. Me voy enseguida. Serán sólo unos minutos. Quiero preguntarte...

Me interrumpió.

—Romano es como te llama tu amiguete Delforo que, por cierto, está jodido. Ese hijo de perra es más listo que el hambre. —Se dirigió a los otros—: Aquí Toni es amigo de Juan Delforo, del caso Ripoll, ¿recordáis? —Y añadió—: Toni es detective privado.

Los tres continuaron centrando sus miradas en mi persona. Parecían sacados de alguna serie de TV. Uno de ellos vestía una chaqueta a cuadros y se había afeitado la cabeza, los otros dos parecían haberse comprado sus vestimentas esa misma mañana, llevaban el cabello muy corto y no parecían acostumbrados a sonreír.

—No soy detective, Luengo. Trabajo con Draper en su agencia, que no es lo mismo. —Miré el reloj. Sentí unos irrefrenables deseos de levantarme e irme. Había cometido un error al sentarme con ellos—. No voy a molestarte. He estado fuera casi un mes, pero ayer mismo vino a verme uno de los tuyos, un tal Gades. ¿Es que no está cerrado el caso?

—Sí, claro que está cerrado, atado y bien atado. Pero las investigaciones continúan, tú todo esto lo debes de saber, ¿no? Cuanta más información le demos al juez instructor, mejor.

Contemplé a Luengo, que abría los brazos con un gesto de conmiseración, observando a sus compañeros de mesa. Les hablaba a ellos, no a mí.

—Buscamos el arma homicida, es práctica policial corriente. ¿Es que no se hacía así en tus tiempos? La Policía ha cambiado mucho, ahora estamos más preparados, somos más científicos y, sobre todo, contamos con apoyo

internacional. —Y señaló a sus compañeros de mesa, añadiendo—: Antes bastaba con presionar a los *confites*, ¿verdad? Unas cuantas palizas y ya está. Ahora hay que investigar..., investigar con métodos científicos. —Se llevó un dedo a la cabeza—. Pensar...

—¿Buscáis la pistola o un cómplice, Luengo?

—Es posible que las dos cosas, ¿te extraña? Vamos, por favor. ¿Es que piensas que la Brigada está llena de tontos? Venga, despierta, hombre, despierta.

—No tenéis nada, Luengo. Sin el arma homicida sólo os queda un diario. Y tú sabes tan bien como yo que un documento escrito es una prueba circunstancial. Arroja sospechas fundadas, pero no es suficiente. Con eso no se puede condenar a nadie por asesinato y el juez instructor lo debe de saber. En cuanto a que yo sea cómplice... ¿Es que de verdad piensas que soy subnormal, Luengo? Si tuvierais la más mínima prueba, ya estaría en la cárcel, ¿no?

—Vaya, ¿y tú crees que yo no sé eso? Soy licenciado en derecho, Toni. Por si no lo sabías. —Se volvió a sus compañeros—. Toni ha sido *confite* de ese Delforo, el escritor. Le contaba sus experiencias en la Policía y todas esas cosas.

Delforo se había especializado en vomitar excrementos sobre la Policía en sus novelas y en los artículos que escribía en la prensa. Nos trataba de corruptos, golfos, ineptos, vagos, trincadores... ¿No es así, Toni?

—No tengo la costumbre de leer a Delforo.

—¿No? Pues deberías hacerlo, es muy instructivo. Toda su vida se ha dedicado a insultar a nuestros compañeros y a la institución. Todavía no comprendo cómo alguien no le ha pegado ya un tiro a ese cerdo. —Se puso en pie y se acomodó la chaqueta—. Bueno, muchachos, ya es hora o llegaremos tarde a la comida. —Me palmeó el hombro—. Me alegro de verte, Toni, estás como siempre, por ti no pasan los años. Ven a verme un día a la Brigada para recordar los viejos tiempos.

Los cuatro se marcharon sin dirigirme una mirada. Luengo se acercó a la caja, charló con el encargado y pagó. Yo me acomodé en la silla más próxima al ventanal y me dediqué a observar la calle. Pasaban coches y la gente caminaba rápido, ajena a todo lo que no fueran sus pensamientos, si es que los tenían. Yo sabía una cosa desde hacía bastante tiempo. El infierno está formado por múltiples subterráneos y debajo de cada uno hay otros más. Por mucho que escarbes nunca encontrarás la luz.

Y es inútil que intentes buscar la luz, no existe.

Un camarero me dijo:

—¿Desea tomar algo, señor?

—Sí, una ginebra con dos cubitos de hielo. Pero que sea auténtica y embotellada.

—Aquí todo es auténtico, señor.

—¿Está seguro de eso? ¿Todo auténtico y genuino?

—¿Qué marca desea, señor? Beefeater, Gordon...

Le contesté que me daba igual. Y decidí que después me iría a comer el plato del día a Casa Camacho. Era jueves y tocaban lentejas. La madre de Jesús las preparaba de maravilla.

No fue difícil encontrar la casa de Delforo. No necesité más que pasear por la calle de Alfonso XII, frente al Retiro, y preguntarle a una criada sudamericana uniformada, que empujaba un cochecito de niño. La muchacha no sabía exactamente en qué edificio de la calle vivía el «asesino de la periodista», pero me indicó que podía estar dos o tres manzanas más abajo. Pregunté en la portería siguiente, Delforo vivía al lado.

Era un palacio. Sólo en el portal podrían acampar dos familias holgadamente. La entrada era de esas que se construyeron para carruajes y desembocaba en un patio interior abierto, cuyo portón encristalado dejaba contemplar plantas y flores. Las escaleras de mármol blanco y los ascensores de hierro forjado se encontraban a izquierda y derecha del vestíbulo.

Subido a una escalera de mano, un hombre vestido con un mono azul sacaba brillo con un trapo a los hierros de uno de los ascensores. En ese portal no hubieran desentonado criados de librea y un carruaje aparcado.

Supuse que el hombre del mono sería el portero. Le pregunté:

—¿La familia Delforo, por favor?

Dejó de frotar la cabeza de un león, se dio la vuelta y se me quedó mirando.

Probablemente evaluaba qué tipo de vendedor podía ser yo. Era un sujeto de más de sesenta años, fornido, con bigote y el cabello cuidadosamente peinado hacia atrás con mucha agua y brillantina, a juzgar por el olor que despedía. Un antiguo guardia civil o un policía nacional jubilado, deduje.

—¿Qué desea?

—Me llamo Antonio Carpintero y me gustaría ver a la esposa del señor Delforo. ¿Quiere avisarla, por favor?

Le alcancé mi carné de identidad, que observó con mucho detalle.

—¿Es usted periodista?

—¿Tengo aspecto de periodista? —El portero arrugó la frente y me apresuré a continuar—. Soy amigo de Juan Delforo, amigo personal.

—Espere aquí.

Bajó la escalera con el carné en la mano y lo observé dirigirse a la casilla de

la portería que, a diferencia del edificio, era posmoderna, encristalada y repleta de visores de seguridad cuyas pantallas reflejaban el patio trasero, la entrada al edificio y el interior de los ascensores. El portero se colocó tras una mesa y levantó el auricular de un teléfono. Tras los cristales, probablemente antibalas, lo distinguí mover la boca y enseguida colgar el teléfono.

Se acercó y me dijo:

—Vaya a ese patio y tome el ascensor. Los señores de Delforo viven en el ático.

Me lo quedé mirando.

—El carné, por favor —le pedí.

—No, se lo devolveré cuando baje, y o no me muevo de aquí.

—Oiga, escuche, ya sé que le gusta hacer bien su trabajo.

Pero usted no puede quedarse con el carné de identidad de nadie, a no ser que sea usted un agente de la autoridad y tenga una razón suficiente. ¿Es usted agente de la autoridad? Creo que no, y si lo ha sido, debería saberlo.

Le tendí la mano. El tipo dudó unos instantes.

—Vamos —insistí—, el carné.

Me lo entregó con un gesto brusco, subió de nuevo a la escalera y continuó frotando la cabeza del león. Escuché los agudos chirridos del trapo mientras cruzaba la entrada y pasaba al patio interior de la casa, bordeado de enormes tiestos con flores y pequeños árboles. El ascensor era el de servicio, su pequeña venganza.

Cuando llegué al final, me encontré con una criada uniformada que mantenía abierta la puerta de la vivienda. Era de edad madura y cilíndrica, sin cintura. El cuerpo parecía surgirle bajo los enormes pechos. Parecía sudamericana.

—Pase, señor, por favor, la señora le está esperando.

Le hice caso y la criada cerró la puerta a mi espalda. Una puerta blindada de seis cerraduras.

—En un ahorita viene la señora, nos ha avisado el portero.

Caminamos por un pasillo hasta llegar a una habitación decorada con muebles antiguos auténticos, de esos que cuestan una fortuna en los anticuarios, mezclados con modernos, que incluían ese tipo de cuadros que no significan nada, excepto demostrar que sus propietarios poseen vida interior, sensibilidad... y mucho dinero.

La criada desapareció por el pasillo por donde habíamos venido y yo esperé más de diez minutos, que transcurrieron demasiado lentos para mi gusto. Un tiempo que pasó con mi cabeza ocupada en dilucidar en qué me estaba metiendo.

Al fin escuché pasos en una habitación próxima, unos pasos apagados, hasta que se abrió una puerta y apareció ante mí la esposa de Delforo. Llevaba una bata de seda roja muy corta, que parecía china, y calzaba zapatillas. Debía de rondar los treinta años y era muy atractiva. Tenía el cabello rubio ceniza corto,

dividido por una raya en medio, y el rostro triangular. Sonreía mientras avanzaba por el saloncito.

Me tendió la mano y me dijo:

—Hola, soy Lola, la esposa de Juan. ¿Eres Toni Romano?

—Antonio Carpintero —le contesté y le estreché la mano.

—Vaya, ¿sabes una cosa? Siempre he querido conocerte personalmente, pero mi marido no hacía más que darme excusas. Solía decirme que estabas siempre muy ocupado. —No aguardó a que yo le respondiera. Sus inquietantes ojos parecían reidores y su boca era grande y bien dibujada y su tez morena—. Tienes que disculparme, estaba dándome rayos Uva. ¿Has esperado mucho?

—No.

—Bueno, Toni, ¿quieres pasar?

Emprendió la marcha hacia la habitación de donde había surgido, y la seguí a corta distancia. No tuve más remedio que constatar que iba desnuda bajo la delgada bata. Las formas se le marcaban al caminar como si tuviera debajo un grupo de animalillos que pugnaran por salir.

Iba diciéndome:

—... no he ido todavía a verlo a la cárcel, me lo ha prohibido. Es una de sus manías, ¿puedes creerlo? —Volvió el rostro—. Disculpa, ¿te puedo tutear?

—Claro, por supuesto.

—A mí puedes llamarme Lola o Dolores, como quieras. —Continuó avanzando por otro pasillo, flanqueado por una larga librería, atestada de libros, cuadros y fotografías enmarcadas, algunas con dedicatorias—. Supongo que Juan debe de estar bien, ¿no? Al menos eso me dice cuando hablamos por teléfono.

Se detuvo de pronto y casi tropiezo con ella. Se volvió sonriente con las manos en los bolsillos. La bata se tensó a la altura de los pechos. Los pezones aparecieron bajo la tela. Si ella se dio cuenta, no lo manifestó.

—Es curioso que Juan esté en la cárcel. Siempre me decía que necesitaría estar en la cárcel para tener esa experiencia y poder transmitirla en sus novelas. Y sin embargo... —se quedó pensativa—, no parece feliz cuando hablamos.

—Una cosa es estar en la cárcel y otra, bastante distinta, documentarse sobre ella. La cárcel no es buena para nadie. ¿Hablas mucho con él?

—Bueno, lleva poco tiempo. Apenas he hablado con él un par de veces. Supongo que deben de ser las normas de la prisión, ¿no?

—Las normas de las prisiones pueden ser bastante elásticas. En realidad dependen de los criterios del director o del jefe de Servicios. Oficialmente cada recluso tiene permiso para una llamada personal a la semana y otra a su abogado.

—Sí, eso parece normal. ¿Sabes?, cuando me hablaba de ti, cosa que hacía bastante a menudo, me contaba que tú lo habías introducido en ese mundo que a él le fascinaba tanto, me refiero al mundo del hampa, de los bajos fondos y todo

eso. Si no me falla la memoria, en una ocasión me contó que había conocido a un personaje que le habías presentado tú, un tal Recuero o algo así, que había estado un montón de años en la cárcel. Se sabía el mundo de la cárcel al dedillo.

—No era Recuero, sino Recalde, el vasco Recalde. Se había tirado quince años en el trullo por diversos delitos. Tu marido me pidió que le presentara a alguien que hubiese estado entre rejas y yo pensé en Recalde. Se lo presenté y creo que pasaron bastante tiempo juntos. Recalde murió hace un par de años en accidente de coche. Fue mi amigo.

—Sí, incluso se hizo también amigo de mi marido. Por. aquel entonces estaba exultante, lleno de energía. Tomaba muchas notas y grabó bastantes conversaciones con él. Me hablaba del argot de la cárcel que estaba aprendiendo.

—Se llama talegario.

—¿Se llama así?

—Eso es, el habla del talego, o sea, de la cárcel. Es una mezcla de muchos argot. Pero esos lenguajes cambian continuamente, se van modificando. Nunca es el mismo. Hasta ayer no supe que tu marido estaba en la cárcel, acusado de ese crimen. He estado un mes fuera y no me había enterado.

—Ya ves, Toni.

—Era mi amigo.

—¿Era?

Debió de darse cuenta de sus pezones porque se arregló las solapas de la bata y cruzó los brazos sobre el pecho. Fijó su mirada en la mía. No era ninguna niña tímida.

—Bueno, sigue siéndolo, Lola.

—Eso pensaba yo. Oye, a esta hora suelo tomar un gin tonic. ¿Quieres acompañarme?

—Buena idea.

—¿Con medio limón exprimido?

—Eso es.

—Vaya, mi marido no ha mentido del todo cuando te describía. En sus novelas eso es lo que bebes. ¿Qué ginebra te gusta?

Dejé pasar eso y respondí:

—Cualquiera que sea seca.

Señaló una puerta.

—Ahí está su despacho. Pasa y espérame, ¿quieres? Estás en tu casa, Toni.

Empujé la puerta y me asomé. El despacho de Delforo era impresionante. Tenía dos balcones y era tan grande como su apartamento de la calle Esparteros. Prácticamente todas las paredes estaban cubiertas por estanterías repletas de más libros, de todos los tamaños y colores. Y donde no había libros había cuadros y más fotografías enmarcadas, junto a máscaras negras, figurillas de madera o porcelana, cuchillos y todo tipo de lo que supuse serían recuerdos de múltiples

viajes a lugares exóticos. En la misma entrada había una antigua alacena de madera, barnizada y encristalada, ocupada por viejos juguetes de latón de cincuenta años atrás: coches de bomberos, carricoches, motoristas... Algunos de ellos me eran familiares. Había jugado con ellos durante mi infancia.

La mesa de trabajo de Delforo era de madera, grande, antigua y con aspecto de pesada, cubierta por papeles y objetos de escribanía. En una mesa auxiliar distinguí la pantalla de un ordenador. Había otra mesa alargada delante de una de las estanterías, también cubierta de papeles perfectamente ordenados.

Pisé la mullida alfombra y me dirigí al centro de la habitación, donde descansaban cuatro sillones alrededor de una mesita baja y redonda. Me senté en uno de ellos. Sobre la mesita, al lado de un cenicero de plata, había un encendedor Zippo clásico. Prendí un Ducados. Siempre me han gustado los Zippos, aunque no suelo llevarlos porque pesan mucho en el bolsillo.

Arrojando el humo al techo me puse a pensar en Delforo. Nunca me había mencionado que estuviera casado. ¿Por qué no me lo había dicho?

De lo que no había dudas era de que me había engañado. «Escribo sobre las pobres gentes, Toni —solía decirme—, sobre los que nunca salen en la literatura, excepto como comparsas». Ésa era una de sus frases favoritas. Pero me acordaba de otras: «Para mí la literatura no es sólo un juego del lenguaje, sino una disciplina consagrada a indagar sobre la naturaleza humana y el mundo. En una época en la que los periódicos mienten, al igual que los historiadores, la literatura debe evitar el discurso único. Eso es lo que yo intento hacer».

Esa pretensión de verdad ¿era posible desde la mentira y la falsedad? No tenía respuesta a eso, y sin embargo, el Delforo que yo conocía me gustaba. Era modesto y nunca presumía de nada, ni conmigo ni con la gente que le presentaba, todos esos delincuentes, arribistas, estafadores, putas y dueños de burdeles. Sabía comportarse como uno más y pagaba las copas sin aparentar superioridad. Ni siquiera cometía esas indiscreciones tan típicas de los periodistas y escritores, a los que estaba acostumbrado en mis tiempos de policía, cuando esa fauna acudía a la comisaría a documentarse sobre tal o cual delito.

Delforo y yo llegamos a intimar, o casi. Le gustaba hablar de su oficio a altas horas de la madrugada, apoyados en el mostrador de cualquier bar. Y a mí me gustaba escucharlo. Hablaba de su trabajo de escritor como lo haría un albañil, o un mecánico, del suyo. Relataba con sencillez su dedicación a escribir, consciente de los desafíos que entraña el conocimiento de un oficio. Algo muy diferente de lo que hacían los otros escritores o periodistas que yo había conocido.

«Mira, Toni —me decía—, yo subordiné los recursos estilísticos a las necesidades de la historia, ¿entiendes? Trabajo con las palabras de la misma manera que otros trabajan con ladrillos y cemento, para construir algo que sirva y se entienda. Y creo que las palabras deben ser justas y verdaderas, ligadas a la

percepción de la realidad, o de parte de ella, desde un lugar nuevo. Y quiero decir con eso de lugar nuevo, desde mi propuesta de mirada. ¿Entiendes lo que te digo?» .

Lo entendía, o creía entenderlo, y me gustaba que me hablara de esa manera. La gente como yo admira a los que hablan bien, a los que saben expresarse con propiedad.

Aplasté el Ducados en el cenicero y giré el rostro. Lola me sonreía desde la puerta, con una bandeja en la mano en la que había dos vasos chatos. Se había cambiado de ropa, ahora llevaba un pantalón negro entallado y una camiseta de mangas cortas de tonos verdosos.

Me puse en pie y ella se acercó a la mesa.

—¿En qué pensabas? —Dejó la bandeja—. Estabas como ido.

—En tu marido. Lo conozco desde hace más de veinte años y nunca me había dicho que viviera en esta casa, ni que estuviera casado.

—¿No te lo ha dicho? Eso es típico de él, detesta el matrimonio, ya ves, y en el fondo se avergüenza de ganar dinero y de vivir en este barrio. ¿Quieres que te diga una cosa? Nos hemos pasado los cinco años que llevamos casados separándonos y volviendo a juntarnos. A veces pienso que se trata de un psicodrama argentino. Pero la casa es mía, ¿sabes? La heredé de mis padres, soy hija única. Juan no quería vivir aquí, solía decirme que si lo hacía podría convertirse en un escritor catatónico, de esos «que tardan seis páginas en subir una escalera» . Prácticamente le obligué a vivir aquí, ésta ha sido mi casa toda mi vida, aquí frente al Retiro, con los ricos. En algunas de sus novelas ha sacado esta casa, pero como morada de los malos, de los ricos corruptos... Mi padre era notario y menos mal que no lo conocí, de eso me alegro mucho, mi padre era el prototipo de los notarios de derechas.

—Siempre me insistía en que estaba divorciado, Lola.

—¿En serio? ¡Qué barbaridad! —Se encogió de hombros—. Aunque algo de razón tenía cuando te contó eso. Juan se divorció dos veces antes de casarse conmigo. Sin embargo, es típico de él hacerse pasar por un tipo solitario, sin ataduras, un bohemio. Supongo que esta casa y una esposa que trabaja en publicidad no coincidían con la idea que tiene sobre sí mismo. A mí también me ha sacado en casi todas sus novelas con toda clase de nombres, es posible que la razón sea que me tiene más a mano. Una? veces soy Lola Blumber, otras Charo, Manolita, Clara..., hasta Vanesa me he llamado. Pero siempre me describe tal como soy, por eso sé que se trata de mí. A ti también te ha sacado... y mucho más que a mí. Te llama Toni Romano, como ya sabes. ¿No has leído sus libros?

—Sólo el primero..., bueno, el que yo creo que es el primero. Y no me gustó nada que me llamara Romano, me llamo Carpintero.

—En el fondo los dos somos personajes de una novela de Delforo, ¿verdad? —Cogió uno de los vasos y me lo tendió—. Mira a ver si está a tu gusto. He

aprendido que prefieres el gin-tonic con limón gracias a las novelas de mi marido. —Levantó el vaso y yo hice lo mismo—. Chin, chin, Toni... Por nosotros, personajes de Juan Delforo. Tenía ganas de conocerte, en serio.

Levanté mi vaso y también bebí. Estaba perfecto, con dos cubitos de hielo, como debe ser. Y con una buena ginebra, quizá Bombay Sapphire Medalla de Oro o Beefeater. Y añadí:

—No creo que yo sea como me pinta tu marido, Lola. Pero también me alegro de conocerte.

—Sin embargo, hasta ahora te pareces bastante a la imagen que tengo de ti, Toni. Debes leer el resto de sus novelas, al menos en las que sales tú. Son seis y han tenido cierto éxito. No el esperado por él, claro, pero el suficiente. Conmigo es diferente, describe muy bien mi físico y como te he dicho antes, me reconozco bastante en sus novelas. Pero otra cosa es la personalidad de los personajes que me atribuye. A veces me saca como una comehombres, una zorra, otras como una pasiva mujercita... y hasta de asesina. Menos mal que no has leído nada de mí, sacarías una pobre impresión mía.

—Prefiero las experiencias reales a las literarias, Lola.

—¡Vaya! ¿Lo has visto? ¡Hablas como Toni Romano, es increíble! ¡Ni él mismo lo hubiera dicho mejor! ¿No te lo decía?

No contesté a eso y volví a beber otro trago —no es conveniente que el gin-tonic se agüe— mientras la esposa de Delforo continuaba mirándome con un chispazo alegre en sus ojos. Dejó el vaso en la bandeja y añadió:

—¿Te has molestado?

Se había quedado pensativa, balanceando la pierna cruzada sobre la otra.

—No, no me he molestado, pero en los últimos tiempos no he estado mucho con Juan. Nos vimos por casualidad en un bar, justo el día del crimen, pero a las cinco de la tarde. Llevaba varios meses sin verlo, quizá dos meses o un poco más. Varias veces llamé a su puerta... —Me detuve, pero continué enseguida. Ya debía de saberlo, había salido en toda la prensa—. Te decía que llamé varias veces a la puerta de su apartamento y otras lo llamé por teléfono. Pensé que estaba de viaje o algo así... o que se había mudado y dejé de preocuparme.

Ahora me sonreía.

—Toni, yo sabía que tenía alquilado ese apartamento. No te preocupes. Y es mentira que lo utilizara como picadero, tal como ha declarado el portero. No digo que no se haya llevado allí a alguna mujer, pero de eso a presentarlo como un Casanova obsesionado con el sexo va una diferencia. No entiendo por qué se han empeñado los periodistas en presentarlo así.

—Los periodistas cumplen órdenes.

—Vaya, caramba, ¿es que conoces a muchos periodistas?

—A bastantes. En mis tiempos en comisaría aparecían por allí para documentarse sobre sucesos. Te digo que los conozco.

—Ha sido increíble, Toni. He tenido una bandada de periodistas de todas clases, incluso corresponsales y de la prensa extranjera, intentando entrevistarme. Sólo cuando Matos me indicó lo que tenía que decir, acepté dos o tres entrevistas en medios que Matos consideraba importantes.

—¿Y qué fue lo que te indicó Matos que dijeras?

—Sobre todo que Lidia, desde que era joven, se dedicaba a fantasear sobre los hombres, se figuraba que todos los tíos que conocía andaban detrás de ella, se enamoraban, vamos. Pero lo más curioso de todo es que esas declaraciones mías no salieron nunca en la prensa, o cuando salían estaban deformadas. Y todavía más curioso, Matos se alegraba de que eso ocurriera así, ya ves.

—¿Y eso por qué?

—No lo sé, cosas suyas, supongo. Pero me exigía que cuando me hicieran una entrevista usara yo otro magnetófono con permiso del periodista. Lo hice todas las veces que me entrevistaron.

—Esta mañana he leído un reportaje en un periódico del domingo pasado, *El Universal*, donde tú te niegas a hablar.

—Órdenes de Matos. Ese periódico es gubernamental, según él. —Se quedó unos instantes en silencio y añadió—: Lidia... Qué suceso tan desagradable, ¿verdad? Sobre todo por la atención mediática que tiene. ¿Sabes que no han aumentado la venta de las novelas de mi marido desde que lo detuvieron? Yo diría, incluso, que las han retirado de las librerías más importantes. Es increíble, incluso le han negado las reediciones. El cree que lo odia todo el mundo. ¿Sabías que Lidia había sido alumna suya en la facultad de periodismo?

—Lo acabo de leer en el periódico.

—Bueno, Lidia y yo fuimos alumnas suyas en la facultad. —Soltó una carcajada—. Las dos estábamos enamoradas de él, pero se casó conmigo. Era un buen profesor y nosotras muy jóvenes, nos fascinó a todas. Mi marido es un seductor nato, eso sí que lo debes de saber. Hasta a ti te ha seducido, Toni, y no parece la jovencita que era yo entonces..., bueno, que éramos. Sólo fue profesor ese año, renunció para dedicarse a escribir novelas, no soportaba la vida académica, la despreciaba. —Se puso en pie y se dirigió a una de las estanterías, sacó un libro de lomos azules y me lo mostró—: Nos dio un curso sobre «Realidad e imaginación en la construcción del relato en Isaac Babel», el tema de su tesis doctoral. —Agitó el libro y volvió a colocarlo en su sitio—. Sin duda es su mejor trabajo, adoraba a Isaac Babel. Creo que es el escritor, fuera de él mismo, al que más admira.

Volvió a sentarse y la observé beber un trago.

—Lidia era..., no sé cómo decírtelo..., era muy inteligente, desde luego, muy estudiosa, la primera de la clase siempre, pero no sé, un poco extraña, quería ser famosa, importante y realmente creía que cualquier hombre que veía, cualquiera de nuestros compañeros de clase, los amigos, los profesores... andaba

detrás de ella, ¿comprendes? Pensaba que todos la cortejaban.

—¿Y era verdad? —le pregunté.

—Vamos, Toni, las chicas nos damos cuenta a partir de los doce años de que lo primero que piensa un hombre al vernos es: ¿ésta es de las que podría ligarme?, lo intenten hacer o no. Es un mecanismo reflejo, un atavismo del macho primitivo que servía para perpetuar la especie. Al servicio de la supervivencia de la especie, los machos debían fecundar a todas las hembras posibles en edad de ser fecundadas. Una mujer sin fecundar era un desperdicio genético. Eso era antes, ahora ese reflejo se ha convertido en una recurrente fantasía masculina, nada más... Pero, disculpa, me pongo pedante sin darme cuenta, resabios de ser psicóloga..., te estaba hablando de Lidia, lo de ella era..., bueno, nos lo tomábamos a broma, claro, y ya sabes, teníamos diecinueve, veinte años No he vuelto a acordarme hasta ahora, cuando Matos tomó el caso y me dijo lo que tenía que decir en las entrevistas.

Verás, Lidia creía que nosotras, sus compañeras, nos íbamos a la cama con todos los profesores que podíamos, para que nos dieran buenas notas y nos enchufaran en la tele. Como ella no se acostaba con nadie, ésa era la razón por la que no la trataban bien y la marginaban. Estaba obsesionada con eso. Dime, ¿conociste a Lidia?

—No, y tu marido nunca me ha hablado de ella. Tu marido me ha mantenido al margen de su verdadera vida. —Bebí otro trago de gin-tonic y extraje otro Ducados—. ¿Te importa que vuelva a fumar?

—Por supuesto que no, a veces fumo, en realidad les tengo envidia a los fumadores. —Se quedó pensativa—. Es extraño que no te haya hablado de Lidia, ni de..., bueno, ni de mí. Le gusta presumir de sus mujeres. —Otra vez volvió a quedarse pensativa—. Ojalá puedas ayudar a mi marido, Toni. Él confía mucho en ti. ¿Has pensado en algo concreto?

Me removí en el asiento.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, estás aquí porque vas a ayudar a mi marido, ¿no es así?

Me quedé de piedra y se debió de notar mucho porque se apresuró a añadir:

—¿He dicho algo inconveniente?

—Espera un momento, ¿quién te ha dicho que voy a ayudar a tu marido?

—¿No te ha dicho nada Matos?

—No, no me ha dicho nada. Antes de ayer me llamó por teléfono y me propuso cenar con él, le dije que no.

—¿Le dijiste que no? —Parecía sorprendida—. ¿Te llevas mal con Matos? Es un poco..., quiero decir, que comprendo que no te guste. A Matos hay que entenderlo. Pero es un buen abogado, un águila. ¿Sabes cómo le llaman? «El crótalo de las Audiencias». Pero aparte de lo que sea o pueda ser Matos, mi marido confía en que tú le ayudes. Me lo ha dicho bastantes veces. Sabía que él

sería el primer sospechoso. Y no me preguntes por qué, porque no sabría responderte. «Tengo que llamar a Toni —me decía—. Éste es un caso para Toni Romano». Delante de mí te ha llamado varias veces a tu casa, pero no respondías al teléfono.

—Lo he dejado fuera de servicio. Ahora tengo esta mierda. —Saqué el móvil del bolsillo, se lo mostré y lo volví a guardar—. No puedo permitirme dos teléfonos.

—Claro, él no sabía eso. «¿Dónde está Toni? —me preguntaba—, ¿por qué no coge el teléfono?». Más de diez llamadas te ha estado haciendo, pero nunca desde nuestros teléfonos, lo hacía desde distintos teléfonos públicos, muy de novela policiaca. Pero eso era al principio, antes de que lo detuvieran. Sé que él no asesinó a Lidia, Toni, en serio. De lo único que estoy segura es de que mi marido no es capaz de matar a nadie. Yo lo conozco bien. ¿Por qué no quieres ayudarnos, Toni?

No le contesté. Y ella añadió:

—Pero..., pero habrás oído las cintas, ¿verdad?

—¿Cintas? ¿Qué cintas?

Se adelantó en el sillón y se me quedó mirando con los ojos muy abiertos.

—¿No has recibido las cintas? Yo misma fui a Correos y te las envié a tu casa en un paquete. Juan me dijo que no fuera personalmente a verte, no era conveniente que te relacionaran conmigo. Esto fue, espera, un par de horas antes de que lo detuvieran. ¿No las has recibido?

—No, no he recibido nada.

Se tapó la boca con la mano.

—Eran unas cintas que Juan fue grabando. Eran..., me dijo que eran sus impresiones sobre el crimen. ¡Oh, dios mío! ¿Nos ayudarás? Te..., te lo pido por..., por favor. ¿Lo harás? Te suplico que vayas a ver a Matos y lo escuches. Después di que no, si quieres, pero ve a verlo. ¿Quieres que lo llamemos ahora mismo y quedáis citados? Por favor, Toni..., ¿tengo que suplicarte?

Entonces hizo algo que no me esperaba, que no hubiese esperado nunca. Se adelantó en el sillón y me acarició la mejilla.

Golpeé con fuerza la puerta de la portería. No respondió nadie. Acebes debía de estar ocupado en sus correrías por los bares de la zona. Sonó mi móvil. Era Catalina *la Grande* y debía de llamarme desde el Burbujas, se escuchaba música de fondo y tintineo de copas.

—¿Toni?

—Sí, soy yo, Catalina, ¿ocurre algo?

—¿Fuiste al gimnasio ese?

—Sí, ayer, después de dejaros. Estuve con Silverio y perdona que no os llamara, pero he estado muy ocupado.

—¿Puedes venir, Toni? Tengo que hablarte.

—No puedo ahora, Catalina. Tengo una cena dentro de una hora.

—¿Y después, Toni? Nosotros cerramos a las cinco de la mañana, ya sabes.

—No sé a qué hora terminaré. ¿Por qué no quedamos mañana?

—Vale, mañana. Pero esto es cosa mía, Toni. Juanita no sabe que te he llamado, no le digas nada, ¿eh?

—De acuerdo, Catalina, iré a verla en cuanto pueda.

Escuché ruidos en el patinillo y me asomé. Un hombre ataviado con un mono azul de trabajo limpiaba el suelo con una fregona.

Lo llamé:

—¿Oiga?

Era de edad madura, de baja estatura, moreno y fornido, con el rostro ancho. Un hombre fuerte como un toro.

—Disculpe, ¿sabe dónde está el portero?

—¿El señor Acebes?

—Sí, Acebes. ¿Sabe dónde está?

Negó con un movimiento de cabeza. Sobre el bolsillo superior del pecho llevaba cosido un cartelito: «Limpiezas Ochoa».

—No, señor, no sé dónde puede estar. Yo soy de Limpiezas Ochoa. —Se señaló el cartelito—. Nos llamaron para sacar el cubo de la basura y limpiar la escalera.

—¿No conoce al señor Acebes?

—Bueno, no, señor, no lo he visto. A mí me dijeron que viniera a limpiar, y a le digo. Pregunte en la empresa. A lo mejor ellos saben.

Me dio un número de teléfono y me indicó que el jefe se llamaba señor Ochoa. Allí mismo lo llamé por el móvil. El hombre me observaba, apoyado en la fregona.

—¿Señor Ochoa? Me llamo Antonio Carpintero y soy inquilino del edificio de Esparteros 6, necesito ver al señor Acebes, el portero. ¿Sabe dónde puedo encontrarlo?

La voz masculina era suave y silbante, con marcado acento extranjero.

—¿El señor Acebes? Bueno, no lo sé... Él nos suele llamar cuando se ausenta. Es un antiguo cliente. Nos llama cuando se va de viaje o se pone enfermo.

—¿Y está enfermo o se ha ido de viaje?

—Bueno, eso no se lo puedo decir, no me lo dijo, me llamó hará dos días para que uno de nuestros empleados lo sustituyera unos cuantos días. Creo que se iba a la boda de un sobrino.

—¿Y le dijo dónde era esa boda?

—Pues, no..., no se lo pregunté y él pues no me dijo nada, ya ve.

—¿No suele dejarle un número de teléfono para contactar con ustedes?

—Sí, lo deja... Espere un momento.

Miré al hombre y éste se puso en movimiento y continuó fregando el patio. Al

instante, volví a escuchar la voz del señor Ochoa.

—Aquí lo tengo, ¿tiene con qué apuntar?

Era el número de un móvil y lo registré en el mío. Le di las gracias y subí unos tramos de escalera y lo llamé al llegar al primer piso. Estaba desactivado.

En el Jockey las mesas tenían manteles rojos y velitas. Y la gente hablaba sin elevar demasiado la voz, todos bien vestidos, de gestos medidos, haciendo tintinear las copas. Algunas de las mujeres eran bellas, otras lo parecían. Sostenían los cigarrillos de esa manera tan especial, con la mano hacia atrás y los dedos índice y corazón retraídos. Los camareros se deslizaban por la moqueta sin hacer ruido, como sombras. Las paredes estaban tapizadas de cuadros hípicas antiguos y litografías de caballos.

Un restaurante para caballeros.

En el vestíbulo aguardé a que el *maitre* se diera cuenta de mi presencia. Llevaba el inevitable esmoquin y se acercó con una sonrisa de adorno. Estaba bien rasurado.

Igual que yo.

—¿Busca a alguien, señor? —me preguntó.

—Sí, la mesa de Cristino Matos. No lo veo por aquí.

—El señor Matos se encuentra en un reservado. ¿Me acompaña? Es por aquí. —Señaló con la mano y caminé delante de mí entre las mesas. Le seguí.

Los reservados se encontraban al final del local. Conté tres, pero debía de haber más. Eran biombos de madera que formaban semicírculos. El *maitre* se detuvo ante uno de ellos y señaló el interior con la mano extendida. La puerta estaba abierta.

Formaba un espacio amplio, ocupado por un aparador antiguo de madera barnizada, una mesa redonda cubierta por un mantel blanco bordado, sillas con posabrazos y dos servicios cuya cubertería refulgía como si fuera plata auténtica. En el centro de la mesa un búcaro con flores frescas alegraba la vista. Había copas como para celebrar una boda.

En un rincón se encontraban dos sillones tapizados de rojo, alrededor de una mesa baja en la que había dos ceniceros de cristal tallado. Y allí estaba Matos frente a un sujeto que le estaba diciendo algo en voz baja.

Matos había engordado y cambiado de sastre. Quizá su sastre fuera un genio intentando disimularle la barriga, pero había sido inútil. El otro hombre era alto,

de cabellos cortos y blancos y vestía una chaqueta azul y pantalones grises. Se inclinaba sobre Matos como si se lo quisiera comer. Matos asentía en silencio con la mirada baja.

Escuché: «Te lo advierto, no me vayas a joder porque te machaco, ¿lo entiendes? Te hago papilla...». Luego Matos levantó la cabeza y me vio. Su expresión era vacía, ajena, como si observara manchas en una pared. Pero me reconoció, distendió la boca en una sonrisa y se puso en pie con brusquedad, abriendo los brazos como si me diera la bienvenida.

—¡Vaya, Toni, qué bien, ya estás aquí!

Me dio la impresión de un boxeador al borde de ser noqueado, salvado por la campana en el último segundo. Yo era la campana. Matos me abrazó y me palmeó la espalda; el otro sujeto se había quedado inmóvil, mirándonos fijamente.

—¿Cómo te va, Toni? ¡Qué alegría verte, hombre, estás igual, igualito!

—Sí, estoy hecho un chaval, Matos.

Entonces pareció darse cuenta de la presencia del otro.

—Mira, Toni, éste es un amigo... Ha pasado a saludarme.

El sujeto se puso en pie y despacio me tendió la mano.

—Manuel Estrachan —dijo.

—Antonio Carpintero —le contesté.

Nos estrechamos las manos. La suya era fuerte, cálida.

—Bien, abogado... —le dijo a Matos—, vuelvo a mi mesa.

—Sí, Manolo, claro... Ya sabes, nos llamamos, ¿eh? —contestó Matos.

Lo taladró con una mirada fría y azulada.

—Claro, abogado, por supuesto —respondió.

Matos se limitó a inclinar la cabeza. Contemplé al sujeto sortear al *maitre* y caminar hacia el salón principal. Matos volvió a golpearme la espalda y se dirigió al *maitre*, que no se había movido.

—Mira, Arturo, éste es mi amigo Antonio Carpintero. Tráenos dos gin-tonic antes que nada, pero de mi ginebra, ¿eh? No te vayas a equivocar.

—Al mío le añade un chorreón de limón puro exprimido —le señalé.

—Eso es, con un poco de limón. Se me había olvidado. Y en vaso ancho y bajo, ¿eh? Que no se te olvide.

—Sí, don Cristino, ahora mismo.

—Vale, gracias, Arturo.

Me empujó hasta una de las sillas y nos sentamos. Me di cuenta de que ya no llevaba aquellas gafas de montura negra. Se había puesto lentillas o se había operado de la vista.

—Bueno, Toni, bueno... Qué alegría verte, en serio. Cuánto tiempo, ¿verdad? Oye, estás igual, Toni, y o diría que mejor, estás en forma, tío.

—No jodas, Cristino, estoy diez años más viejo. Igual que tú.

—¿Te ha sorprendido que defienda a Delforo?

—Si quieres que te diga la verdad, sí, Matos. Me ha sorprendido. ¿Ya no estás con el obispo?

—¿Con el obispo? ¡Quita, hombre! Eso fue en la Edad Media, cuando empezaba. Ahora tengo un bufete propio. Pero espera un momento, ¿no sabes que Delforo y yo fuimos al mismo colegio? Pues sí, se llamaba Studium, un colegio privado bastante caro. Coincidimos tres años en las mismas aulas. Luego yo me fui a estudiar a Roma y dejamos de vernos. Por aquel entonces Delforo ya quería ser escritor, nos hablaba de los libros que iba a publicar. Y ya se inventaba un pasado turbulento, de niño pobre hecho a sí mismo. En realidad era de buena familia, su padre era ingeniero de caminos, creo. Nos contaba historias inverosímiles con mujeres de todas clases... Nos dejaba con la boca abierta, era muy buen narrador, un embustero compulsivo. La profesión de escritor es la perfecta para un embustero, así puede inventarse un pasado y aventuras sin llamar la atención.

—¿Y la de abogado, Matos? ¿Cuáles son las condiciones que hacen falta para ser abogado?

—Paso corto, vista larga y mala leche —contestó rápidamente y soltó una carcajada, pero cambió rápidamente y me preguntó—: ¿Qué opinas de todo esto, Toni?

—Ha sido una sorpresa.

—Sí, claro... Lo ha sido para todos.

—Pero me ha servido para descubrir la verdadera cara de mi vecino Juan Delforo. Me ha estado engañando durante muchos años. Al menos he aprendido algo.

—Es cierto, Delforo es..., bueno, muy embustero, lo lleva en la sangre, por así decirlo. Pero no lo hace con mala intención. Quiero decir, no saca provecho de sus mentiras, simplemente le encanta vivir vidas ficticias. Es el alimento de su alma de escritor, sin eso moriría de sequía creativa. La vida real, la que vivimos tú y yo, y la mayoría de los simples mortales, no es suficiente para los escritores. Una vez, siendo ambos muchachos, me dijo que una sola vida era una estafa.

—Durante todos estos años lo creí. Era mi vecino, un tipo simpático que decía ser escritor, que vivía con modestia en sesenta metros cuadrados. Un obrero de la pluma, un jornalero de la escritura, solía decirme. Le encantaba que le llevara a los peores tugurios de Madrid, a los burdeles más sórdidos, a los garitos clandestinos de dados... Y disfrutaba como un loco... Y luego resulta que es un tipo casado y rico, que tiene otra vida. Eso es una mierda, Matos, no aguanto a los embusteros.

—Sin embargo no te ha mentado en lo fundamental. Su oficio es el de urdidor de mentiras que deben parecer verdaderas y reales. En eso no te ha mentado, Toni... Y otra cosa, ¿le hubieras tratado igual si llegas a saber de verdad de quién

se trataba? Piénsalo un poco.

—No me jodas, abogado, tenía que haberme dado esa oportunidad.

—Nadie conoce de verdad a nadie, Toni, y eso tú lo sabes muy bien. De todas maneras, te admito que Juan Delforo es especial. Sin embargo te tiene afecto, siempre me ha hablado muy bien de ti. Y te ha sacado en varias novelas.

—Sí, eso creo. Me llama Toni Romano.

—Bueno, ¿sabes por qué? Me lo ha contado muchas veces. Decía que le recordabas a Toni Grazziano, el campeón mundial de los medios.

—¿Grazziano? Vaya gilipollez.

—Otras veces me decía que era por otro personaje de novela, Toni Rome, un detective que hizo Frank Sinatra en el cine y que a él le gustaba mucho, un homenaje. En fin, también me habló de Pepe *el Romano*, un personaje de *La casa de Bernarda Alba*, el drama de Lorca. Ese personaje que no sale nunca pero que vuelve locas de deseo a las hijas de doña Bernarda. Pero ¿qué importa eso, Toni? Son las fantasías de un escritor. Pero hablemos de otra cosa. ¿Vas a ayudarnos? Necesito saberlo y, sobre todo, cuánta pasta quieres. Delforo me confesó que andas jodido de dinero, que sigues con el póquer.

—Me hacéis mucha gracia tú y Delforo, Matos. Todos vosotros, gente que nunca habéis tenido problemas con el dinero. Creéis que todo se arregla con pasta, como tú con el famoso turrón de guirlache. Sois capaces de cualquier cosa: matar, engañar o vender a vuestras madres con tal de conseguir pasta. Os conozco muy bien.

—Oye, ¿qué es eso del turrón de guirlache?

—¿Se te ha olvidado? Hace diez años me enviaste por Navidad dos tabletas de guirlache, supuestamente elaborados por unas monjitas, pero con cien mil pesetas dentro. Una astilla para que diera carpetazo al asunto del cura maricón que expoliaba el patrimonio de su iglesia. Y no pongas esa cara, lo descubrí años después. Le regalé el jodido turrón a mi prima Dora sin saber lo que contenía.

—¡Venga ya, hombre! Pero ¿qué dices? ¿Mandarte yo cien mil pesetas en un turrón?

—Eran dos tabletas de guirlache, en cada una de ellas había un sobrecito con cincuenta mil pesetas de las de entonces.

—¿Guirlache? ¿Yo te he regalado turrón de guirlache? Vaya, pues no me acuerdo. ¿Y cuándo fue eso, Toni?

—Cuando el asunto aquel del falso robo de un cuadro de la parroquia de San Lázaro, ahí en la calle Desengaño. El cura pedófilo que organizó el robo. No me acuerdo del nombre de ese pájaro, pero debe de estar consignado en el expediente. ¿Te vas acordando, Matos?

—Bueno, sí..., vagamente, Toni... ¿Y yo te regalé turrón?

—No era un turrón normal. Y debiste de regalar bastante turrón aquel año, porque el caso se cerró.

—¿Y estás seguro de que fui yo el que te intentó comprar? ¿Guardas alguna nota, una carta, algo que lo pruebe?

—No, no conservo nada, Matos. Pero dejemos esta mierda, ¿vale? Ya no tiene sentido hablar de eso.

—No me acuerdo, Toni, en serio, ¿cien mil pesetas? Si tú lo dices..., pero dejemos eso... Oye, qué tiempos aquéllos, ¿eh, Toni? La mejor época de mi vida... Pero tú, ¿qué tal? ¿Te has casado o algo así?

—No, no me he casado.

—Yo tampoco, sigo soltero y sin compromiso. —Metió la mano en la sobaquera y me tendió una tarjeta por encima de la mesa, entre las flores del jarrón—. Es la dirección de mi bufete.

El bufete se llamaba Matos & Spencer. Lawyers. La dirección correspondía al Paseo de La Castellana. Me la guardé en el bolsillo y Matos añadió:

—Spencer es mi socio en Estados Unidos, en Miami. Bueno, es socio minoritario, yo soy el dueño. Tengo una filial en Miami, voy para allá una vez al mes o así. Tenemos bastantes asuntos con los yanquis. Ya sabes cómo es la legislación americana, necesitas a alguien de allí, una empresa yanqui, para poder poner los pies.

—¿Quién era ese Manuel Estrachan que estaba contigo, Matos?

—¡Ah! ¿Ése? Un amigo..., bueno, un antiguo cliente del bufete.

—Es policía o militar, Matos... o lo ha sido.

Me dio la impresión de que se sorprendía.

—¿Militar? Sí, me parece que sí... Pero no estoy seguro..., es posible.

En ese momento entró un camarero de chaquetilla blanca con una bandeja y dejó sobre la mesa nuestros gin-tonics y una serie de platitos y cuencos con toda clase de almendritas, saladitos, cremas de varios colores y texturas, rebanaditas de pan tostado, pescadito frito, incluidas las gambas atigradas, y un plato con embutidos ibéricos. Con eso se podía ya cenar.

—¿Cuándo quiere ordenar la cena, don Cristino? —le preguntó el camarero.

—Dile a Arturo que venga dentro de..., de unos veinte minutos o así. Bueno, no, de media hora. Sí, eso es..., media hora.

—Como usted mande, don Cristino.

El camarero se marchó y Matos levantó su vaso.

—Brindemos, Toni. ¡Por nosotros!

Levanté mi vaso y bebí un sorbo. Matos continuó:

—Cinco años de abogado de oficio, Toni. Pocos abogados pueden tener más experiencia que yo. Me conozco de pe a pa las comisarías y los calabozos. Se dice pronto, cinco años. —Yo lo contemplaba sin decir nada, sorbiendo el gin-tonic. Bajó la voz—. Por eso me dedico ahora al derecho penal, ¿lo sabías?

—Tú no cambias, Matos.

Soltó una carcajada.

—Es verdad, aunque ya no soy aquel muchacho del turno de oficio, he madurado, Toni. Me he hecho más..., no sé, más realista, supongo.

—Cuando nos conocimos ya habías dejado el turno de oficio, currabas para el obispo de Madrid.

—Sí, es verdad, me hago un lío con las fechas. Oye, ¿qué ha sido de aquel compañero tuyo tan cachondo, ése tan simpático..., espera... ¿No era Nico Sepúlveda?

—Nico, sí... Era mi segundo en el Grupo de Noche. Sigue en Miami, se encarga de seguridad privada y todas esas cosas.

—Erais muy amigos, ¿verdad?

—Sí, lo éramos.

—Íbamos a todos esos bares de Madrid tan simpáticos, La Joya, en la calle Postas, el Danubio Azul, la Gaditana del callejón de Cádiz... Eran unos bares cojonudos, qué lástima que ya no existan. Cuando terminabais el turno de noche y o os esperaba y os acompañaba a tomar cañas, ¿te acuerdas del Burbujas de Oro, ese bar de chicas? Gracias a vosotros he conocido unos bares que..., bueno, de otra manera hubiese sido imposible. ¿Te acuerdas? Íbamos también a Bodegas Rivas, de la calle de la Palma, al Bar José en Acuerdo... ¡Joder, qué tiempos, Toni! ¿Te acuerdas de un compañero vuestro, uno que le llamabais el Yumbo? Me parece que era un antiguo lejía, llevaba un gorro de legionario y estaba todo el día pedo en ese bar, La Joya.

—Ése no era policía, Matos. Era un antiguo *confite* que se convirtió en mi amigo. Y murió hace mucho tiempo. Lo mataron. Oye, Matos, ¿qué te pasa? ¿Nos vamos a tirar toda la noche de recuerdos?

—Eh, eh..., vamos, Toni, ¿qué te pasa, hombre? Estamos aquí los dos tomándonos un gin-tonic la mar de bien. No lo estropees, joder. Tú y yo siempre nos hemos llevado bien.

—Dime de una vez quién coño era el tío que estaba aquí contigo, ese tal Manuel Estrachan. Y no te hagas el loco, Matos, que te conozco.

Lo vi quedarse rígido. Se llevó el vaso a los labios y tomó un largo trago, pensativo.

—Bueno, quiero ser sincero contigo, Toni. Estrachan en estos momentos está en La Zarzuela, en Seguridad.

—¿Es el jefe de Seguridad del Rey?

—Bueno, jefe, jefe, no creo, pero trabaja en La Zarzuela, que viene a ser parecido o lo mismo. ¿Satisfecho? A veces me tocas los cojones, Toni, en serio.

—Sí, no te lo niego. Soy insoportable, pero estoy viejo y cansado y aburrido. Pero no aguanto cualquier cosa de cualquiera. En caso contrario estaría ahora en la Policía y habría ganado de sobra las oposiciones a comisario. Y en ese caso, tú no me habrías llamado y yo no estaría aquí. ¿Me explico?

Matos tomó una cartera de cuero negra que tenía en una silla próxima y la

abrió. Se puso a consultar papeles.

—Matos, ¿te sabes el sumario?

—De memoria, Toni. ¿Por qué me lo preguntas?

—Es una chapuza. Un diario y la similitud entre el arma del crimen y la del sospechoso. Eso no son pruebas, son indicios.

Tenía la cabeza metida casi en la cartera, registrándola. Me miró asombrado.

—¡Claro, por supuesto, por eso vamos a ganar! ¿Sabes cuántas Makarov hay en España? Unas cuatrocientas. Y más de dos millones en todo el mundo. Esas pistolas que fabricaban los soviéticos eran muy resistentes. Duraban toda la vida. —Me mostró dos hojas, tamaño folio, unidas por una grapa—. Es del diario de Lidia, Toni. Echale un vistazo, anda. Sales tú.

Eran fotocopias aumentadas, escritas por un solo lado con tinta negra y letra picuda. El encabezamiento de la primera era de cinco años atrás.

—Lidia era la hija de Helena Ortuño. Tuviste un rollo con ella hará unos cinco años, cuando saliste de la Policía y te pusiste a trabajar en el garito de Maruja. ¿Te acuerdas?

—Sí, me acuerdo de Helena. Y esa Lidia se parece bastante a su madre, pero a la chica no la he visto nunca. Su madre nunca me habló de ella. ¿Qué coño es esto, Matos?

—Léelo, Toni.

Ponía:

23 de febrero de 1995

Escribo por la mañana. Ayer fue mi cumpleaños, ya tengo nada menos que veintidós tacos, soy una vieja. Mi madre no se acordó de felicitar me, ya ves. Esta noche ha vuelto a casa otra vez borracha con ese rufián que tiene ahora de novio, un macarra patibulario y soez, un tal Antonio Carpintero, al que ella llama Toni. Ha debido de conocerlo en un estercolero, en un bar de esos que ella frecuenta o en algún garito de cartas. Los escuché entrar a eso de las cinco de la madrugada.

Es posible que el rufián la llevara a cuestras, porque hicieron mucho ruido con la puerta y me despertaron. Estuve a punto de levantarme y vestirme, pero me dio miedo. Los escuché hablar y reírse y sentí que acostaba a mi madre en su cama. Luego trasteó en la cocina, como si quisiera prepararse un café, y recorrió la casa abriendo y cerrando puertas.

Yo estaba helada de miedo, temiendo que entrara en mi cuarto. Tomé la decisión en ese momento de no demorar más cambiarme de casa y no volver a vivir más con mi madre.

Pero mi angustia no acabó ahí, sentí que la puerta de mi dormitorio se abría y se me heló la sangre en las venas. Yo estaba de espaldas a la puerta y me hice la dormida, respirando acompasadamente. Entonces sentí que el

sujeto aquel se acercaba a mi cama despacio, deteniéndose. Sentí su mano entre las mantas, una mano caliente y grande que empezó a acariciarme las nalgas entre mi ropa interior, hurgándome con los dedos una y otra vez. No sé cuánto tiempo estuvo así, creo que me desmayé.

Ha sido la peor noche de mi vida. Mañana me cambiaré de casa y empezaré a vivir sola.

—Esto es una mierda. ¿Qué le ocurría a esa pájara? Dice que he sido yo, pero no me ve nunca. Vaya tontería. Esa tía estaba zumbada, ¿no? ¿O qué le pasaba?

—Exacto, Toni, loca de atar. Clínicamente se llama «delirios paranoides de persecución». Cree que todos los hombres quieren follarla. Todo eso favorece a Juan, no va a ser difícil desmontar la teoría de que Juan la amaba con locura hasta el punto de matarla por celos. Y si desmonto eso, se acaba el móvil. El problema, Toni, es que ya eres testigo de la defensa, uno de mis testigos, y es posible que también de la fiscalía. Por otra parte, la madre ha declarado a la Policía que ella y tú tuvisteis una relación por la fecha del cumpleaños de Lidia, una relación que duró unos meses, y que ibas a su casa con frecuencia. No sabe lo que tú hacías porque ella regresaba castaña perdida y dormía la mona.

—Eso es cierto, solía llevarla a su casa cuando perdía el conocimiento por la bebida. Pero nunca me he acostado con una borracha. Me cansé de eso y lo dejamos, ninguno de los dos lo sintió demasiado. Creo que duró un par de meses o cosa así, no me acuerdo bien.

—Toni, lee la otra hoja, anda, es de este año, meses antes de que la mataran, la última vez que escribió en su diario. Empecé a leer:

8 de mayo de 2000

Quizás he metido la pata porque le he contado al profesor de quién estoy enamorada. Primero se ha asombrado y después se ha enfadado mucho, pero muchísimo, conmigo. Me ha tratado de loca y de fantasiosa. Yo creo que son celos, porque Juan sigue enamorado de mí, yo eso lo noto. También le dije que tenía miedo, mi vida corría peligro, he notado que gente rara me seguía por la calle y me vigilaba. Él se puso a presumir. Me vino a decir que me defendería, que tenía una pistola y que sabía disparar. Y luego insistió en dejármela, pero yo le dije que no. Insistió en que su amigo, ese macarra de Toni Carpintero del que tanto me habla, me podía ayudar. Había sido policía, y tenía confianza en él. Si yo quería, me podía proteger para que se me quitara el miedo. Le dije que no, no me gusta ese macarra. Pero él insistió, ese Toni podía cuidarme, convertirse en mi guardaespaldas. Yo le dije que jamás, ni muerta quisiera ver a ese individuo cerca de mí. Pero él insistía.

Me sentí muy mal por haber desvelado el secreto que había prometido

guardar. ¡Qué tonta soy! Pero me ha servido para conocer la verdadera personalidad de mi antiguo profesor y me ha dado miedo. Temo que se declare, porque sospecho que está dispuesto a casarse conmigo y dejar a Lola. Yo me negaré, claro. Creo que es capaz de cualquier cosa, incluso de acabar con mi vida.

—Bueno, ¿has visto qué mierda, Toni?

—Sí, es muy jodido. Lo incrimina directamente.

—Ah, oye, y otra cosa. Lola me ha dicho no sé qué de unas cintas que grabó Juan. Me ha jurado que te las envió hace quince días, cuando lo detuvieron. No habrás traspapelado el aviso de correos, ¿verdad?

—No he traspapelado nada, Matos. A mí no me escribe nadie, sólo mi banco y las empresas de publicidad baratas. No he recibido esas cintas.

—Toni, no quiero ocultarte nada. Sinceramente creo que podemos ganar el caso, pero hay varios puntos flacos. El fiscal cuenta con un testigo. La vecina de Lidia, una tal Ana Garcés, declaró que vio entrar a Juan en su casa el día del crimen a eso de las Ocho y media de la tarde con una botella de champán. Estarás enterado de eso, ¿verdad?

—He leído las declaraciones de Luengo en el periódico.

—Toni, lo más jodido que tenemos contra Juan es la vecina de Lidia. Tengo la transcripción de sus declaraciones a la Policía y son concluyentes, no manifiesta ninguna duda. En fin..., las cosas no son tan fáciles como parecen, sin embargo, nuestra baza más favorable, aunque parezca mentira, es el diario de esa chica. No tiene desperdicio. Según ella, todo el mundo se enamoraba de ella o se la quería tirar... Ha llegado hasta creerse que el Príncipe se había enamorado de ella, vamos, que eran novios. Lo nunca visto.

—¿El príncipe, qué príncipe?

—Coño, Toni, ¿qué príncipe va a ser? El único que tenemos, el príncipe Felipe, el hijo del Rey. Es una lástima que no te haya traído las fotocopias de su diario. Se veía ya como la próxima Reina de España.

Román Gades es demasiado joven y no parece policía. Me extrañó que al entrar en mi gabinete de trabajo se quedara mirando las paredes repletas de estanterías con libros. Yo me levanté del sillón donde leía.

—¿Quiere sentarse, inspector? —Le señalé el otro sillón.

—No, gracias, prefiero quedarme en pie.

Un mal comienzo. De pie dominaría la situación, podría moverse a su antojo, curiosear mis libros, tocar papeles. Sacó del bolsillo un cuaderno pequeño y un bolígrafo barato. Aguardé a que diera el primer paso.

Me había telefoneado el día anterior pidiéndome una cita para hablar sobre Lidia Ripoll. Se identificó como «el inspector Gades».

Maria, la asistente, se asomó a la puerta, detrás del policía:

—¿Desean tomar algo?

Puse un gesto de interrogación en mi rostro.

—¿Un café, una copa, inspector?

—No, gracias —manifestó el policía.

—Para mí tampoco, Maria. —Me dirigí al policía. Su insistencia en mirar los libros me estaba molestando—. Usted dirá, inspector.

—Como le dije por teléfono, estoy investigando a los que conocieron y trataron a doña Lidia Ripoll. Me gustaría que respondiera a unas cuantas preguntas. No voy a molestarle demasiado. Usted la conocía bastante bien, ¿verdad?

—Bueno, ya sabe lo que significa el término «conocer». Fue alumna mía en la facultad de periodismo durante el curso 94-95.

—¿La ha frecuentado desde entonces?

—¿Frecuentado? No sé si ése es el término correcto, inspector, para definir mi relación con Lidia.

—¿Cuál sería el término correcto, señor Delforo?

—Verá, a veces se establecen relaciones entre profesor y alumno que se escapan de los esquemas rígidos. Lidia se crió sin padre y yo me convertí en una especie de mentor, de figura paterna, por así decirlo. A veces me llamaba para pedirme consejo.

—¿Con qué frecuencia visitaba a la señorita Ripoll?

—¿Frecuencia? No sabría establecerla... Verá, han pasado años enteros sin

que Lidia y yo nos viésemos. De todas maneras, Lidia y mi esposa fueron compañeras de clase en la universidad y han mantenido un vínculo amistoso durante todo este tiempo. Hace unos meses me llamó cuando la contrataron en TV y me pidió consejo. Luego..., quiero decir, más recientemente, volvió a llamarme para consultarme sobre cierto problema de su vida afectiva. Eso es todo.

—¿La señorita Ripoll le dio detalles sobre ese problema afectivo?

—Los suficientes.

—Entonces, la señorita Ripoll ¿qué era para usted? ¿Una amiga?

—Exalumna convertida en amiga.

—Ya..., y su esposa también fue alumna suya, ¿verdad?

—Así es, inspector Gades.

Me quedé observándole escribir en el cuadernito.

—Dígame, señor Delforo, ¿llevó alguna vez a la señorita Ripoll al apartamento que tiene alquilado en la calle Esparteros?

—¿Al apartamento? Sí, una vez o dos. Ese apartamento lo utilizo como despacho para documentarme sobre mis novelas. Allí estoy tranquilo, nadie tiene ese teléfono y nadie me llama, ni me molesta. ¿Esto es un interrogatorio?

—¿Un interrogatorio? No, de ninguna manera, le estoy haciendo unas cuantas preguntas, nada más. ¿Cuándo fue la última vez que visitó a doña Lidia Ripoll?

—¿La última vez? Fue a finales del mes de julio, no recuerdo el día, quizás el 27 o el 28. Lidia me llamó el día anterior y me dijo que había superado sus problemas afectivos y quería celebrarlo conmigo. Era su manera de darme las gracias por los consejos que le di. Le llevé una botella de champán y nos la bebimos, brindando por su felicidad futura. Llegué a su casa sobre las ocho y media y la abandoné entre las once y media y las doce, recuerdo la hora porque tenía una cita con un amigo.

—¿Un mes antes, poco más o menos, de su muerte?

—Eso he dicho.

—¿Recuerda el nombre de ese amigo con el que estaba citado?

—Sí, por supuesto, Antonio Carpintero.

—¿Tiene algún testigo que lo viera con el señor Carpintero?

—Faltó a la cita, que era en su apartamento de la calle Esparteros, próximo al mio. Le dejé un aviso en el teléfono.

—¿Cuándo fue la última vez que vio al señor Carpintero?

—¿A Toni? Vamos a ver..., déjeme que lo piense. Sé que en estos momentos se encuentra en Extremadura de viaje, trabaja en una agencia de detectives. Verá, estuve con él hace cuatro días, el día 28 de agosto a eso de las cinco de la tarde. Nos vimos por casualidad en un bar de Malasaña.

—Vaya, el mismo día que asesinaron a la señorita Ripoll.

—Eso parece, sí.

—¿Y ya no se han visto más?

—No, creo que está de viaje. Ya se lo he dicho.

—Bien, cambiemos de tema. ¿La señorita Ripoll no le habló nunca de que temía por su vida? ¿Le mencionó la existencia de algún enemigo?

—¿Qué significa eso? Creía que Lidia fue asesinada para robarle.

—Sí, eso parece. Pero no hemos descartado ninguna hipótesis, ya sabe cómo es el trabajo policial, ¿no? Usted hace novelas policiales y le deben de ser familiares estas cosas. ¿Puede responderme?

—Lidia nunca me dijo que temiera por su vida, ni que tuviera ningún enemigo.

—La señorita Ripoll ha dejado escrito en un diario lo contrario de lo que usted me está diciendo. Ella temía por su vida, señor Delforo.

Me quedé yerto. No sabía que Lidia escribiera un diario. Pero debí de haberlo supuesto. Disimulé cerrando el libro que permanecía a mi lado, en la mesita, y extrayendo un cigarrillo del paquete. Se lo ofrecía Gades con un gesto. Negó con un movimiento de cabeza y yo lo encendí y expulsé el humo. El policía no había dejado de observarme.

Debía tener cuidado con ese tipo, no era un policía corriente.

—Así que Lidia escribía un diario. —Sus ojos estaban fijos en mí—. Muy interesante, muchas jovencitas lo hacen. Sobre todo las de talante romántico y fantasioso, como Lidia. ¿Qué supuesto enemigo menciona en su diario?

—No puedo responderle a esa pregunta. El sumario ha sido considerado secreto por el juez instructor del caso. Pero dígame, por favor, ¿la consideraba usted una romántica fantasiosa?

—Sí, así es. Y en el sentido que da a estos términos Norberto Bobbio más recientemente, o Freud, hace más de ochenta años. Freud lo denominó «neurosis de la soñadora despierta». Una forma de disfunción leve. Lidia es..., era muy inteligente y capaz, pero sus ensoñaciones románticas y sus fantasías la paralizaban. Todo lo esperaba de los otros, por así decirlo. De la suerte, del amor... Se había convertido en un ser pasivo.

Aguardé a que terminara de escribir en su cuadernito.

—Por supuesto no soy psicólogo —añadí—. La psicóloga de la familia es mi mujer; pero de todas formas me dedico a observar a la gente, tratando de desentrañar la naturaleza humana. Creo saber algo sobre las personas, inspector Gades.

—¿Tiene usted algún arma de fuego, señor Delforo?

Me sorprendió la pregunta.

—La tenía... y sólo desde el punto de vista técnico era un arma de fuego. Era una Makarov, una pistola automática diseñada por el ingeniero militar soviético Mijail Makarov en 1918 y perfeccionada después muchas veces. Un arma de seis tiros. Se la compré a un anticuario hará unos quince años en Moscú, está fechada en 1921, fabricada en el Complejo Industrial moscovita Putilov. Era el arma que llevaban los oficiales del Primer Ejército de Caballería Roja, donde sirvió Isaac

Babel.

—¿Funcionaba?

—Sí, perfectamente. La engrasé y la disparé un par de veces en la Casa de Campo. Utiliza munición de nueve milímetros.

—Usted denunció el robo de esa arma el..., el 16 de mayo pasado, ¿no es cierto?

—Denuncié el robo el 16, pero el ladrón o los ladrones que entraron en mi casa lo hicieron un día antes, el 15. Tardé en denunciarlo porque tuve que hacer un inventario de los objetos que me faltaban.

—Además de la pistola, le sustrajeron un Corán fechado en el siglo XVI, copiado a mano en Granada.

—Sí, probablemente el último que se editó en España. Una joya, inspector Gades, valorada en más de quinientas mil pesetas, si es que ese libro se puede valorar con dinero. El ladrón, o los ladrones, me robaron ese libro y la caja donde estaba la Makarov. Y no pudieron robar más cosas gracias a la intervención del portero, que sospechó de un individuo uniformado de empleado delgas que se introdujo en el edificio, y llamó a la Policía. Yo me encontraba fuera de Madrid, en Burdeos, dando una conferencia en el Instituto Cervantes. En este edificio sólo habitamos tres inquilinos, uno en cada piso. Dígame, inspector Gades, ¿ha leído alguna de mis novelas?

—Las estoy leyendo, señor Delforo.

—Entonces se habrá dado cuenta de que la psicología de los personajes tiene una gran importancia para mí. Intento reflejarla mediante sus actos y los diálogos. ¿Usted no cree que los escritores somos bastante psicólogos? Es nuestra profesión, pero puedo equivocarme, por supuesto. Lidia, cuando fue mi alumna, estaba llena de fantasías y sueños. Quería ser escritora, una periodista famosa. Pero no estaba dotada.

—Pero fue periodista, ¿no? Y presentadora de televisión. Yo la he visto en el telediario de las dos. Media España la conocía.

—Ser periodista, incluso buen periodista, no quiere decir que se tengan facultades para escribir novelas. Son cosas diferentes.

—No quiero hablar de literatura con usted, señor Delforo. Y le aclaro que esto no es un interrogatorio. Pero es necesario que le pregunte algunas cosas más.

—Estoy a su disposición. Pregunte.

—¿Toma usted drogas?

—¿Drogas? No, en absoluto, al menos deforma continuada. Bebo alcohol moderadamente, puede decirse que soy un bebedor social. En cuanto a otro tipo de drogas, las he consumido durante mi juventud, más bien por tener experiencias. Y me refiero a la cocaína y ala marihuana. Hace más de treinta años que no las consumo.

—Sin embargo, hace dos años se le retiró el carné de conducir al dar un alto

grado de alcohol y coca, durante un control de carretera. ¿No lo recuerda?

—Lo había olvidado. Había estado en una fiesta, fue una excepción.

—Y doña Lidia Ripoll, ¿sabe si las consumía?

—¿Lidia? No..., no creo. Bueno, no lo sé... Pero mis alumnos solían fumar cigarrillos de marihuana en clase. Es posible que Lidia hiciera lo mismo. Pero no me consta.

Di una calada al cigarrillo y lo apagué en el cenicero.

—De todas formas —añadí—, usted debe de saber que España encabeza el ranking mundial de consumo de cocaína, ¿verdad? Por encima, incluso, de Estados Unidos.

—Sí, lo sé. Entonces ¿no le consta que doña Lidia Ripoll hubiese sido drogadicta, no es cierto, señor Delforo?

—No, no me consta. Ya se lo he dicho.

—Volvamos atrás. Usted me ha respondido que doña Lidia Ripoll fue una o dos veces al apartamento que tiene alquilado en la calle Esparteros número 6, cuarta planta, letra A. ¿No es cierto?

—Sí, es cierto. Eso es lo que he respondido.

—¿Con qué intención?

—¿Que con qué intención? Vaya pregunta. Lidia quería conocer a mi amigo Antonio Carpintero, una persona muy curiosa, expolicía y vecino. Vive en el apartamento de al lado. Lo iba a utilizar para un ejercicio de clase, relacionado con el tema de la realidad en los relatos. Pero por alguna razón que se me escapa, nunca pudimos verlo. Es decir, nuestras visitas fueron inútiles.

—¿Fue ella la que lepidio conocer a ese tal Antonio Carpintero?

—En estos momentos no recuerdo si fué ella la que me lo sugirió o fui yo.

—Pues permítame contradecirle, señor Delforo. Según el diario de doña Lidia Ripoll, usted la llevó a ese apartamento con el pretexto de conocer a ese tal Carpintero, pero en realidad con la intención de mantener relaciones sexuales con ella.

—¿Qué tipo de pregunta capciosa es ésa, inspector Gades?

—No es una pregunta capciosa, señor Delforo. Le estoy citando un párrafo del diario de doña Lidia Ripoll. Es una sencilla pregunta que merece una respuesta también sencilla. ¿Se la repito, señor Delforo?

—No voy a responderá eso. —Me puse en pie—. La entrevista se ha terminado, inspector. Le acompañaré a la salida.

Gades entró en las dependencias de la Brigada Central de Homicidios, en el edificio de la Dirección General de la Policía, en Canillas, y se dirigió al segundo piso, donde tenía su pequeño despacho. Descubrió un aviso del jefe de la Brigada, el comisario Luengo, para que lo llamara enseguida. Lo llamó.

—¿Luengo? Soy Gades, acabo de llegar. He estado con Delforo.

La voz ronca de Luengo le sonó perentoria.

—¿Has sacado algo en claro de ese hijo de perra?

—Sí, que es muy listo. Le he tendido un par de trampas y se ha escapado de las dos.

—¿Se acostaba con ella?

—Por lo menos lo intentaba, no me cabe duda. Pero no lo ha declarado, se ha escurrido como una anguila. Le he mencionado la existencia del diario, no he tenido más remedio. Y tengo la impresión de que no sabía de su existencia.

—¿Estás seguro?

—Sí, estoy convencido. Delforo no lo sabía. Noté cómo le cogía por sorpresa cuando se lo mencioné. De todas formas estoy seguro de que ese cabrón quería follar con ella. Concuerda con lo que dejó escrito Lidia en el diario. Y afirma que estuvo en su casa un mes antes del crimen. Todavía no tengo claro el móvil, Luengo.

—Pues para mí sí está claro, Gades. Claro como el agua. Le dio un ataque de celos porque la tía se iba a casar con otro y la mató: Los celos, ahí tienes el móvil.

—Entonces vamos a tener que presentar el diario de esa chica como la prueba principal. Y ese diario es una bomba, Luengo. La Casa Real se niega a que se mencione la parte en la que sale el Príncipe.

—Pues no se menciona. ¿Qué problema hay?

—¿Alguien de los nuestros ha interrogado a la testigo?

—Todavía no. Lo hemos intentado, pero no nos dejan los de Inteligencia Militar. Eso es territorio de ellos, de todas formas me han dicho que nos la dejarán enseguida.

—¿Y tú te crees eso, Luengo? No me jodas.

—No, no me lo creo. Oye, ¿estás seguro de que Delforo se sorprendió cuando le mencionaste el diario? Es posible que sea una de sus tretas.

—Puede ser, pero cuando se lo mencioné se puso en guardia, a la defensiva. Empezó a explicarme que la Ripoll era una neurótica fantasiosa. Ese hombre es un capullo insoportable.

—Está bien, hazme el informe. ¿Puedo tenerlo hoy?

—Lo tendrás. Pero necesito interrogar a esa testigo, Luengo.

—Lo harás, no te preocupes.

Colgó y se quedó pensativo, inmóvil en su sillón. Al poco tiempo tomó una decisión repentina, descolgó el teléfono y llamó a Luis Sanjusto al número directo. Al tercer timbrado le contestó la voz de Sanjusto que le decía:

—¿Román? —Sin duda, su número había aparecido en el rectángulo luminoso de su controlador de llamadas.

—Sí, soy yo. ¿Cómo estás, Luis?

—No me llamas para preguntarme eso, ¿verdad?

—No, es sobre la vigilancia de...

Lo interrumpió.

—Espera, voy para tu despacho.

Colgó y Gades encendió el ordenador y lo preparó para el informe. Escribió en el casillero correspondiente: «Juan Delforo, escritor. Conversación en su domicilio particular. Calle de Alfonso XII, 16, piso 3º, ático. Realizado por Román Gades Muñoz, inspector adscrito al Grupo Primero de la Brigada Central de Homicidios con carné profesional n.º 74. 003/M. Copias a: Excmo. Sr. Raúl Luengo, comisario, jefe Brigada de Homicidios; Excmo. Sr. Antonio Requena, comisario principal, jefe Brigada Central de Información, copia a la Casa Real, Departamento Seguridad Interna. Asunto: asesinato de doña Lidia Ripoll Muñoz el 28 de agosto de 2000. Fecha del informe: 2 de septiembre de 2000. Hora: 16 h a 18 h, sin testigos, sin grabaciones. Notas taquigráficas de Román Gades Muñoz».

Luis Sanjusto empujó la puerta y se sentó en la única silla libre del minúsculo despacho.

—¿Qué te pasa, Román, te has vuelto loco? Aquí los teléfonos oyen.

Luis Sanjusto era un tío simpático. Un compañero, el único con el que intercambiaba algo más que la rutina del departamento.

—¿Pensabas contármelo todo por teléfono? —añadió.

—¿Ya estás otra vez paranoico? —le preguntó Gades—. Los de Información estáis todos mal de la cabeza.

—¿Paranoico? Vamos, Román, ¿es que no te enteras? Hay cuatro servicios detrás de esto. Sin contar la Casa Real. ¿Qué quieres?

—Acabo de hablar con Delforo. En tu informe dijiste que el 27 de julio estuvo en casa de Lidia Ripoll. Llegó a las 20. 30 con una botella de champán Moët & Chandon en la mano y se marchó a las 23. 30. Y la testigo afirma que lo vio la noche del crimen, el 28 de agosto, a la misma hora y con otra botella de champán de la misma marca, Moët & Chandon. ¿No te parece rara la coincidencia de hora y de marca de champán?

—Pues no. Son coincidencias normales, nada más. ¿Era eso lo que querías preguntarme?

—¿Puedes dejarme ver esas fotos?

Se puso en pie.

—Claro, las tiene el jefe. ¿Dónde está el problema?

—Que esas fotos son fruto de una vigilancia ilegal y no pueden presentarse en el juicio. Eso es lo que pasa. ¿Llevaba la botella a la vista, sin envolver?

—¿Te encuentras bien, Román?

—Sí, estoy bien. Sólo quería saber eso... Y otra cosa, ¿hay portero en el edificio?

—No, no hay portero, y hasta la fecha, ningún otro testigo. En dos ocasiones Delforo bajó de un taxi y entró en el edificio con una botella de champán Moët & Chandon en las manos. Por si no lo sabes, el Moët & Chandon se diferencia bastante de cualquier otro champán. ¿Nunca lo has bebido?

Gades negó con un movimiento de cabeza y Luis Sanjusto añadió:

—Entonces déjame que un día te invite, ¿vale? Oye, ¿tienes para mucho?

—No, el informe nada más. Oye, escucha, supongo que la testigo es fiable, ¿verdad?

—Eso se lo preguntas a los de Inteligencia Militar, Román. Yo sólo sé que el 27 de julio del año en curso Delforo entró en la casa de Lidia a las 20. 30y salió a las 23. 30. Lo tengo todo consignado, no soy un novato, Román.

—Un mes investigando a Delforo y la noche en que la mata, no lo seguís. Podías haber abortado el crimen, Luis.

—Sí, lo sé. Pero yo cumplo órdenes, como tú. Y me ordenaron que abandonara el seguimiento. Tengo la orden por escrito, por supuesto. Pero déjame que te diga una cosa, ¿por qué te complicas la vida? Relájate, Román, relájate, ¿entiendes?

—Los de Inteligencia Militar no me dejan hablar con la testigo. Esto es una mierda.

—¿Y qué? ¿Qué tiene de malo eso? Siéntate y espera los informes. Oye, ¿nos tomamos luego unas copas? ¿Qué te parece?

—No, gracias, Luis. —Seguía pensativo—. Quiero volver temprano a casa, estoy leyendo las novelas de Delforo. ¿Cuándo puedo ver esas fotos?

—Pídeselas a Requena o a Luengo, es material reservado. Yo ya no las tengo. Quedamos otro día, ¿no?

—Sí, otro día.

Gades abrió la puerta de su casa, en el barrio de Aluche.

—¡Eh, ya estoy aquí! —gritó.

Su mujer se asomó a la puerta de la cocina. Solía llegar antes que él.

—No te esperaba tan pronto. ¿Quieres algo especial para cenar? Dímelo ahora, anda.

—No, me da igual. ¿Qué habías pensando?

—He comprado merluza fresca en lo de Antonio y podemos hacer una ensalada. ¿Meto la merluza alborno?

Gades la besó en los labios.

—Sí, métela en el horno. Yo haré la ensalada.

—¿Abro una botellita de vino?

—Sí, venga, no estaría mal. Oye, ¿has probado alguna vez el Moët & Chandon? Me refiero al champán, ese champán francés.

: —No, debe de ser carísimo, ¿no? De todas maneras a mí no me gusta el champán. Prefiero el vino.

Gades fue al dormitorio, se desvistió, guardó la funda sobaquera con su arma de reglamento, una Star PK, en el cajón de la mesilla de noche y se puso la bata sobre la ropa interior. Luego regresó a la cocina. Su mujer raspaba las escamas de dos merluzas de mediano tamaño.

Gades se acercó al fregadero y se puso a lavar los tomates y la lechuga, luego

los secó y lo cortó todo en pedacitos. A eso añadió cebolla dulce.

Su mujer le preguntó:

—¿Qué tal en el trabajo?

Gades estaba pensativo y un poco ajeno. Tardó en responder:

—Bien, sin novedad.

—Anda, dúchate, que yo termino la ensalada. Mientras se hace el pescado abriré la botella. ¿Te parece?

Se acercó y la abrazó por detrás. Ella se apoyó en él y giró el rostro para que pudiera besarla.

—He estado con Delforo en su casa. Debe de tener..., no sé, unos diez mil o doce mil libros. Es increíble y la casa es preciosa, da al Retiro, figúrate.

—¿Sí? ¿Y qué tal es él?

—Insuportable. Uno de esos intelectuales pedantes, pero...

Su esposa aguardó.

—... no sé..., hay algo que ...

—¿Qué? —Su esposa se volvió.

—Luengo cree lo del crimen premeditado. Un crimen pasional, pero premeditado. Y eso no casa con Delforo. No sé, no tiene mucho sentido. Y encima la mata con su propia arma, una Makarov.

—¿Qué es una Makarov?

—Una pistola rusa... Aunque pudo tener un arrebato —añadió—, perder los estribos. Los seres humanos somos extraños, podemos realizar actos imprevisibles.

—Gades movió la cabeza—. ¿Sabes que los de Información seguían a Delforo? Parece que fue un activista de izquierdas hace muchos años. Creen que tiene que ver con los desórdenes actuales en la universidad. Ha escrito un par de artículos solidarizándose con los estudiantes.

Se quedó pensativo.

—Anda, dúchate, que abro la botella —le dijo su esposa.

Gracias a Matos se me abrieron las puertas de la cárcel. Un funcionario joven con aspecto de campesino me acompañó por un largo corredor pintado de verde, flanqueado de celdas con las puertas verdes y numeradas, hasta la de Delforo, la B-422, en el módulo de alta seguridad, o de presos conflictivos, llamado la « zona VIP », en la prisión de Soto del Real.

El funcionario se presentó como Faustino Suárez. Descorrió los cerrojos y me dijo:

—Tiene media hora, hasta que cambie el turno.

Juan Delforo estaba haciendo flexiones en el suelo. Era una pose, claro, algo bastante propio de él. Me entretuve contemplando la litera fijada al piso con remaches de acero, el retrete, la barra en la pared que servía de armario, la silla unida a la mesa, la máquina de escribir, los papeles, la estantería colmada de libros junto a paquetes de galletas, tetrabricks de leche y conservas, provenientes del economato de la prisión. El pequeño aparato de radio que distinguí entre los libros era un lujo en cualquier cárcel. Ése era el mundo de Delforo.

No había ventanas.

La última vez que lo vi estaba en el mostrador de La Manuela hablando con Jesús, el dueño. Yo iba a hacer un poco de tiempo antes de que Draper llegara a la oficina con La Calva y los otros dueños de puticlubs a los que el tal Cifuentes había estafado con las tarjetas de crédito amañadas. Le dije a Gades que debían de ser las cinco o las cinco y pico, pero quizá fuera un poco antes. Había comido en un restaurante de la zona llamado Nina. Debí de salir alrededor de las cuatro y media, fumando un Faria de La Coruña. Atravesé la plaza del Dos de Mayo y me dirigí a San Vicente Ferrer para alcanzar Fuencarral. Pero era demasiado pronto. Draper se había ido a comer con La Calva y sus compañeros y esa gente hacen sobremesas largas. No me apetecía esperarlo en la oficina, de manera que entré en La Manuela a tomarme otro café y dio la casualidad de que allí estaba Juan Delforo.

Al fin terminó las flexiones y se puso en pie. Vestía una camiseta negra y pantalones holgados y calzaba zapatillas blancas de deporte. Había adelgazado y

estaba moreno y en mejor forma que la última vez que lo vi.

—Señor Delforo —le dijo Faustino—, este caballero viene de parte de don Cristino Matos, su abogado. Va a estar con usted media hora, si acepta, no podrá bajar a comedores. Coincide con la hora. ¿Está de acuerdo?

—No importa, quiero adelgazar. Que se quede. Es amigo mío.

Faustino cerró la puerta y Juan Delforo abrió los brazos y me abrazó con fuerza.

—Gracias por venir, Toni, ha sido un detalle por tu parte. ¿Quieres sentarte?

Me señaló la cama.

—No hace falta, estoy bien así. —Saqué el paquete de tabaco y le ofrecí un cigarrillo—. ¿Quieres?

—No, gracias, Toni, he dejado de fumar.

Durante el instante de encender el cigarrillo, nos miramos sin decir nada. Se hicieron audibles los múltiples sonidos metálicos característicos de las cárceles y el sordo rumor de voces humanas. En una cárcel nunca existe el silencio total. Es lo más parecido a una caja de resonancia.

—Oye, escucha, Lola me ha llamado, dice que no has conseguido las cintas. ¿Qué ha pasado? Te las envió en un pequeño paquete hará un par de semanas, el mismo día que me detuvieron, el 12 de septiembre a las diez y media de la mañana. ¿Cómo puede ser eso?

—Ya ves, no las tengo en mi poder. Las debe de tener Acebes. A veces, recoge la correspondencia, pero todavía no lo he visto. Lo estoy buscando. ¿Por qué te preocupas tanto de esas cintas, son importantes?

—Sí, lo son, sobre todo una de ellas. Las demás..., bueno, verás, son mis opiniones sobre este caso, apuntes para la novela que quiero escribir. Las grabé especialmente para ti. Es un fastidio que no las tengas.

—El correo no se pierde, Juanito. Es posible que las reciba uno de estos días o bien las tiene Acebes. No hay otra posibilidad. Ya sabes que Acebes suele quedarse con el correo para repartirlo luego y llevarse una propinilla. El problema es que parece que está en la boda de un sobrino o algo así. Cuando vuelva hablaré con él.

—Está bien. ¿Matos te ha puesto al corriente de todo?

—Sólo de algunos detalles, los más importantes. Bueno, ¿cómo estás, te tratan bien en el trullo?

—Matos aquí es un personaje y he conseguido algunos privilegios, como este de tener una celda para mí solo, la cárcel está sobresaturada. Pero estoy jodido, ésa es la verdad. Llevo aquí dos semanas y ya no aguanto más. Supongo que habrás leído los periódicos, ¿verdad?

—No suelo leerlos, pero la muerte de Lidia salió en todas partes. Me enteré de su asesinato en Mérida. Pero no sabía de tu detención, ha sido una sorpresa, por no decir nada de tu segunda vida, tu bonita casa y tu querida y joven esposa.

¿Quién eres en realidad, Juan? De todas maneras reconozco que lo has hecho muy bien. Has engañado a todo el barrio, sobre todo a mí, a mí el primero. Ha sido una magnífica actuación.

—Sabía que te iba a joder, estaba seguro. Pero soy el mismo que conoces desde hace veinte años, Toni. Vamos, ¿quién no tiene una doble vida? En mi caso el engaño estaba dictado por las circunstancias. ¿Me habrías tratado igual si hubieras sabido de verdad quién era? Me habrías mandado a la mierda.

—Quizá debí haberte mandado a la mierda hace tiempo. Nunca me ha gustado que me echen las tres cartas.

—¿Las tres cartas? Vamos, Toni, por dios. ¿Qué dices? Tú jamás te habrías enfadado conmigo. —Me sonrió.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque me aprecias. Eres mi amigo.

—De todas maneras podías haberme contado tu verdadera vida. Vives como un maharajá en un pisazo frente al Retiro... y estás casado con una mujer a la que casi doblas en edad. ¿Para qué coño me decías que eras divorciado?

—Lo soy, Toni. Me divorcié de mi segunda mujer hace bastante tiempo. Y en cuanto a Lola..., bueno, no se puede decir que seamos un matrimonio convencional. Pactamos vidas independientes, ¿comprendes? Lola es muy joven y tiene amigos. Además, el piso es de sus padres y hemos firmado separación de bienes. ¿Tanto te he mentido, Toni? —Hizo una pausa—. Bueno, es posible que no te haya dicho toda la verdad, no lo niego. Pero durante todos estos años te he dado pistas, Toni. Te lo he dado a entender de mil maneras diferentes. Si hubieras leído mis libros con atención, te habrías dado cuenta.

—Leí el primero.

—Sí, leíste el primero, me acuerdo muy bien. Te cabreaste mucho, no te gustó que te llamara Toni Romano.

—Sigue sin gustarme.

—En el resto de mis libros no volví a llamarte Romano. ¿Pero tenemos que seguir hablando de esto? Tienes que ayudarme, tú eres el único que puede descubrir cómo se ha montado todo esto. Lo quieras o no estás implicado en este desagradable asunto.

—De eso quería hablarte. La Policía está convencida de que soy tu cómplice. —Delforo estaba atento—. Saben que nos vimos el día 28 por la tarde en La Manuela. Y parece que tienen un testigo que nos vio juntos entrar en Esparteros hacia las cuatro de la mañana. ¿Tiene eso sentido para ti, Juan?

—Es una locura.

—Sí, lo es. Pero a esa hora yo estaba en un autobús rumbo a Mérida. ¿Fuiste con alguien a tu casa la noche del crimen?

—No, salí de La Manuela un poco después de que lo hicieras tú, y me marché directamente a mi casa, la de la calle Alfonso XII. Eso es un farol

policial, Toni. Todos los maderos lo hacen, tú mismo me lo has contado. ¿Quién te ha dicho eso?

—Gades, un tal Román Gades.

—Sí, claro, tenía que ser él. Pero ¿sabes lo que creo? Es posible que ese testigo sea Acebes, a lo mejor la Policía ha comprado a ese cabrón. Sin embargo, la culpa ha sido mía. He leído el diario de Lidia hace muy poco, Matos m^{fo} envió fotocopiado con orden de destruirlo y lo he hecho, lo he quemado. No quiere que caiga en manos de nadie ajeno y lo entiendo. Pero me he dado cuenta de que te he implicado sin querer. Te he jodido. Le hablé a Lidia continuamente de ti y Lidia lo ha consignado en el diario.

Aguardó a que yo le contestara. Pero no dije nada. Y añadió:

—Lo siento, Toni.

—Eso ya no lo podemos arreglar. Lo que me interesa ahora es el móvil que te ha endosado Luengo. ¿Es verdad eso de que estabas enamorado de Lidia?

—¿Enamorado de Lidia? No, no fastidies. Cuando fue mi alumna tuvimos un encuentro sexual. Pero nada más. Me gustaba, lo reconozco, pero de eso a estar enamorado de ella... bueno, va un abismo. Mira, Toni, el móvil del crimen es una tontería. Yo nunca tuve celos de nadie. No tiene ningún sentido que la Policía me haya presentado como un monstruo, un hombre loco de pasión, ofendido por el paso que iba a dar Lidia. Es ridículo. —Hizo una pausa un poco teatral (era su estilo)—: Yo nunca he tenido celos de una mujer. Es idiota presentarme a mí como un hombre celoso. Lidia no estaba bien de la cabeza, era una fantasiosa compulsiva, yo la conocí muy bien. Según ella, yo también la amaba con locura. En este caso hay algo raro. Es posible que alguien, o algunos, se hayan creído lo del Príncipe.

—¿Tú te lo has creído?

—No, de ninguna manera. ¿Cómo quieres que me crea eso? Ese diario no es más que una sarta de estupideces. Yo no sabía siquiera de su existencia, nunca me habló de él. Tienes que conseguir el historial psiquiátrico de Lidia. Ésa es la clave. Yo mismo la acompañé una vez a la Clínica Sánchez Ross. Estuvo en tratamiento durante el curso en que le di clase, desde 1994 a 1995. Pero nunca leí los informes médicos.

—Informes que han desaparecido, según Matos.

—Sí, Matos fue a la clínica y le dijeron que hace unos meses un loco quemó los archivos. Al parecer no hay ninguna copia. Mi acusación es un montaje, Toni.

—¿Estás seguro?

—Absolutamente.

—Matos me ha jurado que te sacará de aquí. Ese tío es bueno. Puede que sea un cabrón, pero sabe lo que se hace. Me ha dicho que no tienes coartada para la noche del crimen.

Negó con movimientos de cabeza.

—No, no la tengo.

—¿Me juras que no fuiste a tu casa de Esparteros aquella noche?

—Toni, no hace falta que te jure nada. Después de La Manuela me quedé en casa leyendo toda la noche, no salí. Lola estaba en Valencia, había ido a pasar unos días con su familia, y María tampoco estaba, era su día libre. El único que puede testificar que no salí de casa es el portero, que no se mueve de la portería, duerme allí. Pero ha sido guardia civil y tiene a gala decir siempre la verdad. Sería una buena coartada si no fuera porque se puede salir del edificio sin que se entere el portero. Una puerta trasera que da a la calle Juan de Mena y cuya llave tenemos solamente los vecinos. Esa puerta da al patio interior del edificio y se accede a ella bajando por el ascensor de servicio.

—Joder.

—Toni, lo he pensado mucho. Tú eres el único que puede demostrar el verdadero móvil de este complot. Y eso alejará las sospechas de mi persona. ¿Sabes cuánto tarda en realizarse un juicio en este país?

—Tengo una ligera idea.

—Un mínimo de dos años. Pero yo sé mucho, puedo hablar, contar cómo se fraguó todo. No olvides que soy un escritor y, por lo tanto, peligroso. Los que viven en las cloacas del Estado no dudarán en joderme. No me dejarán contar lo que sé.

—¿Has notado algo raro en patios? ¿Gente que te amenaza, algo fuera de lo común?

—No.

—¿Entonces?

—Es una deducción, Toni. Y tómatela en serio.

—Si fueras joven y guapo, todavía, Juanito. Pero eres un carrozón. ¿Alguien quiere que seas su novio? Te recomiendo que le sacudas rápido y sin pensarlo. Mételes los dedos en los ojos, eso jode bastante y te dejarán tranquilo.

—Oye, déjate de coñas, ¿vale? Nadie quiere que yo sea su novio. Y si así fuera, yo sé defenderme. No se trata de eso, joder.

—No es lo mismo escribir de la cárcel que estar en ella, ¿verdad, Juanito?

No me estaba escuchando. Había perdido la mirada en alguna ensoñación lejana. Pero pareció despertar y se puso a caminar por la celda. Llegó hasta donde se encontraba el retrete y se volvió.

—Si no estuviera tan jodido... Esto es un filón para mis novelas, Toni. Cada uno de los de aquí tiene historias terribles, únicas. La mayoría de la gente de mi módulo son pobres desgraciados, camellos sin importancia, *sirleros* y ladronzuelos, atracadores de bancos. Son la aristocracia de la prisión, presos peligrosos, fuguistas... En realidad lumpen, subproletariado urbano sin instrucción y sin suerte, pobres tipos casi todos mal de la cabeza. La cárcel refleja la lucha de clases. —Volvió a caminar—. Pero tengo una carta bajo la manga. Las cintas.

Matos no sabe la importancia que tienen. Sobre todo una de ellas. Una que grabé un mes antes de que Lidia muriera. Las demás las he ido grabando después de su muerte.

—Espera un momento, ¿qué es eso de una cinta que grabaste antes?

—Eso es, se la grabé a un tío, un sujeto muy importante. Un pedazo de cabrón. Y fue un mes antes de que muriera Lidia. Tú sabes que yo, a veces, utilizo un pequeño grabador del tamaño de un bolígrafo para captar diálogos, ¿verdad?

Bueno, pues lo grabé con eso. Y lo malo es que no hay copias, es única. Mi carta bajo la manga, lo que me puede sacar de aquí. Es una lástima que no la hayas escuchado, estaríamos hablando de otra cosa en estos momentos.

—¿Sabes que Acebes ha declarado que te vio en el edificio con Lidia varias veces?

—Sí, lo sé. Pero es verdad. Escucha, tienes que buscar a ese bujarrón infecto y exigirle que te entregue el paquete con las cintas.

—Y el resto de las cintas, ¿qué son?

—Material para la novela que estoy escribiendo. Suelo empezar así mis novelas, con grabaciones, como un trabajo previo. Supe enseguida que yo iba a ser el primer sospechoso y me preparé. Esas cintas pueden ayudarte mucho en tus investigaciones. Sobre todo la que te he mencionado antes, la que no es mía.

—¿Es que vas a escribir una novela de todo esto?

—Los escritores suelen utilizar sus experiencias vitales para sus novelas, al menos yo soy de éstos. Aunque, bueno, hay otra clase de escritores. De todas formas no creo que tenga tiempo de escribir una novela, si tú no me ayudas a descubrir el pastel. Tienes que hacerlo rápido o la novela quedará por escribir.

—¿Ya estás pensando en ganar dinero, Juanito?

—El problema no es ganar o no ganar dinero con la literatura, Toni. Sino de lo que uno es capaz de hacer para ganarlo. Y yo sólo voy a contar lo que sé, honestamente. ¿Sabes que ya me están jodiendo? Mis libros no se venden, ni los reeditan. Me están haciendo el vacío. Tengo que escribir esa puta novela, contar lo que sé. Pero antes necesito que escuches esas cintas.

—¿Es que no te acuerdas de lo que grabaste hace quince días? No me vengas a joder.

—Me acuerdo de todo, Toni. Tengo una memoria fotográfica, ya me conoces, puedo repetir cualquier frase que haya escuchado. Pero el caso no es ése. Tengo que tener esa grabación, la del tío ese, para demostrar que lo que escribo es verdadero. Quiero terminar esa novela en el menor tiempo posible, ya no aguento más aquí.

—Todo eso me parece muy bien, pero ¿cuánto se tarda en escribir una novela? ¿Se puede hacer en un mes, en dos, en un año?

—Bueno, verás, hay dos clases fundamentales de escritores, los narradores

natos y los otros, los cinceladores de prosa, como Borges, por ejemplo, que fue uno de los mejores en su ramo. Yo estoy en el grupo de los narradores. Pero tu pregunta es importante. ¿Cuánto se tarda en escribir una novela? Ni yo mismo lo sé... Mejor dicho, según qué novela y según tu talento de narrador y, también, si dominas lo que vas a contar, si tienes buena salud, tiempo y no haces otra cosa. Como ves, los factores que intervienen son muchos. En este caso, juego con cierta ventaja: tengo tiempo, salud y conozco el tema. Sin embargo estoy muy nervioso y apenas duermo. Me horroriza pensar que se han perdido las cintas.

Se quedó pensativo durante unos instantes. Terminé el cigarrillo y aplasté la colilla en el suelo con el zapato.

—Dostoievski tardó veinticinco días en escribir *Crimen y castigo* y cuatro semanas *El jugador*, dictada a su taquígrafa, Anna Grigorievna Snitkina, una joven de veinte años con la que luego terminó casándose. Y Simenon... el bueno de Simenon ha contado en sus memorias que nunca tardaba más de un mes en cada una de las novelas de su serie de Maigret... Y una vez, por una apuesta, tardó tres días en escribir una novela, suspendido en una jaula en el Café Flore de París... Claro, era la época del surrealismo... También Stevenson era muy rápido.

—Escúchame un momento, el tiempo se está acabando y yo tengo que preguntarte algunas cosas. Déjate de novelas y contesta. Vi a Luengo ayer en el Café Gijón y me inquietó. Da la sensación de que te detesta. ¿Le has hecho algo?

—¿Que si le he hecho algo? Pues claro que sí, he escrito mucho contra él, es un farsante.

—Juanito, ¿hay algún cabo suelto por ahí? La única prueba que existe contra ti es el diario de esa pobre jovencita. Y eso me extraña. Luengo no puede ser tan tonto. ¿De dónde han podido sacar que yo podría haber sido tu cómplice?

—En cierta ocasión Lidia me contó que estaba preocupada, creía que la seguían. Yo la tranquilicé diciéndole que tenía un arma, una pistola, y que podía ayudarla. Y un amigo, tú, al que podía avisar para que la defendiera. Y todo eso lo escribió en el diario. En realidad, lo único que hice fue presumir de ti. De eso han debido de sacar la teoría de tu complicidad, Toni.

—Yo nunca he conocido a esa tía, a pesar de la chorrada que contó en su diario.

—Eso lo sabemos tú y yo, Toni. Ella estaba convencida de que en una ocasión le habías metido mano, según su diario.

—¿De dónde habrá sacado eso?

Delforo se encogió de hombros. Y añadió:

—¿Qué te parece Gades, Toni?

—Es muy listo. Y parece honrado. ¿Lo has vuelto a ver?

Delforo negó con un movimiento de cabeza. Se pasó la mano por el cabello ralo y escaso de la coronilla. Pero no le dio tiempo a contestarme. Sonaron unos

secos golpes en la puerta de acero y me aproximé a la puerta. Me hizo un gesto con las manos.

—Toni, encuentra esas cintas, por favor. Tengo que salir de aquí, no aguanto más.

—Haré lo que pueda.

—Tienes que hacerlo rápido, antes de que me maten.

—¿Qué?

—Sí, me matarán y será aquí, en la cárcel. Puede parecer un suicidio, un golpe en la cabeza al resbalarme en las duchas, una pelea entre presos... Aquí soy un blanco fácil, no se expondrán a un juicio público. Yo lo sé todo, Toni. Todo.

—Estás exagerando, Juanito. No me jodas.

—No, no exagero. Encuentra las cintas o me matarán.

—Estás paranoico. ¿Hablas en serio?

Faustino se asomó:

—Por favor, señor Delforo. Me pone en un compromiso.

Juan volvió a abrazarme. Salí de la celda y Faustino cerró la puerta a mi espalda.

—Tiene que marcharse antes del cambio de guardia, lo entiende, ¿verdad? No quiero que los internos se den cuenta. Aquí no damos privilegios a nadie.

—Sí, por supuesto. No se preocupe.

Caminamos por el largo corredor verde, de vuelta a la salida. Pero antes de llegar a las oficinas de entrada, torcimos a la izquierda y nos internamos en el patio del módulo. Un rectángulo estrecho y alargado de cemento donde un grupo de reclusos haraganeaba formando corrillos, mientras otros fumaban solitarios al sol del mediodía que marcaba un recuadro en uno de los muros.

Cesaron las conversaciones y apartaron las miradas, mientras el funcionario y yo atravesamos el patio en dirección a una puerta también verde. Noté la crispación de aquellos hombres enjaulados.

Sin embargo yo no aparté la mirada. Me embargó la extraña sensación de que había reconocido a alguno de ellos. Quizá fuera un reflejo condicionado de mi época de policía. Lo mismo que les ocurre a los perros de caza cuando ventean sus posibles capturas. El joven funcionario se dio cuenta y me dijo:

—Son los compañeros de módulo del señor Delforo. Fuguistas y presos peligrosos. ¿Los conoce? El señor Matos me ha dicho que ha sido usted policía.

—Sí, lo he sido. Pero no creo que conozca a ninguno de esa gente. ¿El señor Delforo no baja a patios?

—Muy poco; suele encerrarse en su celda y se pone a escribir.

Abrió una puerta y volví a recorrer con la mirada el pequeño patio. Faustino me empujó dentro. Me dijo:

—El señor Matos es muy buena persona, un caballero. Ha hecho que mi niña vaya a ese colegio, Virgen de Loreto, tan caro, le ha conseguido una beca. Dele

usted recuerdos de mi parte, por favor.

—Sí, se los daré. Dígame, Faustino, ¿hay muchas peleas? Quiero decir, ¿se hieren y esas cosas?

—Siempre se están peleando, son agresivos. El año pasado mataron a uno clavándole un cepillo de dientes en un ojo. Son cosas de mafia, de drogas, ¿comprende? Esto es un sinvivir. Pero la cárcel está tan llena que tenemos miedo de un motín.

—¿Un motín?

—Hace dos años tuvimos uno con menos presos.

—Y el señor Delforo ¿qué tal es? ¿Se porta bien?

—Sí, es un caballero, se pasa mi guardia escribiendo, ya le digo, sale poco a patios.

—¿Podría revisar la lista de internos del módulo? —le pregunté.

—¿De su módulo? Bueno, ya sabe... necesita un permiso oficial del señor director o de la Dirección General. ¿Para qué lo necesita?

—El señor Delforo teme que le roben o..., bueno, que le hagan daño.

—Bueno, es normal. Son drogadictos, camellos..., muchos extranjeros..., gentuza que no cree en dios. Pero no debe preocuparse, cuando sale a patios, o al comedor, le cerramos la celda para que no le roben. Órdenes del señor director. El señor Matos habló con él.

—¿Hay alguno especialmente peligroso?

—¿Peligroso? Todos lo son.

—Ya, lo normal en un módulo de seguridad, ¿verdad?

—Sí, eso es. No se puede hacer nada por ellos. Es imposible.

—¿Ha entrado hace poco algún interno en el módulo?

—¿Hace poco? Déjeme pensarlo. —Se detuvo—. Bueno, creo que sí. Esta misma mañana hemos tenido un ingreso. Otro extranjero, uno de esos que vienen a España a delinquir.

—Espere un momento, ¿esta misma mañana ha entrado alguien? ¿Quién?

—Bueno, no era en mi servicio. Creo que..., no sé, me han dicho que es un ruso. Lo han pillado en la frontera con un pasaporte falsificado. Se hace llamar Víctor Clemente. ¿Le importa que sigamos andando, señor Carpintero?

Matos me esperaba en el aparcamiento de la cárcel metido en el asiento trasero de un taxi. Parecía haberse adormilado. Golpeé el cristal y bajó la ventanilla.

—¿Qué tal, todo bien? —me preguntó—. ¿Has podido verlo?

—Sí, he hablado con él —le dije.

Pasé dentro y me acomodé en el asiento delantero, al lado del conductor, un muchacho llamado Rogelio, al parecer pariente lejano de Matos.

—Póngase el cinturón de seguridad, jefe —me indicó Rogelio—. Esto está lleno de maderos.

Arrancó y maniobró para salir del aparcamiento. Nos deslizamos por la carretera de acceso para entrar en la autopista. Dejamos atrás los bloques pardos y asimétricos de la prisión. En la entrada había una pequeña cola de parientes y amigos que aguardaba la hora de las visitas, todos vestidos con sus mejores ropas, acompañados de niños que correteaban, saltando los escalones. Casi todos eran mujeres. Siempre las mujeres.

Rogelio puso en el estéreo un CD con mucho ruido.

—Quita eso, haz ¿l favor —le dije.

Apagó el estéreo y la música cesó.

—Bueno, ¿cómo has encontrado a Juan, Toni?

—Jodido.

—Claro, ¿te ha soltado eso de que lo quieren matar?

—Sí, me lo ha soltado. Está convencido de que no llegará vivo al juicio. Supongo que está recluso sin fianza, ¿verdad?

—Eso es, me la han denegado dos veces. De todas maneras, la cárcel le está sentando peor de lo que yo creía. No hay más remedio que pensar que sufre algún tipo de delirio. Nunca ha estado muy bien de la cabeza.

—¿Me has traído lo que te he pedido?

—Claro, está ahí, en la guantera. Cógelo tú mismo.

Era una carpeta de plástico amarillo. La abrí. Había varias hojas impresas, pilladas por un clip, más fotocopias y un carné y una tarjeta de crédito.

—Puedes sacar al día cincuenta mil, Toni. Serán tus gastos, y eso no quiere

decir que tengas que gastarlas todos los días.

—Sé lo que quiere decir. ¿Y este carné?

—Investigador de mi bufete, Toni. Todo legal y en orden. Y en la primera página de esas que tienes ahí está tu contrato. Firmalo.

Lo leí, era un contrato normal y ya estaba firmado por Matos. Yo estaba a su servicio para cualquier investigación que necesitara. A los tres meses me lo ratificaría o no, a gusto de ambas partes. La fecha era la del día anterior, pero la cantidad de dinero que ganaría al mes era más que respetable.

—¿Estás de acuerdo con la pasta?

—Sí, de acuerdo.

—Siempre que no te la juegues al póquer, claro. ¿Sigues jugando?

—Eso es asunto mío, Matos. No te importa lo que yo haga o deje de hacer con el dinero. ¿Qué son el resto de los papeles?

—Fotocopias ampliadas del diario de Lidia, las que mencionan al Príncipe.

—¿Me has traído las que hablan de Delforo?

—No, no te las he traído. Las fotocopias las hago yo directamente; no quiero que nadie, ni siquiera los empleados de mi bufete, lo lean. Tengo la copia del diario en mi caja fuerte, autenticada por un notario. Ya te las haré, no te preocupes. Y otra cosa, me gustaría que me informaras enseguida de lo que vayas descubriendo. No hace falta que lo escribas, me basta con que me lo cuentes. Este caso tiene prioridad para mí. ¿Te ha dicho algo sobre las cintas?

—Que son muy necesarias para la novela que quiere escribir.

—Toni, tienes que buscar esas cintas. Puede que me sirvan a mí más que a él. Quizás hay datos..., no sé..., cosas para la defensa de Juan.

—En cuanto encuentre a Acebes se las pediré.

—Ah, y otra cosa. Los informes me los harás cara a cara. Podrás llamarme a cualquier hora del día o de la noche.

—¿Dónde vamos, señor Matos? —preguntó Rogelio.

—A la casa del señor Carpintero. Vive en...

Le interrumpí.

—Déjame por el centro, Rogelio.

—Vale, jefe. Y a ver si salimos de aquí rápido. El talego me da urticaria.

Apyé la cabeza en el asiento. El coche marchaba a más de ciento treinta sin ruido, adelantando al tráfico que fluía hacia Madrid.

Tumbado en el sofá cama, abrí la carpeta de plástico que me había entregado Matos. Elegí una de las fotocopias del diario de Lidia Ripoll. Estaba fechada el año anterior.

Y esto fue lo que leí:

25 de junio de 1999

Esta vez tengo que contar algo muy interesante que me ha pasado. Lo he

conocido. Estaba en la fiesta que había organizado Pedro Asunción, el director de programación, en su chalé de Las Rozas. El chalé es precioso. Más de quince hectáreas de jardines y una casa de tres plantas de setecientos metros. Tiene dos piscinas, campo de tenis y un pequeño zoológico con un tigre que se llama Marcelino, monos la mar de simpáticos y sinvergüenzas y una jirafa muy divertida. También tiene un acuario con tiburones y otros peces muy raros y montones de pájaros exóticos y de muchos colores en una jaula inmensa.

Yo ya sabía, por Piluca, que en todo Madrid le estaban preparando fiestas a nuestro Príncipe con chicas muy seleccionadas para que pueda elegir una novia española. Y esa fiesta, la de Pedro, era una de ellas. A mí eso, cuando me lo dijo Piluca, me pareció muy bien, no es de buen gusto que nuestro Príncipe se case con una extranjera, como si aquí no hubiese chicas. Sería un palo, tal como yo lo veo.

Pero no podía ni figurarme que yo iba a ser una de las seleccionadas.

Pedro me vino a ver al plato, me llamó aparte y me preguntó si yo tenía novio. Le contesté que estaba solterita y sin compromiso y entonces me invitó a la fiesta de su casa el próximo viernes. Insistió en que no debería decírselo a nadie, pero a nadie, porque a lo mejor podía venir nuestro Príncipe con un grupo de amigos. Pedro me dio una tremenda alegría, iba a conocer al Príncipe. No pude dormir los dos días siguientes pensando en la ropa que iba a llevar. Elegí un traje sencillo de Rocamora, que me favorecía bastante.

La fiesta era magnífica, se hizo en la terraza principal, que daba a los montes y había una pequeña orquesta y todo. Había unas treinta o cuarenta personas, de lo mejor de Madrid y, yo creo, que de España, porque había chicas de Asturias, de Galicia y de otras partes. Chicas éramos unas diez o doce y los demás pues actores, actrices, jugadores de fútbol y gente de la cultura y de la televisión.

Pedro lo había organizado de maravilla, como lo hace él siempre. Había una mesa bufé muy elegante llena de cosas exquisitas y un montón de camareros que servían bebidas. Conocí a Andrea, la esposa de Pedro, una mujer con un estilazo de áupa y muy simpática, que había sido actriz en Italia. Ella nos enseñó el jardín y el zoológico habiéndonos como si nos conociésemos de toda la vida. Pero me aburrí del jardín y me fui a la terraza con todo el mundo. Yo estaba muy nerviosa, pero lo disimulaba y conocí a muchísima gente, todos muy importantes, que me hablaban como si yo fuera una de ellos, una más. Gente de verdad encantadora y muy educada.

Yo pensaba que no iban a venir el Príncipe y sus amigos, porque iba pasando el tiempo y allí no pasaba nada. Pero fue como en los cuentos de hadas, a eso de las doce de la noche entraron tres hombres y dos chicas y se plantaron en medio de la terraza. Eran los guardaespaldas y se formó un

revuelo. Pedro y Andrea aparecieron con el Príncipe y sus amigos. La gente empezó a aplaudir y yo la que más. El Príncipe iba con un sencillo traje gris, camisa azul y corbata de tonos rojos. Es mucho más alto de lo que parece en las fotos y es guapísimo, igualito a George Clooney cuando era joven. Pedro y Andrea lo fueron presentando a todos y el Príncipe les fue dando la mano con esa sonrisa tan encantadora que tiene. Cuando me tocó a mí, me quedé rígida como un pasmarote y no le dije nada, ni le hablé. Sólo le tendí la mano, le sonreí y me incliné de lo nerviosa que estaba. El corazón me golpeaba el pecho como un tambor.

Todo el mundo se arremolinó alrededor de él, yo creo que sin dejarle respirar, sobre todo las chicas, que tengo que decir que algunas eran muy guapas y con mucho estilo, pero que no dejaban de hablarle, ni de sonreírle. A mí me entró como una gran tristeza por no haber podido decirle nada, ni siquiera presentarme. Algo así como: «Encantada, Alteza, soy Lidia Ripoll, periodista», o algo parecido. Me sentí como el patito feo y decidí irme al jardín, así que descendí las escaleras y me senté en uno de esos bancos de madera tan bonitos que Pedro ha diseminado por todas partes. Se escuchaba la música suave de la orquesta y yo me puse a pensar en mis cosas y a dejar que me entrara la tristeza.

Pero él apareció por detrás y se sentó a mi lado, así sin más. Me quedé sin habla, pero me dijo: «Hola, ¿tú eres Lidia Ripoll, la periodista?». «Sí, Alteza», le respondí. «Deja lo de Alteza, llámame Felipe, por favor. Es que te he visto en el reportaje que hiciste este verano para televisión, el del Líbano, y me dieron ganas de conocerte. Me encantó, ¿sabes?». «Muchas gracias». «Debió de ser emocionante, ¿verdad?».

Luego se puso a hablarme del trabajo de los reporteros en las zonas de guerra, un trabajo muy meritorio. Y me preguntó por algunos lugares de Beirut que conocía y yo, más animada, le iba respondiendo como podía. Es muy culto y sensible, muy atento y me dejaba hablar. Estuvimos lo menos quince minutos charlando como amigos, mientras dos de sus guardaespaldas, un señor con el traje oscuro y una chica joven, nos miraban desde detrás del macizo de glicinias a unos metros de distancia.

¡Qué emoción más grande!

La siguiente era del día después, el 26 de junio de 1999, y ponía:

Hoy he recibido en mi casa un enorme ramo de orquídeas blancas. Me lo ha traído un motorista del palacio de La Zarzuela, junto con un sobre blanco. No me lo puedo creer, el Príncipe me invitaba a la ópera mañana y me enviaba una entrada para el palco central. De su puño y letra me escribió unas palabras en una tarjeta: «Estimada Lidia, ¿te gustaría venir con nosotros

a Rigoletto? Comienza a las ocho. Un fuerte abrazo, Felipe de Borbón» .

¡No voy a poder dormir esta noche!

La otra fotocopia era un poco más extensa, fechada el 27 del mismo mes. Empezaba así:

Voy a saltarme las normas y voy a contar lo que me ha ocurrido esta mañana en el plato. Escribo en el comedor, donde no he podido tocar la comida. Hay mucho ruido, como siempre, y los compañeros bromean y charlan a gritos sobre la próxima reconversión de TV, ¡si supieran! Estaba yo tan tranquila en el plato dando forma a la información sobre los ataques israelíes a la franja de Gaza que leerían Gonzalo y Merche en el telediario de las dos, cuando aparece Pedro Asunción y me coge del hombro. « El director quiere hablar contigo, Lidia », me dice. Y yo le digo que tengo que terminar de redactar lo de los ataques israelíes para el telediario en quince líneas, y me contesta que ya lo hará otro, que le acompañe a hablar con el director.

Entramos al despacho del director general, Chus Lamprea, nada menos, junto a Manolita, el director de informativos, mi jefe inmediato. El director general se levantó de su sillón en cuanto me vio entrar y me dio la mano, muy sonriente y cariñoso. Manolito era todo sonrisas.

Estoy escribiendo deprisa porque no quiero que se acerque ningún compañero a felicitarme y pueda leer lo que escribo. En resumen, Chus me propuso ser presentadora del telediario de las dos, el de máxima audiencia, nada más ni nada menos, con el doble — ¡el doble!— de sueldo y un plus para vestuario. Yo me quedé muda —me pasa siempre cuando sufro una gran emoción—, pero me repuse y le contesté que de acuerdo, pero que quería también hacer reportajes en el extranjero, en Oriente Medio sobre todo, no quería olvidar el periodismo. Chus me contestó que no había ningún problema. Haría reportajes y me los pagarían aparte.

Al fin se dan cuenta de que yo valgo más que para adaptar crónicas de agencia. Y menos mal que el verano pasado pude ir a Beirut gracias a que Merche se puso enferma y yo me ofrecí como voluntaria. Estoy segura de que si no llega a ser por ese reportaje, el primero que hice en mi vida, yo seguiría con las tijeras y el pegamento, por así decirlo.

Me parece que ya se ha corrido la voz y viene hacia mí un grupo de compañeros con Piluca al frente para felicitarme. Y todo esto el mismo día en que voy a ir con mi Príncipe al Teatro Real. Lo dejo aquí.

La última fotocopia estaba fechada varios días después, el 1 de julio del mismo año, con un añadido, « a las tres y media de la madrugada » .

No puedo dormir y no sé por dónde empezar. Me han ocurrido tantas cosas en tan pocos días que aún estoy aturrida. Lo primero que quiero decir es que estoy enamorada. Sí, de verdad, enamorada y creo que él me corresponde.

Pero voy a contar otra cosa.

Llegué al Teatro Real veinte minutos antes de que empezara. En cuanto el acomodador vio mi entrada se deshizo en reverencias y me condujo hasta el primer piso como si yo ya fuera la Reina de España. Había un policía, o un guardaespaldas, en la puerta, que me saludó con una reverencia y me pidió registrar mi bolso con mucha educación. Luego el acomodador abrió la puerta del palco y me indicó mi lugar. El palco era muy amplio, tapizado de tela roja, con una especie de salita y luego siete sillones muy cómodos y elegantes en dos filas, la primera de cuatro y la segunda de tres. Mi lugar era la última butaca de la primera fila a la izquierda. No te quiero decir lo nerviosa que estaba. Me puse a observar a la gente que se sentaba en el patio de butacas y que se daba la vuelta para mirar hacia el palco central. Supongo que con las luces encendidas, como estaban, se me veía bastante bien.

Llegó el momento de comenzar la ópera y las luces se apagaron sin que viniese nadie al palco. Empecé a pensar que me había equivocado de hora y me puse más nerviosa todavía. Hasta llegué a pensar que tenía que marcharme. Pero cuando empezó a descorrerse el telón y la orquesta acometía los primeros compases, la puerta del palco se abrió y entró Felipe, acompañado por varias personas que no reconocí. Intenté ponerme en pie, pero él me lo impidió sujetándome del hombro, al tiempo que me decía «hola» y luego se inclinaba para besarme la mejilla. No recuerdo si le contesté también «hola» porque, de verdad, no me acuerdo. Lo que sí recuerdo es que acerqué su boca a mi oído y me susurró: «Me alegro de que hayas venido».

Me pasé la primera parte de la ópera tan nerviosa y agitada que creo que no hice ningún movimiento. Yo miraba el escenario con atención, pero no recuerdo nada de lo que pasaba de lo rígida que estaba. Me hice a mí misma la promesa de que tenía que cambiar de actitud y mostrarme tal como era. Creo que poco a poco lo conseguí.

Cuando terminó la primera parte y se encendieron las luces, el público de sala se puso en pie y comenzó a aplaudir al Príncipe. Él contestó a los saludos inclinado hacia delante. Luego la cortina se corrió y nos aisló. Entraron dos camareros con bandejas con aperitivos, bebidas, té y café. Felipe me preguntó qué quería tomar y yo le contesté que una copa de champán, gracias, y él me la sirvió y tomó otra para él. Me presentó a sus amigos/que ya habían estado en la fiesta de Pedro. Los dos eran encantadores y guapísimos y muy amigos del Príncipe. Uno de ellos era norteamericano,

Steward, que había sido compañero de estudios, y el otro, Alberto, venezolano de muy buena familia.

Charlamos de todo, de motos, de la ópera, del periodismo y del champán, que a todos nos gustaba muchísimo. Alberto comentó que su familia poseía una isla preciosa a sólo veinte millas de la costa venezolana y nos invitó a ella. El Príncipe se dirigió a mí y me dijo: «Tenemos que ir, ¿eh? Es un paraíso». Y yo le contesté con una sonrisa que cuando quisiera. Luego me dijo que si quería ir a cenar con ellos a Casa Lucio y yo le dije que por supuesto y entonces empezó a comentar lo buena que era la comida de Lucio, que era Sencilla, española y natural, lo que le gustaba a él. Las sofisticaciones raras no le iban.

Fue precioso, y participé en las conversaciones y poco a poco se me fueron los nervios y me sentí cada vez más feliz.

Y ya lo dejo, me entra sueño. Lo dejo hasta otro momento.

Las siguientes páginas no pude leerlas. Creo que me quedé dormido.

Era el día libre del Cuquita y lo invité a cenar en la Tienda de Vinos, en Augusto Figueroa, para celebrar mi nuevo trabajo. Nos colocamos en la mesa del fondo y pedimos nuestros platos favoritos: Cuquita, el filete de cebón, poco hecho, con patatas, y yo, el pisto con huevos revueltos. El hijo de Ángel nos había traído ya la ensalada y una frasca de valdepeñas y nos la estábamos bebiendo tranquilamente. El local todavía no se había llenado, aunque sabíamos que más tarde, sobre las diez y media, se llenaría a rebosar. Era una buena casa de comidas que nunca se pasaba con los precios.

No era la primera vez que el Cuquita y yo comíamos allí. Cuando queríamos celebrar algo, solíamos ir a la Tienda de Vinos. Yo llevaba un flamante traje nuevo que me había preparado Huang *el Chino* en tres horas.

Después de leer las fotocopias del diario de Lidia, volví a llamar al móvil de Acebes con resultado nulo, continuaba fuera de cobertura. Luego llamé a Helena Ortuño a su casa. Se puso al teléfono con una voz fría como una loseta de mármol. Quedamos para vernos por la mañana, a las once, en la parte de arriba de La Mallorquina, una cafetería pastelería de la Puerta del Sol.

Fue en ese momento cuando decidí comprarme un traje, el último que tenía era de cinco años atrás. Llamé a Huang. El chino traía telas de contrabando de su país que imitaban a la perfección a las inglesas y eran mucho más baratas. Huang tenía mis medidas y le dije que quería un traje para esa misma tarde. Se puso contento y me dijo que lo tendría; ¿había engordado desde que me tomó las medidas? Le dije que estaba igual, y añadió si quería camisas, le contesté que de momento, no. Entonces me enviaría el traje a casa con un pantalón de repuesto, todo por diez mil pesetas.

El Cuquita y yo charlábamos de las grandes partidas a las que habíamos

asistido, las veces que habíamos ganado y las que habíamos perdido, que eran las más. Pero el Cuquita pasó pronto a su tema favorito: las mujeres y su teoría acerca de lo que estaba ocurriendo con las españolas. Según el Cuquita, el feminismo militante las había convertido en seres fríos, nerviosos y poco cariñosos.

—Toni, ya no te abrazan, ni te dicen que te quieren, ni te cuidan, ni siquiera te cortan las uñas de los pies. Te hablan de los problemas del currele como si fueran tíos. Es la leche, Toni, pero las sudamericanas..., eso es otra cosa, Toni. Ésas son mujeres de los pies a la cabeza, son dulces, cariñosas...

Le interrumpí.

—¿Quieres currar para mí, Cuquita? Te advierto que tengo dinero, lo pone el abogado.

Saqué la cartera y extraje cinco billetes de mil pesetas que coloqué sobre la mesa, delante del Cuquita. Éste abrió los ojos y exclamó:

—¡Joder! ¿Y qué tengo que hacer, Toni?

Se guardó los billetes en el bolsillo del pantalón y yo añadí:

—Quiero que vayas a una calle, se llama Ezequiel Estrada..., está por Vallecas. ¿No lo apuntas?

—No hace falta, me acuerdo. Calle Ezequiel Estrada, por Vallecas. ¿Y qué hago allí?

Le conté lo que había ocurrido en esa calle el pasado 28 de agosto. Tenía que recorrer la calle preguntando en los bares, a las mujeres, a los jubilados... sobre si había algún testigo que hubiese escuchado el disparo que acabó con Lidia, o supiera algo. Unos abogados pagarían cien mil pesetas sin discutir al que supiera algo de ese asunto. Quedamos para vernos dos días después, antes de comer, en Bodegas Rivas, en la calle de la Palma.

—Toni, joder, ¿es que la Policía no ha investigado por allí?

—Si lo ha hecho, ha debido de ser poco, Cuquita. Enseguida se encaminó la investigación sobre Delforo. De todas maneras en ese barrio la Policía no debe de ser muy popular.

» Insiste con las cien mil, Cuquita. ¡Ah! y otra cosa... Invita a esa Luz María a que te acompañe, a lo mejor le gusta y así te aburres menos.

Salí de la Tienda de Vinos a las once y media de la noche y le dije al taxista que iba a la calle San Bernardo, esquina con Pez. Caminé por la calle del Pez entre grupos de chicas y chicos que entraban y salían de los bares y me encaminé a la plaza de Carlos Cambronero. Pasé por la puerta de El Palentino, lleno a rebosar de gente, y subí la cuesta hasta Molino de Viento. Como siempre me detuve a contemplar las luces de la botella de champán y el corazón de burbujas adornando la entrada: « Las Burbujas de Oro », y las otras letras, las blancas más pequeñas: « Bar Nocturno ».

Había cuatro o cinco clientes acodados en la barra charlando con dos chicas.

Una de las mesas estaba ocupada por otros dos clientes y dos muchachas que parecían chinas. Al entrar, una de esas chinas soltó una risa aguda que sonó como si se rasgara un papel.

Catalina se encontraba junto a la caja registradora, al otro lado del mostrador, sentada en el alto taburete con esa minúscula minifalda plateada con la que se podrían envolver sellos de correos.

Caminé hasta el otro extremo del mostrador y me apoyé en él. Catalina acudió a mi lado y me besó ruidosamente en las mejillas como tiene por costumbre. Acercó la boca a mi oído y me dijo:

—Gracias por venir, tiarrón, Juanita está arriba, lo está pasando fatal.

—¿Qué ocurre, Catalina?

—Es cosa del niño, de Silverio. Pero que te lo cuente ella. No le digas que yo te he llamado, ¿vale? No vayamos a joder la cosa.

Aparté las cortinas, subí los tres tramos de escalera y entré en la vivienda. La luz de la cocina comedor estaba prendida y se escuchaba música suave de la radio. Juanita, en bata, estaba acostada en el sofá con un cigarrillo en la boca. El cenicero, repleto de colillas, descansaba en el suelo a su lado. Me quedé observándola durante unos instantes hasta que se percató de mi presencia y se incorporó de golpe.

—¡Toni! ¿Qué haces aquí? Me has asustado.

—Ya ves, Juanita, tenía que haber venido antes o haberte llamado, pero he estado muy liado. ¿Cómo estás?

Saqué mi paquete de Ducados y el mechero, los dejé en la mesa y me quité la chaqueta nueva y la coloqué sobre el respaldo de una silla. Me senté a su lado en el sofá. Juanita tenía profundas ojeras y apenas si me miró. Le repetí:

—Oye, ¿estás bien?

—Sí, bien jodida. ¿Estuviste con mi niño?

—Sí, claro, lo encontré en el gimnasio. Ha crecido mucho, Juanita. Está hecho un hombre. ¿Pasa algo con él?

—¿Cómo lo encontraste, te dijo algo?

—Ya sabes cómo son los muchachos a esa edad, Juanita, resultan un poco respondones, necesitan afirmarse y todas esas cosas.

—Me llamó por teléfono ayer...

Me hablaba con voz tan baja que temí no haberla oído y me acerqué un poco más. Tenía la mirada perdida en algún punto de la pared de enfrente.

—... me dijo que se marchaba de casa y que..., bueno, que ya vendría a por sus cosas. —Apoyó la cabeza en mi hombro—. Toni, me ha llamado puta.

Le pasé el brazo por encima y la estreché. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Putá —repetió—. Y dice que..., que está cansado de vivir en una casa de putas. Se ha ido a vivir con unos amigos, eso dice, pero no me quiere dar la dirección, ni quiere que vaya a verlo. Lo tenía pensado desde hace mucho

tiempo, eso me ha dicho, Toni. Se ha ido, ha esperado a cumplir la mayoría de edad. Mi niño, mi Silverio. Y dice que no va a volver al instituto, deja de estudiar.

—No tienes que hacerle caso a eso, Juanita. No debes preocuparte, los chavales..., ya sabes cómo son. Volverá, ya verás.

Cerré la boca. Supongo que yo no era el más indicado para dar consejos. Yo había hecho algo peor a los dieciocho años. Algo que nunca podré olvidar y que me persigue como una serpiente hambrienta.

—Tiene dieciocho años, Toni. No es un niño, y ¿sabes lo que pienso? Le ha faltado un padre, un hombre. Aquí no hay más que mujeres por todos lados. Y Catalina y yo..., bueno, me parece que lo hemos mimado demasiado, no lo hemos educado bien.

Se quedó callada y los dos nos quedamos pensando en nuestras cosas, escuchando la música de la radio. En lo que podía haber sido nuestra vida y no fue.

—He sido muy tonta contigo, Toni. —Se apartó ligeramente y me contempló—. A veces..., quiero decir, a veces creo que no fui justa contigo. Fui..., fui muy egoísta. ¿Quieres quedarte a dormir? Quédate a dormir, Toni... ¿Quieres?... Por favor.

—Sí, me quedaré. No hay problema. Puedo dormir en este sofá.

Y de pronto me besó. Hacía dieciocho años que no me besaba. Y no fue un beso de amigo. Me susurró:

—No, en el sofá, no. Duerme conmigo, Toni, por favor, duerme en mi cama y me abrazas. Te lo pido por favor.

Miré el reloj. Las dos de la madrugada y Juanita, a mi lado en la cama, me daba la espalda. La luz de los tubos de neón de fuera iluminaban el balcón abierto como si hubiera habido una fiesta en aquel dormitorio. No había sido igual que dieciocho años atrás. Pero la habitación parecía la misma, aunque tampoco era la misma. Quizá yo tampoco era el mismo. En dieciocho años pasan muchas cosas, las cicatrices apenas han cubierto la superficie de las heridas.

Ni siquiera me encontraba en la misma habitación. Después de tantos años era otra. Juanita había pintado las paredes de beige y sobre la repisa había más cosas. Esa muñequita vestida de baturra no estaba antes, tampoco la pequeña Torre Eiffel. Pero el olor de su cuerpo era el mismo, esa fragancia tenue y reconocible. Me pregunté si era posible el sueño de que nada había cambiado entre los dos.

Quizá lo que no había cambiado fuera mi memoria de ella.

Habíamos discutido. A voces. No recuerdo si la injurié. Quizá sí, de todas maneras actué como si yo fuera el injuriado. Una pelea desigual; Los dos desnudos en la cama lanzándonos reproches. Nos conocíamos lo bastante bien como para saber herir al otro. Hasta que Catalina golpeó con los nudillos la puerta del dormitorio y le preguntó a Juanita si todo andaba bien. Juanita le contestó que no pasaba nada.

Pero lloraba. Nunca la había visto llorar. Lágrimas silenciosas.

Me levanté de la cama, me puse los calzoncillos y fui hasta la cocina. Encendí uno de mis Ducados. Hasta mí llegaba la música de abajo y el rumor de las voces y las risas, entre el tictac del reloj de pared de la cocina. Tantos recuerdos de aquella casa, de aquella mujer.

Tuve otro arranque de cólera, me vestí y abandoné el Burbujas de Oro. No me despedí de Catalina, que me miró con los ojos muy abiertos cuando me vio pasar.

En la plaza de Carlos Cambrónero, un borracho barbudo hablaba solo sentado en el suelo, cerca del cajero automático de Caja Madrid. Un grupo de chicos y chicas atravesó la plaza, probablemente buscando un bar abierto a esas horas. Me

subí las solapas de mi chaqueta nueva, y ya empezaba el frío otoñal en Madrid.

Juanita, entre sollozos, me había confesado que me había mentido durante todos estos años. Me mintió cuando me dijo que no sabía quién era el padre de Silverio y volvió a mentirme cuando permitió que yo me marchara de su lado.

Me había confesado que Silverio era mi hijo.

Necesitaba un bar abierto.

En La Manuela se puso a mi lado, en el mostrador, un tipo sin afeitar, con el rostro de un extraño color azulado, o eso me parecía a mí. Aferraba un vaso de ron sin hielo y traía una botella de ron Pálido, que colocó frente a él. Le acompañaba una mujer flaca con gafas, a la que en el barrio llamábamos la Romero.

—No te has cortado las uñas de los pies —me dijo.

—¡Lárgate de una vez, Carmen! —le gritó Miguelito.

La Romero se marchó y el tipo añadió:

—¿Quiere un poco de ron? Venga, le invito —me dijo.

—No, gracias, prefiero lo que bebo.

Yo estaba sentado en el taburete próximo y llevaba hablando un buen rato con Miguelito, el socio de Jesús, acerca de Delforo y el crimen, sin mencionarle que trabajaba para Matos. La sorpresa a todo eso era que por allí no había ido ningún policía, nadie había preguntado sobre Delforo y menos por mí. Entonces ¿por qué lo sabía Gades?

El borracho seguía hablándome, mientras yo continuaba la charla con Miguelito. Pero no lo entendía. A veces sus soliloquios terminaban en murmullos apagados.

—Pues sí que es raro, Toni. ¿Y dices que tuvo que venir aquí un madero preguntando por vosotros? —Hizo un gesto de duda con la boca y continuó:— Ya te digo, me acuerdo de vosotros dos, el Delforo y tú aquí bebiendo. No me acuerdo qué día fue, a finales del mes pasado, creo. Me parece que tú te fuiste antes, el menda ese de Delforo se quedó bastante rato más, no me acuerdo. Pero estaba castaña, se la cogió de aúpa. Me acuerdo porque me pidió que le diera un par de vasos de agua tibia para ver si se le pasaba, y a te digo. Pero por aquí no ha venido ningún madero. Yo lo sabría.

Ahora el borracho del ron contaba algo acerca de su mujer y una playa. Estaba diciendo: « Hay que saber tratar a una mujer. Nosotros no sabemos » .

—A lo mejor vino el madero en tu día libre, ¿no, Miguelito?

—Sí, puede ser... Pero me lo habrían comentado, vamos, digo yo. Esas cosas no pasan desapercibidas. Esas cosas se comentan, se hablan. Me lo habrían dicho.

Hay muchos tipos de borrachos profesionales, toda esa gente que no tiene agallas para suicidarse de forma rápida y expedita y lo hace con cierta lentitud trasegando alcohol en su casa o en cualquier bar. He conocido borrachos cagaleches, apañacolillas, agresivos, llorones, pesados, lujuriosos, habladores y el

peor de todos, el cerdo.

El hombre que tenía al lado era del tipo hablador, con una subvariante, la de hablador-solidario. Terminé mi gin tonic y le pedí a Miguelito una botella de ginebra Larios, un cubilete de hielo, limones y cuatro botellines de tónica. Quería emborracharme.

Es curiosa la metamorfosis que sufre el bebedor. Con las primeras copas se convierte en un mono, ese animal alegre y dicharachero. Después, si sigue bebiendo, se transforma en un cordero; un animal manso y silencioso que no se mete con nadie. Más adelante es una cacatúa charladora y amigable; si continúa, se convierte en lobo o tigre y busca pelea y follón. Finalmente se cambia al cerdo. Vomita y se ensucia encima, mientras busca desesperadamente follar con alguien. El final de todo es perder el conocimiento.

¿En qué etapa me encontraba yo?

Difícil dilucidarlo. Es posible que en la del cordero. Me compadecía de mí mismo y no hacía otra cosa que enfurecerme contra Juanita. Se había burlado de mí, había tardado dieciocho años en decirme que Silverio era mi hijo. Y había aprovechado estar desnuda, y entre mis brazos, para decírmelo, y encima con lágrimas en los ojos. No quería obligarme a que me casara con ella, por eso no me lo había dicho antes. ¡Vaya tontería! Me había mentado diciéndome que no sabía quién era el padre. Y me reprochaba que me lo hubiese creído. «¿Cómo pudiste creer eso, Toni?».

Me estaba enfureciendo otra vez. Estaba entrando en la etapa del tigre. La rabia me cubría como agua caliente, podía romperle los dientes a cualquiera en ese momento. Sólo necesitaba un pretexto. Pero hacía al menos cinco años que no me pegaba con nadie en ningún bar. Tenía que calmarme, regresar al cordero. Pero en cuanto volvía a pensar en Juanita, me enfurecía.

A las cuatro de la madrugada ya me había bebido media botella de ginebra. En el bar había dos mesas ocupadas por dos grupos de amigos que hablaban a voces; en el mostrador seguíamos el de la cara azul y yo, sentados en taburetes.

Miguelito dormitaba al otro lado del mostrador.

Entonces entendí lo que me estaba diciendo el tipo de la cara azul, algo así como:

—La última palabra que se dice a alguien es muy importante.

Giré la cabeza. El sujeto se dirigía a mí. Lo que yo sospechaba. Y añadió:

—¿Sabe lo último que le dije a mi mujer?

Lo observé sin abrir la boca.

—Le dije: «Vete a la mierda». Eso fue lo que le dije. ¿Y sabe lo que pasó después? Bueno, veré..., estábamos en la playa, en un lugar muy bonito..., lo llaman La Guardia, al sur de Granada, y eran... como las siete o las siete y media de la madrugada... A Alicia, mi mujer, le gustaba ir al amanecer a la playa, cuando todo es más limpio..., como si se inventara el mundo, decía ella...,

y... ese día me dijo que nos fuéramos ala playa...

Me volví a mi botella de ginebra y eché un poco en el vaso. De todas maneras lo seguía escuchando. Ese tipo tenía un cordero grande y lustroso y lo acariciaba. Tenía que marcharme rápidamente de allí. Pero continuó hablando y yo bebiendo.

—... era..., era domingo e iba a haber un concurso de pesca, ¿sabe?... , uno de esos concursos de pesca que se hacen en los pueblos por el día de la virgen, ¿comprende? Toda la orilla estaba ocupada por cañas de pesca..., una..., una al lado de la otra, las habían clavado en la arena la noche anterior... Bueno, pero había también un grupo de chicos y chicas muy jóvenes en esa playa, como tres chicas y cuatro chicos, ¿o era al revés? No me acuerdo, pero da lo mismo... Se bañaban desnudos, todos desnudos, y las chicas eran..., no sé cómo decirle..., eran muy bonitas, muy jóvenes, hermosas, y yo me puse a mirar a una de ellas sobre todo, y le dije algo así como « ¡Hola!» u « ¡Hola, guapa!» , ya no me acuerdo..., han pasado diez años, nada menos que diez años...

Miguelito daba cabezadas con los brazos cruzados sobre el pecho. Bebí lo que quedaba del vaso y lo llamé:

—Miguelito.

Abrió los ojos y añadió:

—La cuenta, me voy.

Contempló la botella de ginebra. Me había bebido más de la mitad.

—¿Te cobro la botella o vaso a vaso?

—Como quieras.

Escuché al otro.

—... y mi mujer va y me dice: « ¿Qué haces? ¿Por qué la miras tanto?» . O algo así, algo parecido, ¿no? Y yo le digo: « ¡Vete a la mierda!» ... « ¡Vete a la mierda!» —repitió—, y entonces se tiró al agua...

—Mira, te voy a cobrar la mitad, quinientas, y cien por las tónicas, o sea, seiscientas. ¿Quieres la penúltima? Venga, invita la casa.

—No, me retiro. Y cóbrate.

Le tendí un billete de mil.

—... y yo, pues me senté en la arena, descarado, a mirar a la jovencita ésa, que no tenía vergüenza, ¿comprende? Porque se exhibía. Debía de estar borracha o drogada, pienso ahora yo, o a lo mejor era cosa de jóvenes... El caso es que yo seguía mirándola y...

—Y te cobras lo de este señor. —Señalé al borracho.

—Toni, se ha bebido una botella de ron entera, casi todas las noches hace lo mismo. Y son mil pelas justas, no es bastante con esto. —Agitó el billete.

—... empecé a oír gritos..., como un escándalo en el agua, era mi mujer, claro. Pero yo no hice caso, que se jodiera, pensé, pero...

Saqué otro billete de mil y se lo entregué. Luego me fijé en el tipo, hablaba

dirigiéndose al vaso.

—Oye, gracias, Toni —dijo Miguelito.

—... los gritos eran cada vez más angustiosos y me..., me puse en pie... El sol ya había salido y ella..., ¡oh, dios mío!..., ella manoteaba revuelta en los sedales de las cañas de pescar, enrojeciendo el agua... Fui..., fui para ella y la..., la arrastré a la orilla y..., y... la femoral, luego me enteré, me dijeron, fue la femoral, uno de los anzuelos, una herida de cinco centímetros, son..., son cinco minutos nada más, uno se desangra, se desangra... y... —Levantó la cabeza, sin verme, sin ver a nadie—. ¿Sabe cuál fue la última palabra que le dije? ¿La..., la sabe?

Ahora se estaba dirigiendo a mí.

—Sí, lo sé. Nunca decimos la palabra debida. Como si cerrásemos puertas, ¿verdad? Eso es lo que solemos hacer cuando nos peleamos.

Eso fue lo que le respondí y él, entonces, añadió:

—Así es —reconoció el borracho—, y no he hecho..., no he hecho otra cosa que pensar en ella todos los jodidos días de mi vida...

Me escabullí del bar.

El Burbujas estaba cerrado y el anuncio de neón apagado. Golpeé la puerta varias veces. Catalina me abrió.

—Vaya, eres tú. —Sólo me dijo eso.

—¿Sigue ella arriba?

—Donde tú la dejaste. Por aquí no ha venido. ¿Qué quieres?

Entré al bar sin contestarle. Ella se apartó, cerró la puerta y se encará conmigo.

—Te he preguntado algo, Toni.

—Se lo diré a ella, Catalina. Es a ella a quien le importa, no a ti. He vuelto, ¿no es suficiente? —Pero parecía que no lo era, se había plantado delante de mí y me miraba con fijeza—. Tú sabías todo ese asunto de Silverio, ¿verdad?

—Claro que lo sabía, ¿qué te crees? Juanita y yo somos como hermanas. ¿Qué vas a hacer ahora? Yo tengo que terminar la caja.

—Eso está muy bien, Catalina, termina la caja. Yo voy a subir a verla.

Me apretó el brazo con fuerza. Nunca sospeché que pudiera ser tan fuerte.

—Si le haces daño, te juro que te mato, Toni.

No le respondí. Y aguardé a que me soltara. Cuando lo hizo, atravesé el bar, descorrí la cortina, subí la escalera y entré en la casa. Estaba oscura, silenciosa. Me asomé al dormitorio. El bulto de Juanita descansaba en la misma posición en que la había dejado. Me desvestí y entré en la cama.

Se movió un poco y me pegué a ella como hacía antes, y le pasé el brazo por encima y ella me tomó la mano y me la besó.

Así era antes.

Aquella mañana en la que recibió la llamada telefónica, tumbado en la cama, el Oso volvía a tener esos ataques de tos que le provocaban escupitajos sanguinolentos. Cuando terminaron, pensó que estaba bebiendo demasiado esa temporada, quizá por vivir en aquella pensión, Villa Sara, tan cerca de la Cervecería Pepe Martín, justo a la vuelta de la esquina, en la parte alta de ese pueblo, Salobreña. Era muy difícil pasar de largo y no entrar. Por cualquier sitio que llegara a la pensión veía el cartel luminoso y ala gente dentro, las chicas con sus macarras, esas rusas del bar de alterne Noches de Moscú, de la parte baja del pueblo, adonde él no iba nunca. Y si no estaban las chicas, de todas maneras se tropezaba con las luces de la puerta y la promesa de que más tarde se vería con ellas y podría hablar en su propia lengua y beber vodka Stanislaya. Aunque nada más fuera tomar un par de copas, y luego subir la pequeña cuesta y acostarse en su habitación, con ese techo que parecía un mapa en relieve de algún país desconocido, con ríos, lagos y montañas, todo lleno de grietas, y luego despertarse al otro día con resaca.

Tal vez debería abandonar esa pensión y ese pueblo tan extraño, largarse de allí a cualquier otro lugar, y no beber tanto, ni sentir el mordisco en el pecho al toser, ni escuchar su lengua, que le traía tantos recuerdos, ni contemplara todas esas chicas. Quizá debería seguir cualquiera de esas grietas que contemplaba en el techo y visitar esa tierra desconocida que aparecía al final.

Al cuarto o quinto timbrado descolgó el teléfono. Y una voz conocida le preguntó si quería ir a Madrid. Había trabajado. Él respondió:

—¿Cuánto?

Y la voz dijo:

—Lo de siempre, Oso, ¿qué te pasa?

Un poco antes, cuando la voz del teléfono mencionó «Madrid», el Oso pensó en su madre, que hablaba siempre de Madrid, y al momento se vio a sí mismo y a su hermana de niños, escuchando a su madre contarles las verbenas tan bonitas y alegres de su juventud, que ni siquiera se detenían cuando Madrid era bombardeada por la aviación fascista.

Tenía una serie de palabras grabadas en la memoria: Bombilla, Lavapiés, Pradera de San Isidro, parque del Retiro y algunas otras más, junto al rostro de su

madre, Carmen la Española, que fue la que le puso el apodo. Primero lo llamó Osito, después, según fue creciendo, se convirtió en Oso. Su hermana era Bichito.

El Oso continuaba tumbado en la cama con el teléfono en la oreja.

—¿Estás ahí? No te oigo.

—Sí, aquí estoy. ¿Qué quiere decir lo de siempre? ¿Lo que me disteis la última vez?

—Oye, ¿qué te pasa? ¿Has vuelto a toser otra vez?

—La última vez hice un trabajo doble y me pagasteis como si fuera sencillo. Eso es lo que me pasa, tío. Quiero saber si éste es un trabajo doble.

—Mira, déjate de coñas, Oso. Son dos kilos, como siempre, los gastos van de tu parte. Si te apetece, lo haces y si no, aire. ¿Me he explicado bien?

Era un gilipollas, por eso hablaba, así. Un tío que iba de listo, dándoselas de importante, siempre bien trajeado, uno de esos que comen sin mover la boca, pillando trocitos minúsculos de comida y llevándoselos a la boca con gestos cuidados. El Oso sabía lo que pensaba de él. Lo tenía por un ruso loco, un jodido analfabeto, y le encargaba los trabajos más sucios. Si aceptabas una vez y lo hacías a la perfección, te tenían fichado y te volvían a llamar. Eso era lo que le había pasado.

Lo que no podía saber ese imbécil es que él era bueno en su trabajo porque ya estaba muerto. Murió cuando su madre abandonó sorpresivamente a su hermanita y a él y tuvieron que irse a vivir a la casa de acogida, como si fueran huérfanos.

Él lo atribuye a que el alma se le secó. Mataba tan bien y con tanta eficacia porque ya no existía. Sólo los muertos matan.

Yañadió a ese capullo de Alexis:

—Tú te explicas siempre muy bien. Pero te diré una cosa, entre todos esos chorizos que tenéis en la empresa, esos musculitos capullos, no hay nadie que lo pueda hacer como yo. Por eso me llamas a mí, ¿me he explicado yo también?

Hubo un silencio hasta que la voz al otro lado de la línea dijo:

—Deja que te diga una cosa, Oso, lo de la otra vez, ese trabajo doble que tú dices, no fue cosa nuestra, fue una decisión que tomaste. ¿Es que no te acuerdas?

El Oso colgó el teléfono. Ahora le hubiera gustado tener a su lado a su hermanita, al Bichito. Le diría: «Vámonos a Madrid», pero su hermanita hacía mucho tiempo que había muerto de tuberculosis, y era mejor recordarla cuando era niña.

La cosa empezó a ir mal cuando su madre se marchó y ellos tuvieron que ir al orfanato. Luego se enroló en el ejército, en las tropas especiales, nueve años sin volver a Moscú. Cuando se licenció buscó a su hermanita, pero se había escapado del orfanato con trece años recién cumplidos y nadie sabía dónde estaba. Ni siquiera la gente de la Casa de España. La encontró dos años después en la estación de Finlandia, en los descampados, sentada alrededor de una hoguera, bebiendo vodka barato de una botella que se pasaban las demás prostitutas

mientras daban risotadas.

Él se acercó y preguntó: «¿Bichito?», y una de las mujeres, una flaca desdentada, se puso en pie y se acercó a él despacio. Al principio no la reconoció, pero aquella mujer le abrazó y los dos lloraron. Luego se la llevó a su casa, la bañó, le dio de comer y le compró ropa, sin preguntarle qué había hecho en esos años.

Pero su estancia juntos duró poco, apenas tres meses, su hermanita tenía los pulmones podridos, los médicos no pudieron hacer nada. Murió en silencio, agarrada a su mano, en una cama del hospital Komarov, mirándole fijamente y diciéndole: «Oso, Osito...».

Después de eso estuvo en muchos lugares: Afganistán, los Balcanes... Hasta que el comandante, ese imbécil de Alexis, que en aquel momento se hacía llamar Ataños Bozhilov, lo encontró en un burdel de Johannesburgo y le propuso trabajar en la empresa de seguridad que iba a montar en España. Le dijo que le había gustado esa particularidad suya de hablar español sin acento. La empresa estaba formada por gente como él, casi todos antiguos soldados o policías de la Europa del Este, la mayoría rusos, aunque había albaneses, chechenos y búlgaros. La empresa servía a las discotecas de porteros y de personal de seguridad, pero tenía otras actividades que no aparecían a la luz pública. El cobro de deudas y el ajuste de cuentas. En esa última actividad se encontraba el Oso.

El trabajo doble que había realizado fue en Marbella, dos meses antes. Él se encontraba en la misma habitación, también tumbado en la misma cama, contemplando el mismo techo con las mismas jodidas grietas, cuando le llamó Alexis y le propuso el trabajo. Le dijo aquello de «serán cinco minutos nada más, Oso», devaluando, como siempre, la magnitud y la perfección de su oficio.

El hotel de Marbella era de lujo, lleno de gente elegante en el vestíbulo. Ese tipo de gente que acude siempre a esos hoteles: turistas ricos y estúpidos, mujeres gordas recubiertas de joyas y ejecutivos bien trajeados. Todos oliendo a desodorante.

El Oso iba con el traje que se ponía siempre cuando trabajaba, un traje gris sin planchar con camisa blanca y corbata azul un poco chillona. Un traje que le estaba estrecho, sise lo abotonaba.

Subió en el ascensor hasta la habitación 2100, en el último piso, la zona de las suites. Llamaría a la puerta y tendría que decirle al tipo que venía de parte de Alexis, sólo eso. Abriría el sujeto, luego sería cuestión de cinco minutos. Nunca preguntaba qué habían hecho o qué habían dejado de hacer y sise merecían lo que les iba a pasar. No era de su incumbencia. Por otra parte, la opinión personal del Oso era que nadie merecía morir antes de tiempo. Si les ocurría a algunos, era cuestión de mala suerte o de alguna extraña lotería que él no podía controlar.

Pero esta vez no ocurrió como estaba previsto.

Le abrió la puerta una muchacha en bata de baño. Rubia teñida de unos

dieciocho años, de rostro muy blanco, una chica de aspecto descarado. No mostró miedo, ni inquietud. Le preguntó en voz baja:

—¿Eres el enviado de Alexis?

—Sí—respondió él.

—Pasa, está desayunando.

Entró al vestíbulo y ella cerró la puerta. Escuchó una voz de hombre que preguntaba:

—¿Quién es, cariño?

—¡Nadie, servido de habitaciones! —contestó la muchacha y le dijo, bajando la voz—: Oye, voy a ducharme, no tardes mucho.

Ella se dirigió por un pasillo bamboleando las caderas bajo la bata y él la siguió hasta que la chica se introdujo en el cuarto de baño sin volverse. El Oso se detuvo ante una puerta decidiendo qué hacer a continuación. Esa chica era una prostituta de hotel, claro. Un impedimento no previsto. ¿No previsto? Entonces ¿por qué le había preguntado si venía de parte de Alexis?

Enseguida escuchó el sonido de la ducha y decidió comprobarlo que pasaba. Atravesó otra habitación, el dormitorio, con la cama deshecha y ropa de hombre y de mujer esparcida por todas partes, ropa interior incluida, hasta que desembocó, por fin, en un salón en forma de ele, cuyo frente era una enorme cristalera que permitía divisar una cadena montañosa.

El hombre, un viejo, se encontraba sentado frente a la mesa de los desayunos con una toalla rodeándole la cintura. Se le quedó mirando sin mostrar miedo. Él se desabrochó la chaqueta, siempre se abrochaba los tres botones de sus chaquetas, a pesar de que le costaba trabajo comprarse chaquetas que no parecieran de una talla inferior; y atravesó el salón hasta que se sentó al otro lado de la mesa, frente al viejo, sintiendo sus pequeños y vivaces ojos fijos en él.

—¿Quién eres? —le preguntó, y el Oso vio cómo empuñaba el cuchillo de la mantequilla.

—No importa —le contestó.

Seguía escuchándose el tenue sonido de la ducha y aguardó a que el viejo hiciera o dijera algo más. Dedujo que era bastante viejo, un viejo apergaminado de huesos grandes y manos anchas ya sin carne, ni músculo, flaco como un pájaro, pero que debía de haber sido un hombre fuerte, probablemente un trabajador hecho a sí mismo. Ahora debía de tener más de setenta años. Y era ruso, un compatriota. Le había hablado en español con un fuerte acento.

El Oso observó que dejaba el cuchillo sobre la mesa y se replegaba contra el sillón. Sus ojos dejaron de taladrarle y dirigieron la mirada al gran ventanal. En la bandeja del desayuno se desparramaban varios tipos de mermeladas, tostadas, cruasanes con aspecto de recién hechos y mantequilla. La chica, que continuaba bajo la ducha, esperando, seguramente había pedido todas esas cosas, luego había mordisqueado un cruasán y una tostada y lo había dejado todo allí, lo típico. El

viejo tenía delante un plato con huevos a medio terminar.

El viejo dijo, al fin:

—¿Te envía mi yerno?

—No lo sé. Trabajo para Alexis.

—Alexis —repitió el viejo—. Claro, se trata de eso. Debí habérmelo figurado. Mi amigo del alma Alexis Gudonov, compañero de la milicia. Ha debido de comprarlo ese perro de mi yerno. ¿Eres ruso, tovarich?

—Sí, de Moscú. Pero mi madre era española, se llamaba Carmen. —Nunca hablaba con los que iba a matar, pero ese hombre le produjo una enorme impresión por su serenidad. Y quizá, también, un punto de tristeza—. Me llamo Josif Moreno —le comunicó el Oso—, tengo el apellido de mi madre. Josif es como José.

—Hablas muy bien español, Josif, sin acento —le dijo en ruso—. Yo soy ucraniano, de Kiev. ¿Estuviste en el ejército?

El Oso no contestó, tomó la cafetera y vertió café caliente en la otra taza. La chica ésa había usado la taza a medias, igual que el cruasán y la tostada, quedaban restos de café en la taza. Una de las tostadas tenía la huella de un mordisco y el Oso la levantó del plato y la observó. Luego la dejó, bebió un sorbo de café —estaba bueno— y comenzó a mordisquear uno de los cruasanes sin tocar.

—Supongo que será inútil proponerte más dinero, ¿verdad, tovarich? Pero puedo hacerte rico si quieres. Tengo dinero aquí en España, en Marbella. Los bancos están abiertos.

El Oso continuó mascando el cruasán y bebiendo sorbos de café. El viejo lo observaba, los delgados brazos extendidos sobre la mesa.

—Tuve un hijo como tú, Josif un buen hombre. Lo mataron en Afganistán esos talibanes pagados por la CIA y el imperialismo. Se llamaba Iván y era operador de radio, un buen muchacho que no me dejó nietos. Lo sentí como un castigo que me había enviado dios por mis muchos pecados, Josif. Pero me dejó una hija, Tania, una loca que se juntaba con los occidentales que llegaban a Moscú con las carteras llenas de dólares. La regañé y sabe dios que intenté enderezarla. Y se casó con ese perro ambicioso de mi yerno, un italiano del demonio con el cabello rizado como el de las putas. Y ahora se ha unido a Alexis, que era un hermano para mí, ¿crees que eso es justo? Dime, Josif, tovarich, ¿no quieres hacerte rico? Dime la cantidad que quieras y te la daré, tengo bastante dinero. Y no debes preocuparte por Alexis, sé dónde se encuentra. Lo mataré.

No era mal tipo ese viejo, ni tampoco estaba haciendo nada malo. Solamente intentaba salvar su vida. Algo natural. Al menos no le suplicaba ni se ponía a lloriquear.

—Ya veo, es inútil contigo —añadió el viejo—. Tú eres diferente al cerdo de mi yerno. Tú eres de los que cumplen sus promesas, ¿verdad? Ahora uno ya no se puede fiar de nadie, la palabra no basta, no sirve para nada.

El Oso terminó el cruasán y bebió todo el café de la taza. Se llevó la mano a la espalda, extrajo su arma, un pesado revólver Tokarev, y lo colocó sobre la mesa.

—Vaya —le dijo el viejo—, hacía tiempo que no veía uno de esos revólveres. ¿Es tuyo, tovarich?

El Oso lo miró sin decir nada.

—Usé en el ejército uno parecido a éste. ¿Puedo rogarte algo? —Aguardó y como el Oso no le contestaba, siguió—: No dejes que me vean así, desnudo. ¿Puedo vestirme? —Se puso en pie, sujetándose la toalla con una mano—. Tengo la ropa en el dormitorio.

—Yo te vestiré después —añadió el Oso—. Te doy mi palabra.

El viejo, con una mano en la toalla, caminó hasta el ventanal. Quedó de espaldas al Oso y continuó hablando. El Oso agarró el revólver con la derecha y tomó uno de los cojines del sofá, un cojín azul muy mullido.

El viejo estaba diciendo:

—... ya he vivido bastante, tovarich, he tenido una vida plena y hermosa. He conocido los viejos y buenos tiempos de la patria y me han amado muchas mujeres. Sólo he tenido mala suerte con mi hija y mi maldito yerno italiano...

El Oso no lo dejó terminar, se acercó por detrás, le puso el cojín en la cabeza y le disparó a un costado para que el proyectil no rompiera la cristalera. El viejo se desplomó con la cabeza partida y la moqueta comenzó a cubrirse de sangre. Luego atravesó el salón y empujó la puerta del cuarto de baño. Estaba cubierto de vaho. La chica apartó la cortina de la ducha y mostró su desnudez húmeda y rojiza por el agua caliente. Ahora sí parecía asustada.

—¿Qué..., qué quieres? —alcanzó a decirle y, encima, le intentó sonreír—. ¿Qué vas a hacerme?

El Oso le disparó dos veces y observó cómo se deslizaba bajo el agua de la ducha, que se fue tiñendo de rojo. Luego pasó al dormitorio y tomó la ropa del viejo para vestirlo.

El teléfono sonó otra vez y el Oso aguardó el cuarto timbrado. Entonces lo descolgó. Escuchó de nuevo la misma voz, la de ese capullo condescendiente.

—¿Eres tú, Oso?

—¿Quién quieres que sea?

Seguía en la cama, casi en la misma posición que antes, de cara al techo, sin ganas de levantarse y descender la cuesta y meterse de nuevo en la Cervecería Pepe Martín. Se figuró a Alexis en su mesa de despacho ante el teléfono aprueba de escuchas, conseguido a través de los israelitas. Esa voz tan desagradable.

—Bueno, verás, lo he pensado, ¿sabes?, y me parece que es..., bueno, que me parece bien. Esta vez te puedo ofrecer tres kilos, ¿te parece?

Se lo figuraba con las piernas cruzadas, echado hacia atrás en el sillón ergonómico. Cuando se refería a él, al Oso, solía decir: «Es un animal, un ruso, bestia al borde de la subnormalidad. Estuvimos juntos en Afganistán». Lo escuchó

una vez comentárselo a alguien, sin que supiera que él estaba cerca. Un ruso bestia.

—Tres millones, muy bien. ¿Qué más?

—Tendrás que venirte a Madrid. Ya tienes habitación en un hotel, se llama Victoria y se encuentra en la plaza de Santa Ana. ¿Lo estás apuntando? La documentación y el dinero te los mandaré donde siempre. ¿Está claro?

—Sí, está claro. ¿De quién se trata?

—Ya te enterarás. —Y a continuación le escuchó decir—: Cinco minutos de trabajo.

A las once de la mañana, afeitado y con el traje de todos los días, descubrí a Helena sentada a una de las mesas del rincón de la solitaria sala del piso de arriba de la cafetería pastelería La Mallorquina, junto a uno de los ventanales. Se tapaba el rostro con la mano y parecía atenta a un libro que leía con los codos apoyados en la mesa. Llevaba un vestido negro, veraniego, y estaba tostada por el sol. El cabello negro, más corto, le dejaba la nuca al aire. Habían pasado cinco años.

Caminé hacia ella por el desierto salón hasta que se dio cuenta de mi presencia, levantó la mirada del libro y lo cerró de golpe. Su rostro se había vuelto más afilado y se le marcaban los pómulos. Bajo sus ojos se le habían formado grandes y marcadas ojeras.

Me senté frente a ella. Estuvimos en silencio durante unos instantes.

—Vaya, vaya..., así que quieres hablar conmigo, ¿eh? ¿Y sobre qué?

Un camarero había aparecido en la puerta y avanzaba despacio hacia la mesa. Era un hombre viejo.

—¡Un café solo, por favor! —le dije antes de que se acercara más.

Asintió y se dio la vuelta.

—Sobre tu hija, Helena.

—¿Y tú te crees que yo tengo algo de qué hablar después de lo que nos has hecho?

—Sí, eso creo.

—¿Lo crees?

Se apartó de la mesa como si quisiera contemplarme desde otra perspectiva. Pero algo parecido a una sombra apareció en su rostro, que se apagó. A su lado había una taza vacía y los restos de una napolitana a medio comer. La contemplé bajar la cabeza y pasar la mano por el borde de la mesa, como si apartara suciedad. La luz del ventanal le dibujaba extrañas aristas en el rostro.

Se dirigió a mí sin levantar la cabeza.

—¿Sabes una cosa? No nos han diseñado para sobrevivir a nuestros hijos. Dios mío, aún no me hago a la idea de que no voy a ver más a Lidia, es..., es espantoso. Pero tú..., tú no lo puedes saber, tú no tienes hijos, y los hombres...,

bueno, supongo que debe de ser diferente para los hombres. El padre de Lidia murió en un accidente de tráfico hace unos cinco años. —Levantó el rostro y me miró—: Te odio, Toni, no te puedes hacer una idea del odio que te tengo. —Inexplicablemente sonrió—. Creo que ha sido por eso por lo que he aceptado hablar contigo, cabrón de mierda..., tú y tu amiguito Delforo... —negó con movimientos de cabeza—, ese cerdo, ese hijo de perra asesino. ¿Sabes que también lo conocí? Iba a..., a nuestra casa cuando Lidia era su alumna, qué asqueroso personaje, tan pedante, tan estúpido, creyéndose que es el nuevo Isaac Babel, el muy imbécil..., novelista barato, escritorzuelo del tres al cuarto.

Se tapó los ojos con una mano y jadeó.

—¿Me vas a dar la oportunidad de hablar?

—Hablar..., hablar... Vaya cosa ésa, nos pasamos la vida hablando.

—Cálmate y escucha, trabajo para Matos, el abogado. —Aguardé a que asimilara lo que le había dicho, pero se quedó en silencio, sus enormes ojos verde oscuro fijos en mí. Recordé el tiempo en que ese rostro lo tenía cerca, bajo mis brazos, y ella susurraba que me amaba. Llegué a creérmelo—. Quiero que lo sepas, Matos me ha dado una fotocopia del diario de tu hija, la que pone que yo le metí mano bajo las sábanas una noche. Eso es un disparate, Helena, un disparate desde cualquier punto de vista. Si recuerdas esa parte, ella no me ve, cree que soy yo y, sin embargo, me acusa. Es ridículo y te lo voy a decir sólo esta vez, nunca he visto a tu hija, nunca hablé con ella y ni siquiera sabía de su existencia, tú nunca me lo mencionaste. ¿Están claras las cosas, Helena?

—Hijo de puta.

Allí no se podía fumar, había carteles por todas partes que lo anunciaban. Pero saqué mi paquete de Ducados, extraje uno y lo encendí, mientras intentaba calmarme y no estropearlo todo. Empezaría otra vez.

—¿Alguna vez viste el diario de tu hija? —Tenía la mirada fija en mi persona, pero sabía que sus ojos me estaban traspasando—. Sé que no es agradable hablar de una hija muerta, pero he leído las entrevistas que te han hecho los periodistas y has hablado largo y tendido. ¿Vas a tener problemas si hablas conmigo ahora?

—Nunca vi el diario de mi hija. La Policía me lo dio en fotocopias... Es una..., una prueba en el juicio. Pero ella... Toni, ella me hablaba de ti, no le gustaba que estuviéramos juntos, ¿entiendes? Te llamaba rufián, macarra, golfo..., no sé, esas cosas. No le gustabas, Toni. ¿Estás seguro de que nunca hablaste con ella?

Negué con movimientos de cabeza.

—Jamás.

—A lo mejor te veía desde la ventana cuando me traías a casa a rastras. Eso es posible. Pero el caso es que te odiaba, Toni. Ésa es la verdad.

—Es comprensible, pero eso es una cosa y otra, muy diferente, lo que ha contado en el diario. ¿Sabías que era novia del Príncipe?

—No, no... No lo sabía, me enteré..., bueno, me enteré después. En una ocasión ella me..., me dijo que estaba enamorada, que iba a casarse, bueno, que quería casarse, ¿entiendes? Yo le preguntaba quién era y si lo iba a conocer algún día, pero me daba largas, «ya lo conocerás», me decía, todas esas cosas que se dicen. Pero una vez...

Se detuvo y yo aguardé. Se encogió de hombros.

—No tengo por qué dudar de mi hija, Toni. Si ella puso en su diario que era la novia del Príncipe, por algo será. Pero yo siempre creí que ella estaba enamorada de un chico que conoció en San Rafael cuando era una chiquilla. El primer amor de su vida. ¿Sabes que ese cabrón de Delforo siempre estuvo enamorado de ella?

—¿De Lidia?

—Sí, ¿de quién va a ser? Se le notaba mucho. Incluso se hizo amigo mío para estar cerca de mi niña. ¡Qué asqueroso, madre mía!

—¿Delforo enamorado de Lidia? ¿Estás segura?

—¿Que si estoy segura? Mira, Toni, déjame en paz, ¿quieres? Si yo te digo que estaba enamorado, es que lo sé bien. Una mujer lo sabe. Y déjame que te diga algo más. Lo intentó conmigo después de que tú y yo nos separásemos, el muy cerdo. Lo mandé a la mierda.

—¿Reconoces la letra de tu hija en ese diario?

—Vaya, ¿te ha dicho ese cabrón de Matos que me preguntes eso?

—¿Puedes contestarme, Helena?

—¿Contestarte?

—¿Tanto trabajo te cuesta?

—Sí, es su letra, la letra de mi niña. ¿Estás contento ya? Dile a Matos que mi niña escribió ese diario y que acusa a ese hijo de perra de tu amigo Delforo, ese asesino. ¡Oh, dios mío, Toni, si lo llego a saber! Desde que murió mi hija me siento mucho más vieja, como si tuviera ochenta años. —Hizo un gesto con la mano, apartando sombras y continuó—: Eres..., eres increíble. No sé por qué he venido.

Escuché los pasos del camarero. Se aproximaba despacio llevando una bandeja. Aguardé a que llegara y dejara la taza con el café a mi lado. Le entregué tres monedas de cien pesetas.

—Tome y cóbrese también lo de la señora. Quédese con la vuelta.

—Gracias, señor.

Bebí un sorbo del café. Se había enfriado. Helena tenía la mirada perdida en algún lugar por encima de mi cabeza.

—Tú no... ¿Nunca la viste, Toni? ¿Nunca viste a mi hija?

—Te lo acabo de decir, Helena. Cuando te emborrachabas de tal manera que no podías ni moverte, te llevaba a tu casa y te acostaba y a continuación me marchaba. No sé cuántas veces lo he hecho, quizás una docena de veces durante

todo ese tiempo que estuvimos juntos. Y te puedo garantizar que nunca apareció tu hija por allí, ni encontré rastro de nadie en tu casa que no fuera el tuyo.

—Pues mi niña vivía conmigo, Toni.

Nos quedamos otra vez en silencio. Aproveché para volver a sorber el café. Pero ella prosiguió:

—Cuando leí el diario, no..., no pude creerlo, era imposible. Tú manoseando a mi niña, mientras yo... Vomité, Toni, cuando leí eso me puse a vomitar. Si hubieras estado delante, te habría matado. Qué asco me dio.

—¿Dónde estaba ese diario, Helena?

—Lidia se fue de casa por esa época. Alquiló un aparta mentó en Malasaña y dejamos de vernos. Estaba un poco enfadada conmigo. Me echaba en cara la vida que llevaba. Creo que la Policía encontró el diario durante un registro en su casa —y añadió—: ¿Por qué me dejaste, Toni? —No esperó ninguna respuesta y continuó—: De todas maneras..., bueno, tú y yo tuvimos nuestros buenos ratos, ¿verdad? No todo fue tan malo. El caso es que ahora, después de cinco años, qué curioso, quedan en la memoria algunos buenos momentos, ¿no es verdad? Fue una época terrible aquélla, me acababa de separar y estaba como loca, era una mujer humillada, furiosa... Bebía como una esponja, ¿verdad? Me dio por jugar a las cartas y beber... Eso es lo que quería. Bueno, y conocer hombres, cuantos más mejor... ¿Sabes una cosa? Me fastidiaba bastante que tú nunca te emborracharas, parecías siempre tan..., no sé, tan sereno.

—Yo también me emborrachaba, Helena.

—Bueno, pero no se te notaba. Toni Carpintero, el macho. Supongo que era lo que yo buscaba entonces, un macho simple y dispuesto. ¿Te acuerdas de cuando te conocí, allí en el garito? Yo estaba en una mesa preparándome para una partida, completamente borracha y tú..., me acuerdo bastante bien. Tú estabas en la puerta con ese enano, el Cuquita, intentando echar fuera a una pareja, un tío y una tía muy bien vestidos, eran carteristas, *tomadores del dos*, así se llaman, ¿verdad? Y te vi darle un puñetazo seco y rápido en la boca del estómago como el que no quiere la cosa. Si no te hubiera estado mirando, no me habría dado cuenta. Y en ese momento, pensé: «Quiero a ese tío», ya ves. No tenías nada que ver con mi exmarido, ese gilipollas, ni con los hombres que conocía, los compañeros del instituto, los amigos de la facultad. Y ahora..., bueno, me llamas después de tanto tiempo y aquí estamos, a un paso de tu casa. Pero no me has contestado. ¿Por qué me dejaste, Toni?

—Te lo acabo de decir.

—¿Por emborracharme?

—Quizá, pero nunca estuviste conmigo, realmente. Estabas con una idea de lo que yo era, con un sueño. Yo no existía.

—¿Eso es lo que crees? —Me sonrió, una sonrisa triste—. A lo mejor tienes razón, pero eso pasa siempre en cualquier pareja, ¿no? Nos inventamos al otro.

De todas maneras..., ¿sabes? Algunas veces te he echado de menos y he levantado el teléfono para llamarte, pero... ¿Sigues de encargado en la Asociación de Cazadores?

—No, ya no. Ha cambiado de dueño, pero el Cuquita sigue allí. De vez en cuando voy para allá y me echo unas partidas.

—Yo dejé totalmente el juego... y tampoco bebo. Eso se acabó. Tengo..., bueno, tengo una pareja, un compañero del instituto, un hombre estupendo. Está escribiendo una novela.

—Enhorabuena. Oye, quisiera preguntarte algo más, Helena. Al parecer tu hija estuvo en tratamiento psicológico, o psiquiátrico, entre 1994 y 1995 en una clínica, la Sánchez Ross. Pero no hay rastro de su historial médico, ha desaparecido. ¿Sabes algo de eso?

—Hijo de puta, ¿eso es lo que te ha ordenado Matos que averigües? Eres un cabrón, Toni. Un hijo de puta.

—Te dije que trabajo para Matos, ¿a qué viene esto? ¿No te interesa saber quién mató a Lidia?

—A mi hija la asesinó ese cabrón de Delforo, tu amiguito Delforo.

—Helena, si tu hija se inventó que yo la manoseé en una ocasión, también pudo inventarse los amores con el Príncipe y sus rollos con Delforo. Es de cajón, ¿no te parece?

—¿Y si no se lo imaginó?

—Entonces yo te estoy mintiendo, Helena.

Se puso en pie de un salto y tomó su libro.

—Iros tú y Matos a la mierda, ¿vale? No vuelvas a llamarme más.

La vi caminar hacia la puerta y apagué la colilla del Ducados en la taza de café.

Lidia Ripoll había vivido en una-buhardilla de la calle de la Palma número 60, frente a Bodegas Rivas, esquina con la calle San Dimas. En realidad no era estrictamente el barrio de Malasaña o de Maravillas, formaba parte del barrio del Conde Duque, aunque estaba en la frontera de ambos.

La puerta de la buhardilla, en el cuarto piso, estaba precintada con la cinta amarilla de la Policía y, sobre la puerta, la hoja del juzgado pegada con cola. La casa de Lidia era la del centro, a ambos lados tenía vecinos. La testigo, Ana Garcés, vivía en el cuarto izquierda. Llamé al timbre, pero nadie me contestó. A la una de la tarde es difícil encontrar en su casa a alguien que trabaje. Probé en la puerta de al lado, tampoco contestaron.

Bajé a la calle y me dirigí a San Bernardo. Ana Garcés trabajaba de cajera en el Supermercado Rotterdam, a la vuelta de la esquina.

Había tres cajeras atendiendo cada una a una fila de ancianas y ancianos con bolsas y carritos de la compra. Una de ellas era oriental y las otras dos parecían sudamericanas. Me acerqué por detrás a una de las que parecían sudamericanas

y le pregunté:

—¿Ana Garcés?

—¿Ana? Pues ya no trabaja aquí, no. Se ha marchado.

—Vaya, ¿y desde cuándo?

—Me parece que se marchó la semana pasada. Si quiere se lo pregunta al jefe, es ese señor que está ahí.

Me señaló a un sujeto de unos sesenta años, bajo y fornido, vestido con descuido, con aspecto de campesino, que deambulaba entre las estanterías.

Y la muchacha añadió:

—Le ha salido un trabajo de media jornada. Vaya suerte, ¿verdad? Me dijo que volvía a casa a eso de las cinco. ¿Sabe que vive ahí, a la vuelta?

—Sí, lo sé. ¿Y dice usted que vuelve a las cinco?

—Bueno, eso me dijo. Pero pregunte al jefe, a lo mejor sabe más.

Le di las gracias y me acerqué al jefe. Le pregunté por la cajera Ana Garcés. Yo era un pariente lejano de paso por Madrid.

Se me quedó mirando.

—Esa chica vive en la calle de la Palma, ahí a la vuelta.

—Sí, ya lo sé, en el 60. Pero es que no está en casa y había pensado que podía estar aquí. En una ocasión me dijo que trabajaba en este supermercado.

—Eso, bien dicho, «trabajaba», porque se las ha pirado, bueno, que se ha despedido. Y sin avisar, de un día para otro.

—¿Y sabe dónde trabaja ahora?

—Ni idea. Me dijo no sé qué de una oposición o algo así. Le di el finiquito y santas pascuas, a otra cosa. Anda que no hay gente esperando. —Hizo un gesto con la mano—. A punta de pala. A ésa lo que le pasa es que no quiere trabajar. Y perdone.

—No pasa nada... Bueno, pues muchas gracias.

En la calle me subí a un taxi.

La Clínica Sánchez Ross era un palacete de tejas verdes, rodeado de altas tapias por las que asomaban las copas de árboles probablemente centenarios. El cartel de la puerta era discreto. Ponía: «Clínica Sánchez Ross. Desintoxicaciones, estrés, enfermedades mentales. Fundada en 1912».

Lamé al timbre.

Me abrió una mujer de edad, ataviada mitad criada, mitad enfermera de película inglesa, o eso me pareció. La cofia blanca semejaba la cresta de alguna especie perdida de ave exótica. Me preguntó:

—¿Qué desea?

—Hablar con el administrador o el gerente. —Le sonreí para quitarle hierro al asunto—. Me llamo Antonio Carpintero.

—¿Tiene cita?

—No.

—Entonces tiene que llamarlo y consignar una cita. El gerente no atiende sin cita previa.

Intentó cerrar la puerta, pero coloqué el pie.

—Es un asunto del juzgado —le dije, sin modificar mi sonrisa.

—¿Del juzgado?

—Usted lo ha dicho, del juzgado. Y es mejor que me reciba ahora. De todas maneras no va a ser más de diez minutos.

Abrió la puerta despacio, sin dejar de mirarme. Estaba bien adiestrada, quizá trabajara allí desde su fundación en 1912.

—Espere un momento. Voy a ver si lo puede recibir.

Me dejó en una especie de vestíbulo solado de losetas verdes y blancas de donde partían a derecha e izquierda dos largos corredores. Una escalera central de mármol blanco con pasamanos de madera noble y oscura surgía del centro. La mujer desapareció por el corredor de la derecha. El silencio era absoluto, sólo escuché, muy tenue, el piar de pájaros lejanos, probablemente enjaulados.

Recorrí el vestíbulo con la mirada. A la izquierda había un sofá y varios sillones de madera y enneas, también pintados de verde, alrededor de varias mesitas de madera lacada. Parecía un tranquilo y próspero cortijo andaluz, quizá lo fuera.

Me entretuve revisando los cuadros que colgaban de las paredes. Destacaba uno de ellos de gran tamaño. Un sujeto alto, de cabellos y barbas blancas, rodeado de hombres, mujeres y niños que parecían adorarlo ocupaba todo el cuadro. El tipo aparecía con la característica bata blanca de los médicos y los peluqueros de señoras. Pero éste llevaba un fonendoscopio colgado del cuello. Me acerqué unos pasos. El rótulo de debajo ponía: «Al insigne psiquiatra Excmo. Sr. Don Máximo Sánchez Ross y García de Córdoba, apóstol de los pobres, los enfermos y los necesitados».

La voz de la mujer hizo que me despegara del cuadro.

—Por aquí, por favor. El señor gerente va a atenderle.

Me señaló con el dedo el pasillo por donde había aparecido.

El despacho del gerente era funcional y anodino. Y él no parecía desentonar con la decoración. Era un hombre joven y gordito, calvo prematuro, con camisa y corbata haciendo juego en dos tonos de rosa. Se levantó del sillón cuando la mujer empujó la puerta y me hizo pasar. Intentó sonreír y tenderme la mano al mismo tiempo. Le salió a medias.

—Ignacio García. Usted es...

Le estreché la mano.

—Antonio Carpintero.

—Muy bien, siéntese, señor Carpintero, por favor. ¿En qué puedo servirle?

Desde la puerta, la mujer observaba la escena con la boca crispada. La cerró de un portazo y yo me senté. Y el gerente añadió:

—Entonces es usted del juzgado, ¿verdad?

El sujeto realizaba extraños movimientos con la cabeza, como si le picara el cuello de la camisa o tuviera urticaria.

—No he dicho que yo fuera del juzgado. Sino que era un asunto del juzgado, señor García. Se trata del expediente de Lidia Ripoll.

Se echó atrás en el sillón.

—¿Lidia Ripoll?

—Eso es, la joven que fue asesinada hace un mes. Fue paciente de esta clínica entre 1994 y 1995. Necesitamos consultar ese expediente.

—¡Pero eso no es asunto mío, caballero, eso es de...! —Se calmó a duras penas, la cabeza parecía que iba descoyuntarse—. ¡Yo soy el gerente, me dedico a...!

—Señor García, usted controla las entradas y salidas de los pacientes, ¿verdad? —Me miraba atónito, con el dedo metido en el cuello de la camisa, y se lo repetí—: Las entradas y las altas, los gastos médicos. No me vaya a decir que no hay ninguna referencia de Lidia Ripoll, porque no me lo creo.

—Escuche, caballero, ese expediente se quemó, lo quemó un pobre loco, un paciente..., hará unos..., unos meses. Fue una desgracia, perdimos mucha información. ¿Comprende lo que le digo? Además...

Lo interrumpí.

—Comprendo lo que me está contando, García. Lo que ocurre es que no me lo creo, como ya le he dicho. El expediente médico de un paciente no es la única referencia que hay en una clínica. Debe de haber otros registros, sobre todo el registro contable, por así decirlo. Donde se consigna la fecha de entrada, la de salida y los gastos de cada paciente, ¿no es verdad, García? Los administradores tienen un archivo diferente. —Le señalé el ordenador de su mesa—: ¿Ahí no guarda nada de Lidia Ripoll?

—¿Ahí, en el ordenador? ¡Qué gracia me hace usted, sí, qué gracia! Sepa usted, señor mío, que usamos el ordenador desde hace muy poco.

—¿Quiere usted decirme que en 1995 no usaban ordenador? ¿Es eso, García?

—Oiga, escúcheme, se usaba, sí..., pero no con todo el mundo, vamos, que a unos sí y a otros no. Y ese loco destruyó los ordenadores, los hizo trizas, debía de estar furioso; entró en el despacho del señor director y se puso a..., bueno, a destruirlo y luego prendió fuego a todo. Estuvo a punto de ocurrir una desgracia terrible, menos mal que...

Se puso en pie de golpe con el rostro congestionado, adelantando la cabeza a izquierda y derecha, como alguna gran tortuga que pugnara por respirar.

—¡Yo no tengo nada que ver con eso! ¡Hable con el señor director, yo soy el administrador general, me ocupo sólo de las cuentas!

—Cálmese, García. Por supuesto que voy a hablar con el director. —Le sonreí y el administrador se volvió a sentar—. Pero, comprenda, también tengo

que hablar con usted, es normal. Seguro que tiene otro archivo de Lidia Ripoll, y a sabe, el archivo administrativo, el de los gastos que se han ido haciendo, el coste de sus tratamientos... En fin, García, ¿qué quiere que le diga que usted no sepa? Lo único que necesito es la constancia de que Lidia Ripoll estuvo aquí y tuvo gastos. ¿Me los va a dar?

—Es..., escuche, caballero, tiene usted que hablar con el señor director. Yo no puedo decirle nada, comprenda mi situación.

Iba a responderle cuando la puerta se abrió de golpe. Me puse en pie y pasaron dentro la mujer y un individuo alto, como de unos sesenta años mal contados, moreno lámpara y ataviado con una bata blanca. La mujer llevaba en las manos una carpeta de cuero apretada al pecho y su boca parecía un trazo de cuchillo en una vasija de barro.

García se incorporó en el sillón y exclamó:

—¡Señor director, precisamente...!

El director lo miró fijamente, sólo eso, y García volvió a sentarse. Se había metido las manos en los bolsillos de la bata y ahora fijaba su mirada en mi persona. Llevaba el cabello peinado hacia atrás con mucha agua, que le formaban caracolillos en la nuca. Era uno de esos tipos.

Al fin me dijo:

—Soy el doctor Sánchez Ross hijo, el director de la clínica. ¿Qué significa esto, señor...?

Pensé: «Y yo Antonio Carpintero padre», pero me contuve y le respondí:

—Carpintero, Antonio Carpintero. Y significa que estoy recabando información sobre el caso del expediente perdido, o destruido, de Lidia Ripoll. Trabajo en el bufete del abogado Matos.

—¿Ah, sí? ¿Y eso qué? Ha entrado usted aquí con engaños, haciéndose pasar por no sé qué del juzgado. ¿Sabe que eso es un delito?

El administrador intentó levantarse.

—¡Yo se lo he dicho, señor director y...!

—¡Cállese, García, calle de una vez!

Volvió a sentarse. Le contesté:

—No sabe usted mucho sobre delitos, señor Sánchez hijo. Pero éste no es el tema. Además, no he dicho que fuera del juzgado, sino que el asunto que me traía tenía que ver con el juzgado. Que son cosas bien diferentes.

—Sánchez Ross, me llamo Sánchez Ross. Es un apellido compuesto.

—Vaya, me acordaré la próxima vez.

—¿Puede usted identificarse, este..., señor Carpintero?

Saqué la cartera, extraje el carné que me había hecho Matos y se lo coloqué ante los ojos.

—Esto ya está solucionado —dijo, y tendió la mano derecha en dirección a la mujer, sin mirarla. Ésta abrió la carpeta y le entregó un papel que el director

agitó en el aire—. Vea, ya hemos respondido al requerimiento de ese..., ese abogado Matos o como se llame. Aquí está.

—Y ahí reside el problema. Usted le contesta al juez instructor que los archivos de Lidia Ripoll fueron quemados por un loco.

—Esa palabra, loco, no existe en mi vocabulario. Se trataba de un paciente con un ataque de violencia esquizoide. Desgraciadamente destruyó y quemó los ordenadores con toda la información de esta clínica. Una información valiosa, señor Carpintero, por si no lo sabe. Somos una de las clínicas más antiguas de Europa que siguen en activo. Estamos intentando reconstruir, trabajosamente, la información destruida. Nos llevará años, probablemente.

—Sí, una pérdida irreparable —le dije—. Ocurrió una mañana del 28 de mayo de este año. Eso es lo que pone en el oficio que ha enviado al juez instructor, con copia al bufete. Pero quiero decirle algo más, Sánchez Ross, usted va a ser testigo en el tribunal y le van a preguntar por una paciente suya, Lidia Ripoll. ¿Va a declarar que no se acuerda de si estuvo o no en su clínica? ¿Que no recuerda qué le pasaba? No creo que sea una buena publicidad para su prestigiosa clínica ni, por supuesto, para usted, ¿verdad?

Volvió a extender el brazo con el escrito y la mujer lo guardó en la carpeta. Sonrió con un costado de la boca y me respondió:

—Tengo una memoria prodigiosa, desde niño. Y por supuesto que me acuerdo de doña Lidia Ripoll, al igual que de cada uno de mis pacientes. Doña Lidia sufría estrés, que le producía un síndrome de ansiedad, un trastorno leve muy frecuente en estos tiempos y una profunda depresión. Pero eso no fue lo que me preguntó el juez instructor. Quería el expediente médico de doña Lidia... y, desgraciadamente, no lo tenemos. Eso es todo. Ahora, señor Carpintero, sepa que estoy muy ocupado.

—Sí, ya me voy. Y me alegra saber que recuerda que, al menos, Lidia Ripoll fue paciente suya —miré a García y luego a la mujer—, delante de testigos. Y otra cosa, antes de marcharme. ¿No tiene copia de seguridad de sus archivos?

—Salga de aquí ahora mismo. —Se dirigió a la mujer—: Matilde, avisa a seguridad, este hombre se resiste a marcharse.

—No, no me resisto. Me marchó y con mucho gusto. Pero dígame, ¿se acuerda del nombre del demente que quemó el archivo? Fue hace menos de cinco meses. Con su prodigiosa memoria seguro que se acuerda, ¿no?

Tuve la sensación de que escupió saliva al responderme:

—No suelo dar información de mis pacientes a gentuza como usted. Matilde...

La mujer se escabulló y yo me dirigí a la puerta del despacho. Sánchez Ross hijo se apartó y yo caminé por el corredor hasta que desemboqué en el vestíbulo. Allí me estaban esperando.

Dos hombres grandes con batas blancas. Matilde les estaba diciendo algo. Me

observaron atravesar el vestíbulo y abrir la puerta.

Salió sin volver la vista atrás.

Una hora después entró en Bodegas Rivas, en la calle de la Palma. Allí estaba el Cuquita, sentado en una mesa, bebiendo vermú, su bebida favorita.

Después de saludarnos, pedí otro vermú y me dijo: —Esa calle, Ezequiel Estrada o como se llame, está llena de yonquis, Toni, es la leche, no te lo puedes ni figurar. Por lo menos hay tres lugares donde se trapichea con caballo y coca. He tenido que ir de comprador, ¿entiendes? He tenido que pillar un par de veces. —Me lo quedé mirando—. Bueno, Toni, para que no desconfíen, ¿no? De todas maneras ha sido dos veces, dos medios gramos. Y hay tres bares por los alrededores, vamos, cerca de donde mataron a esa chavala, la periodista. Está el Balandro, pero que cierra a eso de las dos de la mañana; el Ciclope, que es un antro que no cierra nunca; y luego está un bar, el Tropezón, que es normal, de esos que terminan a las once. En todos se trapichea, es la leche. Y, bueno, no he podido sacar nada. He corrido la voz de que pago muy bien al que sepa algo. Pero he dicho que era periodista, me mola más que abogado. Da lo mismo, ¿no?

—¿Y has sacado algo en claro, Cuquita?

—¿La verdad? Pues no, Toni.

—Vete a las casas, sobre todo a las que haya viejos o jubilados. Ésos no duermen y a veces se asoman a las ventanas.

—¿A todas las casas? Joder, Toni, me va a dar un poco de vergüenza. No sé, eso de ir casa por casa... y... bueno, entrar de golpe y decir que...

—Di que estás haciendo una encuesta para un periódico, cualquier cosa. Te he dado cinco mil pesetas, Cuquita. ¿Ya te las has gastado?

—¿Gastado? ¡Qué va, hombre! Lo que pasa es que..., bueno, que el alternar en bares es muy caro, Toni. Se me había olvidado lo caro que es. Cuando yo estaba con Matías en su espectáculo, el Bombero Torero, pues manejaba pasta y era distinto. También en aquella época alternar era más barato. Ahora es la leche, un cubata te sale a setecientas púas.

—¿Vas con Luz María?

—Pues no, no le he dicho nada. ¿Tú crees que se vendría conmigo a buscar testigos?

—Explicáselo, estoy casi seguro de que aceptará, parece buena chica. Cuando terminéis de trabajar en la Asociación de Cazadores, os podéis ir los dos a esa calle. Mientras os divertís, investigáis. Y por la mañana quiero que preguntes en las casas. Una a una, Cuquita. Bueno, ¿te vienes a comer?

El Cuquita consultó su reloj de pulsera.

—Toni, joder, son las cuatro. ¿Dónde nos van a dar de comer ahora?

—En Casa Camacho.

—No, me las piro. Voy a ver si hablo con Luz María, a lo mejor cuela.

En Casa Camacho distinguí a Calixto Bengochea agachando su cabezota en dirección al plato, luego empuñaba la cuchara, se la metía en la boca y mascaba haciendo mucho ruido. Debía de tener la dentadura postiza suelta, porque desde la puerta se escuchaban los chasquidos de los dientes.

El bueno de Calixto.

Lo conocía desde niño, era vecino de calle. Pero lo perdí de vista cuando me fui voluntario al ejército a los dieciocho años. Después supe que había sido campeón de lucha grecorromana y levantador de piedras de doscientos cincuenta kilos en Zarauz, según me contaron. Pero a partir de una mala caída, su vida se convirtió en una pendiente resbaladiza, sin asidero.

Lo volví a ver muchos años después, cuando yo ejercía de jefe del Turno de Noche en la comisaría de Centro. Fue a verme a causa de la detención de su hijo, un yonqui de dieciséis años, que había atracado cuatro farmacias del barrio con un revólver simulado. El chaval se tiró todo el día en el calabozo llorando, mientras su padre aguardaba sentado en la sala de espera a que yo llegara a la comisaría.

Calixto imponía. Medía un metro noventa y pesaba más de ciento treinta kilos. Gastaba un cuarenta y siete de calzado y tenía que hacerse la ropa a medida. Por aquel entonces se dedicaba a arbitrar los espectáculos de lucha libre y a extra de cine. Entre su palmarás contaba el haber sido el monstruo de Frankenstein en una producción del director de cine español Jesús Franco. Pero Calixto casi tenía partida la columna vertebral y lo de trabajar de extra distinguido se le hacía imposible. Logró volver a caminar gracias a una faja ortopédica que le hacía marchar muy derecho, como si fuera un alabardero.

Le pedí a Draper que lo contratara y, a partir de entonces, de vez en cuando, se dedicaba al cobro de impagados. Su sola presencia provocaba, inmediatamente, el deseo de pagar la deuda. Nadie sabía que era completamente inofensivo y que un niño podría hacerse con él, simplemente empujándolo.

Aquella noche en comisaría, Calixto me convenció para que le ayudara. Estaba dispuesto a pagar los estropicios que pudiera haber hecho su hijo en las

farmacias a cambio de que retiraran la denuncia. Lo hice y su niño nunca pasó al juzgado, salió aquella misma noche de celdas. Veinticuatro horas encerrado le sirvieron de lección y, que yo sepa, nunca volvió a atracar farmacias.

Terminé de comer, encendí mi habano y me retapé en la silla, aguardando a que Calixto terminara. En esos momentos debía de trabajar para Draper, lo que explicaba que estuviera comiendo en Casa Camacho; la oficina de Draper estaba cerca.

Calixto terminó el postre. Me acerqué y le palmeé la espalda.

—¿Puedo sentarme contigo, Calixto?

—¡Hombre, Toni, qué sorpresa! ¡Pero claro, claro que puedes sentarte! Cuánto tiempo sin vernos, ¿verdad?

—¿Qué tal estás?

—Ya lo ves, tirando, aunque la espalda me tiene mártir.

Estoy ahora ahí, con Draper, ya sabes, una chapucilla. —Se encogió de hombros—. Está el trabajo muy malo. Y a ti, ¿cómo te va? ¿Sigues con el póquer?

—Sí, no lo he dejado, pero ya no es como antes, Calixto. Ahora estoy con un abogado, un curro provisional.

—Claro..., siempre tienes a Draper, ¿verdad?

—¿Cómo anda tu hijo, Calixto?

—¿El chaval? Pues la mar de bien, a lo suyo, pero derecho como un palo. Aunque, claro, las cosas andan chungas para todo el mundo. Ahora está de repartidor en una pizzería. Vamos, un par de días a la semana, o sea, los sábados y los domingos. Pero está bien, maneja el ordenador y se va defendiendo. A veces da clase de lo suyo, de gimnasia. Espera que le diga que te he visto, se va a alegrar cantidad.

—Tengo un curro para tu chaval, Calixto. —Abrió los ojos como platos y adelantó su enorme corpachón—. Y le puedo pagar gastos. Pero hace falta que me garantices que lo vas a controlar tú. ¿Qué dices?

—¿Que qué digo? Pues qué voy a decir, Toni. Estoy a tus órdenes, yo y mi chaval. Lo que mandes. ¿De qué se trata?

—No es fácil, pero te lo voy a pagar bien.

Le expliqué que necesitaba el nombre y la dirección, y cualquier información que sirviera, de un enfermo mental de la Clínica Sánchez Ross que el 18 de mayo de ese año había quemado y destrozado el despacho del director. Luego le puse en antecedentes del caso, le di la dirección de la clínica y el número de mi móvil y le entregué cinco mil de adelanto. Se llevaría otras tantas si conseguían lo que le había pedido.

Para hacer tiempo nos pusimos a charlar. Él se bebió tres Sol y Sombra, su bebida favorita, más alegre que unas castañuelas, y yo aguanté con un chupito de aguardiente de hierbas. Le pagué la comida.

Ana Garcés me abrió la puerta. La reconocí por las fotos del reportaje. Era una muchacha de unos treinta años, pequeña y de rostro alargado con los pómulos muy marcados.

Me miró fijamente, arrugando los ojos. Y antes de que yo pudiera hablar, consultó su reloj de pulsera y me dijo:

—Les dije a los de la inmobiliaria que a partir de las siete, vaya por dios. Bueno, ¿quiere ver el piso?

—No me importaría verlo —le respondí.

Emitió un largo suspiro, abrió más la puerta y se apartó para que yo pudiera pasar.

—El apartamento está muy bien, ya lo verá, sobre todo si es usted solo. ¿Es usted solo o tiene familia? Si tiene familia, le va a venir un poco estrecho.

—Soy yo solo —le respondí.

Era de las habladoras.

—Bueno, mire, es muy pequeño pero está muy bien. ¿Ve esto? Es cocina, comedor y salón y esa puerta es la del cuarto de baño, y esta otra, a la derecha, es el dormitorio. Unos cincuenta metros más o menos. Lo bueno es que entra mucha luz por esa ventana, orientada al sur. Bueno..., y que estamos en Malasaña, sin estar. No sé si me entiende.

—Sí, la entiendo.

La pequeña habitación estaba revuelta, con cajas de cartón apiladas contra la pared. Sobre una mesa camilla había ropas de mujer y también sobre un estrecho sofá, cubierto por una manta de esas que dejan robar en las líneas aéreas.

—Tenemos al lado la plaza de las Comendadoras, que está muy bien, llena de bares y terrazas en primavera y verano. Y luego está la plaza del Dos de Mayo, sólo tiene que subir por esta calle, la de la Palma, y se la encuentra. Eso es lo mejor que tiene el pisito, la situación. ¿Conoce el barrio?

—Un poco.

—Pues ahora el barrio está muy bien, antes estaba lleno de yonquis y..., bueno, había mucha droga y un poco de violencia, ¿no? Pero eso ha cambiado, se han mudado muchos artistas, pintores, escritores, y el ayuntamiento ha arreglado las calles; vamos, que está muy bien. Y luego, lo mejor es que hay cantidad de nuevos comercios, *boutiques*. Hay de todo, vamos, que no tiene que ir al centro para nada..., aunque..., bueno, la Gran Vía está a un paso, la glorieta de Alonso Martínez, el metro de Bilbao... Y todos los cines, pero todos. ¿Le gusta el cine?

—Un poco.

—Pues los tiene todos, pero todos los cines de Madrid a un paso. Por ejemplo, la Plaza de España, pues no tiene más que bajar por Amaniel y ahí está, a un paso. Esto es el centro, centro, por así decirlo. Ya le digo, es lo mejor del pisito, la situación. ¿Quiere ver las habitaciones?

—Bueno, ya que estamos aquí.

Empujó la puerta de la derecha y me mostró un cuarto sin ventanas, ocupado por un armario de dos cuerpos y una cama de matrimonio deshecha, cubierta de ropa y objetos.

—Perdone por el desorden, pero es que me estoy mudando, por eso les dije a los de la inmobiliaria que vinieran a las siete. —Cerró la puerta y volvió a mirarme apretando los ojos—. ¿Cuánto le ha pedido esa gente de la inmobiliaria? Yo pago cincuenta mil al mes, bueno, cincuenta y cinco. Pero tenga cuidado, son unos ladrones, van a lo suyo.

—El país está lleno de ladrones, ¿verdad? —le respondí—. A veces, esto parece un presidio suelto. Sobre todo en este asunto de las inmobiliarias y la construcción.

Soltó una carcajada.

—Un presidio suelto, sí, tiene usted razón, je, je, je. Eso mismo digo yo. Mire y éste es el cuarto de baño. —Empujó la puerta de enfrente. El cuarto de baño podía pasar por un ascensor un poco amplio—. Es pequeño pero tiene de todo, su ducha y todo.

—No tiene ventanas.

—No, ¿para qué? La única ventana es ésta.

Me asomé. En el alféizar había una maceta con geranios rojos. La calle de la Palma se veía desde la perspectiva de un cuarto piso.

—¿Y adónde se va a mudar? —le pregunté.

—A Las Rozas, un poco lejos de Madrid, pero es un piso precioso, un adosado en una urbanización. Hay jardines y piscina..., en fin.

—¿Y tiene trabajo?

Se le había iluminado el rostro.

—¡Oh, sí, claro! En el ayuntamiento de Las Rozas. Todavía no me han dicho de qué, aunque yo he pedido estar en Cultura, ¿sabe? A mí me encanta la cultura.

Ana Garcés me contemplaba, sonriente, con los brazos cruzados sobre el pecho. Dirigí la mirada al único adorno de la cocina-comedor-salón. Un póster enmarcado de un grupo musical, los Malasaña Boys, que actuaba en una sala llamada El Círculo, pero la fecha era de un año atrás. La muchacha se dio cuenta de la dirección de mi mirada.

—¿Le gustan los Malasaña Boys? Eran cantidad de buenos, pero han roto el grupo, ha sido una pena. Actuaron en El Círculo porque son amigos de Norberto, el encargado. ¡Ah!, si se queda con el piso, tiene que ir a esa discoteca, es la del barrio, o sea, adonde vamos todos. Usted diga que va de mi parte, de Ana la del supermercado, y Norberto le hará rebaja, seguro. Las copas no valen lo mismo para los vecinos del barrio que para los extraños.

—Lo tendré en cuenta. Pero, dígame, Ana, ¿necesita gafas?

—Bueno, sí, las necesito. —Se colocó las dos manos en las mejillas—. Pero

es que las gafas no van bien con mi cara. Voy a comprarme lentillas o, bueno, a lo mejor me opero de la vista. Ahora, con el nuevo trabajo, voy a poder.

Volví a asomarme a la ventana.

—¿Y desde aquí vio a Juan Delforo bajarse de un taxi con una botella de champán Moët & Chandon en la mano?

Me di la vuelta. Se le había demudado el rostro. Se pasó una mano temblorosa por la boca y retrocedió un paso. Intenté hacerme el simpático. Eso siempre me ha costado trabajo.

Le sonreí.

—Ha salido en todos los periódicos, Ana. Todo el mundo sabe que eras la mejor amiga de Lidia Ripoll y que viste a su presunto asesino entrar en su casa a las ocho y media de la tarde el día en que la mataron, ¿no es así?

Pero no se relajó. Noté cómo se le agitaba la respiración. Metí la mano en mi chaqueta, saqué la cartera, blandí el carné y se lo alcancé, alargando el brazo. Ella lo tomó y se lo aproximó a los ojos.

—¿De..., detective privado?

Recogí el carné.

—No, investigador del bufete de Cristino Matos, Ana. El abogado defensor de Juan Delforo.

—Usted me ha..., me ha engañado, ha venido diciendo que... ¿Entonces no viene de la inmobiliaria?

—No, Ana, no vengo de ninguna inmobiliaria. Sólo quiero charlar un poco contigo. Y si te fijas bien, no te he engañado. No te he dicho que viniera de ninguna parte. Tú te lo has creído, sólo eso. Y no tengas miedo, no voy a hacerte nada. Créeme, por favor. Y relájate.

—Quiero que..., quiero que se vaya, se lo pido por favor.

—Si quieres que me marche, me marcharé, Ana. —Me dirigí hacia la puerta y la muchacha se apartó—. ¿Quién te ha ordenado que no hables con nadie?

—Ellos.

—¿Quiénes son ellos, Ana?

—Ellos, los policías.

Abrí un poco más la puerta.

—¿Y por qué crees tú que te han dicho eso?

—No..., no lo sé.

—Pero tú has hablado largo y tendido con los periodistas, ¿verdad? Sales en todos los periódicos. Te has hecho famosa.

—Bueno, pero eso es diferente. Márchese, por favor.

—Sí, me voy a marchar, Ana. No quiero molestarte, pero, dime, ¿por qué es diferente?

Negó con un leve movimiento de cabeza. Abrí un poco más la puerta y puse un pie en el descansillo de la escalera.

—¿Conoces a un policía guaperas de unos treinta y tantos años? Se llama Gades, ¿verdad? Román Gades. ¿Él te ha dicho lo que tenías que decirles a los periodistas? —Esta vez tampoco me contestó, ¿había acertado? Y añadió—: ¿Por qué has declarado que viste a Juan Delforo, Ana? Sabes que desde un cuarto piso y con tus dioptrías es bastante difícil que pudieras distinguir a alguien. ¿A quién viste, Ana? ¿A un hombre calvo con una botella de champán?

—Era..., era ese señor, el escritor, Juan Delforo. Ya lo había visto otras veces con..., con Lidia. Eran amigos. Y llevaba una botella de champán Moët & Chandon. Trabajo..., bueno, he trabajado en un supermercado, cono..., conozco las marcas.

—Ana, escucha, esto para mí también es un trabajo. No tengo nada en contra de ti, pero eres el testigo más importante de la acusación.

Yo tenía ya el cuerpo fuera de la casa, aunque sujetaba la puerta.

—Lidia era mi amiga. La pobre Lidia —dijo con un hilo de voz.

—Sí, era tu amiga y hay que ayudar a los amigos, pero no mentir, Ana. Escucha, he sido policía más de veinte años, ahora estoy retirado, pero te digo que la mejor manera de ayudar a tu amiga asesinada es decir la verdad. No es normal que la Policía dirija tus declaraciones a la prensa. ¿Estaba ese policía, Gades, cuando hablabas con los periodistas?

Negó con un movimiento de cabeza.

—No se llama Gades. Se llama..., es el jefe, o un jefe, me dijo que se llamaba Raúl.

Entonces avanzó corriendo hasta la puerta, apoyó su cuerpo contra ella e intentó cerrarla.

—¡Márchese, márchese!

—Ana, van a llamarte al juicio y vas a tener que decir la verdad. Deja que hable contigo. Ya ves que no te voy a hacer nada.

Dejó de presionar la puerta.

—¿Alguna vez Lidia te dijo algo acerca de que querían matarla? Piénsalo un poco, Ana.

Negó con repetidos movimientos de cabeza.

—¿Qué te contaba de Juan Delforo? ¿Que eran amantes?

—Amigos.

—Pero tenía muchos novios, ¿no? ¿Quiénes eran? ¿Recuerdas a alguno?

—No le gustaba decir los nombres, pero tenía muchos enamorados. —Volvió a sonreír, una sonrisa triste. Probablemente ella no conseguía ninguno—. Lidia era muy bonita, muy simpática... y periodista, salía en el telediario. Gustaba mucho a los chicos. Pero no se iba con ninguno. Me decía eso.

—Ya, pero hálame un poco de Juan Delforo. ¿Decía ella que eran amantes o que estaba enamorado de ella? Son cosas bien distintas. Piénsalo un poco, Ana, por favor.

—Que estaba enamorado de ella. Y que había sido su profesor antes, era un escritor o un poeta, me parece. Que la pretendía..., bueno, eso..., que se había enamorado de ella cuando estaba en la facultad.

—Muy bien, Ana. ¿Ves como no muerdo?

—Tiene que marcharse, por favor.

—Sí, sólo una cosita más. ¿Te dijo algo de que iba a casarse con el Príncipe de España?

—¿Con el Príncipe? ¿Quiere decir don Felipe?

—Sí, con ése. ¿Alguna vez te lo mencionó, te dijo algo?

—No, no. ¡Qué tontería! ¿De dónde ha sacado usted eso?

—¿Quién te ha conseguido el trabajo y el piso, Ana?

—¡Fuera, no quiero hablar más! ¡Márchese o llamo a la Policía!

Aparté el pie y la puerta se cerró de golpe.

Lo primero que noté al entrar al portal de mi casa fue el tufo a podrido. Empujé la puerta del patinillo y ahí estaba el cubo de la basura hasta arriba de bolsas. El hedor era insoportable, echaba para atrás. Era evidente que nadie había sacado el cubo a la acera para que lo recogiera el servicio de basureros.

No llegué a introducir la llave en la cerradura de mi casa. Se abrió la puerta de enfrente y escuché la voz de Angus.

—Vaya, Toni, ya estás aquí. Has estado todo el día fuera, ¿no? Quería hablarte.

Había asomado la cabeza, tapada con un pañuelo por donde sobresalían los rulos.

—Angus, yo trabajo, te lo recuerdo.

Abrió un poco más la puerta.

—¿Qué pasa aquí, Toni? Aquí nadie saca el cubo de las basuras. ¿No te has fijado? Esta casa es un desastre. ¿Has notado qué olor asqueroso hay en la escalera? Así no se puede vivir, desde luego. Hay que ver.

—Antes de ayer vi a un empleado de una empresa de limpiezas, Limpiezas Ochoa, me dijo que se llamaba. Parece que Acebes se ha ido a la boda de un sobrino o algo así y esa empresa se va a dedicar a recogerlos la basura y a limpiar la escalera. Pero da la impresión de que ese tío no ha venido hoy, yo también he sentido la peste.

—Qué inocente eres, Toni, de verdad, parece mentira con lo que tú has sido. Ese tío que tú dices no sabe nada de limpieza de escaleras, pero nada. Yo también lo vi los otros días fregando y me contó la misma cantinela. Y fíjate si yo tenía razón. No ha vuelto a sacar el cubo, vamos, que no ha vuelto a pisar esta casa.

—Hay que llamarlo. —Saqué el móvil—. Antes de ayer hablé con el jefe, el tal Ochoa.

Busqué el número y lo activé. Angus se había apoyado en el quicio de la puerta y me sonreía con una mueca burlona. Sonó la llamada hasta que surgió

una voz neutra que me indicó que ese móvil estaba desactivado.

Miré a Angus.

—Esa empresa que tú dices, Ochoa o como se llame, no existe, Toni. Sí, no me mires así, tío, que pareces bobo. He mirado en la guía y no está. Vamos, que es un camelo.

—Hablé con él —respondí en voz baja, pensativo—, y ese Ochoa me dio el número de Acebes.

—Pues te han tomado el pelo, para que lo sepas. ¿Qué hacemos ahora con la mierda de la basura? Porque, desde luego, en esta jodida casa cada vecino va a lo suyo y nadie se preocupa del prójimo. Sobre todo tú, que las pías mucho y luego nada de nada.

—Tengo que salir dentro de un rato. Yo sacaré el cubo, no te preocupes.

Me di la vuelta para abrir mi casa. Pero Angus me dijo:

—Tienes dentro una novia. La he visto hará una hora o así. La tía ha entrado con una llave como si nada. Yo no le he dicho ni pío, como tú comprenderás.

—¿Una novia?

—Bueno, la tía parecía muy dispuesta... y tenía llave. ¿Y sabes una cosa? Si a mino me haces favores, pues yo tampoco te los hago. Para que te enteres.

Cerró la puerta de golpe. Aguardé unos instantes, pensando quién podría tener la llave de mi casa. No se me ocurrió nadie. De modo que abrí mi puerta con mucho cuidado, procurando no hacer ruido.

Fuera quien fuese la que había entrado en mi casa, no trataba de disimularlo. Hasta mí llegó un sonido de frotamiento, que no logré identificar, y el rumor tenue de una voz. Cerré la puerta sin ruido y avancé despacio por el pasillo. La voz se fue haciendo más audible. Cantaba por lo bajo *Tú me acostumbraste*, el bolero.

Me detuve antes de que terminara el pasillo. Reconocí la voz, pero seguía sin comprender cómo había podido entrar. Di un paso y me asomé a la habitación.

Ahí estaba.

De espaldas, cantando y fregando el suelo. Y todo relucía y cada cosa estaba en su sitio. Casi parecía otra casa. Hasta parecía una casa.

—Juanita —la llamé. Pero no me oyó, enfrascada en cantar y pasar la fregona. Elevé la voz—: ¡Juanita!

Se dio la vuelta, abrió los ojos y exclamó, llevándose la mano al pecho:

—¡Toni, por dios, qué susto me has dado!

—¿Qué haces aquí?

—¿Que qué hago? ¿Es que no lo ves? Esto estaba sin limpiar desde el desembarco de Alhucemas, qué barbaridad. No sabía que fueras un Adán, Toni. Tú que eres tan cuidadoso para tus cosas.

—Juanita, ya veo que has limpiado la casa y te lo agradezco. Pero ¿cómo has podido entrar?

—¿No te acuerdas de que dejaste en casa una de tus llaves? Por si las perdías. Oye, deja de mirarme así, ¿vale? He pensado..., no sé..., quería agradecerte que..., en fin, si te he ofendido te pido perdón. —Soltó la fregona, que cayó al suelo—. Te he traído unas cuantas cosas que habías olvidado en mi casa.

Dirigí la mirada hacia la mesa. Había un paquete envuelto en papel de estraza, atado con una cuerda. Juanita había girado el rostro en dirección a los balcones.

Me acerqué a ella, la tomé de los hombros, le di la vuelta y la abracé. No opuso resistencia. La besé con suavidad, demorándome.

Al cabo del rato, levantó la cabeza y me susurró:

—Hijo de perra, eres un hijo de perra. ¿Lo sabías?

Volví a besarla y empecé a perder el sentido del tiempo. Pero ella volvió a separarse.

—¿Esta vez vas a poder, o va a ser como ayer?

No le respondí. ¿Para qué? Y ella continuó:

—¿Sabes el tiempo que llevo sin estar con un hombre? —Se giró y señaló la cama. Entonces me di cuenta de que estaba limpia y recién hecha—. Te he traído sábanas nuevas. ¿Las estrenamos o vas a seguir calentándome?

A las ocho de la tarde, Juanita me dijo:

—Tengo que ir al Burbujas, Toni. No puedo dejar a Catalina con todo el trabajo. —Se quedó pensativa—. Cada vez vienen menos clientes, ¿lo sabías? Ya no es como antes. Hay meses que me cuesta pagarle a Draper.

—¿Qué le pasa a Catalina conmigo? —Arrojé la ceniza del Ducados en el cenicero—. El otro día me dijo que si te hago daño me mataría. ¿Está bien de la cabeza?

—Sí, que yo sepa. Lo que pasa es que tiene mucho carácter. Lo ha pasado muy mal en la vida, pobrecilla. ¿Sabes cuánto tiempo llevamos juntas? Treinta años. Yo tenía dieciocho años y ella, veinte o veintiuno... Las Hermanas Sisters, vaya cosa... Actuábamos en todos los tugurios de España, en las ferias, en las fiestas de los pueblos. —Movié la cabeza y la vi sonreír, rememorando—. De todas maneras lo hemos pasado muy bien juntas. ¿Sabes? Yo creo que siempre ha estado medio enamorada de mí. Ya se le ha pasado la calentura de cuando era joven. Se moría de celos si me iba con cualquier tío de los que nos rondaban. Pero ahora ya no... Pero no sería mala cosa que se buscara a alguna buena mujer.

Nos quedamos en silencio durante un buen rato. Pero ella, de pronto, me dijo:

—Hablando de celos, ¿quién es esa vecina que tienes enfrente? Vaya tía, debe de estar fisgándote siempre por el ojo de la cerradura, ¿no?, porque nada más meter la llave en tu puerta, se ha asomado y me ha preguntado qué hacía yo allí y quién era. ¿Te lo puedes imaginar?

—Es un poco rara, se llama Angustias.

—¿Es tu novia?

—¿Te parece que yo pueda tener una novia así?

—Peores cosas he visto. Los tíos sois bastante raros. Oye, ¿quieres que hablemos de Silverio?

—¿Le has dicho alguna vez que yo soy su padre?

Negó con repetidos movimientos de cabeza.

—No, Toni, no se lo he dicho nunca. De niño se ponía pesado, quería saber quién era su padre. Ya sabes, en el colegio los chicos se lo preguntaban, y yo..., bueno, nunca le daba explicaciones. Hubo un tiempo en que se puso muy pesado, quería saberlo a toda costa, pero se le fue olvidando. Llegó a creer que era Draper. —Se encogió de hombros—. Era el hombre que más venía por casa, a cobrar el alquiler, el que más trato tenía con nosotras, y Gerardín, el hijo de Draper, jugaba con él.

—¿Tuviste algo que ver con Draper?

—¿Estás celoso de Draper? No me jodas, Toni.

—Sólo te lo pregunto.

—Al principio, antes de conocerte a ti. Pero duró muy poco, estaba casado y a mí nunca me gustó. Punto final.

—Habrá que decirle algo a Silverio, ¿no crees? De todas maneras va a ser un palo para él. No le caigo bien.

—No fastidies con eso. A mí Silverio no le ha caído bien ningún cliente del Burbujas, ninguno de nuestros amigos. Me refiero a los amigos de Catalina y míos. Siempre fue muy celoso. ¿Sabes una cosa? Me he puesto a preguntar por el barrio a los amigos de Silverio y he sacado algunas cosas en claro. Parece que está boxeando y sacando dinero. ¿Qué te parece?

—Lo he visto boxear y está muy crudo todavía. Tiene facultades, pero no creo que le aguante dos asaltos a un profesional de su peso. Además, no está federado.

—¿Por qué no te ocupas un poco de él, Toni? Es tu hijo, podrías mirar por ahí. Todavía conservas amistades en el mundillo del boxeo, ¿no? Me gustaría que hablaras con nuestro hijo, Toni. Y luego..., bueno, si luego quiere ser independiente y no estudiar, que haga su camino. Pero esto de no saber dónde está, ni qué hace, me pone enferma. ¿Te parece bien?

—Ahora estoy metido en un follón, Juanita. Trabajo para un abogado, en el caso del asesinato de Lidia Ripoll, la periodista de televisión. Pero miraré por ahí, intentaré encontrarlo.

Se incorporó en la cama.

—¿En serio? ¿Estás trabajando en ese caso? ¿Quiénes sois, Draper y tú?

—No, Draper no entra en esto. Trabajo para un abogado, y a te lo he dicho. Se llama Cristino Matos, es el defensor de Juan Delforo, el acusado.

—Delforo era amigo tuyo o, ¿verdad?

Asentí, al tiempo que aplastaba la colilla del Ducados en el cenicero.

—Voy a intentar encontrar a Silverio, Juanita. Pero dame tiempo.

Me besó el hombro.

—Oye, ¿por qué no miras lo que te he traído?

Me levanté, fui a la mesa y empecé a desatar el paquete.

—Vaya, no estás tan mal en pelotas, ¿eh? Pero tienes un poco de barriga, ¿no? No es mucho, pero lo disimulas con la chaqueta. A lo mejor por eso te gustan tanto las chaquetas.

Juanita se levantó de la cama, tomó su ropa del suelo y enseguida escuché el sonido de la ducha. Terminé de abrir el paquete. Lo primero que apareció fue una camisa azul pálido doblada. Me la intenté poner, me estaba estrecha. Caramba, tenía que hacer un poco más de ejercicio. Debajo de la camisa había dos calzoncillos, me coloqué uno de ellos. Me estaban bien. Al menos no había engordado por esa parte.

Vaya a con Juanita.

La discoteca El Círculo era un bar estrecho y oscuro que se abría a una sala un poco más grande, sumida en la oscuridad. Allí restallaban luces y surgía la música. La bailaba una masa compacta de gente, de la que se distinguían trozos de brazos y cuerpos agitados. Era insoportable.

La zona del bar era del tamaño de un vagón de metro, llena a rebosar de jóvenes —quizá de los tres o de los cuatro sexos existentes— que bebían e intentaban hablar a pesar del estrépito ensordecedor. Deduje que la mayoría de ellos no había cumplido aún los veintiún años. Pero abundaban los grupos de chicas treintañeras que bebían y fumaban. Pude situarme frente al mostrador, junto a una repisa donde podían colocarse los vasos. Me pregunté cómo allí se podría mantener una conversación.

El mostrador lo atendía un sujeto alto que pasaba de los cuarenta años, ataviado con una especie de boina negra en la cabeza, estilo guerrillero. Era muy posible que con eso intentara disimular la calva. No paraba de servir copas, unas detrás de las otras, a un ritmo imparable. Otra camarera lograba filtrarse entre el público con un bandeja. Recorrí con la mirada las paredes, prácticamente cubiertas de pósteres de grupos musicales, anuncios de conciertos y fotos de clientes dedicadas. Destacaban los Malasaña Boys. Al menos conté tres.

Pasó más de media hora antes de que la camarera de la bandeja pudiera acercarse. Era una muchacha de rostro afilado y pálido, con aspecto de cansada. Llevaba una camiseta sin mangas y se puso ante mí sin decirme nada, con la bandeja apretada al pecho.

—Un gin-tonic, por favor —le indiqué—. En vaso bajo y con medio limón exprimido. Si tiene Larios, me vale.

—Son mil quinientas.

—¿Qué?

—Es una discoteca, señor.

—¿Ah, sí? Vaya, pues no me había dado cuenta. Tráigalo de todas maneras.

Se marchó, recogiendo otros pedidos, y me dediqué a imaginarme a Lidia Ripoll en ese ambiente. Lidia llevaba cinco años viviendo en el barrio, no sería

extraño que muchos de estos parroquianos la conocieran. Tenía que adivinar quiénes eran. Y eso era como buscar la consabida aguja en el típico pajar. Me fijé otra vez en el camarero. Quizá fuera el encargado, el tal Norberto que me había mencionado Ana Garcés, el que rebajaba las copas a los vecinos del barrio.

La camarera tardó otra media hora más en traerme el gin-tonic. Al menos se había acordado del vaso bajo. Lo colocó en la repisa, al lado de la botella de tónica. Le entregué un billete de mil y una moneda de quinientas, se los guardó en el bolsillo del delantal y se marchó sin abrir la boca. Se le había olvidado exprimir medio limón. No se lo reproché. Pero olisqueé el vaso. La ginebra parecía garrafón, y ni siquiera del bueno. Probé un sorbo. El líquido que me habían servido podía pasar por el famoso aguarrás de Mozambique. Dejé el vaso en su sitio.

A las dos y media de la madrugada la música estruendosa cesó y el bar se volvió un poco más tranquilo. Supuse que serían las ordenanzas municipales. Pero la gente empezó a irse, unos a la calle y otros a la zona de la discoteca, o lo que fuera eso. En el mostrador sólo quedaba una pareja que se besaban ajenos a todo. El de la boina terminó de recoger vasos y botellas de cerveza y se sentó en un taburete con un vaso de whisky en la mano. Tomé mi vaso y el botellín de tónica, los coloqué en el mostrador y me senté en un taburete a su lado. Me observó distraído y continuó bebiendo whisky.

—¿Eres Norberto? —le pregunté, y se me quedó mirando—. Me gustaría hablar contigo.

—¿Qué pasa, tío?

De cerca se le notaba la edad en cada una de las arrugas de su rostro pálido y sin afeitar.

—Busco información sobre Lidia Ripoll, ya sabes. La periodista a la que mataron. Venía mucho por aquí, ¿verdad?

Lo observé llevarse el vaso a la boca y beber un trago, probablemente pensando qué tenía que contestarme y si debía hacerlo. La parejita que se besaba descendieron de los taburetes y el muchacho le pidió la cuenta, llamándolo Norberto. Debía de tener Unos diecinueve años, pero se estaba dejando la barba.

Norberto le gritó a la camarera:

—¡Cristina, cobra aquí a José Luis! —Se volvió a mí—. No me gustan los maderos, ¿vale?

—No soy un madero, Norberto. Sólo busco información y tengo presupuesto para pagarla. Un presupuesto alto.

Volvió a beber de su vaso, mientras la llamada Cristina cobraba las consumiciones. Eran todos muy amigos, pero les cobró tres billetes de mil que el

chico pagó sin rechistar. La camarera le dijo a Norberto:

—Oye, son las dos y media pasadas, me tendría que ir ya a mi casa.

—De eso nada, monada. Hay que recoger los vasos y las botellas. ¿Es que todos los días va a ser lo mismo, joder?

La camarera abrió la boca para responderle. Pero prefirió cerrarla, dio media vuelta y se puso a recoger vasos y botellas de cerveza. Norberto continuó ensimismado. Aguardé a ver lo que pasaba y encendí uno de mis cigarrillos. Tenía que comprobar si todo eso que hacía Norberto era un juego o una cuestión de carácter. Tenía mis dudas, de manera que le seguí la corriente y no volví a hablar.

Así pasó un buen rato. Norberto bebiendo su whisky a sorbitos y yo fumando, uno al lado del otro tan tranquilos. Pero de pronto, Norberto se bajó del taburete y avanzó hacia una puerta en la que ponía WC. Lo vi entrar, pero no cerró la puerta.

No estaba seguro de qué hacer a continuación. Decidí dejarme llevar por la intuición y seguí a Norberto. Empujé la puerta del WC y me encontré con un pequeño vestíbulo con otras dos puertas. Una era la del retrete de señoras y la otra, la del de caballeros. La de señoras estaba entornada, pasé dentro.

Norberto esnifaba una raya de cocaína del tamaño de un dedo humano, sobre la tapa del retrete. Cerré la puerta tras de mí y me dispuse a esperar. Norberto continuó sorbiendo por la nariz sin manifestar la menor inquietud. Tuve que reconocer que era un tipo frío.

Cuando terminó recogió los restos de polvillo blanco y se lo pasó por las encías.

—¿Quieres probarla? Es la más guay de Madrid. Diez papeles el gramo.

—No quiero coca. Busco información. Conocías a Lidia Ripoll, ¿verdad?

—Eso es muy chungo, tío. Todo lo de esa tía, la periodista, es mierda pura. ¿Cuánto tienes de presupuesto para que yo te cuente?

—Según lo que tengas que contar, Norberto.

—No, tío, primero enséñame la pasta, quiero verla. Por aquí han venido muchos periodistas, pero no se estrenan. Van por la vida con la geró por delante. Te va a costar, si quieres que te cuente cosas. ¿Vale?

Saqué la cartera y le enseñé cuatro billetes de mil.

—No soy periodista, Norberto. ¿Te basta con estos billetes? ¿Qué es lo que sabes de Lidia?

—Lo que sale en los periódicos es mierda pura, ¿sabes? Yo he sido periodista hace veinte años, he estado en las mejores revistas..., ahora es una mierda. —Se encogió de hombros—. Ya no hay periodistas, eso se acabó. Ahora los periodistas son niñatos que ni se enteran. Tú no pareces periodista, tío. ¿Quién eres?

—Eso a ti te da lo mismo, ¿no es así, Norberto? Pongamos que soy Papá Noel. Y no eres el dueño de esto, ¿verdad?

Sonrió por primera vez. Le faltaban prácticamente todos los dientes.

—¿Dueño? —Hizo un gesto de desprecio—. Soy el esclavo del dueño, porque toda esta gente viene aquí por mí, ¿entiendes? El hijo de puta me paga una miseria, el muy cabrón. Me tiro aquí desde las ocho de la tarde hasta las cinco de la mañana, como poco.

«Y das garrafón infame», pensé. Pero coloqué los cuatro billetes sobre la cisterna del retrete. Norberto les dirigió una mirada codiciosa.

—¿Qué sabes de Lidia que no haya salido en los periódicos?

—En los periódicos sólo salen chorradas. Todos los periodistas de ahora son unos gilipollas, te lo digo yo. La han puesto..., no sé, como Teresa de Calcuta o algo así.

—¿Consumía coca?

—Nos ha jodido. Yo se la proporcionaba. Venía aquí a por coca, la esnifaba aquí mismo. Se ponía ciega, la tía, y luego...

Se detuvo y volvió a mirar los billetes.

—Eso no vale cuatro billetes, Norberto.

—¿Por qué no me compras un gramito, tío? Es colombiana pura, harina fina. —Lanzó la mano hacia el dinero—. Te invito a una rayita.

—Deja eso, Norberto. Todavía no me has dicho nada.

Detuvo la mano a mitad de camino, pareció pensarlo y se rascó la barbilla.

—¿No te mola una rayita?

Negué con un movimiento de cabeza. Llamaron a la puerta y la camarera gritó:

—¡Joder, sal ya, Norberto, que me estoy meando! ¡Venga ya, coño!

—¡Vete a mear al de tíos, joder! —Se volvió a mí—: Esa tía, la Lidia, era una salida, follaba por chapas. A que eso no lo sabías, ¿eh?

—¿Por chapas o por coca? —le interrumpí.

—Bueno, es lo mismo, ¿no? ¡Qué más da! Me la tiraba aquí mismo. —Señaló el retrete—. Se levantaba las faldas o se bajaba los pantalones y me daba el culo. Sólo quería que le diera por el culo, no quería mamarla, ni nada de eso. El culo era lo que le gustaba. Culo a cambio de coca, un toma y daca.

—¿Y eso era todas las noches, Norberto?

—Todas las noches que venía se pasaba por el retrete a quilar conmigo. Quería ahorrarse la coca. —Se encogió de hombros—. Si te lo quieres creer, te lo crees, y si no... —Se encogió de hombros.

—¿Lo hacía con otros?

—Ni idea, ésa venía una o dos veces al mes o así y se tiraba bailando toda la noche, vivía ahí al lado, en el 60. La conozco muy bien.

—¿Algún novio fijo, Norberto? Piénsalo un poco.

Puso cara de pensarlo.

—Bueno..., a lo mejor..., no sé..., había un tío, un tal Molina, un cubano de

esos. Yo la he visto morrear ahí en la pista de baile con él. —Señaló con la mano—. Creo que ése también vive por aquí. Arregla ordenadores, me parece.

—Molina —repetí—. ¿Y sabes cómo se llama ese tal Molina?

Negó despacio, moviendo la cabeza.

—Es un menda grande, un poco gordo, alto..., de unos cincuenta tacos o así, una vez me dijo que había sido actor en Cuba, pero esos tíos viven inventándose cosas. Pero no sé cómo se llama. A veces viene a tomarse unas copas.

Se abalanzó sobre los billetes, pero me lo esperaba y fui más rápido. Puse antes la mano encima. El contacto de su mano no me gustó y le empujé. Chocó contra la pared.

—Lo que me has dicho no vale cuatro mil pesetas, Norbertito. Qué quieres que te diga. —Me guardé tres billetes en el bolsillo y le tendí uno—. Esto es lo que te has ganado.

Norberto sacó una navaja automática del bolsillo del pantalón y accionó el resorte. La hoja, estrecha y plateada, brilló a la luz de la bombilla del techo. Yo continuaba con la mano derecha extendida con el billete.

—Tú a mí no me estafas, hijo de puta. Venga la pasta ahora mismo o te rajo. ¿Quieres verlo, cabrón?

—Norberto, estáis muy mal acostumbrados con el dinero. Mil pesetas son muchas pesetas. ¿En qué mundo vives? No hay que despreciarlas.

No le di tiempo a que me lanzara un viaje con la navaja. Le noté antes las intenciones. Le atrapé la muñeca y le sacudí un golpe seco en el ojo derecho. Norberto gritó y manoteó intentando zafarse, pero le alcancé la boca del estómago sin soltarle la muñeca y cuando se dobló, le di en la sien con un golpe de arriba abajo. Se desplomó y soltó la navaja. Entonces me di cuenta de que le había golpeado empuñando el billete, que se había convertido en un gurrúño.

La furia me invadió contra aquel hombre sentado en el suelo, que ahora lloriqueaba cubriéndose los ojos con las manos. Me calmé a duras penas y acompasé la respiración. Tiré el billete al suelo y le dije:

—No vuelvas a dar garrafón.

No hacía frío en la calle de San Vicente Ferrer, pero el otoño parecía haberse adelantado aquella madrugada. Delante de mí distinguí a la camarera que me había servido el garrafón en El Círculo, a la que Norbertito había llamado Cristina. Caminaba despacio, a pasitos cortos y encogida. Un animalillo asustado que huía hacia alguna guarida.

La alcancé sin dificultad.

—Hola.

—Hola —contestó ella y siguió caminando.

Era mucho más joven de lo que me pareció en la oscuridad del bar y tiritaba.

—¿Tienes frío?

—¿Qué?... Sí, un poco. ¿Estaba usted en el bar?

—Sí, acabo de salir.

—Sí, claro, ahora me acuerdo. Cuando le vi en el bar pensé que era usted el padre de alguien, a veces vienen padres, ¿sabe? Vienen a ver lo que hacen sus hijos. Una vez vino mi padre..., pobrecito.

—Hace mucho tiempo que parezco el padre de alguien. Dentro de poco pareceré el abuelo de todo el mundo. Te llamas Cristina, ¿verdad?

—Sí, Cristina.

—¿Sigues teniendo frío, Cristina?

Asintió a cabezazos y se arrebujó en su delgada chaqueta.

—Es que no he cenado. No me ha dado tiempo... y tampoco he comido. Bueno, un pincho de tortilla. También es que yo soy muy friolera, siempre me pasa. Por las mañanas, cuando salgo de casa, hace calor y ahora, bueno, las noches ya son más frescas, ¿verdad?

Nos estábamos acercando a la calle de San Bernardo. Le puse la mano en el hombro y la detuve.

—Mira, ahí arriba, en San Bernardo, hay un pub abierto hasta las seis de la mañana, el Tempo II. Déjame que te invite a algo de comer.

Se me quedó mirando.

—Perdone, pero no quiero ligar con usted.

—No se me ha pasado por la cabeza, Cristina. Deja que te invite, por favor. Me gustaría hablar contigo. Tengo años de sobra para ser tu padre.

—Mi padre tiene cuarenta y cuatro años.

—Soy mayor que él. —La tomé del brazo—. Vamos a esa cafetería y luego te acompañaré al taxi. Yo tampoco he cenado. Y, a propósito, me llamo Antonio.

El local estaba lleno de noctámbulos que hablaban a gritos en el mostrador. Pero las mesas estaban vacías. Pedimos para cada uno caldo del cocido, con un chorreón de jerez seco, y tortilla de jamón de dos huevos. Mientras esperábamos, le conté lo que me había llevado a El Círculo, información sobre Lidia Ripoll, y le mostré el carné. Se mostró asombrada y me preguntó si era detective privado de verdad, de esos que salen en los telefilmes de la TV. Le contesté que no, sólo investigador a sueldo de un bufete de abogados. Ella me contó que conocía a la periodista, a Lidia, pobrecilla, y que estudiaba canto en el conservatorio, *mezzosoprano*, y que para ganarse la vida trabajaba con Norberto. Le pagaba cincuenta mil al mes y apenas si dormía. Su chico, estudiante de Historia, trabajaba tres días a la semana en la FNAC, en la sección de librería. Ganaba otras cincuenta, pero el alquiler del piso subía a sesenta mil, que con los gastos de luz, agua y teléfono se ponía en casi setenta. Vivían con treinta mil pesetas, más las propinas.

—Norberto es un cabrón y un embustero. Además da garrafón y le roba al dueño lo que no puede usted creer. Pero el dinero lo saca de...

Se detuvo y volvió a masticar la tortilla. Su rostro de pajarito iba tomando

color.

—¿De la venta de coca?

—Sí, eso es. Es un diler. O como se llame eso. Es uno de los que surte al barrio. Y es un embustero, dice qué fue periodista, pero mi chico, que está en ese ambiente, me dijo que una vez publicó un artículo, o dos, en *Cambio 16* hace veinte años y ya se cree periodista. Es un embustero de marca. Yo no pruebo la coca, ¿sabe usted?

—¿Lidia tomaba coca?

—¿Lidia? No, no..., una vez me dijo que la había tomado, pero que ya no. Allí en El Círculo la toma casi todo el mundo.

Dejé que terminara la tortilla y rebañara con pan. Entonces le pregunté:

—¿Cómo era Lidia? Parece que la conocías bastante bien, ¿no?

—Sí, sí que la conocía, hablaba bastante conmigo. Me dio muchísima pena que ese canalla de escritor la matara. Los celos son terribles... —Se quedó pensativa—. Pobre Lidia.

—¿Cómo era Lidia, Cristina?

—¿Que cómo era? No sé..., una chica normal. Mire usted, venía a bailar de vez en cuando, casi siempre sola o con una amiga del trabajo, pero últimamente se tiraba mucho tiempo sin venir.

—¿Tenía novio?

—¿Novio o pareja?

—Bueno, no sé bien dónde está la diferencia, Cristina.

—Pues novio es..., eso, un novio, un chico que gusta y que se sale con él. Y pareja..., pareja es el chico con quien se vive, vamos, creo yo. Lidia no..., no tenía pareja, eso me lo dijo una vez, y no era nada ligona, no sé si usted me entiende, tenía mucho éxito con los chicos porque salía en el telediarario, era famosa, pero de ahí a... ligar, me parece a mí que no. Más bien era romántica, y yo también soy bastante romántica, ¿sabe? Una vez me dijo ella que no se iría con nadie a la cama hasta que no se enamorase de verdad. Yo tardé cinco días en irme a la cama con mi chico, se llama Fernando, y hasta que no supe que estaba enamorada de él, no dejé que se acostara conmigo, fíjese.

—¿Lidia hacía el amor a cambio de coca?

—¿Hacer el amor? ¿Se refiere usted a follar?

—Mierda, sí..., me refiero a follar. ¿Follaba ella a cambio de coca?

—¿Lidia? Ay, no, imposible..., eso sí que no. Lo sabría yo, las camareras..., no sé..., estamos al loro, ¿sabe? Si se meten en los retretes, un suponer, un chico y una chica, pues..., ya se sabe, lo mismo que dos chicas o dos chicos. Pero Lidia nunca lo hizo. Era..., no sé..., demasiado famosa. Cuando usted y Norberto se metieron en el baño pensé que..., bueno, que estaban en lo de la coca o..., ya sabe, y perdone, que iban ustedes a follar. Norberto siempre está a la que salta, se aprovecha de que tiene coca y..., bueno, es homosexual, pero lo disimula,

¿puede creerlo? Siempre está presumiendo de las mujeres que conquista. Incluso lo intentó conmigo. Es un asqueroso.

—¿Sabes si follaba con Lidia?

—¿Norberto? No, imposible. Bueno, me parece a mí, vamos, creo yo. Una vez me dijo Lidia que Norberto quería ligar con ella, pero que le daba asco ese tío. Y en eso coincidimos, ya lo ve. Mire, deje que le diga una cosa, últimamente Lidia estaba muy triste, muy deprimida. Tenía que llevar guantes. ¿Entiende lo que le quiero decir?

—Espera un momento. ¿Qué es eso de que tenía que llevar guantes?

—Pues sí, guantes. Llevaba guantes, unos guantes de esos blanquitos, y era porque le daba vergüenza que le vieran las manos. Le habían salido como unos eczemas o algo así y ella se los rascaba y hasta se hacía sangre y todo. Es una enfermedad de los nervios, vamos, creo yo. O por lo menos eso me dijo ella. Que era por los nervios, que se lo había dicho el médico. Ya le digo, últimamente lloraba, estaba muy triste. Una noche la vi ahí en la discoteca, apoyada en la pared, y la saludé. Ahí, con el ruido no se puede hablar, ¿verdad? Y está tan oscuro..., ¿no? O sea que no me pude dar cuenta, pero me acerqué para ver si quería beber algo y estaba llorando.

—¿Estás segura?

—Claro, ¿cómo no voy a estar segura? De cerca me di cuenta y le dije: «Hija, ¿qué te pasa, por qué lloras?». Y ella, pues movía la Cabeza, como si negara, ¿no? Y me decía: «Nada, no me pasa nada», y venga a llorar. Y la abracé y todo y ella, pues se puso a llorar más todavía, no sé si me entiende.

—Te entiendo. ¿Y te dijo por qué le pasaba eso?

—Bueno, ese día no. No me dijo nada, sólo lloraba, a mí me hubiera gustado estar con ella, charlar, ¿no? Pero es imposible, el cabrón del Norberto está siempre al loro, vigilando, y si ve que me entretengo, pues me llama la atención. Es que no puedo ni ir a mear, es la pera. ¿Puedo pedir una cañita de cerveza?

—Sí, claro. Pediremos dos, una para ti y otra para mí.

Llamé al camarero y le hice el pedido. Cristina recogió de la mesa las migas de pan que habían sobrado y se las llevó a la boca.

—Qué bien, con usted se puede—dijo ella.

—¿Se puede el qué?

—Pues eso, hablar. Con la mayoría de los tíos no se puede, y a mí me encanta hablar. Un suponer, estoy en la disco, ¿no? Y le pregunto algo a alguien, ¿no? A un chico cualquiera, uno que ande por ahí. Voy y le digo: «¿Te gustan los Pink Floyd?», por ejemplo, ¿no? Bueno, pues ya se cree que lo que quiero es ligar. Los tíos es que sois..., bueno, no todos, usted no.

—Menos mal.

—Sí, menos mal. Y lo mismo le pasa a mi chico, fíjese, es cantidad de celoso con eso de que yo esté en la disco todas las noches, se cree que todas las tías

estamos salidas, vamos. Que con cualquiera que venga..., hala, a follar..., y no es así. Aunque no digo que no haya tías salidas, que las hay. Yo he visto cada cosa en la disco que si le contara...

—Pero nunca a Lidia, ¿no es así?

—No, con Lidia no... Bueno, hace tiempo..., quiero decir..., hará como un año o un poco más, cuando yo entré a trabajar con Norberto, pues..., claro, no tenía pareja y..., pues eso, que ligaba, normal, ¿no?

—Sí, normal. ¿Quieres decir que últimamente Lidia tenía pareja?

—Sí, tenía pareja, me lo dijo.

—¿Te dijo quién era?

—No, no..., el nombre no. Pero me dijo que era muy guapo. Claro, a todas nos parecen muy guapos nuestros chicos, ¿no?

El camarero nos trajo las dos cañas y Cristina levantó la suya.

—¡Chin, chin..., por nosotros!

Los dos bebimos.

—Bueno, qué a gusto que estoy, pero me tengo que ir. No es por despreciarle, ¿eh? Lo que pasa es que mi chico se pone fatal si llego tarde. Piensa que me he ido con alguien. Antes sí, antes de conocerle, pues me iba con..., bueno, con quien me gustara, ¿no? Está tirado irse con un hombre, le sonríes y ya está.

—¿Hacía eso Lidia antes?

—¿Cuando no tenía pareja? Pues sí, bueno, como una chica normal. De todas maneras ella no era de ésas, ¿sabe?, de las salidas, pero se iba con chicos, ya lo creo. No tanto como otras, pero ligaba.

—Y cambió. En los últimos tiempos dejó de irse con chicos, ¿no es así?

—Eso es.

—Y más tarde, en los últimos tiempos, estaba deprimida, lloraba. —Cristina asintió con fuerza, mientras apuraba la cerveza—. ¿Le dejó ese tal Molina, el antiguo actor cubano?

—¿Molina? No, no..., no era su novio. Fue un ligue antiguo, un amigo..., es..., era muy simpático, muy gracioso y contaba muchos chistes. A Lidia le hacía mucha gracia.

—¿Amigo íntimo de Lidia?

—Sí..., bueno, no lo sé. Aunque Lidia, ya le digo, tenía muchos amigos, no sé si íntimos. Ya sabe usted, era muy popular, la pobrecita. Pero me parece que ese Molina se ha marchado a Miami, hace mucho que no lo veo.

—No sabrás la dirección de ese tal Molina, ¿verdad?

—No, me parece que se ha ido a Miami, ya le digo. Allí viven sus hijos. Sí, se ha tenido que ir a Miami, porque hace bastante que no viene. Qué curiosa es la vida, ¿verdad? Un día ves a una persona ahí, charlando contigo, como si nada y luego..., pues la matan.

—Déjame que te haga otra pregunta, Cristina. ¿Por qué crees que miente

Norberto?

—¿Que por qué miente? ¡Ay, pues no lo sé! Porque es un embustero, ese tío miente más que habla. Qué asqueroso que es, madre mía. Oiga, disculpe, pero me tengo que marchar. Aquí estoy muy bien, pero me espera mi chico.

La acompañé hasta la puerta, donde detuvo un taxi. Me dio las gracias y un beso en la mejilla, pero cuando tenía la portezuela del taxi abierta, se volvió y me dijo:

—Ahora me acuerdo... Una vez le escuché al guarro de Norberto decirles a unos señores que vinieron preguntando por Lidia que ella era puta, fíjese qué asqueroso, puta, y que se drogaba de coca. Los señores eran así, como usted, parecían maderos, perdón, policías.

—¿Y cuándo fue eso?

—Pues un mes o así antes de que la mataran, fíjese usted.

Las cárceles eran parecidas en todas partes, al menos en las que había estado él. Aunque ésta era más limpia y más tranquila y se comía mejor. Era casi como estar en un hotel. Pero la gente que había dentro era parecida. Apenas si había diferencia: locos, fanfarrones y gentuza maloliente. El Oso había estado en la cárcel en tres ocasiones. Primero en Moscú, en los sótanos del regimiento, cuando golpeó a su oficial y le hicieron elegir entre quince años de prisión militar en Verboseen, un lugar remoto en Siberia, o la primera línea de fuego en Chechenia, en el batallón de zapadores, que era en realidad un batallón de castigo a trabajos forzados, siempre bajo el fuego de mortero del enemigo.

Eligió Chechenia y sobrevivió, lo que es muy extraño para un muerto. Cuando acabó la campaña y estaba destinado en Riazhov, a la orilla de un río, fue acusado de insubordinación y enviado a un campo de trabajo para construir una represa en un desfiladero. Al año y medio, le propusieron continuar o alistarse en los batallones especiales que estaban formándose para combatir en un lugar remoto de la frontera este, un desierto llamado Afganistán.

Y ahí comenzó su buena suerte. El comandante de su batallón, el mayor Alexis Gudonov, se fijó en él y lo nombró cabo. Aún no había cumplido treinta años y ya llevaba nueve años enganchado en el ejército. Afganistán fue su mejor época, pero tuvo que acabar y cuando la retirada, volvió a Moscú a buscar a su hermana. Era mejor no acordarse de ese tiempo.

Madrid había sido un fiasco. Los nombres que le había ido diciendo su madre durante su corta infancia no le decían nada. Fue a Lavapiés y no le gustó, no pudo figurarse a su madre de niña por ahí, tampoco en ese parque, el Retiro. De modo que se aburrió y regresó al hotel. A veces salía a la calle y observaba a las mujeres, pero eso era todo.

Se le estaba borrando de la memoria la imagen de su madre.

A los pocos días de aburrirse en Madrid le llegó la orden de Gudonov. El trabajo era doble, dos hombres. Primero uno y después el otro. Y recibió las fotografías y la dirección de esos tipos. Lo curioso era que el segundo de ellos chapurreaba el ruso y estaba en la cárcel.

Por eso se encontraba allí.

Ahora, en la cárcel, lo que tenía que hacer era fácil. En primer lugar, librarse

de esos estúpidos que pululaban en todas las cárceles en las que había estado —en eso eran parecidas—. Tipos que estaban todo el día hablando de lo que iban a hacer en cuanto salieran, los atracos que iban a cometer, todos fáciles y chupados, intentando enrolarlo.

Y segundo, dejar que su objetivo se acercara, lo mismo que hacía cuando estaba en las fuerzas especiales. «No vayas a ellos —les solía decir el mayor—, deja que ellos vengan a ti». De manera que día tras día, la paciencia era su mayor virtud, paseaba por el patio, aguardando que el otro diera el primer paso.

Su objetivo no salía siempre a patios, a veces se quedaba en celdas, pero había muchas otras ocasiones para tropezarse con él: las duchas, el comedor, la sala de televisión. No tenía prisa.

Ya lo había visto. Un hombre como de sesenta años, medio calvo y con gafas, un sujeto sonriente que quería ser amigo de todo el mundo. Un hablador. Lo había contemplado de cháchara, dando cigarrillos y preguntando cosas a los otros reclusos. No sería difícil.

La primera vez que estuvo con él fue durante la comida. Se sentó con la bandeja frente a él y le dijo «Hola», pero él no contestó. Luego le preguntó si le daban doble ración. Con la estatura que tenía, y el peso, probablemente se quedaría con hambre. Él se encogió de hombros. No tardó en preguntarle porqué estaba allí y él le respondió que por lios en el pasaporte, emigración ilegal y todas esas cosas. El pasaporte, falso por supuesto, le había costado un millón de pesetas, y había sido un fiasco. Nada más verlo, los aduaneros se dieron cuenta de que era falso. Y le dijo que era ruso.

El sujeto casi saltó de alegría y le empezó a hablar en ruso. Se equivocaba bastante, pero podía hacerse entender. Le planteó que hablasen un poco para practicar. Hacía mucho tiempo que no hablaba ruso con nadie.

Y el otro comenzó con las preguntas. Un torrente de preguntas sobre cómo se organizaba eso de la venta de pasaportes. Y él ya se dio cabal cuenta del tipo de persona que era. Le daría respuestas, pero pocas, para que tuviera siempre la miel a la altura de los labios.

Las veces que bajaba apaños, lo buscaba y le daba cigarrillos y, a veces, chocolatinas. Él le ofrecía el licor que fabricaban en enfermería: alcohol medicinal de noventa y seis grados, diluido en Pepsi Cola, que el fulano tragaba aunque no le gustara. Entonces fue cuando le dijo que había sido mercenario, soldado de fortuna, y que había estado en los Balcanes, Chechenia, Afganistán, Sudáfrica...

Eso le hizo abrir los ojos de par en par y él pensó que había dado en el clavo. El tipo había caído en la trampa. A partir de entonces lo buscaba todos los días. Si no bajaba a patios, se acercaba a él en la sala de televisión y se sentaba a su lado, o estaba atento para que comieran juntos. Las preguntas comenzaban enseguida y él dosificaba las respuestas. A veces no contestaba.

—Oye, ¿cuánto ganabais?

—Los oficiales ocho mil dólares, nosotros cuatro mil.

—¿Y quién os pagaba?

—El oficial pagador.

: —No, me refiero a qué país os pagaba.

—No lo sé.

—Ya, claro. ¿Y cómo os enterabais de que hacían falta mercenarios?

—Nos lo dicen los compañeros, los amigos. O te enteras por ahí.

—¿Y los oficiales? Quiero decir, ¿siempre son los mismos?

—No, he tenido oficiales franceses, rusos y otros que no sé. Siempre son diferentes.

—¿Había yanquis, quiero decir, americanos, gente de la CIA?

—Había americanos, claro. Soldados como yo y oficiales. Pero esa gente, los de la CIA..., bueno, esos tíos no eran como nosotros.

Se quedaba en silencio y se daba cuenta de que el tipo se ponía nervioso, deseando seguir preguntando, pero sin atreverse.

—Esagente..., bueno, esos de la CIA no combatían. Llegaban en helicópteros a la selva para interrogar a los prisioneros. Y nos daban charlas.

—¿Charlas?

—Sí, charlas... Nos decían que los guerrilleros estaban mandados por cubanos comunistas, esas cosas... Pero yo nunca vi a ninguno.

—¿Te importa que apunte?

Y él negaba con la cabeza y continuaba atento a las estupideces de la TV.

—¿Cómo estabais organizados en Sudáfrica? ¿Como un ejército regular?

—Parecido, batallones de unos ochocientos a mil hombres, según.

—¿Según qué?

—Según las bajas.

—Ah, claro, según las bajas. ¿Y cuántos oficiales había?

—Bueno, nunca era igual. Los batallones estaban divididos en compañías y las compañías en secciones, mandadas por tenientes o sargentos. A veces teníamos artillería de campaña y ametralladoras antiaéreas. En cada compañía también había secciones de morteros. Yo estaba en la compañía de fuerzas especiales, ganábamos un poco más. Cuatro mil quinientos dólares.

—Oye, perdona, pero quisiera preguntarte..., no te vayas a molestar, eh... Verás, ¿os dejaban el botín?

—Claro.

—Ya... ¿Y las mujeres?

—¿Las mujeres?

—Sí, ya sabes..., es una práctica en todas las guerras, algo atávico. Me refiero a si violabais a las mujeres. Y disculpa que te pregunte esto.

—Verás, entrábamos a un poblado, ¿no? Matábamos a los guerrilleros y

violábamos a las mujeres, luego las matábamos.

—¡Joder!

—Bueno, yo nunca he matado a una mujer. —Se quedó pensativo y luego añadió, corrigiéndose—: Sólo a una y porque no tuve más remedio.

Y aguardó a que el otro digiriera lo que le había dicho. Entonces continuó.

—Fue en España, en un lugar que se llama Marbella.

Era así, un pajarito en la trampa. De pronto se callaba y le decía que no quería hablar más. Y dejaba que pasaran un día o dos sin hablar.

Llegaría el momento en que podría pasar a su celda. Durante la hora de patios, las celdas quedaban abiertas y se podía circular entre ellas. Él llevaría su petaca con el alcohol de la cárcel y brindarían por su amistad. Luego, cuando tuviera dos o tres tragos dentro del cuerpo, lo agarraría de la mandíbula, donde los dedos dejan menos marcas, y lo estrellaría contra la pared, con cuidado para que no se le reventara la cabeza, todavía no, y sólo perdiera el conocimiento o se atontara lo suficiente.

Entonces elegiría una arista, el canto de la mesa, por ejemplo, o el suelo, daba lo mismo, y le rompería la nuca de un solo golpe, por si había forenses demasiado suspicaces. Luego saldría de la celda dando voces, llamando a los funcionarios. El tipo se había subido a la mesa a bailotear, medio borracho, había resbalado y se había caído. No respiraba.

Eso era lo que haría, si no encontraba algo mejor.

Recordaba las enseñanzas teóricas en las fuerzas especiales. «A veces la mejor manera de esconderse del enemigo es mostrarse», les decía el mayor. Se había aprendido la lección, de modo que, un día que lo sorprendió tosiendo y arrojando esputos sanguinolentos en el patio, se lo tuvo que decir.

Le explicó que no necesitaba ir a la enfermería, ni cuidarse, ya que estaba muerto. Que era un muerto. Y que su trabajo actual era preparar una muerte. La tercera o la cuarta que cometía en España —no se acordaba bien—, pero la número ochenta, o por ahí, que había cometido en su vida.

A veces le hablaba en ruso para complacerle. Pero no estaba seguro de si el otro lo entendía, porque su ruso era muy literario y, a veces, farragoso. También le dijo que era la primera vez que hablaba tanto con alguien. Nunca hablaba. Y le estaba gustando hacerlo. Era una sensación nueva.

Matos no se mostró sorprendido de que lo llamara a las siete y media de la mañana, Y si lo estaba, no lo dio a entender. Me citó en su casa en media hora. Pero le contesté que me encontraba en el vestíbulo del edificio donde vivía, en Torre España.

Eso sí le sorprendió.

—¿Que estás abajo? ¿Quieres decir en la entrada?

No le dije que no había dormido en toda la noche.

—En la misma entrada, Matos. Y los vigilantes de seguridad me están mirando. ¿Te he sacado de la cama?

—Bueno, Toni, casi..., espera que..., ¿lo que vas a contarme es importante?

—¿Crees que estoy aquí por gusto?

—Claro..., bueno, pásame a los de seguridad, haz el favor.

Le alargué el móvil al que parecía el jefe y se lo puso en la oreja. No escuché lo que le ordenaba Matos, pero lo vi asentir varias veces. Y respondió:

—Claro, claro, don Cristino..., pero usted comprenderá que..., sí, sí, no se preocupe...

Me lo entregó y añadió:

—Piso treinta y uno... por aquel ascensor.

Matos me abrió la puerta de su apartamento en bata de seda. Parecía la viuda alegre.

—Pasa, Toni, anda. Voy a preparar un café.

Para el que le importen esas cosas, el apartamento ocupaba toda la planta del edificio, rodeado de cristaleras hasta el techo, con muebles ultramodernos, esculturas y cuadros grandes con mucho blanco. Me hizo pasar a un salón dos veces el tamaño de mi apartamento. Me senté en un enorme sofá blanco, de cuero, frente a una mesa baja lacada en negro.

Sobre la mesa había una carpeta amarilla, unas cuantas esculturas abstractas de plata y hierro, pequeñas y retorcidas, un cuaderno de tapas negras, de cuero, un bolígrafo que parecía de oro, un cenicero antiguo de cerámica granadina y un encendedor Zippo. El único objeto que tengo de mi padre es un Zippo que le

regaló un brigadista internacional en 1938. Todavía funciona.

Matos señaló la carpeta amarilla y dijo:

—Ahí tienes más fotocopias del diario de Lidia. ¿Lo quieres con leche y azúcar?

—Sin leche y sin azúcar.

—Pues espera un momento, enseguida vuelvo.

Encendí uno de mis Ducados con el Zippo y cogí la carpeta. Eran las mismas fotocopias, esta vez aumentadas, del diario de Lidia. Había varias páginas.

Matos regresó enseguida llevando una bandeja con un juego de café que parecía chino, quizá lo fuera, que dejó sobre la mesa. Era un café excelente. Pareció leerme el pensamiento, porque me dijo:

—Es Blue Mountain, el mejor café del mundo. Es jamaicano.

—Se le nota —contesté.

—Bien, empieza.

Entonces sonó su móvil. Se puso en pie.

—¿Sí?... Soy yo, de acuerdo..., espera un momento. —Se dirigió a mí—: ¿Me perdonas? Es una llamada de Estados Unidos, es la mierda del cambio de horario, no se enteran, ¿me esperas un minuto? Enseguida estoy contigo.

Lo vi dirigirse hacia el fondo, abrir una puerta y desaparecer detrás de ella. Iba diciendo algo así como: « ... ¿estás seguro? ¿Y me garantizas que es el mejor en ese oficio? ».

Vertí más café en mi taza y lo bebí a sorbos, mientras contemplaba el amanecer en Madrid desde el piso treinta y uno del primer rascacielos que se construyó en España. Aún permanecían las luces de la ciudad prendidas y se iban sustituyendo por los nuevos rayos del sol que aparecían detrás de otros rascacielos, los nuevos, allá en el este de la ciudad. Me puse en pie con la taza en la mano y me acerqué al gran ventanal. El espectáculo era soberbio, uno se sentía minúsculo, poca cosa. Un insecto agitado por fuerzas poderosas que no podría nunca controlar.

Sentí un ruido detrás. Un muchacho como un poco mayor que Silverio, con una cazadora negra y pantalones vaqueros, se estaba bebiendo el café de la taza de Matos. Era delgado, de nariz afilada.

Lo reconocí, era el taxista de Matos. Creo que se llamaba Rogelio.

El muchacho me observaba también, al tiempo que se bebía el café. Luego vertió más en la taza y lo apuró. Sus ojos no se apartaron de los míos.

Pero terminó y dejó la taza sobre la mesa. Chascó la lengua.

—Yo lo conozco, lo fui a recoger a la cárcel, ¿verdad?

—Sí, en Soto del Real, hará una semana o poco más.

—Este café está cojonudo —añadió.

—Así es —contesté yo.

—Cojonudo —insistió y luego dijo—: Bueno..., ¿va a venir conmigo y con la

señorita?

—¿Con la señorita? ¿Qué señorita?

Me guiñó el ojo.

—¿Con quién va a ser? Con la gachí del señor Matos. Me dijo que... — consultó el reloj—, que a las siete y media viniera. ¿Se viene en el taxi con nosotros?

—No, creo que no.

Asintió en silencio y recorrió el salón con la mirada, luego consultó su reloj de pulsera otra vez.

—Las ocho menos cuarto..., hora de pirarse. —Observó mi paquete de Ducados sobre la mesa y cogió uno—. ¿Puedo, jefe?

Asentí con un movimiento de cabeza y lo prendió con el Zippo.

—Lo mejor después del café, ¿verdad? —Me mostró el Ducados—. Aunque es bastante fuerte. Yo fumo rubio.

En ese momento entró Matos. Pareció sorprenderse al ver al chico.

—¿Qué haces aquí, Rogelio?

—Ya ve, echándome un pitillo de aquí este señor. Es que me he cansado de esperar en la cocina. ¿Qué, nos vamos o no? Yo es que me tengo que ir.

—Cambio de planes, Rogelio. Vete solo, la señorita va a seguir durmiendo. Te pasas luego por el bufete y que Clari te dé dos mil pesetas. ¿De acuerdo?

Se encogió de hombros.

—Vale. —Se dirigió a mí—: Pues mucho gusto en volver a verle... y gracias por el pitillo.

—De nada —añadió yo.

El chaval aplastó lo que quedaba del cigarrillo en el cenicero y se dirigió a Matos.

—Pues nada..., que me abro. Hasta la vista.

—Te acompaño a la puerta —le dijo Matos y lo tomó del hombro.

Me senté en el sofá y aguardé. Matos regresó a los pocos instantes, diciendo:

—Bueno, Toni, perdona la llamada y todas estas cosas. ¿Vas a alegrarme la mañana o no? ¿Qué me traes?

Se sentó en uno de los sillones y se recogió la bata en la entrepierna. Tenía pantorrillas peludas y muy desarrolladas, con los gemelos prominentes al estilo de los seminaristas que juegan demasiado al fútbol.

—Oye, Matos, ¿por qué no me has dicho que estabas con una mujer? Podía haber venido en otra ocasión.

Agitó una mano al aire, quitándole importancia al asunto. Luego tomó el bolígrafo y abrió el cuaderno de tapas negras.

—No pasa nada, está durmiendo. —Y me preguntó—: ¿Quieres más café? Rogelio se lo ha bebido todo. —Comprobó que la cafetera estaba vacía—. No tardo nada en hacerlo.

—Por mí no lo hagas. Ya he bebido demasiado café.

—¿Has conseguido las cintas? —Parecía ansioso—. ¿Eso es lo que me vas a decir?

Noté la decepción cuando le contesté:

—No, no tengo las cintas. Todavía no he podido ver al portero de mi casa. Es el único que ha podido cogerlas. Pero no te preocupes, las conseguiremos.

Le empecé a contar lo más importante de Helena, su cabreo conmigo y la persistencia en atacar a Juan; después lo que había pasado en la Clínica Sánchez Ross, sin mencionarle que había nombrado a Calixto ayudante. Al llegar a la miopía de Ana Garcés, Matos lanzó, literalmente, un alarido.

—¡Fantástico, eso es fantástico, Toni! —Saltó en la butaca y se puso a aplaudir—. ¿Sabes lo que vamos a hacer? Voy a pedirle al juez instructor un peritaje oftalmológico. ¡Los hemos jodido, Toni, jodido!

Luego le conté los diferentes enfoques de Norberto y Cristina sobre la vida amorosa de Lidia Ripoll.

—Eso es un empate, Toni. Pero al menos crearán duda e incertidumbre, sobre todo si conseguimos un juicio con jurado, aunque lo veo difícil. Oye, ahora tienes que volcarte en esas cintas, tienes que encontrarlas, tenemos que evitar que caigan en manos de la Brigada de Homicidios. ¿Entiendes eso, Toni? Hay que ir con pies de plomo en este asunto. Lo que más nos interesa son las cintas y los informes psiquiátricos de Lidia. Dedícate sólo a esas dos cosas. ¿De acuerdo?

—¿Sabes una cosa? La camarera ésa, Cristina, me ha dado un enfoque de Lidia que..., bueno, es posible que esa chica estuviera enamorada del Príncipe.

Matos se me quedó mirando.

—¿Adónde quieres ir a parar? A lo mejor es verdad, pero en todo caso fue un enamoramiento enfermizo, neurótico. ¡Y no me jodas! La pobre Lidia estaba mal de la cabeza, era una fantasiosa. Nunca fue la novia de ningún príncipe, te lo garantizo. He investigado, Toni..., y la reunión ésa en casa del director de programación de la TV ocurrió de verdad y Lidia estuvo allí. Y es posible que el Príncipe le hablara... y que incluso fuera al teatro con él. También tengo testigos que afirman haber visto en el palco real a una joven, que muy bien podría ser Lidia. Pero ¿eso qué importa? Tengo entendido que el Príncipe es muy simpático y que habla con todo el mundo. Para mí, ella se lo creyó, se le metió en la cabeza que el Príncipe se interesaba por ella, eso es todo. A Lidia la asesinó un yonqui para robarle y por la mierda del diario han incriminado a nuestro amigo Delforo. Bueno, y no sólo por eso.

—¿No sólo por eso?

—Joder, Toni, ¿es que no conoces a nuestro amigo Delforo? Se ha dedicado toda su vida a denigrar a la Policía en sus novelas y en los artículos de prensa. ¿No has leído una serie de reportajes que escribió hará un año sobre la Policía? Bueno, yo sé que tú no te dedicas a leer reportajes, pero eran candela. Y no le

faltaba razón, denunció toda esa división artificial en grupos operativos que no va a ninguna parte. Grupo contra la delincuencia del Este, grupo contra delitos financieros, grupo contra delincuencia internacional... Es la caraba, Toni, esa fragmentación no va a ninguna parte, por no hablar de los problemas de competencia entre la Guardia Civil, los grupos regionales, la Policía autonómica, la municipal... Y se explayó cantidad sobre la privatización de la Policía, ahí salió el Delforo más combativo. Dio un palo terrible a las empresas privadas de seguridad, financiadas por los bancos, claro. En España hay alrededor de ochenta mil policías privados, más que los Cuerpos de Seguridad del Estado... No hay que extrañarse de que le tengan rabia y quieran joderlo. Tenemos que contar con eso en nuestra defensa. ¿Te das cuenta? Esas cintas no pueden caer en manos de la Policía.

Suspiró.

—Habrás leído el informe forense, ¿verdad? —le pregunté.

Se me quedó mirando.

—¿Estás bien de la cabeza? Claro que me lo he leído. Me lo sé de memoria.

—Lidia tenía un eczema en las manos.

—Sí, se llama «eczema urticante somatizado». Demuestra desarreglos psicológicos. Y eso nos ayuda en la defensa de Juan. ¿Otra cosa?

—Solía llevar guantes blancos últimamente. Le daba vergüenza enseñar las manos. ¿Hay alguna mención a eso en los diarios?

Se quedó pensativo.

—¿Guantes? Me parece que no. Pero ¿qué importancia puede tener eso?

—No lo sé, pero me gustaría echarle un vistazo al sumario. ¿Me lo puedes dejar?

Se encogió de hombros.

—Son más de quinientos folios, Toni. Pero si quieres llamaré al bufete y les diré que te entreguen una fotocopia. El forense se llama Puértolas, Jacinto Puértolas. Está en el Juzgado 38, el que estaba de guardia la madrugada del 29 de agosto. No es mal tío, un forense con bastante experiencia.

Salió de la casa de Matos a las nueve y media de la mañana, con la carpeta amarilla, tan cansado que tomé un taxi para que me llevara a la calle Esparteros.

El olor a podrido me golpeó nada más entrar al portal de mi casa. Me asomé al patinillo. Allí estaba el cubo rebosante de bolsas de basura. Se me había olvidado sacarlo a la calle la noche anterior, tal como le prometí a Angus. Y los vecinos habían ido dejando sus bolsas como si tal cosa.

Pero el olor a mierda es característico de esta ciudad. Huele en los barrios altos donde están los ricos, en los de los pobres, en las chabolas y en las grandes y lujosas oficinas del centro. La ciudad entera huele a mierda. Y ese olor me acompañó mientras subía las escaleras de mi casa. Ya estoy acostumbrado.

De modo que me tumbé en el sofá cama y empecé a leer las fotocopias del

2 de marzo de 1995

Esta tarde mi profesor me ha llevado al apartamento que ha alquilado en la calle Esparteros. Me dijo que lo utilizaba para documentarse sobre la serie de novelas que está escribiendo sobre el submundo de Madrid, basadas en un vecino suyo, un tal Antonio Carpintero, que ha sido policía, pero que ahora actúa como una especie de detective privado, aunque también ha realizado todo tipo de trabajos, como vigilante de discoteca, portero de sala de fiestas y cosas así. Me ha hablado mucho de ese hombre, que dice que es su amigo, y que conoce como nadie « todas las capas del infierno », citando a Dante. No debe de saber que ese tipejo sale con mi madre y se aprovecha de ella.

Ayer me dijo en el bar de la facultad que si quería me lo podía presentar y yo le contesté que bueno. La verdad es que tenía curiosidad. Quedamos citados en la Puerta del Sol, en una cafetería llamada La Mallorquina.

El profesor me dijo que la serie de novelas terminará algún día. Lleva tres escritas, pero yo no he leído nada más que una y me parece que no voy a leer más. Claro, no le he dicho nada de eso, si se lo digo es posible que no me dé la matrícula de honor que quiero conseguir. El profesor es muy vanidoso y estoy segura de que se molestaría conmigo si le digo la verdad.

No me gustan esas novelas. Son vulgares y llenas de palabrotas y no tienen estilo, ni vuelo literario. Son esquemáticas, parecen escritas por un chimpancé, con lo culto que es el profesor y con todos los libros que dice ha leído. Es lo contrario que afirmaba Verlaine sobre la obra literaria, que debía ser difícil de leer y complicada. Decía Verlaine que si una obra literaria se entiende enseguida es que es mala y vulgar, justo lo que escribe el profesor. La carencia de espiritualidad y de elevadas miras es francamente patética en las novelas del profesor. Sus personajes son como animales, sólo quieren comer y fornicar.

Bueno, el profesor me llevó a la calle Esparteros. Y tengo que decir que el edificio es feo, con el portal sucio y las escaleras de madera sin limpiar. Vive en el cuarto piso, al lado mismo de ese sujeto, Antonio Carpintero. Llamamos al timbre y no contestó nadie, entonces me dijo que podíamos pasar a su casa y esperarlo. Enseguida me di cuenta de que todo había sido un truco para estar a solas conmigo y aprovecharse de mí.

Tenía que haberme dado cuenta de que era una trampa. El profesor no hace más que mirarme en clase, unas miradas lujuriosas. Tengo que tener cuidado de no mostrarle las piernas, porque me las mira continuamente. Realmente es agobiante y muy desagradable. Pero le dije que no me apetecía estar en su casa, que tenía que estudiar y me di cuenta de que se enfadó, aunque lo fingió y se lo tomó a broma. Incluso me llamó « chiquilla »

y llegó a decirme que no debía tener miedo de él, que era un caballero.

Fui fuerte y me marché enseguida a casa a esperar a la borracha de mi madre. Desde que se separó de papá se ha convertido en una golfa. Vuelve a casa a las tantas de la madrugada completamente borracha, es asquerosa. Dios sabe de dónde vendrá y lo que habrá hecho.

La página manuscrita del diario tenía un añadido escrito después. Unas cuantas líneas muy rápidas que me costó trabajo descifrar. Decía así:

21 de marzo de 1995 (es de noche y escribo deprisa)

Desde que le dije que no quería entrar en su casa, el profesor está cada vez más amable conmigo. Me ha vuelto a Invitar a conocer a ese Antonio Carpintero y se ríe de mí diciéndome que no pasará nada. Pero sus ojos y su actitud conmigo me dicen otras cosas: creo que me desea. Se ha obsesionado conmigo y me sigue a todas partes y me pregunta si soy virgen y si tengo novio. El profesor es atractivo a su manera y está soltero, aunque no es difícil darse cuenta de que es un mujeriego.

Me da vergüenza contarlo, pero Insistió tanto, tanto, que accedí a acompañarlo otra vez a su casa. El pretexto fue el ejercicio que nos propuso en el curso, eso de « Realidad y ficción en la construcción del relato» . Me aconsejó que estudiara en su tercera novela los elementos reales, como bares, calles, comercios, nombres de camareros, etcétera. Y añadió que debería hablar con Antonio Carpintero y decidir qué había de real y de imaginario en ese personaje.

Le hice caso, y me arrepiento de todo corazón. Fuimos a su apartamento a esperar a ese Carpintero. Es pequeño, de unos cincuenta o sesenta metros y tiene sólo una habitación, aparte del cuarto de baño y una cocina pequeña. La habitación es dormitorio, comedor y salón a la vez. El profesor no paró de hablar en todo momento y me ofreció una copa de vodka. Tomamos dos y yo me volví valiente, le dije que dejara de atosigarme, que lo había descubierto, y que sabía que me deseaba, me desnudaba con la mirada. Debí de darle alguna droga con el vodka porque no recuerdo nada más que yo en su cama, desnuda, y él encima de mí, también desnudo.

¡Qué vergüenza me da escribirlo!

La otra página fotocopiada del diario estaba fechada un mes después, en abril.

16 de abril de 1995

Faltan tres meses para que acabe el curso y estoy arrepentida de

haberme apuntado a él. Desde que el profesor abusó de mí, ya no me hace caso, es típico en ese hombre sin escrúpulos. Su desprecio me hace sufrir mucho, aunque estoy convencida de que sigue deseándome, yo creo que más que antes. Quiere darme celos tonteando con Lola y Piluca. Se lo he contado a Piluca y me ha dicho que se lo esperaba, el profesor es un sátiro y lo quiere hacer con todas. Lo que me extrañó es que no se diera cuenta de que no tiene ojos más que para mí, vamos, que se le nota mucho.

Pues le voy a hacer sufrir. Tengo a muchos más que me rondan. Por ejemplo, Lucas. Sí, Lucas, que casi se declaró el otro día en el bar. Me invitó a que estudiáramos juntos para el ejercicio final y me esperó a la salida de clase para acompañarme. Intentó rozarse conmigo. ¡Qué asquerosos son los hombres, madre mía!

Algún día voy a hacerte una lista de los hombres que andan detrás de mí como perros. Yo no soy una cualquiera, me fui con el profesor porque me dio vodka y es posible que alguna droga. Es igual que Loren, el novio de una compañera de clase, que se apretó a mí el sábado pasado cuando fuimos a bailar. Fue descarado, no hizo más que restregarse y a eso él lo llamaba bailar.

Podría hacer una lista muy extensa, pero no me apetece. Se lo he dicho a S. R., el psiquiatra, que es un hombre profundamente cristiano, y me ha consolado. Me dijo que todos los hombres no son así, que ya encontraré a alguien que no sea como ellos. Un hombre recto con el que me casaré. ¿Dónde está ese hombre? Porque los que yo conozco sólo quieren acostarse conmigo, usarme y luego tirarme, como ha hecho el profesor.

Adiós, diario, hasta pronto.

Las páginas siguientes estaban grapadas y Matos había subrayado con rotulador amarillo varias frases. Correspondían a varias fechas de los meses de abril y de mayo del mismo año. Decidí leer nada más que los párrafos subrayados. Comencé por el primero.

(...) la tonta de mi madre ha invitado al profesor Delforo a que viniera a casa a tomar el té con el pretexto de que vaya al instituto a hablarles a sus alumnos sobre su última novela. Mi madre en plan coqueta, como una descarada cualquiera, ¡qué vergüenza! Así estuvieron los dos charlando de literatura, o sea, cotilleando sobre tal o cual escritor. Yo me muestro un poco displicente y al profesor se le notan los celos que tiene de mí. Pregunta cómo me va y si tengo novio. Insiste mucho en eso. Creo que está loco por mí, pero yo no le hago caso. Que sufra (...).

(...) el chico del supermercado, el cajero, Antoñito, me dice que estoy

muy guapa con la falda nueva y añade que estoy muy buena. Otro más que quiere acostarse conmigo, es terrible, querido diario. Como paso de él y no le hago caso, se equivoca en la cuenta y quiere cobrarme de más (...).

(...) ¿Me dará Delforo matrícula de honor? Me parece que no. Tendría que acostarme con él otra vez y no quiero. Ahora comprendo lo que me pasó durante la carrera. Si quieres buenas notas, tienes que acostarte con los profesores. Por ejemplo, el de Teoría de la Información me dio notable alto, pero estoy segura de que si me hubiese ido con él a la cama, me habría dado sobresaliente o matrícula. Estoy segura. Otras lo han hecho (...).

(...) mi madre me ha dicho que sale con alguien, un hombre, claro. Yo le digo si ya ha olvidado al otro, a ese rufián de Carpintero. Y ella me contesta que el fulano ya está muerto y bien muerto y que se lo pasa muy bien con ese hombre, su nuevo novio. No quiere decirme quién es. Yo insisto y no me dice más. Se pone interesante. Pero sigue volviendo borracha a casa casi todas las noches. ¡Qué asco de mujer! (...).

Las restantes eran parecidas. Más menciones a la maldad y la falta de escrúpulos de su profesor y más reproches a su madre por emborracharse y no hacerle caso.

Me cansé y decidí ir a comer a La Sanabresa, en la calle Amor de Dios, cerca de la plaza de Antón Martín. Es uno de los lugares donde mejor se come en Madrid y los camareros son más atentos y profesionales. En mi barrio cada vez es más difícil hacer una comida decente que valga menos de mil pesetas.

El turismo y lo posmoderno lo están jodiendo todo.

Regresé a las dos horas con ganas de echarme una buena siesta. Pero en la puerta de mi casa, sentado en el suelo, me encontré con un muchacho con una camiseta negra sin mangas, absorto en un ordenador portátil. No me escuchó subir las escaleras. Llevaba el cabello muy corto, casi al cero, y sus brazos eran enormes y musculosos.

Me acerqué a él y se le iluminó el rostro en una sonrisa. Se puso en pie, sujetando el ordenador con una mano. Parecía feliz al verme.

—Señor Carpintero..., vaya, ¿cómo está usted, se acuerda de mí?

Me sacaba la cabeza y su cuerpo era el de un atleta. Pero no lo recordaba. Se había puesto rojo de timidez.

—Soy Julito Bengochea... Julito, el hijo de Calixto. ¿No se acuerda?

—Claro que sí, Julito. Pero ¿cómo te has puesto así, chaval? Has crecido a lo largo y a lo ancho.

—Ya ve usted, señor Carpintero, es que hago gimnasia todos los días. Soy cinturón negro segundo Dan de judo.

Me tendió la mano, podía pasar por una raqueta de tenis. Se la estreché.

—Me alegre de verte, hombre. Has cambiado de verdad, ¿eh? Si te veo por la calle, no te reconozco.

—Pues sí, ya lo ve usted. Quería agradecerle, pues... eso, que mi padre anda muy mal, señor Carpintero, no puede ni moverse y el dinero que usted le ha dado, pues... eso, que se lo agradezco mucho.

Permanecía con la cabeza agachada, aún con las mejillas rojas.

—No me llames de usted, ni señor Carpintero, ¿vale? Con Toni es suficiente.

Asintió a cabezazos.

—Mi padre me ha contado que usted..., bueno, tú, que o sea que yo le estoy muy agradecido por esto del trabajo.

—Sí, te he encargado un trabajo —le interrumpí—. ¿Lo has conseguido?

—Señor..., digo, Toni. Tengo la dirección y el nombre de ese menda, el que jodió los ordenadores en la clínica.

—¿En serio?

—Pues sí, lo tengo, lo he conseguido. Se llama Abelardo Castillo y vive en avenida de Portugalete, en el 34, bajo derecha, ahí por el barrio de la Concepción. Se lo decía porque si usted quiere, le puedo acompañar.

—Julito, eres un hacha, qué barbaridad.

La sonrisa fue aún más grande y luminosa.

—Muchas gracias, se..., Toni.

—¿Quieres pasar o tienes prisa? Me tienes que decir cómo lo has averiguado.

—No ha sido difícil, señor Toni. Ha estado chupado.

—¿Sí? Bueno, no seas modesto, Julito, pero pasa y me lo cuentas, ¿vale?

Abrió y pasamos dentro. La cama estaba deshecha, tal como la habíamos dejado Juanita y yo, pero el resto de la casa relucía de limpia y de ordenada. Remetí la colcha y convertí la cama en sofá. Le coloqué un par de cojines y arrimé la mesita.

—Siéntate ahí, Julito.

—Con permiso.

—Sólo puedo ofrecerte café, si quieres te lo hago en un momento, pero yo no voy a tomar, ya he bebido tanto que me sale por las orejas.

—No, muchas gracias. Pero no se preocupe por mí.

Me quité la chaqueta, encendí un cigarrillo y me senté en la silla de enfrente.

—¿Cómo lo has hecho, Julito?

—Pues muy fácil, ya lo ve usted, me he metido en el programa informático de la clínica y ya está. —Otra vez sonrió.

Me quedé mirándolo. No había manera de que no me tratara de usted.

—Repítame eso otra vez, muchacho.

—¿El qué?

—¿Ha sido tan fácil?

—Bueno, verá... Me fui para la clínica, ¿sabe? Yo tengo una publicidad para clases de judo, vamos, que doy clase a chicos de los colegios, pero me dan una mierda de dinero, y perdone, porque no tengo el título de preparador nacional, y los de la asociación de padres me pagan quince mil pesetas al mes. Entonces, yo, pues reparto unas hojitas con publicidad para eso de la defensa personal, por si alguien quiere que le dé clases particulares, algunas veces me sale algún que otro alumno. Bueno, pues me fui para la clínica ésa a repartir las hojitas y hablé con los de seguridad, son tres, pero se rieron un poco de mí. Mi padre me dice que porque soy muy joven y la gente no se fía de los jóvenes.

—¿Cómo los convenciste?

—Les dije que era segundo Dan, pero ni por ésas; quisieron hacer una prueba, pero yo les decía que allí no había tatami y se podían hacer daño. Los tiré a los tres, señor Carpintero...

—Toni.

—Sí, perdone, Toni..., a los tres les fui tirando al suelo y eso que no me

empleé a fondo. Quisieron probar más veces y otra vez los tiré. Entonces nos pusimos a hablar sobre la defensa personal y todas esas cosas. Yo lo que quería es que me dieran el programa que utilizan en la clínica para ver si les podía dar clases por Internet, explicarles las llaves. Y ellos me lo dieron, un programa americano, el Guardian Gloobe y me dejaron enviarles correos electrónicos. Y ya está.

—¿Ya está?

—Sí, en mi casa, con mi otro ordenador, pude entrar en su programa. Como usted..., bueno, como tú le dijiste a mi padre que un enfermo destruyó los ordenadores y quemó el despacho del director, pues me di cuenta de que justo ese día, o sea, el 18 de mayo pasado, un enfermo intentó romper los ordenadores, se puso furioso y empezó a patearlo todo. Para comprobarlo les envié un correo a los de seguridad, preguntándoles cómo solucionaron el caso, y ellos me explicaron lo que tuvieron que hacer para reducirlo y yo, pues les di mis ideas. Pero había algo raro.

—¿No quemó el despacho?

—No, se lió a patadas. Rompió un ordenador y dos jarrones antes de que llegaran los de seguridad. Pero me dijeron que era una mujer, vamos, que no era un hombre.

—Vaya, muy interesante. ¿Y puedes acceder al archivo de pacientes?

—Sí, claro. Puedo entrar a todo lo que esté guardado en el ordenador.

—Entonces acuérdate de un nombre, Julito. Lidia Ripoll, fue paciente de la clínica durante 1994 y 1995. ¿Podrías conseguir su historial clínico?

—Ya le digo, si está guardado en el ordenador, lo consigo. —Y volvió a sonreír.

—Pues ya tienes otro curro. Averigua eso, es bastante importante.

—Lidia Ripoll es la chica ésa, la periodista que mataron, ¿no, señor Carpintero?

—Si me vuelves a llamar señor Carpintero, te sacudo, Julito. ¿Lo quieres ver? Bajó la cabeza y volvió a sonreír.

—Perdone.

—Es que me haces viejo, Julito. ¿Comprendes? —Le palmeé la rodilla. Parecía de hierro fundido—. ¿Cuántos años tienes?

—Hago veintiséis el mes que viene.

—¿Por qué sabes tanto de ordenadores?

—Bueno, no sé. Me gusta mucho, de pequeño me gustaban ya. Lo he estudiado y o solo. Los armaba y los desarmaba para entretenerme. Mi padre me dice que me saque una carrera, que lo de los ordenadores es el futuro. Pero yo... —Se encogió de hombros—. No fui al colegio, ni siquiera terminé primaria. —Intentó sonreír. Debía de ser una antigua discusión con su padre—. ¿Quiere que vayamos a ver a ese zumbado?

—No, no es conveniente, Julito. Iré yo solo, te pueden relacionar conmigo, es mejor que te mantengas al margen. Tú preocúpate de encontrar el historial clínico de Lidia Ripoll, anda.

—Como tú digas, señor Carpintero. Pero véngase mañana a comer a casa, mi padre me ha dicho que se venga. Le tendré todo listo.

Rebusqué en la chaqueta, saqué la cartera y conté el dinero que tenía. Tres billetes de mil. Se los entregué al chico. Los miró con los ojos muy abiertos, mientras negaba con la cabeza.

—No, señor..., digo, Toni, no. Ya le dio a mi padre.

—Vamos, cógelos, faltan otras dos mil.

Negó moviendo la cabeza.

—No, no..., muchas gracias. Es demasiado dinero.

—¡Cógelos, chaval, vamos!

Los cogió.

—Entonces ¿no quiere usted que le acompañe a ver a ese loco?

Parecía un poco frustrado.

Cuando se marchó, me acosté en el sofá cama con la intención de dormir. Pero me costó trabajo conciliar el sueño. Pensé en Silverio y en lo que podría significar que se enterara de que yo era su padre. Y tuve un sueño, aquel que se repite. Tengo dieciocho años y vuelvo del gimnasio a mi casa, en la Corredera Baja de San Pablo, antes de tiempo. Mi madre no está y la casa parece sumida en la bruma y en la niebla. El pasillo que lleva al dormitorio de mis padres parece largo e inmenso y oigo gemidos. Entonces me desperté súbitamente, encorvado en la cama y cubierto de sudor.

Sólo había dormido media hora y estaba agitado y confuso, igual que hace más de cuarenta años. Entonces caminé por ese pasillo y entré en el dormitorio. Pero en el sueño me había detenido en la puerta. Nunca debí haber entrado a ese dormitorio.

Era ya casi de noche cuando entré al gimnasio de Saragola. El vigilante jurado de la puerta me preguntó qué quería. Parecía igual al anterior, con sus uniformes celestes de Total-security. Le contesté que deseaba hablar con el encargado de las clases de boxeo. Me acompañó hasta la recepción y se quedó allí, mientras yo aguardaba a que la recepcionista, una mujer teñida de rubio con bata celeste, terminara de hablar por teléfono. Cuando acabó le dije que quería hablar con el preparador de boxeo, no me acordaba de su nombre.

—¿El Pollito? ¿Se refiere a él? Es que hay varios, ¿sabe usted?

—¿Un señor bajito, fuerte, con el pelo rizado?

—Sí, es él, Pollito del Callejón. Ahora está en el gimnasio... Mire, vaya a usted por este pasillo...

—Espere un momento. Ese Pollito del Callejón ¿es el antiguo campeón de Europa de los pesos gallo? Creo que se llama Eustaquio García, pero boxeó con el

sobrenombre de Pollito del Callejón. También fue campeón olímpico dos veces.

—Bueno, no sabría decirle, desde luego se llama Eustaquio, pero no sé eso de que fuera campeón de Europa. ¿Sabe dónde está la sala de boxeo?

—Creo que sí, ya he estado aquí antes.

—Fue campeón europeo de los gallo —intervino el vigilante jurado—. Pero si quiere un consejo, apúntese a artes marciales. Eso es lo mejor. Lo del boxeo no vale para nada.

—¿Sí? Bueno, muchas gracias por el consejo. Lo pensaré.

El vigilante me acompañó hasta la sala de boxeo y se apoyó en la puerta. Durante el trayecto insistió otra vez en lo conveniente de las disciplinas marciales. Ellos, los vigilantes de seguridad de Totalsecurity, se entrenaban en kárate diariamente en el gimnasio. Era obligatorio. Le di de nuevo las gracias y entré en la sala.

Dos tipos de edad madura golpeaban los sacos con guantes de entrenamiento, disfrazados de boxeadores. Y en el ring, dos mujeres combatían. Las dos delgadas y fibrosas, golpeándose con furia. Llevaban el casco protector, pero no jugaban, aunque fueran aficionadas. Eso era boxeo, no un espectáculo de feria. Las observaba el mismo entrenador con el que había hablado días antes, Eustaquio García, *Pollito del Callejón*.

Pollito se encontraba al borde del ring, muy atento a lo que estaban haciendo las dos mujeres, que desde la puerta parecían jóvenes. Nunca he tenido muy claro el que las mujeres pudieran boxear. Sabía que las había buenas y que estaban federadas, pero eso de que dos féminas se arrearan golpes no estaba en mi imaginario. Supongo que debían de ser restos machistas de mi carácter.

Aguardé a que sonara la campana y me acerqué al cuadrilátero. Pollito se había puesto a charlar con ellas, que se habían inclinado sobre las cuerdas y parecían muy atentas y dispuestas a escuchar.

El Pollito les decía:

—No os deis tan fuerte que os vais a desgraciar. Quiero que fintéis..., ¿habéis oído? Y lanzad la izquierda, más izquierda, ¿vale? Y cubrios bien.

Me entretuve mirando los pósteres de los boxeadores y la foto grande del Príncipe, rodeado de gente sonriente, entre los que destacaba el millonario dueño del gimnasio, hasta que sonó la campana de nuevo y las dos mujeres volvieron a combatir.

—¿Pollito?

Se volvió y me observó con extrañeza. Pero me reconoció enseguida.

—¡Ah, usted! Usted vino el otro día, ¿no?

—Sí, vine a ver a ese chaval, a Silverio. ¿Se acuerda?

—Sí, claro que me acuerdo, kick boxing con don Ricardo, ¿no? ¿Ha visto a éstas? —Señaló con el dedo—. Son buenas, ¿verdad? Pues ninguna es profesional, lo hacen como deporte. —Se giró hacia ellas—. Están casadas, ¿se lo puede

imaginar? Si a mí me dicen hace veinte años que iba a entrenar a mujeres y encima casadas, habría dicho que estaba loco. Y ahí las tiene.

—¿Son pareja?

—Lo que ha oído. Son lesbianas, como un matrimonio entre mujeres. ¡Eh, eh! —gritó—. ¡Más calma, más calma, que os vais a hacer daño!... ¿Nos conocemos? Muy poca gente sabe que soy Pollito del Callejón.

—No, no nos conocemos. Lo de Pollito me lo ha dicho la chica del vestíbulo, pero lo he reconocido, Eustaquio, usted ganó el campeonato europeo de los gallo en 1985 y estuvo a punto de ganar el del mundo en Los Ángeles al otro año. Salió usted mucho en los periódicos. Creo que era usted conductor de autobuses.

Asintió con gravedad y se dio la vuelta otra vez para observar a las dos púgiles.

—A veces creo que eso pasó en otra vida. ¿Ha sido usted boxeador?

—Hace más de treinta años. Al final combatí en el peso medio, aunque comencé en el wélter cuando era muy joven. Pero no llegué a nada. Me tumbó Enrique Varón en el décimo asalto y colgué los guantes.

No le dije que se me había acabado el odio. Esa rabia oscura y tenebrosa que sentí por primera vez cuando entré en el dormitorio de mis padres, ese odio sordo y rencoroso que me convertía en una máquina de golpear en cuanto saltaba al ring. Mi preparador, Tigre Atocha, no lo entendía cuando, años después, ese odio se difuminó y empecé a perder combates. «¿Qué coño te pasa, Toni? ¿Qué te ocurre? —me preguntaba—. ¿Ya no te gusta boxear?».

Era difícil de explicar, incluso para mí mismo. Yo ya era policía, un joven policía, claro, y me había convertido en mi propio padre. El odio se había desvanecido.

Pollito me estaba preguntando:

—¿Cómo se llama?

—Carpintero, Toni Carpintero. —No le dije que Delforo me sacaba en sus novelas con el nombre de Toni Romano, ¿para qué?—. Pero no debo de ser de su época, Pollito, de ser así es posible que nos hubiésemos visto, tarde o temprano.

—Claro, es posible. Yo colgué los guantes en el 89.

—Yo en el 77.

—Claro, eso lo explica. Usted es de la época de Dum Dum Pacheco, Legrá, Fred Galiana...

Sonó la campana de final de asalto y dejé que hablara con ellas. Les dijo que levantarán más los brazos y que trataran de esquivar, de fingir los golpes. Eso era igual de importante, o más, que saber pegar. En el boxeo se trata de golpear y no dejarse dar. El boxeo llamado «americano», consistente en atacar y demoler al contrario, popularizado por el cine de acción, era una tontería. Un boxeador inteligente y preparado acaba con uno de esos demoledores en dos asaltos. Basta con dejarlos cansarse.

Las dos mujeres, los brazos apoyados en las cuerdas, atendían los consejos del preparador. Pollito les enseñaba a retroceder sin perder la guardia. A pesar de la edad y de la barriga se movía bien y rápido.

—No se trata de bailar por bailar, se trata de moverse en coordinación con el cuerpo y los brazos. Y tú, Eulalia, inclínate más, o sea, agáchate un poco, atenta a los golpes de Macarena. Basta con que retrocedas y muevas un poco el cuello cuando te lance sus izquierdazos. ¿De acuerdo?

La llamada Eulalia, cuyo rostro apenas si vislumbraba oculto por el casco, asintió varias veces.

—Y no olvidéis descansar ni respirar por la nariz con calma, sin perder de vista al adversario.

Cuando volvió a sonar la campana, le dije:

—Quisiera pedirle un favor, Pollito. Tengo la impresión de que Silverio, ese chaval al que vine a ver, está metido en el asunto de los combates clandestinos. Usted lo tiene que saber, ha sido boxeador. Me gustaría que me dijera dónde se realizan, si es posible. Tengo la intención de apartarlo de eso. Sabe de lo que estoy hablando, ¿no?

—¿Es usted pariente de ese chico, de Silverio?

—La otra vez también me lo preguntó y le contesté que no era pariente, sino el hijo de una amiga. No le dije la verdad... Silverio es mi hijo... —Me quedé en silencio, era la primera vez que pronunciaba esa frase—. Aunque..., bueno, él no lo sabe.

—Vaya, tiene que ser verdad... Creo que nadie sería capaz de inventar algo así.

—Ese tal Ricardo Saragola, el que combatía con Silverio, organiza combates clandestinos, ¿verdad? Le escuché hablar con él y me dio esa impresión.

Se volvió al ring.

—¡Eh, eh, eh! ¿Qué hacéis? ¡Vamos a jugar limpio, eh, Macarena! ¡Nada de golpes bajos, que te estoy mirando!

—¿Tiene la dirección de ese hombre? —insistí.

—Don Ricardo Saragola es el dueño de esto —contestó, abarcando la sala con las manos—. Nos da de comer a todos.

—No tiene por qué enterarse, yo no se lo diré. ¿Dónde organiza esos combates, en su casa?

—Oiga, escuche. Me da igual si ese chaval es o no es su hijo. No le voy a decir nada más. ¿Quiere dejarme que haga mi trabajo?

Encendí un cigarrillo en la calle. Me alejé unos pasos, pero escuché un carraspeo y me volví. Pollito del Callejón me había seguido.

—Siga andando hacia allí. —Me señaló la esquina—. Haga el favor.

Le hice caso y, mientras caminábamos, añadió:

—No quise hablar en el gimnasio con ese vigilante escuchando, ¿comprende?

Son todos unos cabrones chivatos.

Doblamos la esquina y Pollito se detuvo.

—El señor Saragola organiza, de vez en cuando, esos combates. Lleva a sus amigos para que los vean, ya sabe, gente importante, ricos. El también participa. Se hacen en el jardín de su casa, en La Moraleja, por la noche.

—¿Cuándo?

—No lo sé, ya le digo, de vez en cuando. —Metió la mano en el bolsillo del chándal y me tendió una tarjeta del gimnasio con su nombre y, debajo, el apelativo: «Entrenador personal» :—. Deme su número de móvil y yo lo llamaré cuando sepa algo. —Me sonrió—. Yo tuve un hijo, ¿sabe? Ahora tendría..., veinte años; murió en un accidente de moto hace seis años; No deje que su hijo se mezcle con esa gentuza, Carpintero. Sáquelo de allí. ¿Lo hará?

Le dije que sí, que lo intentaría.

Aquella mañana era fresca, había amanecido nublado y desapacible. Rogelio me despertó a las nueve y media de la mañana. Traía el sumario fotocopiado, más de quinientos folios, en una carpeta azul, con una nota de Matos que decía que no había incluido el diario de Lidia, prueba sumarial número uno, « porque no quería que saliera del despacho ». Rogelio tenía mucha prisa, había dejado el taxi mal aparcado y no se quedó a tomar café. Se despidió de mí como si fuéramos colegas y se marchó a toda prisa.

Coloqué el enorme mazo de papeles sobre la mesa y me puse a hojearlo. Por si no lo saben, los informes que hay que escribir sobre las actividades policiales cuando se produce un crimen son farragosos, anticuados y responden a un concepto casi medieval de la justicia. Es la pesadilla de cualquier policía. Normalmente los mecanografían las funcionarias adscritas a las comisarias o a las brigadas, con las notas de los policías que han efectuado las diligencias, ya sean interrogatorios a los testigos, a los encausados y los informes oculares. Igualmente pasa con los que realiza la Policía científica.

Lo normal es que el inspector responsable de un interrogatorio repase el escrito antes de firmarlo. Un error en la transcripción puede dar al traste con semanas o meses de trabajo e inutilizar la investigación, cuando un abogado avisado o un juez la echa por tierra. Esto quiere decir que, normalmente, se vuelven a hacer otra vez, si se tiene suerte y hay mecanógrafas disponibles. Lo normal es que nunca haya suficientes y tú mismo tengas que redactar los informes.

Es una pesadilla.

Aunque creo que ahora algunas brigadas tienen programas especiales en el ordenador para poder redactar mejor los informes. En mis tiempos había que redactarlos a máquina y personalmente, sólo teníamos una mecanógrafa, Purita, que llevaba treinta años en comisaría y se iba escrupulosamente a su hora.

Fui pasando las hojas de la primera inspección ocular realizada en el lugar de los hechos a las seis de la madrugada del 29 de agosto por el coche patrulla que acudió al lugar, ante la llamada telefónica del barrendero, ése al que el periodista

llamaba « el escoba» . Después acudieron los policías de la comisaría de la zona, la de Vallecas, que realizaron otra inspección ocular, acordonaron la zona y llamaron al juzgado de guardia, el 38, para el informe forense y el levantamiento del cadáver, y a la Brigada de Homicidios.

Y ahí entraba Gades, que realiza otra inspección ocular y está presente cuando la Policía científica realiza las fotografías y efectúa las diligencias de búsqueda de huellas e indicios. Fui al final, a los anexos, y comencé con las fotografías. Eran fotocopias de las originales y estaban oscuras y empastadas. Pero se veía claramente a Lidia, con la cabeza inclinada sobre la portezuela, su oscuro cabello tapándole el rostro y el brazo colgando por la abierta ventanilla, fuera del coche.

No tenía ningún guante. Era su mano desnuda. Aunque ya le habían colocado una bolsa de plástico, protegiéndola para los posteriores estudios dactilares.

No cabía duda de que el disparo se había realizado a bocajarro, en contacto con el caño del arma. Pero la herida no se veía en la fotografía, estaba oculta por el pecho izquierdo. Otras fotografías mostraban la herida. Unas manos enguantadas —supuse que las de un policía científico— mantenían levantado el pecho izquierdo de Lidia. El orificio de la bala tenía dos centímetros de diámetro, presentaba quemaduras de pólvora y cordita, con poca afluencia de sangre. El informe escrito anunciaba que la trayectoria de la bala era irregular, de arriba abajo, con orificio sesgado de salida en la nalga izquierda, atravesando el asiento del coche. La bala apareció debajo de la esterilla. En cuanto al casquillo o vaina, en lenguaje policial, debió de haber rebotado contra el cristal al salir despedida de la recámara, para terminar en el suelo del asiento trasero.

Más adelante, el informe de las diligencias incluía la descripción de la posición del cadáver y de los objetos, sobre todo el bolso abierto de la víctima, encontrados en el coche.

Los policías científicos dedujeron que al no haber síntomas de lucha el crimen debió de cometerlo alguien que conocía a la víctima, que no sospechaba de las intenciones de su asesino. Eso no concordaba, o sólo a medias, con el crimen de un ladrón.

Me detuve unos instantes.

Los policías científicos elaboraron una hipótesis: el asesino se había asomado a la ventanilla, le había levantado el pecho izquierdo a la víctima, le había colocado el caño de su arma y había apretado el gatillo. No había habido lucha.

Sin embargo, Lidia Ripoll no había muerto en el acto. El disparo no le alcanzó el corazón. Debió de permanecer viva entre cinco y siete segundos, según el informe forense.

Lo imaginé. El disparo dejó incólume ese órgano tan valioso, sobre todo para los enamorados y los poetas, pero en su camino había desgarrado el pulmón, arterias, atravesado el bazo, reventándolo, astillado el hueso ilíaco y la masa

carnosa del glúteo izquierdo.

La energía cinética del disparo se descargaría en todo su cuerpo y le produciría un tambaleo. Por sus tejidos se propagaría la onda expansiva y el consiguiente shock hidrostático al romper células y tejidos, propagándose por el sistema nervioso hasta el cerebro. La presión reventaría capilares y cortocircuitaría los sentidos. Durante unos segundos, Lidia se convertiría en ciega y sorda, inconsciente, como los boxeadores cuando reciben un golpe fulminante.

Pero la capacidad de supervivencia del cuerpo humano es extraordinaria, de modo que el corazón de Lidia continuaría latiendo furiosamente, lanzando sangre a las arterias, mientras que las cápsulas suprarrenales enviarían oleadas de adrenalina a la sangre, intentando, en un vano empeño, que no cesaran las actividades vitales.

Con un arma de mayor calibre, un 457, por ejemplo, la habrían matado al instante, al reventarle los vasos del cerebro con cien derrames simultáneos, aunque no le hubiese alcanzado el corazón.

De modo que Lidia tuvo unos instantes de lucidez, esos segundos de vida en los que se mezclaría el miedo y el dolor, la estupefacción por lo que le estaba ocurriendo y, quizá, la conciencia de que iba a morir. Con toda probabilidad miraría a su asesino y hasta es posible que pudiera hablarle, hasta que el cerebro, sin sangre, dejara de enviar mensajes al corazón y éste cesara de latir.

¿Qué se piensa en esos momentos? ¿Se tiene conciencia de que la vida se apaga? Es un misterio, nadie ha vuelto de la otra vida y lo ha contado.

Yo maté a un hombre. He disparado en bastantes ocasiones, repeliendo agresiones o intimidando a gente armada. Y he herido varias veces a seres humanos, piernas astilladas, brazos destrozados; pero sólo una vez acabé con una vida. Y fue terrible. No es fácil matar.

El suceso ocurrió en un hotel de lujo en Madrid. Habíamos recibido en comisaría varias denuncias por robo de habitaciones. El ladrón, o los ladrones, debían de ser *ventosos* o palquistas, cuya especialidad es introducirse por las ventanas o balcones después de trepar por las paredes. Monté una guardia y una noche sorprendí, en el largo pasillo de las suites, a un hombre que intentaba entrar en una de las habitaciones manejando unas ganzúas.

Los ladrones de hotel, ratas de hotel en el argot, no suelen ir armados, de manera que le di el alto con la consabida frase de « ¡Alto, Policía! » sin sacar mi arma. El sujeto, luego supe que era un pistolero búlgaro, sacó una pistola de entre sus ropas y sin mediar palabra comenzó a dispararme. Yo extraje la mía y también le disparé.

Nos encontrábamos en un largo pasillo, casi a oscuras, y vaciamos los cargadores. Cuando acabó el tiroteo, el sujeto se dirigió tranquilamente a la escalera. Yo me revisé el cuerpo, me palpé las piernas y los brazos, esperando encontrar una herida. No había ninguna. Coloqué en la pistola el cargador de

repuesto y me dirigí a la escalera con la pistola amartillada.

Descendí dos pisos siguiendo un rastro de sangre. En el piso siguiente encontré al tipo tirado en el suelo, muerto. Le había alcanzado cuatro veces, ninguna en un órgano vital. Pudo vivir más de un minuto. Luego se aclaró el asunto. No era un ratero de hotel, sino un asesino profesional que iba a acabar con el huésped de la suite a la que iba a entrar, un griego llamado Petras Makarios.

Los de balística me explicaron con cierto detalle las paradojas que, a veces, se producen cuando alcanzas a alguien con disparos mortales. Me aconsejaron que si me pasaba otra vez, nunca debía dejar de disparar, aunque lo viera tirado en el suelo y aparentemente muerto. Ese muerto puede matarte porque puede dispararte durante esos cinco segundos de vida y acabar con la tuya.

Por aquel entonces la Policía tenía un arma reglamentaria de pequeño calibre, la Astra del nueve corto. Hacía años que protestábamos pidiéndole a la Dirección General mejores armas, de mayor calibre y precisión. Alegando que los delincuentes las tenían. Con toda probabilidad, si yo hubiera tenido un arma con el calibre nueve milímetros Parabellum, una Beretta o cualquier otra, el búlgaro aquel se habría derrumbado al primer disparo.

Todo eso estaba muy bien. Pero nadie pudo explicarme cómo un pistolero profesional no llegó a tocarme, con una Sig Sauer Parabellum, diez veces mejor pistola que la Astra. De modo que tuve que invitar a una juerga monumental a todos los compañeros del Grupo de Noche en el Burbujas, ya que había vuelto a nacer.

Dejé el anexo de las fotografías y hojeé el sumario hasta que encontré el informe necrológico del cadáver de Lidia. Lo fui leyendo por encima hasta que llegué a lo que buscaba. El forense reafirmaba la hipótesis de la Policía científica: Lidia había muerto sin lucha, quizá sorprendida o conociendo al que la iba a matar. No había rastros de adrenalina antes del disparo. Y había bebido champán cinco horas antes de su muerte. Y no había rastro de drogas de ninguna clase en su sangre ni en sus tejidos. Una chica sana con un «eczema urticante en el dorso de las dos manos producido por razones psicológicas, no orgánicas».

Volví al comienzo de las diligencias, las dedicadas a los interrogatorios de los testigos y encausados. Pasé por alto los interrogatorios a Delforo y las diligencias de los registros en su domicilio de Alfonso XII y en su estudio de la calle Esparteros y me centré en Acebes. Le habían tomado declaración dos veces. La primera vez por un inspector llamado Sanjusto, Luis Sanjusto, la segunda por Gades. Leí las dos, en ninguna de ellas Acebes decía nada acerca de haberme visto con Delforo a las cuatro y media de la madrugada en el edificio de la calle Esparteros. Afirmaba haber visto a Delforo en «compañía de mujeres» y «varias veces con la señorita Lidia Ripoll, a la que reconoció, al mostrarle fotografías, como la misma que fue asesinada, presuntamente, por el señor Delforo».

Repasé todos los interrogatorios. Eran un total de veinticinco entre amigos, parientes, compañeras de trabajo, vecinos y el propio Delforo y su esposa. Los repasé de nuevo sin encontrar ninguna mención a mi encuentro con Delforo en La Manuela, el mismo día del crimen, a las cinco de la tarde.

Cerré el sumario y encendí un cigarrillo. Si no estaba en el sumario, ¿cómo lo sabía Gades?

Decidí llamar a Matos a su bufete. Recibió la llamada una secretaria. Le pedí que me pusiera con el señor Matos y le dije quién era. Tenía orden de no pasarle ninguna llamada. El señor Matos se encontraba en una reunión muy importante. Insistí y me contestó que esperara un momento, iría a preguntarle.

A los pocos instantes surgió la voz de Matos.

—¿Toni? ¿Qué ocurre? Estoy en medio de una reunión.

—Voy a ser muy rápido. Verás, Gades, el policía, está convencido de que estuve con Delforo la noche del crimen a las cuatro y media de la madrugada. Pude sacarle que tiene un testigo. Sin embargo no aparece en el sumario. ¿Cómo explicas eso?

—¿Ése es el problema? ¿Por eso me has llamado? —Sonaba profesoral, como si yo fuera una criatura—. Es muy sencillo, alguien ha desestimado la declaración de un testigo y no la ha incluido en el sumario. Y si no está en el sumario, no existe. Y si no existe, no debemos preocuparnos de eso.

—He participado en más de cien sumarios, Matos. Me los sé de memoria, pero el problema es: si no está en el sumario, ¿por qué Gades me ha interrogado con esos supuestos?

—No lo sé. ¿Lo sabes tú?

—Es posible y por eso te consulto. Es muy probable que Gades no esté de acuerdo con no haberlo incluido en las diligencias. Para él debe de ser muy importante. Y si quieres que te diga la verdad, es muy importante. Me califica a mí como encubridor de un crimen o cómplice, lo que es bastante jodido. ¿No te parece?

—Toni, tú estás fuera del sumario, métete eso en la cabeza. Si ese Gades te quiere incriminar, es cosa suya, no le va a servir para nada. Para que se abra el sumario y se incluyan nuevas pruebas deben tener más que indicios, deben tener pruebas sólidas y contundentes. ¿Estuviste tú con Delforo la noche del crimen? —Se respondió él mismo—: No, no estuviste... Entonces olvídate y ve a lo tuyo. Mira, voy a volver a la reunión, ¿vale?

Colgó el teléfono.

El 34 de la avenida de Portugalete era un chalé que se caía a pedazos, solitario como un viejo barco en una calle colmada de edificios baratos de diez plantas cuyos bajos albergaban comercios de todo a cien y bares ruidosos. Las aceras eran estrechas, ocupadas en su mayor parte por las vallas y la propaganda chillona de los comercios.

Las tapias del chalé, la hiedra y las copas de árboles frondosos sin podar ocultaban la casa. Sólo era visible un alto torreón cuadrado, horadado por ventanales. La cancela de entrada, de hierro forjado, estaba cerrada con una cadena. Me encaramé a pulso en la puerta, asomé la cabeza y pude distinguir al fondo una vegetación salvaje, oscura y húmeda. En la puerta, a la derecha, había una cadenita que colgaba de una campana interior, posiblemente de bronce. La pulsé, y para mi sorpresa, la campana sonó. Aguardé unos instantes. Era muy probable que el sonido no se escuchara en el interior de la casa. El ruido del tráfico era ensordecedor. Volví a hacer sonar la campana.

En esa casa no vivía nadie, era imposible. Julito y sus ordenadores. Estos detalles no aparecen nunca en esas maquinitas. Me deslicé hasta el suelo.

Iba a marcharme cuando escuché los chirridos de una llave que abría el candado y una mano blanca y frágil que empujaba la puerta hacia fuera.

Me topé con una anciana muy pálida, vestida de negro y con el cabello completamente blanco recogido atrás con un moño. Sus ojos eran increíblemente claros y traslúcidos, como los de algunos peces que vivieran en las profundidades del mar. Por encima del vestido le resaltaba un cuello blanco redondo. No llevaba ningún tipo de joya.

—¿Qué desea, joven?

Podía mentirle con cualquier pretexto. Pero algo que emanaba de esa anciana me impidió hacerlo. Quizá fuera la ropa negra y el moño en la nuca, tal como vestía mi madre.

—Quisiera hablar con su nieto, Abelardo Castillo. —Se me quedó mirando con sus tranquilos ojos y yo añadí—: Es muy importante, trabajo para un gabinete de abogados.

Continuaba con la mirada fija en mí. No era una mirada inquisitoria, ni siquiera curiosa. Era simplemente una mirada. Pero había algo inquietante y turbio en ella. Quizá como si ya hubiera muerto y ella fuera su propia fotografía.

—No tengo nietos, joven, Abelardo es mi hijo. ¿Qué ha hecho esta vez?

—Nada que yo sepa, señora. Vengo por lo que sucedió en la Clínica Sánchez Ross el pasado mes de mayo. Sólo quiero hablar con él.

—¿Sólo hablar con él?

—Eso he dicho, señora. Y es muy importante para mí. No voy a hacerle daño.

—Mi hijo es muy frágil, quiero que lo sepa. ¿Le envía Arturo?

—¿Arturo, quién es Arturo, señora?

—El nieto de Máximo, el dueño de la clínica.

—¿Se refiere al doctor Sánchez Ross hijo?

Sonrió.

—Sí, ése. Es el nieto de Máximo. Se llama Arturo. Su padre también se llamaba Arturo, pero no se dedicó a la psiquiatría.

—Ya, comprendo. No sabía que se llamara Arturo. Se presenta siempre cómo Sánchez Ross hijo. —Otra vez sonrió—. Y ya le digo, no vengo de su parte. Sólo necesito que su hijo me dé cierta información sobre lo que hizo el mes de mayo pasado en la clínica. Mi nombre es Carpintero, Antonio Carpintero. Y no lo molestaré más de diez minutos.

—Sara Blanchard. —Y elevó la mano quizá con intención de que se la besara. Pero lo que hice fue estrechársela. Era una mano delicada, de huesos pequeños —. ¿Quiere usted pasar, joven? Llamaré a Abelardo.

Se apartó para que pudiera entrar al jardín. Sentí un suave olor a lavanda cuando pasé por su lado. Volvió a cerrar la cancela con el candado y se guardó la llave en el bolsillo de la falda. Emprendimos la marcha por un camino de losetas desencajadas y cubiertas de hiedra y matojos. El jardín debía de haber sido un bonito jardín cuidado por jardineros. Ahora parecía una selva. A la derecha distinguí un cenador circular, medio destruido y cubierto de helechos. Una algarabía de pájaros nos acompañó.

Mientras caminábamos, la anciana me iba diciendo:

—Máximo, me refiero a Máximo Sánchez Ross, era muy amigo de la familia, de mi madre, sobre todo. Era un hombre encantador, un apóstol. Cuidó a mi madre, la pobre. Lo recuerdo hablando con ella en su gabinete con esa voz tan grave que tenía.

La casa de dos plantas, coronada por la torre, se veía al fondo, y delante, un gran porche con las columnatas descascarilladas y sin pintura, una de ellas partida, en equilibrio sobre su base. Todo estaba cubierto por la hiedra que trepaba hasta la segunda planta.

Se detuvo antes de los escalones mochos del porche y se volvió.

—Mi familia es de origen francés, los Blanchard. Yo me casé con uno de los Castillo Armas, Enrique. El pobre falleció hace... —la vi quedarse pensativa—, creo que hace treinta años. No llevo la cuenta. ¿Es usted casado?

Me extrañó la pregunta.

—No.

—Claro, ahora los jóvenes se casan menos. Pero en mis tiempos había que casarse. Estaba mal visto permanecer soltera. ¿Comprende?

—Me hago una idea.

La anciana empujó la puerta y pasó a un vestíbulo desnudo absolutamente de muebles, cuadros o enseres, sumido en la semipenumbra. Una escalera de mármol blanco partía del centro y se perdía en la oscuridad de la segunda planta.

—Mi hijo vive en el torreón, ésa es su casa, una especie de guarida, ¿entiende? Se pasa allí todo el tiempo observando los pájaros. Sabe mucho de ornitología, yo diría que es un experto. ¿Le interesan los pájaros?

—Algunos.

La anciana cerró la puerta y el vestíbulo se oscureció más.

—¿Tienen luz eléctrica?

—Claro, por supuesto. Pero todavía no hace falta. Espere aquí un momento, joven. Voy a avisar a Abelardo.

Se alejó hasta el pie de la escalera y la vi descolgar un teléfono negro. La escuché decir:

—¿Abelardo? Sé que me estás escuchando, así que no te hagas el tonto. Quiero que bajes al saloncito, ha venido un joven caballero a verte. Se llama... —Tapó el teléfono y me miró.

—Antonio Carpintero.

—Se llama Antonio Carpintero y es muy amable y educado. Quiere hablar contigo sobre tu reproable actuación en el despacho de Arturo. Espero que te acuerdes. ¿Me oyes, Abelardo? —Volvió a tapar el auricular con la mano—. Le gusta fingir que no me escucha, es como un niño. —Le habló otra vez—: Tienes que bajar y atenderlo, hijo. Deberías ofrecerle una copa de jerez, como el caballero que eres. Te dejaré beber.

Colgó el teléfono y señaló una puerta.

—Venga, lo esperaremos en el saloncito de lectura. Es mi lugar preferido.

—¿Cree que su hijo bajará del torreón?

—Claro, por supuesto. Pero venga conmigo, acompáñeme.

Había unos cuantos muebles, una mesa camilla bajo un ventanal cerrado, dos sillones dispares y un mueble bar que debía de ser ultramoderno en 1930. Las estanterías lacadas del mueble bar estaban cubiertas de botellas de todas clases... pero vacías.

La anciana me señaló uno de los sillones y me senté.

—Mi hijo es un esquizofrénico, ¿lo sabía? Es un buen chico, pero siempre ha sido un poco excéntrico, desde pequeño. ¿Sabe lo que es la esquizofrenia?

—Dígamelo usted.

—Una ruptura grave con la realidad... Y la invención de otra realidad. ¿No le parece que a todos nos pasa un poco eso? Claro, Abelardo siempre fue un poco exagerado. Es una característica de mi familia, los Blanchard. Mi abuela materna, Clarence, murió loca. Sin embargo, los Castillo Armas han sido siempre muy pegados a la realidad. Mi madre, Águeda, también era un poco..., digamos que poco común. Siempre hemos sido muy amigos de los Sánchez Ross.

Se quedó callada y colocó el codo en el brazo del sillón, mirándome con dulzura, o eso creí yo, y a que estaba bastante oscuro.

—Siéntese un poco más hacia atrás, por favor. Para que le dé un poco más de luz.

No sé por qué, pero le hice caso. Empezó a invadirme una cierta inquietud.

—Ahora, sí..., eso es... Es que me gusta mirar a los hombres. ¿Le molesta? —No dije una palabra—. Siempre me ha gustado mirarlos... y olerlos. Ese olor que tienen, mezcla de tabaco y sudor. Nunca me han gustado los hombres que se

ponen desodorante. Es repugnante.

Un extraño hormigueo me subió por las piernas. La ancianita aquélla me estaba mirando como si yo fuera un ratón caído en una trampa.

—Entonces no está casado, ¿verdad? —me preguntó de pronto.

—Me lo ha preguntado antes. ¿Tiene eso importancia para usted?

—¡Oh, no, claro que no! Por supuesto que no... Le estaba diciendo que detesto el desodorante masculino. Se lo prohibí a mi marido. Y me agrada mucho que sea usted de los que llevan traje, ahora los jóvenes no saben vestir. Dígame, ¿por qué no lleva corbata?

—Me aprieta el cuello.

—Vaya, es una buena razón. Tiene usted el cuello grueso, prueba de que es bastante sensual. Se ve que es usted fuerte, joven. Es muy ancho de hombros. Usted fuma, ¿verdad? Lo he notado por el olor. —El hormigueo se convirtió en un inesperado escalofrío—. Si quiere, puede fumar. No me importa. Esto de aquí es un cenicero. —Me señaló una mano abierta que estaba sobre la mesa camilla. Podía ser de plata—. Si tiene ganas, no lo dude.

Tenía ganas, de modo que saqué mi paquete de Ducados y encendí uno. La anciana parecía extasiada.

—¿Está segura de que bajará su hijo?

—¡Oh, sí, completamente segura! No se preocupe. Lo conozco bien.

—¿Viven aquí solos los dos?

—Sí, los dos solos desde que murió mi pobre marido. Pero sé lo que pretende averiguar, joven. Vemos a bastantes personas que nos vienen a visitar. No como antes, claro. Jacinto, por ejemplo, viene a vernos dos veces al mes. Es un joven ecuatoriano muy educado, así como usted, que trabaja en el supermercado y nos trae el pedido de la comida. A veces se queda aquí... unas cuantas horas. Arregla algunos desperfectos... y esas cosas. Me refiero a que a veces me atiende a mí. Necesita dinero extra y yo se lo doy... Una transacción justa, ¿no cree, joven?

Se había adelantado en el sillón.

—¿Usted necesita dinero? No es vergonzoso necesitarlo, ¿sabe? —añadió.

Me puse en pie como si me impulsara un resorte y apagué el cigarrillo en esa mano abierta que era el cenicero.

—Voy a decirle un par de cosas, señora. —Ya no se parecía a mi madre, ni a nadie que hubiese conocido. Semejaba un pajaraco negro encaramado en alguna parte. Y sus ojos glaucos eran lo más parecido al alma de un pulpo que hubiera visto en mi vida—. No vuelva a llamarme joven, me saca de quicio. Hace muchos años que dejé de ser joven. Y voy a marcharme en este mismo momento. Tengo muchas cosas que hacer.

—Hace usted bien, caballero.

La voz provenía de la puerta. Una voz masculina. Me volví. Debía de ser Abelardo. Era un hombre de mi edad flaco y desgastado, sin afeitar y con los

ojos febriles. Llevaba una bata roja descolorida a punto de desmoronarse de usada y calzaba viejas zapatillas a cuadros. Bajo la bata, sus piernas peludas parecían de algún tipo de simio aún por descubrir.

Y añadió:

—¿Es usted el caballero que preguntaba por mí?

—Sí—respondí.

—Abelardo Castillo. —Me saludó alzando una mano y pasó al otro lado del mostrador del bar. Se puso a trastear, mientras me decía—: Yo estoy completamente normal, la que está loca es mi madre, la pobre. ¿Por qué no le dices la verdad, mamá?

—Hijo de puta.

—¿Lo ve? Ella fue la que pateó el ordenador de ese estúpido de Arturo. Yo la suelo acompañar a las consultas de la clínica. Vamos dos o tres veces al año a por las pastillas. —Sacó una botella y llenó un vaso. Lo levantó en mi dirección—. ¿Quiere un poco de jerez? Es lo único de beber que hay en la casa.

—No, gracias. ¿Y eso ocurrió el 18 del mes de mayo pasado?

No respondió. Se estaba bebiendo el vaso de un solo trago; después volvió a llenarlo. Entonces me contestó:

—Exacto, el 18 de mayo. Estoy seguro. —Se dirigió a su madre—: Un día antes de tu cumpleaños, mamá. No puedo olvidarme de esa fecha.

. —Hijo de puta —repitió la viejecita.

El segundo vaso desapareció de la misma manera que el anterior. Volvió a llenarlo otra vez.

—Entonces ¿nadie quemó ni destruyó el despacho de Sánchez Ross hijo?

—¿Quemar? No..., mi pobre madre rompió el ordenador de una patada. Se encontraba en plena crisis. Por supuesto, yo me hice cargo de los gastos y asumí la responsabilidad del hecho. Siempre lo hago. ¿Por qué me pregunta eso? Le pagué a Arturito diez mil pesetas, para que lo sepa. Debo de tener la factura por ahí. ¿Es usted de alguna aseguradora?

Le conté la retahíla que me había aprendido sobre lo de ser un investigador, etcétera.

—Bueno, el ordenador quedó hecho trizas. —Ya se había acabado el jerez. El tipo se dirigía a la puerta—. Eso desde luego... Pero me extraña que Arturito no tenga copias de seguridad. Es muy ordenado.

—¿Estaría dispuesto a repetir eso ante un tribunal?

—¿Y joder a Arturito?

Me quedé en silencio.

—Si es para joder a Arturito, de acuerdo. Pero tendrá que haber algunos viáticos, ¿comprende? Voy a tener algunos gastos, y luego está el perjuicio que me causaría en mi observación de las aves.

—No habrá problema. Se lo transmitiré al abogado.

—Bien, caballero, me retiro..., con su permiso.

—Espere un momento. ¿Cómo salgo de aquí? ¿Tiene una llave de la puerta?

—¿No quiere quedarse?

—No.

—Mil pesetas, ni una más —dijo la anciana—. ¿Le parece bien, joven?

Miré al tipo.

—¿Cree que no me he explicado con claridad? —le pregunté.

Alargó la mano en dirección a su madre.

—Vamos, mamá, dale la llave. No quiere quedarse. ¿Es que no le has oído?

—Judas, que eres un judas, celoso de mierda, cada vez que quiero estar con un hombre, tú me lo impides. —Se volvió a mí—. Es un caso típico dé complejo de Edipo. Menos mal que yo no le hago caso. Mil quinientas.

—Mamá, no insistas —repitió el hombre.

—¿No me ha oído? —dije yo—. No puedo ser más claro, señora.

Al fin la ancianita sacó la llave y me la tiró. La alcancé al vuelo.

Había un infinito desprecio en el rictus de su boca cuando me dijo:

—Usted no vale nada, ¿se entera? Es vulgar y grosero.

—Tiene usted razón, señora. Y añada que no tengo ni sensibilidad ni vida interior. Le dejaré la llave en el candado.

Salí de aquella madriguera.

—Mi apreciado amigo, debes comprender mi postura. Sólo me mueve el bien de España. Espero que lo comprendas.

Luis Sandoval y Beltrán de Lys, director del CNI, Centro Nacional de Inteligencia, lo observó sonreír y abrir los brazos como si se encontrase hablando a los feligreses desde un púlpito. Sin embargo, se encontraba sentado en un sillón oscuro, tras la mesa de su despacho oficial en el obispado.

«Entrenamiento —fue lo primero que pensó—. Esta gente tiene una práctica de siglos».

—Todos queremos el bien de España, eminencia. Ése no es el problema. ¿Ha repasado los informes médicos? Es una muchacha sana, capaz de tener hijos.

—Deja de llamarme eminencia, Luis, te lo ruego. Para ti soy Vicente. —Suspiró y se puso a repasar el último informe que le había entregado Estrachan esa misma mañana, muy temprano, con las gafitas en el caballete de la nariz.

—Es una chica normal, Vicente —continuó el director—. Una periodista de veintiocho años, llena de sueños. Una muchacha inteligente y buena profesional, sencilla. Su principal encanto estriba en que es como cualquiera. No tiene nada extraordinario, ni siquiera sangre real, ni pertenece a la nobleza. Su familia es de clase media. Si quieres mi opinión personal, te diré que apruebo la elección de Su Alteza.

El director acomodó la pierna derecha sobre la rodilla izquierda y se dispuso a esperar. No era la primera vez que había estado en ese despacho, en el que apenas si entraba la luz de la Plaza de Oriente y ningún ruido. Los pesados cortinones en el balcón lo impedían.

Detrás de la cabeza de su eminencia se encontraba un Velázquez sin firma, pero autenticado por los expertos. Ese rostro de Cristo retorcido por el dolor y la desesperación, con la boca entreabierta, segundos antes de morir. El pintor de la corte, don Diego de Velázquez y Silva, lo había realizado para el cardenal español Luciano del Campillo en 1640, pero se lo había rechazado por vulgar. Ése no era el hijo de Dios, sino un hombre cualquiera, quizás un delincuente recién ajusticiado. Era sabido que el controvertido pintor sólo retrataba a hombres y mujeres vulgares, sus pinturas carecían de la magnificencia y la majestad debidas a la Iglesia. La Inquisición ya había tomado cartas en el asunto y el pintor había

tenido que rectificar. Sus pinceles comenzaron a crear obras más acordes con los tiempos y con los que le pagaban.

—Sí, aquí está, Luis. Una muchacha sana. —Levantó la cabeza del informe—. No podía ser de otra manera, ¿verdad? Pero una cosa es el cuerpo y otra el alma, estarás de acuerdo conmigo, ¿no, Luis? Nosotros también tenemos nuestros informes.

El obispo sonrió y de nuevo abrió los brazos. Pero el director dijo:

—¿La habéis investigado?

—Luis, por Dios, por supuesto que no. Simplemente..., bueno, hemos preguntado aquí y allí, nada del otro mundo. Por supuesto con vuestros informes nos conformamos. Vosotros sois los profesionales.

—El Vaticano ha aprobado esa boda. Mañana tengo una ata con...

Lo interrumpió.

—El nuncio no es representante de la Iglesia, Luis. —Negó con movimientos de cabeza—. Es un embajador del Estado del Vaticano, que no es lo mismo. No habla en nombre de Su Santidad ni, por supuesto, de la Iglesia.

—Hay conversaciones en curso con Su Santidad. Nuestro embajador en la Santa Sede ya tiene una cita con el Santo Padre.

—Sí, tengo entendido qué es así. Pero ¿vuestro embajador tiene el don de la adivinanza, Luis? ¿Ya sabéis lo que va a dictaminar Su Santidad? Te diré lo que va a ocurrir. Su Santidad va a escuchar con suma atención la propuesta del embajador y le dirá que la tomará en consideración. Luego hablará con Tocarelli, su secretario privado, compañero mío en el seminario. Y Tocarelli nos pedirá un informe a nosotros, sino fuera porque Tocarelli ya lo tiene en su poder.

El director del Centro Nacional de Inteligencia reprimió el rictus que se le empezó a formar en la comisura de los labios y dijo:

—¿Has mandado ya un informe, Vicente? ¿Antes de que terminen las investigaciones?

—¿Un informe? No, Luis..., no me he expresado bien, se trata de documentos internos de la Iglesia con nuestra opinión. Los preliminares. Mira, Luis, esta muchacha..., no es digna de ocupar esa función de tanta responsabilidad. ¿Por qué no aceptáis la evidencia? Sabemos que hay muchas otras candi datas. Muchachas de buena familia de conducta intachable, chicas modernas, de nuestro tiempo. Te lo repito, Luis, sólo queremos lo mejor para España. Y esa muchacha... ha llevado una vida desordenada... —Empezó a enumerar con los dedos—: Novios, amantes, drogas...

—¿Drogas? —lo interrumpió—. Escucha, Vicente, no hemos encontrado nada relacionado con las drogas. Ahí tienes los análisis firmados por un equipo médico de la máxima solvencia. Está limpia.

—Claro, eso no lo dudamos, por supuesto. Ahora no toma drogas, pero las ha tomado, Luis. Hay más cosas... Su vida privada es...

—¿Es, Vicente?

—Bueno, ha sido, Luis..., ha sido, francamente, escandalosa... —Lo vio sumergirse de nuevo entre los papeles—; Madre divorciada y alcohólica, de vida también escandalosa... Y un aborto, Luis..., ¿lo sabíais? Abortó a los quince años. Asunto este que vuestro equipo de médicos no ha reseñado en el informe que me enviaste. Ha debido de ser un olvido, ¿no? No sé mucho de medicina, Luis..., pero tenemos médicos y nos han dicho que un aborto puede no dejar huellas... Huellas en el cuerpo, pero ¿y en el alma?

El obispo aguardó. Pero el director no movió un músculo.

—Verás, Luis, abortó en una clínica —volvió a consultar sus papeles—, aquí tengo todos los datos... Esta copia es para ti, Luis. Bueno, abortó el 12 de octubre de ..., de 1987. Pero hay más, desgraciadamente hay más...

Cerró la carpeta con un golpe seco y se adelantó en la mesa.

—Pero basta ya... ¿Qué pasaría si empiezan a publicarse en la prensa artículos como «Así besa la Reina de España» o «El aborto de la Reina»? ¿Y qué te parece este otro?: «Yo estuve en los brazos de la Reina». Y éste, Luis: «Mi novia, la Reina». ¿Vais a poder evitarlo? —Abrió los brazos, como si suplicara—. Sé lo que vas a decirme, que lo tenéis todo controlado. Bien, dé acuerdo..., es posible. Sé que eres muy eficiente, Luis. No podemos competir con el Centro Nacional de Inteligencia. Ni podemos, ni queremos. Pero ¿qué pasaría en el extranjero? ¿Lo podéis controlar también? ¿Qué me dices de un posible chantaje a la Casa Real? No quiero ni pensarlo, Luis.

El director continuó observándolo.

—Bien, no quiero ni puedo engañarte, Luis. En el informe que tiene Tocarelli está mi opinión. Ningún obispo, ningún prelado español, casará a esa muchacha. Ésa es nuestra opinión, después de meditarla mucho, por supuesto. No podemos negar el matrimonio cristiano a nadie. Pero nunca se realizará esa boda en la catedral de la Almudena.

El escolta se encontraba en la puerta. En cuanto lo vio aparecer, le dijo:

—¿Al coche, don Luis?

Asintió con un movimiento de cabeza y se dirigió al automóvil negro, blindado y con cristales oscuros, aparcado en la acera. El chófer fumaba al lado del coche y tiró la colilla al suelo y la pisó. Abrió la portezuela.

—¿Adónde vamos, don Luis?

—A la Casa.

Dentro del coche, Manuel Estrachan lo observó con atención, intentando adivinar cómo había ido la reunión con el prelado. Pero Luis Sandoval era inescrutable, él lo sabía bien. Cerró el doble cristal que comunicaba el asiento delantero con el trasero y se dispuso a esperar. El coche circuló en dirección contraria por la Plaza de Oriente sin ruido.

El director le arrojó a Estrachan en los brazos la carpeta que le había

entregado su eminencia.

—Ahí está..., eso es lo que han conseguido. —Estrachan aguardó—. No quiere, no acepta —dijo Luis—. El muy hijo de perra.

—¿Y el Papa?

—¿El Papa? Te diré lo que hará el Papa: le comunicará a nuestro embajador que no quiere provocar un cisma en la Iglesia española. Eso es lo que le dirá.

—¿Te ha dicho por qué han tomado esa decisión?

—Tiene informes que no son nuestros. Y saben lo del aborto. ¿Qué me dices de eso, Manolo? El obispo sabe más que el director del Centro Nacional de Inteligencia.

—Totalsecurity —respondió Estrachan—. Esos hijos de puta.

—¿Han sido ellos?

—Eso me temo, Luis. El obispado los contrató en 1989 para que organizaran un servicio de seguridad y escolta. No me extraña que hayan sido ellos los que han conseguido toda esa información. Están muy bien preparados y tienen contactos con otros servicios. Tengo la lista de oficiales del ejército y de información que colaboran con ellos. Si quieres mi opinión personal, te diré que los de Totalsecurity se nos han adelantado. Debían de estar detrás del asunto Lidia antes que nosotros. El obispado lo detectó antes y nos llevan ventaja. En cuanto al aborto, destruimos los informes y hablamos con el médico. Un aborto no se detecta en un análisis ginecológico después de más de diez años. Supimos por las cartas a su primer noviecito que hicieron el amor. Fue su primera vez: Tenía quince años. Pero las cartas y el informe médico ya han sido destruidos. Su primer novio no sabe nada sobre el aborto. Sólo cuatro personas lo saben: el médico, la enfermera, ella y su madre.

—Y ahora lo sabe también Su Santidad. Y es muy posible que ya esté en manos de la Familia Real. Te felicito.

—Mierda.

—Quiero un contrainforme hoy mismo, ahora. Quiero pruebas contra Totalsecurity y ese cabrón de Saragola. Cerraremos esa jodida empresa, la mandaremos a la mierda. Pero que sean pruebas definitivas, concluyentes. ¿Qué hay de Gudonov?

—De vez en cuando realiza trabajos para Totalsecurity, pero nunca de información. Ésos se dedican a la extorsión y al ajuste de cuentas, no son tan sutiles. Luis, tengo a quince hombres detrás de ella las veinticuatro horas del día. Seguimiento y grabaciones. Sabemos las veces que va al retrete. Y te digo que en estos sesenta y cinco días que llevamos siguiéndola, no ha tenido un solo novio, amante ni nada que se le parezca. Te he dado un informe muy contrastado, Luis. Es una buena chica, un poco fantasiosa, eso sí, pero buena chica.

—Quiero a Saragola, quiero tenerlo en mis manos.

—Lo tendrás, Luis.

—¿Y ese Delforo?

—Con ése no hay problema. Es un amigo, su antiguo profesor y confidente. Hemos intervenido su teléfono y hemos llenado la casa de micrófonos. No sabe nada. Nada de nada. Le pide consejo sobre su próxima boda, sin mencionar el nombre de su novio. Aunque tengo la impresión de que el interés que tiene sobre ella sobrepasa el de un amigo o un consejero.

Estrachan aguardó. En vista de que el director continuaba en silencio, añadió:

—En cuanto a las drogas..., nada de nada... Aunque de joven, quiero decir, en la universidad, es posible que consumiera drogas. —Estrachan sopesó la carpeta que el director le había arrojado—. Pero no hay señales de eso en los análisis actuales, Luis. Y los archivos médicos y psiquiátricos no existen. Los hemos destruido.

—Es evidente que el obispado ha tenido acceso a ellos, ¿no crees?

—Luis, te lo repito, lo hemos borrado todo. Es imposible que el obispado haya tenido acceso a ellos. Mira, aquella época fue muy mala para ella. Su padre, que llevaba separado desde que ella era una niña, murió en accidente de coche. Y su madre, la profesora, se dedicó a la bebida. Pero todo eso duró poco tiempo, apenas un año o un poco más.

—El problema es que no ha funcionado, Manolo. Había que crear un pasado perfecto para esta muchacha y no habéis podido hacerlo. Eso es lo que ha pasado. El obispo nos ha ganado. Tiene fuentes de información que no habéis detectado.

—Dame un poco más de tiempo, Luis, y te traeré de rodillas a esa gente de Totalsecurity.

Manuel Estrachan aguardó a que el director le contestara. Pero dirigió la mirada al frente y se mantuvo en silencio. Al cabo de unos instantes, dijo:

—No, te doy veinticuatro horas. Pondré la Casa a tu disposición. Todos los hombres que necesites. Y quiero pruebas. ¿Está claro?

—¿Crees que podría funcionar sobre el Papa?

—Lo tenemos que intentar, aunque ya está sentada la duda. Nuestro embajador en el Vaticano tiene que recibir los informes esta noche o mañana. Le diré que retrase la audiencia papal.

—Luis, conozco la vida de esa muchacha mejor que la mía. Y te digo que es de lo más normal. Por el amor de Dios, Luis, tiene veintiocho años y es periodista. ¿Qué quiere el obispo, que fuera virgen?

Me abrió la puerta Maruja, la esposa de Calixto, una mujer envejecida y encorvada que esa misma mañana debía de haber ido a la peluquería. Vivían en un bajo en la Corredera Baja de San Pablo, no muy lejos de la Gran Vía. En el mismo lugar que hacía cincuenta años. Mi casa estaba un poco más arriba, en la misma calle.

—¡Vaya, señor Carpintero, pase, pase! ¿Cómo está usted?

—Bien, Maruja, bien. —Le tendí la bolsa de plástico con la botella de Protos, que me había salido a trescientas en Bodegas Rivas, en la calle de la Palma—. Y a ti, ¿cómo te va?

—Pues tirando, ya lo ve usted. Pero no tenía que haberse molestado con el vino, señor Carpintero, no hacía falta. Bueno, muchas gracias.

—Si me sigue llamando señor Carpintero, me marchó, Maruja. ¿Vale?

—Perdone, es la costumbre. Pero pase, pase, haga el favor. Calixto está viendo un poquito la tele. Está ahí, al fondo.

La seguí por un corredor oscuro, cuyas paredes estaban desconchadas y con manchas de humedad y olía a guiso de repollo. Se escuchaban las voces de algún locutor de televisión que surgían del comedor. Calixto, en chándal, miraba la tele sentado en un sofá con las patas rotas al que habían puesto un cajón para sostenerlo y una manta para cubrirlo. Parecía un programa de baile. El entretenimiento de los que no pueden salir de parranda.

Delante del sofá había una mesa camilla, pintada de verde, a la que habían serrado las patas. Sobre ella descansaba una frasca de vino y un vaso.

Cuando entré al comedor, Calixto se llevaba el vaso a la boca.

—Calixto, que ha venido el señor..., ha venido Toni —dijo Maruja y Calixto se volvió.

—¡Vaya, ya estás aquí, pasa, pasa! —Golpeó el sofá a su lado—. ¡Siéntate aquí! Y perdona que no me levante, tengo la espalda..., bueno, hecha una pena, ya sabes.

—¿Está Julito?

—Sí, claro, está ahí en su cuarto. Maruja, avisa al niño, anda. Dile que está

aquí Toni.

—No, no hace falta. No te molestes, Maruja, voy a verlo un momento.

Julito estaba enfrascado ante una enorme pantalla de ordenador, en un cuarto minúsculo, ocupado por una cama y una mesa. Había otros dos ordenadores más, encendidos, cuyos destellos le iluminaban el rostro. Distinguí en la pared, clavado con chinchetas, el cartel de tina película de artes marciales.

Lo observé mientras manipulaba la pantalla con el ratón.

—Julito —lo llamé.

Giró la cabeza y me sonrió.

—¿Ya está usted aquí? —Señaló el ordenador—. Todavía no he terminado, vaya usted con mi padre que enseguida acabo.

—No hay prisa, Julito. ¿Todo va bien?

—Dabuti, señor Carpintero, ya verá. —Sonrió otra vez—. Es la leche..., increíble.

—Bueno, pues sigue a lo tuyo, me vuelvo con tu padre.

Me dirigí al sofá y Calixto le dijo a su mujer:

—Maruja, no te quedes ahí como un pasmarote y tráele aquí, a Toni, un vaso..., el que está en la alacena, anda. Tomarás un vinito conmigo, ¿no, Toni?

—Con mucho gusto, Calixto.

Me senté en el sofá, a su lado, y Calixto apagó el televisor. Maruja trajo el vaso y me lo llenó de vino de la frasca.

—Bueno, yo voy a terminar de hacer la comida. Si quieren algo... ¿Le gusta la pescadilla, señor Carpintero?

—Me gusta todo, Maruja..., y llámame Toni, ¿eh?

Calixto levantó su vaso:

—Por los jóvenes, Toni.

—Por ellos.

Bebimos. Era valdepeñas, bueno y fresco.

—¿Has visto cómo está mi chaval? Es un portento de fuerte, segundo Dan de judo, un deportista... y sano, un buen chico, Toni. Está reformado a tope. —Se le habían iluminado los ojos—. Y listo como los ratones colorados, de eso de ordenadores sabe más que los profesores. A mí me ayuda bastante en lo mío, en lo que tengo con Draper, un cobro de impagados, ¿no? Pues él me ha ayudado. —Movié la cabeza y sonrió en silencio—. Tengo un chaval de oro.

—¿Qué te ha encargado Draper?

—¿Que qué me ha encargado? Nada, una familia que se lió a comprar una cocina de esas de superlujo y luego, pues que no tiene pasta para pagarla. Lo de siempre. Echaron al marido de la empresa donde curraba y lo que pasa, la ruina. —Volvió a mover la cabeza—. El consumo es que nos mata, Toni. Y es lo que yo digo, ¿para qué hay que endeudarse? Se puede vivir con menos y tan felices. Es lo que yo digo, es mejor ser feliz. Por eso, yo, de deudas, nada de nada.

Nos quedamos en silencio, que aprovechamos para beber. Calixto soltó:

—Hacia mucho tiempo que no venías a mi casa, ¿verdad, Toni?

Asentí con la cabeza.

—Sí, creo que sí. Hacia mucho que no nos veíamos. En realidad, vengo poco por mi antigua calle. Aunque fuera de ti, Calixto, ya no queda nadie en el barrio de aquellos tiempos.

—Bueno, queda el señor Marcos, el de la tienda. Todavía no se ha muerto, debe de tener..., espera, yo creo que más de noventa años. Y ahí sigue, el hombre.

—El señor Marcos —repetí.

La tienda de ultramarinos se llamaba El Sol Sale Para Todos y se encontraba en la plaza de los Mostenses. Nunca supe la razón de ese nombre tan poético, aunque el señor Marcos era un tendero extraño, fiaba a todo el mundo y jamás lo vi engañar con el peso. Yo me fui a trabajar con él a los doce años. Ahí terminé la escuela para mí.

—Se lo estaba diciendo los otros días a mi chaval. Le contaba lo que era la vida antes, lo que hemos pasado, lo malamente que estaba la vida entonces. — Calixto movió la cabeza—. Me acuerdo de mi madre, siempre contando el dinero, que no teníamos nada más que patatas y garbanzos para comer. Y de mi padre, ¿te acuerdas? Quería cantar ópera, tenía buena voz, pero la guerra... Joder, la guerra, fue jodida para los que la perdieron, ¿verdad, Toni? Bueno, y me acuerdo mucho de tu madre. Me acuerdo también de ella, la señora Julia, tan seria ella.

Mientras escuchaba a Calixto recorrí la pared con la mirada. Ahí estaban las viejas fotografías enmarcadas de la boda de los padres de Calixto, la misma casa, la misma humedad en las paredes. La misma mesa cuadrada y barnizada, con el pañito en el centro y la copa con flores de papel, donde Calixto hacía los deberes inclinando su corpachón sobre los cuadernos.

El padre de Calixto era conductor de tranvía. Conducía el número 36, cuyo trayecto era desde la Plaza Mayor al Alto Extremadura. A veces acompañaba a Calixto a pasear en el tranvía, para nosotros era gratis. Calixto sólo tenía que decirle a cualquier cobrador de cualquier tranvía de Madrid que era hijo del señor Bengochea, el conductor del 36. Calixto estaba orgulloso de su padre. Nos dejaba conducir el tranvía y hacer sonar la campana cuando Calixto y yo viajábamos con él. Le hubiera gustado ser cantante y, mientras conducía el tranvía, cantaba por lo bajo arias y zarzuelas. Aún lo recuerdo, alto, fuerte, con su gran bigote blanco.

Calixto estaba diciendo:

—... quería que yo fuera cantante, lo que él no pudo ser, pero yo..., a mí me gustaba el deporte, siempre me gustó ser deportista, qué jodida mierda. Bueno, ¿te pongo un poquito más de vino?

—Sí, ponlo.

—En cambio, mi chaval, mi Julito, ha salido un genio de esas máquinas, los ordenadores, ya ves, y eso sin ir al colegio. Lo que son las cosas.

En ese momento, Julito abrió la puerta de su cuarto y se asomó.

—¡Ya está! —exclamó—. ¡Ya lo tengo! ¿Queréis verlo?

Entré en su cuarto, seguido de Calixto. Julito se sentó en la silla y señaló con el dedo la pantalla del ordenador. Calixto dijo:

—Joder, ¿qué es eso? Sin gafas veo menos que tres en un burro.

Era el disco duro del ordenador de Sánchez Ross. Julito estaba radiante, le brillaban los ojos de excitación.

—He utilizado dos programas de software: el FKT, para sacar la imagen del disco, y el Encase, con el que he hecho dos copias « espejo » . ¿Las ve? Vamos a elegir la más antigua, un informe de 1987, que borraron este año en junio, el 6 de junio.

—¿Después de que rompieran los ordenadores?

—Es que no los rompieron, eso es un cuento. —Julito estaba excitado—. El 18 de mayo le dieron unas patadas al ordenador y lo tiraron al suelo, pero no lo jodieron. Aquí está. —Señaló con el dedo—. ¿Quiere usted verlo? Todavía no lo voy a poder imprimir, porque tengo que modificar el programa « espejo » . Pero mire..., ¿lo ve? Aparece el nombre, Lidia Ripoll, le practicaron una... « suspensión de embarazo con siete semanas de gestación » ... Se lo hizo en la clínica el doctor Sánchez Ross, ayudado por la enfermera Matilde Losantos Ruiz.

—Eres un hacha, Julito. ¿Cuándo lo vas a poder imprimir?

—Bueno, a lo mejor esta tarde. ¿Quiere ver ahora lo de 1994? —accionó el ratón y se introdujo en otro archivo—. ¿Lo ve?

Empecé a leerlo. Era la clásica terminología psiquiátrica, pero se podían entender cosas tales como « síndrome avanzado de un brote depresivo generado por una parte por el consumo de cocaína en un cuadro básico, neurótico exponencial, con fobias contra la madre, a la que acusa de la separación de su padre, que abandonó el domicilio conyugal el año anterior. Presenta, asimismo, otro cuadro de alteraciones leves de conducta, insomnio y trastornos neurovegetativos... Tratada con Neopanel, 1. 000 mg, tres veces al día, Tharmacyx Complex, 900 mg, dos veces al día, y suplementos vitamínicos » .

Luego venía una lista de los avances y retrocesos en el tratamiento y la relación de las consultas, cuya media era de una a la semana. En 1995, las visitas a la clínica se hicieron más espaciadas. Conté dieciocho, lo que significaba casi una vez al mes. Las anotaciones del doctor Sánchez Ross eran cada vez más escuetas. Elegí un par de ellas al azar: « Responde bien a la terapia ocupacional » ... « Aumento del principio de realidad, cierta euforia desmedida, confianza en sí misma... » . « Suspendemos medicación, sustitución por placebos » .

—¿Lo ha leído ya, Toni? —me preguntó el chico.

—No completo, Julito, pero es suficiente. ¿Hay más?

—Bueno, sí..., lo último, lo de este año. Estuvo con ese doctor durante el mes de..., espere, en agosto, dos veces. Aquí está..., espere un momento.

—¿No te lo decía, Toni? —manifestó Calixto—. Este chaval mío es que es la pera. —Le dio un pescozón—. ¡Monstruo, que eres un monstruo!

«Acude a consulta con prevención, manifestando que no se encuentra enferma. Afirma que necesita consejo. Detecto crisis depresiva que le impide claridad expositiva. Confusión verbal. Manifiesta proclividad a situaciones límite, cierta pérdida de autoestima y manifestaciones de llanto y tristeza. Narra en primera persona situación de amor que no puede llevarse a cabo, sin explicar la causa. Se niega a dar el nombre de su supuesto amado, lo que me hace pensar en una recaída o en un cuadro de brote esquizoide» .

La última vez que Lidia estuvo con el psiquiatra fue quince días antes de que la asesinaran. El médico anotó que se vieron en una cafetería del centro, «negándose a celebrar consulta profesional, declarando que se encuentra bien y que no está loca. Afirma que la siguen, y preguntando sobre quién la sigue, contesta que “ellos”, sin explicitar de quién se trata. Sigo pensando en un brote esquizoide, pero no tiene otros síntomas como balbuceos o confusiones temporales. Le hago preguntas y las responde con seguridad. Le pido que se defina y lo hace de forma extraña: “Soy la enamorada imposible” (literal), lo que me hace pensar que no se trata de un brote esquizoide, sino de una situación extrema de estrés con acusada bipolaridad» .

—Bueno, Julito, estoy completamente de acuerdo con tu padre. Eres fantástico. Cuando lo imprimas, quiero que se lo lleves al despacho del abogado, te pagará lo que te falta y a lo mejor te da trabajo. ¿Qué te parece?

—Que muy bien, señor..., digo, Toni. Entonces ¿se lo llevo directamente a su bufete?

—Eso es. Luego te doy la dirección. Y ahora vamos a comer. ¿No tenéis hambre?

—Me comería una vaca —añadió Julito.

Calixto le pasó el brazo por el hombro a su hijo.

—¡Machote! —exclamó.

Maruja estaba poniendo la mesa.

—Venga, lavaros las manos y a comer. Ayúdame a poner los platos, Julito.

Me encaminé a la cocina. Pero Maruja me detuvo.

—No, usted no, Toni. Ya va mi hijo.

—Déjame, Maruja. Me gusta ayudar.

La cocina era parecida a la de mi casa. Diminuta, con un mueble viejo de madera repintado mil veces de blanco que hacía de alacena. Sólo tenía que pensar un poco y podría ver a mi madre trajinando en ella. Julito sostenía entre

sus manos un montón de platos, apenas si había un par de ellos iguales; eran restos de vajillas que se iban rompiendo, igual que en mi casa, y me dijo:

—Pobrecilla, ¿verdad?

—¿Quién, Julito?

—La chica esa que mataron, Lidia. Abortó a los quince años, qué putada, ¿no? Aquí tenemos a una vecina que también abortó, pero tiene diecisiete. —Movi6 la cabeza—. De todas maneras es una putada.

Pero yo estaba pensando en otra cosa. Sánchez Ross era médico, además de psiquiatra. Pero no especialista en ginecología. ¿Por qué le había practicado un aborto a Lidia Ripoll?

Después de comer, Calixto se puso a cantar zarzuelas y su mujer le hacía la réplica femenina. No lo hacían mal del todo y hasta yo canté. Así estuvimos hasta casi las seis de la tarde, bebiendo vino y cantando, hasta que sonó mi móvil y me retiré a la cocina para poder hablar con tranquilidad. Se trataba de Pollito del Callejón. Me informaba de que esa noche había combate en casa de los Saragola y de que Silverio boxearía.

—A mí me han contratado como director de la velada —añadió—: ¿Conserva aún mi tarjeta?

—Sí, la tengo.

—Pues se la muestra a los de la puerta. Y les dice que está conmigo. La pelea será a las doce de la noche, pero venga antes, sobre las diez o cosa así.

Me indicó dónde vivía Saragola y colgó. Yo le dije a Calixto que tenía que marcharme, había que trabajar. Todos se sintieron muy consternados. Pero le dejé a Julito la dirección y el teléfono de Matos y me fui caminando calle abajo, en dirección a la Plaza de España. Me detuve en la plaza de los Mostenses. Allí continuaba El Sol Sale Para Todos. Estuve a punto de entrar y saludar al señor Marcos. Pero tenía que ir a mi casa, ducharme, cambiarme de traje y coger la tarjeta que me había dejado el Pollito.

Eran las diez y media de la noche y la puerta de la mansión de los Saragola en la calle Río Ulla estaba plagada de coches, que un par de aparcadores con gorra trataban de ubicar. La mayoría de los coches incluían chófer, de manera que enseguida se despejaba la calle.

Hice detener el taxi en las inmediaciones y anduve hasta la puerta. El chalé, si se podía llamar así, ocupaba lo menos cinco hectáreas de terreno a juzgar por las altas tapias que lo rodeaban y que apenas dejaban entrever los tejados de pizarra de la mansión. En la entrada escuché música, mientras dos hombres uniformados de celeste, de Totalsecurity, consultaban las invitaciones. La etiqueta cosida al pecho incluía un círculo atravesado por un puñal. Lo mismo que en el gimnasio de Saragola, pero ese logotipo lo había visto también en otra parte, hacía poco, aunque no lograba ubicarlo.

Me puse en la cola.

Cuándo me tocó la vez, el uniformado miró la tarjeta de Pollito del Callejón y luego me observó.

—¿Esto qué es? —me preguntó.

—Vengo del gimnasio de don Ricardo —le respondí.

El otro uniformado le arrancó la tarjeta de las manos a su compañero y la miró. Luego me escrutó.

—¿Viene a ayudar al combate?

—Sí, eso es.

—Déjalo pasar —le indicó a su compañero y me entregó la tarjeta.

—Vale, pase ahí, a esa mesa.

Había un hombre sin uniforme, pero con un pin con el circulito y el puñal en la solapa de la chaqueta, sentado ante un libro de visitas abierto. Me pidió el carné de identidad, se lo di y apuntó mi filiación en una de las hojas del libro. Yo era «personal técnico de apoyo». Luego me pasó por las ropas un detector de armas y me dijo:

—Camine hasta allí —señaló a la izquierda—, rodee la casa hasta que vea unos pabellones, son las casas de los invitados. Allí están los boxeadores. Pregunte

por el director.

—¿El director?

—Sí, eso es..., el que organiza la velada.

—Está bien, gracias.

Caminé un trecho entre un grupo de invitados por un ancho sendero, entre una gran explanada de césped y grupos de árboles. La casa estaba enfrente, de tres pisos, unos mil metros de vivienda de algún estilo entre clásico y moderno que a mí se me escapaba. Sólo me parecía « grandiosa » o algo semejante a « mucho dinero ».

Ninguno de los invitados que caminaba junto a mí llevaba traje. La mayoría iba en vaqueros, de marca eso sí, con chaquetas de cuero o de diseño. En cambio, las mujeres vestían más elegantes, por supuesto de manera informal. Las había de todas las edades y hablaban y gesticulaban de esa forma descontractada y amable que se aprende en las familias bien y en los clubes de campo restringidos.

El grupo se dirigió a una enorme terraza en un costado de la casa donde había más invitados y surgía la música, probablemente de alguna orquesta que permanecía invisible a mi mirada. Yo tiré a la izquierda, entre macizos de fio res, y caminé unos quince minutos hasta que alcancé un grupo de varios chalés pequeños, de unos ciento cincuenta metros o así, colocados en círculo alrededor de un campo de césped.

La puerta de servicio era un portón de hierro abierto al exterior, una explanada donde pude ver aparcados unos diez o doce automóviles, algunos de los cuales tenían el logotipo de Totalsecurity. De un camión bajaban cajas y containers de catering que eran transportados por operarios al interior de los chalés.

Me dirigí al primero de los chalés, de donde entraba y salía gente y se notaba una gran actividad. Un muchacho empujaba un carrito colmado de cajas de cerveza. Le pregunté:

—¿El director?

Señaló el interior del chalé.

—Debe de estar ahí, al fondo, en una de esas habitaciones.

En el vestíbulo, Pollito del Callejón, vestido con el chándal celeste del gimnasio, hablaba con un sujeto en mono de trabajo. Tenía un papel en la mano y levantó la vista cuando me acerqué.

Pareció alegrarse al verme.

—Vaya, has venido. —Me tendió la mano—. Me alegro mucho. ¿Has tenido problemas en la puerta?

—No, ninguno.

—Muy bien, espera un momento que termino con esto y enseguida estoy contigo. —Se dirigió al del mono—: Bueno, quiero un foco arriba del

cuadrilátero, aparte de los otros, ¿de acuerdo? Y las cuatro butacas para los jueces con tableros de luz. ¿Están listas las azafatas?

—Sí, todo listo.

—Haremos una prueba general a las once y media. Lo quiero todo listo para entonces.

El del mono asintió y se marchó.

—Te he nombrado cuidador de Silverio, si no, no te dejan pasar, ¿qué te parece? Lo atenderás en el ring como segundo. Por supuesto cobrarás, aquí cobra todo el mundo. Te llevarás diez taleguitos limpios. ¿Qué dices?

—Espera un momento, Pollito, ¿es que se van a celebrar los combates?

—Sí, esto no hay quien lo pare, Toni. Empiezan dentro de un par de horas. Tenemos chándales y zapatillas en los vestuarios para que puedas cambiarte. Oye, ¿qué te pasa?

—Esto no era lo que tenía previsto. No quiero que Silverio se meta en esta mierda de los combates clandestinos, Pollito, eso es lo que pasa.

Pollito bajó la cabeza.

—Lo he pensado mejor y ya no podemos volver atrás, lo siento.

—¿Dónde está Silverio?

—Toni, tu chaval no puede retirarse ahora, los combates van a empezar dentro de dos horas. Oye, no me vayas a joder, ¿eh? No hagas que me arrepienta de haberte traído aquí.

—Te agradezco que me hayas ayudado, pero si puedo llevarme a Silverio, lo haré. ¿Dónde está?

Lo vi mover la cabeza, negando. Parecía apesadumbrado.

—Silverio vive en el último chalé.

Salí al césped y atravesé una zona iluminada por luces bajo el césped, que creaba una atmósfera turbia y espesa. Había operarios por todas partes, transportando butacas. Conté otros cuatro chalés adosados, pegados a las tapias de la finca. Probablemente las viviendas de la servidumbre. Fui hacia ellas.

Mientras caminaba hundiendo los zapatos en la hierba, escuché las pruebas de un micrófono. La voz decía:

—¡Uno, dos..., uno, dos..., probando, probando!

Di la vuelta a los adosados. Allí estaba el ring, en medio de una explanada de césped. La mansión se veía a la izquierda, iluminada, flanqueada por la enorme terraza llena de invitados. Hasta mí llegaban retazos de conversaciones y la música, traídos por la suave brisa del final del verano.

El ring era reglamentario, por supuesto, y estaban probando el sonido y las luces. Dos hombres se habían subido a la lona y dirigían la operación. Otros más alineaban butacas sobre el césped, tres filas alrededor del cuadrilátero. Los asientos de los jueces ya estaban colocados al borde mismo del ring. Y habían montado un pequeño bar, una mesa alargada cubierta de un mantel blanco,

donde tres camareros alineaban botellas y copas.

Todo dispuesto para la gran velada.

Ricardo Saragola era el rey de ése pequeño reino. Un señor feudal campechano, aficionado a hacer lo que le viniera en gana.

La puerta del último chalé estaba abierta de par en par. Había dos hombres en el vestíbulo. Los dos negros. Uno de ellos, joven y fuerte, sentado en una silla inclinado hacia delante, desnudo de medio cuerpo, vestido con pantalón de boxeo, botas de ring y las manos vendadas, apoyadas sobre las rodillas.

El otro le debía de doblar en edad y le masajeaba con aceite los músculos de la espalda. Llevaba el consabido chándal celeste. Los dos me observaron en silencio con ojos mansos y estáticos.

—Buenas noches —les dije, y pregunté—: ¿Saben dónde están los otros boxeadores?

Ninguno me respondió, aunque el más viejo sonrió mostrando una enorme dentadura muy blanca. Le repetí la pregunta y el viejo me señaló la habitación de enfrente. El muchacho al que masajeaba parecía estar en perfecta forma física, delgado y tranquilo, de unos setenta kilos. Esperaba que no fuera el contrincante de Silverio.

En la otra habitación un hombre en bata, también celeste, se recortaba ante la ventana iluminado por las luces del jardín. El hombre, con la cabeza afeitada y reluciente, se llevaba pastillas de un frasco a la boca y las tragaba con la ayuda de un botellín de agua. Bajo la bata aparecían sus peludas pantorrillas y las botas reglamentarias.

Se volvió al verme aparecer en la puerta.

—¿Es usted mi segundo? —me preguntó. Tenía la voz ronca y áspera—. Alguien tiene que vendarme las manos y colocarme los guantes. Yo no puedo solo.

—Lo siento, no soy su segundo —le respondí—. Busco a otro boxeador, a Silverio San Juan. ¿Sabe dónde puedo encontrarlo?

—¿Al chaval joven?

—Sí, a ése.

—Debe de estar follando. —Señaló la ventana—. A él le han dado un chalecito para él solo. Oiga, ¿puede vendarme las manos? Si me hiciera el favor, se lo agradecería mucho. Esto es una mierda. Me dijeron que tendría un segundo y ya ve. ¿Está usted con ellos?

—No, pero le puedo vendar las manos. ¿Tiene vendas?

—Sí, aquí están. —Señaló una caja de cartón—. Nos dan de todo menos vergüenza. ¿En serio sabe vendar?

Me quité la chaqueta y la dejé sobre una silla. Tomé una de las vendas.

—Quítese la bata. Luego tendré que calzarle los guantes, ¿no?

El sujeto sonrió.

—Usted sabe de esto, ¿verdad?

—Tengo una ligera idea, venga, quítese la bata.

Era un viejo gladiador, con el pecho hundido y los músculos correosos que se le notaban bajo la piel como cañerías de plomo. Debía de tener mi edad y probablemente se había afeitado la cabeza para disimular la calva.

Le tomé la mano. Se le habían roto y soldado y vuelto a romper la mayor parte de los veintisiete huesos que hay en una mano. Los nudillos parecían enormes escarpas. Empecé a vendárselas.

—Me llamo Cortés, Luis Cortés.

—Antonio Carpintero. ¿Contra quién va a combatir?

—Me ha tocado con don Ricardo. Cinco asaltos. Hemos quedado en que me va a tirar una vez en el tercer asalto y haremos combate nulo. ¿Qué le parece?

—Me parece bien... Mueva la mano..., así, eso es. ¿Le aprieta demasiado?

—Oiga, usted sabe de boxeo, no cabe duda. ¿Es preparador?

—No, conozco a Pollito, eso es todo. —Arranqué esparadrapo y le cubrí los vendajes. Se boxea con guantes para evitar la rotura de huesos al golpear, pero los vendajes convierten las manos de los boxeadores en piedras—. Ya está, deme la otra mano.

—El bueno de Pollito... se está forrando desde que lo ha contratado don Ricardo. A mí me pagan una bolsa de medio kilo. —Se me quedó mirando y continué vendándole la mano derecha, que la tenía peor. El dedo anular se había roto varias veces y había soldado mal—. Ésta es la segunda vez que vengo a esta fiesta. ¿Y usted?

—La primera. ¿Sabe si el chaval ese, Silverio, va a combatir contra el negro? —Hice un gesto en dirección al vestíbulo.

—Sí, me parece que sí. Toda esta fanfarria es para dos peleas. Empezamos don Ricardo y yo y luego irán esos dos chicos. —Se quedó pensativo—. Don Ricardo le va a dar curro a mi hija en una de sus empresas. Una inmobiliaria. Le debemos mucho a don Ricardo.

—Está mal del corazón, ¿verdad? —Señalé con un gesto el tarro de pastillas que estaba sobre la mesita.

Se encogió de hombros.

—No, son los riñones, pero no es nada. Me han sacudido demasiado, pero el hambre es peor, ¿no le parece? Don Ricardo me va a gestionar un retiro decente. Si me dice que me tire diez veces delante de sus amigos, me tiro.

—¿Dónde tiene los guantes?

—Ahí, debajo de esa toalla.

Eran unos Douglas Camper de hace treinta años, sus viejos guantes. Seguro que siempre había combatido con ellos. Se los calcé y até los cordones. Luego se los cubrí con esparadrapo. Hay veces que se sueltan los cordones y golpean al contrario como latigazos. Uno de esos cordones sueltos puede dejar tuerto a un

boxeador.

—Gracias, amigo. Le estoy muy agradecido.

Me golpeó la espalda con afecto y se puso a disparar las manos y a relajar los músculos como si lo que fuera a hacer fuese un combate verdadero y no una farsa ridícula.

Llamé tres veces a la puerta del último chalecito adosado, pero nadie respondió. Retrocedí y regresé al chalé anterior. El boxeador negro bailaba con los brazos laxos a lo largo del cuerpo. De pronto cambiaba de posición y lanzaba las manos a velocidad de vértigo. Parecían latigazos. Luego volvía a relajarse.

Hacía tiempo que no veía ese tipo de boxeo. Lo inauguraron los cubanos en la década de los cuarenta. Pepe Legra, *el Tigre de Baracoa*, se formó con esa técnica. También Kid Tunero y Mohamed Ali, antes Cassius Clay. Lo preparó Mantequilla Nápoles, el cubano, que fue contratado en exclusiva por Don King para que entrenara al futuro campeón del mundo. Ese tipo de boxeo revolucionó el pugilato.

—Disculpe —le pregunté al muchacho—, ¿ha visto al otro boxeador? Me refiero a Silverio San Juan. —Señalé hacia la puerta—. El que está en el otro chalé.

Dejó de moverse y me miró. Le volví a repetir la pregunta, pero volvió a mirarme y continuó con sus movimientos.

Escuché la voz de Luis Cortés detrás.

—No puede hablar, es mudo. —Me volví, el viejo boxeador relajaba el cuello moviéndolo a izquierda y derecha.

—No contesta nadie. Parece que no está.

—¿Ha mirado en la parte de atrás? Tiene una piscina, a lo mejor está ahí. Oiga, ¿se ha fijado en el negro? ¿Ha visto qué maravilla de boxeo? —Sí.

—Es senegalés, de Casamance, pero boxea como los cubanos. Da gusto verlo.

El último de los adosados poseía un jardín privado, circunvalado por una tapia. La rodeé hasta que encontré una puerta entreabierta. La empujé y escuché risas y chapoteo. Silverio y una mujer jugueteaban a oscuras en la piscina.

Me acerqué hasta el borde. Los dos pretendían hacerse ahogadillas. La mujer parecía joven. Cuando me vieron, Silverio se impulsó hasta asomar la cabeza y saltó fuera.

Estaba completamente desnudo.

—Vaya, eres tú. Me ha dicho Pollito que querías hablar conmigo, ¿no? Convencerme para que no boxee. Ya le he dicho a Pollito que pierdes el tiempo. Voy a boxear y nadie lo va a impedir, ni siquiera tú.

—Quiere que sea tu segundo.

—No te lo creas. No necesito a ningún segundo.

Se colocó una bata blanca y ayudó a salir a la mujer. Era muy delgada,

completamente rasurada, pero no era tan joven como creí. Daba la impresión de haber sufrido un concienzudo trabajo de cirugía. La reconoció; era Laura, la esposa de Saragola.

Se plantó desnuda frente a mí y colocó los brazos en jarras.

—¿Qué miras? ¿Es que no has visto nunca a una mujer desnuda, estúpido?

Parecía una muñeca, una obscena muñeca de porcelana.

—A una como usted, no.

—¿Cómo te atreves? —chilló, y Silverio le tendió otra bata y le dijo:

—Por favor.

Ella se arrebujó en la bata y le sonrió a Silverio.

—Hace frío, ¿eh? Bueno, cariño —le acarició la mejilla y se volvió a mí—. ¿Qué haces mirando? ¿Se puede saber?

—Eso ya lo ha dicho usted antes.

—Cabrón, hijo de puta. ¿Tengo que aguantar esto, Silverio? —Se dirigió a mí—. Vete ahora mismo de mi casa o te echaré a los perros.

—Es usted un encanto, señora.

—Voy a avisar a seguridad.

Empezó a caminar hacia uno de esos cochecitos eléctricos que se utilizan en los campos de golf. Se volvió y todavía le agitó la mano a Silverio, que le devolvió el saludo.

—Bueno... —Silverio bostezó—, la que has montado ¿no? ¿Sabes quién es? La mujer de Saragola. Mira que ponerte a insultarla. Me parece que es mejor que te largues, antes de que vengan los de seguridad.

Sonó un móvil y Silverio lo cogió del bolsillo de la bata.

—¿Sí? Sí, soy yo, ¿qué pasa? —soltó una carcajada—. ¿En serio? ¿Y me puedo quedar con la bolsa? Vale, hasta otra.

Volvió a guardarlo.

—¿Has hablado con tu madre? Estaba muy inquieta, no dabas señales de vida y esas cosas preocupan a las madres.

—Estuve aquí en la casa todo el tiempo. —Hizo un gesto en dirección al chalé—. Pero la llamé ayer. Estuvimos hablando. —Lo vi sonreír—. Ya está todo arreglado.

Sobre la mesita, al lado de la tumbona, había un paquete de cigarrillos; cogió uno y lo prendió.

—Silverio, vas a boxear dentro de un rato, deja el cigarrillo, anda.

—Me han dado ya la bolsa, tío. Y sólo por aparecer por aquí.

—¿Has visto moverse al senegalés? —le pregunté.

—¿Al mudo?

—Sí, al mudo. Pero deja el cigarrillo. ¿Te has entrenado?

Se encogió de hombros y continuó fumando. Añadió:

—¿Te ha dicho algo tu madre?

—¿Te refieres al rollo ese de que eres mi padre? Sí, me lo ha contado. Es para cagarse, ¿no? Ha debido de echarlo a suertes. Pinto, pinto, gorgorito, cuenta la cuenta de veinticinco... Y te ha tocado a ti. Es la hostia.

—Eso que estás diciendo es una tontería, Silverio, y tú lo sabes. Una mujer sabe siempre esas cosas. No debes insultar a tu madre de esa manera. Yo también me acabo de enterar. Oye, deja el cigarrillo, haz el favor, el senegalés es muy bueno. Es rápido, tranquilo, sabe boxear y está en forma.

Silverio me arrojó humo a la cara y dijo:

—¿De verdad piensas que eres mi padre? No puedo creer que seas tan tonto, en serio, Toni. Te creía más listo. ¿Por qué no te haces el ADN ese? Anda, háztelo y así saldrás de dudas. Mi madre te ha utilizado para que me busques, tú no la conoces.

—Deja de decir tonterías, me estás cabreando.

—Siempre ha tenido dos o tres amantes a la vez, panoli, que eres un panoli. Todavía sigue acostándose con Draper, la viene a ver una vez a la semana. ¿No lo sabías?

Le quité el cigarrillo de la boca de un manotazo.

—Deja de fumar de una puta vez.

Me lanzó la mano izquierda a la cara. Quizá pensó que iba a estar desprevenido. Estábamos muy cerca y no tuve más que doblar el cuello en dirección contraria. La mano se perdió. Pero por instinto, sin pensarlo, le devolví el golpe con la derecha a la barbilla. Supe que no debía hacerlo, pero el acto precedió al reflejo y me arrepentí antes de que mi puño le alcanzara. Se le doblaron las piernas y se derrumbó.

Me precipité a sostenerlo y lo tuve en mis brazos durante unos instantes, mientras lo sentaba en la hamaca. Era la segunda vez en mi vida que le pegaba a la persona que más quería en el mundo.

Era un niño sin apenas barba. Un niño con los ojos cerrados y la boca entreabierta, sin conocimiento. Le acaricié las mejillas, le di golpecitos. Tenía los ojos húmedos de lágrimas. Mi hijo estaba llorando.

—Lo siento, Silverio..., te pido..., discúlpame, por favor.

—Vete —me hablaba con los ojos cerrados, el rostro vuelto hacia el otro lado—, vete de una vez, no quiero verte más. Haz el favor de marcharte.

—Silverio, hablemos un momento. Vas a boxear dentro de un rato, deja que yo te cuide en el ring. Puedo dirigir tu combate.

Se incorporó en la hamaca, rojo de furia.

—¿Mi combate? ¡Pero qué imbécil eres! ¿Es que no sabes que se ha suspendido la velada? Acaba de decírmelo Pollito. —Comenzó a reírse—. ¿En serio? ¿No lo sabías? ¡Gilipollas, que eres un gilipollas! ¡Cornudo!

Caminé por el césped sin saber a ciencia cierta adónde me dirigía, mientras continuaba escuchando los insultos de Silverio. Seguí por una vereda y entré en la

terrazza donde se celebraba la fiesta. La gente aplaudía, estaba rodeado de gente que aplaudía a rabiar.

Era a mí, me aplaudían a mí. Era el rey de los payasos. Me acerqué a la mesa bufé. Los camareros también aplaudían.

—Una ginebra —le pedí a uno de ellos.

Pero el camarero no me hacía caso, entretenido en aplaudir.

—Oiga, le estoy hablando. Quiero una ginebra sola. ¿Hablo chino?

Me descubrí observando al camarero, un hombre de mi edad, dispuesto a romperle la cara. Pero de pronto me tranquilicé. Tenía que hacerlo. Respiré hondo y aguardé.

—Disculpe, señor. ¿Qué me estaba diciendo?

—Una ginebra sola, por favor.

Me la sirvió, tomé el vaso, le di las gracias y la bebí de un solo trago. Sentí un revuelo a mi alrededor y me di la vuelta. El tal Ricardo Saragola, con una bonita chaqueta negra y sin corbata, acompañado de su esposa, ahora con un traje hasta los pies, atendía al Príncipe y a su hermana, cualquiera que fuera, yo no las distingo, que saludaban a los presentes. El grupo se acercaba a la mesa bufé.

Me fijé en el Príncipe. Era un muchacho alto, de unos treinta años, con el aspecto tímido de los que son demasiado altos en un mundo de bajitos. Iba dándoles la mano a los presentes, sonriente, murmurando saluciones.

Terminó con los camareros y me llegó el turno. Le apreté la mano.

—Encantado—le dije.

—Mucho gusto —contestó él.

Y se detuvo. Ya no quedaba nadie más a quien saludar. Yo era el último. Me miró y sonrió. Entonces le pregunté:

—¿Se acuerda de Lidia Ripoll?

Noté la interrogación en su rostro.

—¿Quién?

—Lidia Ripoll, si se acuerda de ella. —¿La periodista que asesinaron? —Sí, ésa... La periodista. Creo que se conocieron, ¿verdad? —Sí, me parece que sí. La vi en una fiesta hace tiempo. —Me tocó el hombro—. ¿Es usted pariente de ella? Pobre chica.

Iba a contestarle, pero alguien me agarró del brazo desde detrás.

Me había agarrado el brazo un tipo alto y moreno, vestido de traje gris plomo. Y debía de ser bastante fuerte, su mano parecía unas tenazas.

—Disculpe, Alteza, yo hablaré con él —le dijo al Príncipe, y luego se volvió a mí. No había soltado mi brazo—. ¿Quiere acompañarme, señor?

Me empujó, sacándome del grupo. Otro hombre me esperaba. Un tipo grande, también con traje, pero gris oscuro, que me tomó del otro brazo.

—Tranquilo. No va a pasar nada. ¿Quiere acompañarnos, por favor?

—¿Adónde?

—Vamos a dar un paseíto.

Me dio unos golpecitos en el hombro, en plan amigo. Y lo parecíamos, los únicos que llevábamos traje y corbata. Los tres vestidos de gris.

Pero nos diferenciábamos en que ellos llevaban en el ojal de la solapa el pin con el círculo y el puñal cruzado, el símbolo de Totalsecurity, y olían demasiado a agua de colonia. Uno de ellos, el del traje gris oscuro, me conducía al otro extremo de la terraza, donde cuatro músicos sentados alrededor de un piano tocaban *New York, New York*. El otro iba a mi lado con el brazo sobre mi hombro. Parecía que íbamos charlando de nuestras cosas.

Eso era lo que dábamos a entender.

Los invitados de Saragola bailaban y parloteaban con copas en las manos. Hombres y mujeres elegantes en ropas informales. Atravesamos la terraza, pero me detuve delante de la orquesta. Le dije al que me tenía agarrado del brazo:

—No quiero ir a ninguna parte. ¿Quiénes son ustedes?

Me contestó sonriendo, muy amigable:

—Seguridad... Y ponte a caminar en plan tranquilo o te rompo los huevos, imbécil. Y que no se te ocurra armar escándalo. No te servirá de nada.

Miré al otro, al del traje gris plomo, que me tenía cogido del hombro. También me respondió con otra sonrisa:

—¿Quieres verlo, listo?

Observé primero a uno y después al otro. Ambos sonreían.

—Podemos hacerlo por las buenas o por las malas. Tú eliges.

—Da la vuelta a la orquesta y sal al jardín. Hay unas escaleras. ¿Vas a ser buen chico?

—¿Y qué más?

—Vamos a identificarte y después te podrás marchar. ¿Tienes tiempo para eso?

—Está bien, ¿adónde vamos?

—Ahí a la vuelta, a nuestra oficina. Está a un paso.

Los tres bordeamos a la orquesta y llegamos a la escalera. El del traje gris oscuro se adelantó y bajó primero. El del traje claro fue detrás de mí. Estaban entrenados para estas cosas. Lo hacían a la perfección, con una cierta rigidez militar.

Llegamos al jardín trasero sin nadie a la vista. De pronto, el que iba delante se volvió y me alcanzó en la boca del estómago con un puñetazo. No me lo esperaba y me doblé, casi caigo de rodillas. Había perdido el resuello y respiraba con dificultad. Me sostuvo el otro, el del traje claro.

—Regístralo—dijo.

Lo hizo y me sacó la cartera. Observó con detalle mi carné de identidad y el que me identificaba como investigador de Matos.

—Está limpio. —Y añadió—: Es el que insultó a la señora. Y, vaya, trabaja para Matos.

—Sí, eso es —le respondí—. Y deme la cartera. —Le tendí la mano.

Me la entregó y volví a guardarla en la chaqueta.

—Oye, siento haberte sacudido, ¿sabes? No te lo tomes a mal, ¿eh? De todas maneras vas a tener que hablar con nuestro jefe, ¿de acuerdo? La oficina está un poco más allá. —Señaló el final de la casa.

El otro dijo:

—No está bien que insultes a la señora, aunque trabajes para Matos. ¿Quieres caminar hacia delante?

Sentía sus pasos detrás de mí, acolchados por la hierba. La orquesta tocaba ahora alguno de los temas semimilitares de Glenn Miller, música bailable americana para nuestro Príncipe. Tardamos unos cuantos minutos en rodear la casa. Ahora pisábamos losetas, mientras que los ruidos y la música de la fiesta iban disminuyendo de intensidad.

La oficina a la que nos dirigíamos tenía la puerta abierta. Me detuve y me volví. Los dos sujetos caminaban a un par de metros detrás de mí. El del traje oscuro señaló la puerta con el dedo.

—Entra ahí. —No me moví—. ¿Qué te pasa, no quieres entrar?

Me retiré un paso. El del traje oscuro se había acercado, mientras que el otro permanecía inmóvil. Debían de pesar más de cien kilos y ninguno de ellos parecía gordo. Saqué el móvil.

—Quiero hablar con Matos. Va a ser un momento, ¿de acuerdo?

—No, deja eso, guárdalo.

El del traje oscuro miró a su compañero y dio un paso en mi dirección.

—Nosotros lo llamaremos —dijo—. Deja eso.

—¿Qué te parece? —preguntó el otro.

—Que es una lástima —respondió—. Parece que se resiste.

—Sí, es agresivo y no quiere que le hagamos unas simples preguntas. ¿Qué crees tú que podemos hacer?

—Reducirlo. No se me ocurre otra cosa.

Guardé el móvil.

—¿Por qué no os dejáis de tonterías y habláis vosotros con Matos? Tenéis móviles, ¿no?

—¿Vas a entrar a la oficina por propia voluntad o quieres que te entremos nosotros?

No había nadie en el jardín hasta lo que alcanzaba mi vista.

—No voy a entrar a ninguna oficina con vosotros. Podéis empezar a hacerme las preguntas que queráis aquí mismo. No creo que a vuestros jefes les gusten las denuncias por abuso de autoridad y malos tratos. —Di un paso atrás, el del traje oscuro avanzó otro paso—. A las agencias de seguridad no les gusta esa mala publicidad... Y quieto ahí, no te muevas. Esta vez no voy a dejar que me peguéis, ¿está claro?

Sentí que fijaban la mirada en algo detrás de mí. Una voz sonó a mi espalda.

—¿Qué pasa aquí?

Me volví.

Un tipo había salido de la habitación. Un hombre de baja estatura, moreno y de cabellos un poco rizados. Llevaba el consabido traje oscuro, pero representaba más edad que mis acompañantes.

—Nada, que no quiere entrar, don Luis. Estábamos a punto de convencerlo —respondió el del traje gris oscuro.

—¿Es el que se ha enrollado con el Príncipe? —preguntó el recién llegado.

—Sí, éste es. Además, es el que ha insultado a doña Laura.

—¿Quiere mostrarme su documentación?

—No, ya estoy cansado de Totalsecurity. Sólo le mostraré mi documentación a un agente de la autoridad. Si no es usted policía, está perdiendo el tiempo.

—Trabaja para Matos, don Luis —añadió el del traje gris plomo—. Al menos tiene un carné de investigador de su bufete.

—Qué interesante. ¿Va a entregarme su documentación?

—¿Quién es usted?

—Soy policía. —Sacó un carné profesional y me lo mostró. Pude leer su nombre. Se llamaba Luis Sanjusto—. ¿Está satisfecho? Ahora deme su documentación de una vez, por favor.

—¿Es usted un policía de verdad, señor Sanjusto?

—Ya lo ha visto. ¿Quiere que le enseñe la placa de nuevo?

—No hace falta, parece verdadera. Pero me gustaría preguntarle lo que hace un policía en una empresa de seguridad. Antes estaba prohibido que los policías en activo trabajaran en seguridad privada, pero es posible que ahora hayan cambiado las cosas.

—A usted eso no le importa. Soy policía y le estoy pidiendo la documentación. No me haga emplear la fuerza. ^ Puedo hacerlo.

Le entregué la cartera. Después de mirar los carnés, los guardó en uno de sus bolsillos y me devolvió la cartera. Luego manifestó:

—Cualquiera puede hacerse un carné de investigador. ¿No es verdad?

—Llame a Matos y compruébelo. Si no tiene su teléfono* se lo puedo dar yo.

—Sí, lo haré. Ahora dígame, ¿podría usted explicarme su presencia en esta casa, señor Carpintero?

Le conté la historia de que me habían contratado como segundo para uno de los boxeadores. Y luego le dije:

—Como se suspendieron los combates, decidí acercarme a la terraza para tomarme una copa, eso es todo.

—¿Eso es todo? Vaya, entonces ¿no sabe que el personal de servicio no puede acceder a la casa? ¿No se lo han dicho?

—No, no me lo han dicho. Y si me devuelve los carnés, me largaré inmediatamente de aquí. La música que está tocando la orquesta no me gusta.

—Antes tengo que hacer algunas comprobaciones. ¿Quiere pasar a nuestra oficina? No creo que tarde mucho.

El policía se marchó, bordeando la casa, y yo pasé a la oficina de seguridad. Era un cuarto espacioso del que partía un corredor. Se escuchaba el constante zumbido de los ordenadores. Vi al menos una docena de pantallas que reflejaban el jardín, varios ángulos de la terraza y determinadas habitaciones de la mansión. Dos hombres con el uniforme celeste de Totalsecurity las atendían; ni siquiera se movieron cuando entramos.

El del traje gris oscuro me dijo:

—Pasa a esa habitación y espera a don Luis. —Me señaló una puerta a la izquierda—. Ahí podrás descansar. ¿Quieres un café?

—No.

—Luego no vayas diciendo que no somos amables, ¿eh? —dijo el del traje claro.

Era el cuarto de los trastos. Allí habían almacenado ordenadores estropeados, varias sillas y dos mesas de oficina inservibles. Sobre una de ellas había una máquina de café y vasos de papel. En un rincón distinguí un carrito de limpieza. Me senté en una silla, encendí un cigarrillo y me dispuse a esperar. Eran las doce de la noche. Apenas si habían pasado dos horas desde que llegué al chalé de Ricardo Saragola.

Había pasado poco tiempo y demasiadas cosas. Me dolía el estómago; el tipo que me había pegado sabía hacerlo. Pero no era ésa la única parte dolorida de mi cuerpo. Tenía conciencia de que algo definitivo se había roto con Silverio y Juanita San Juan, quizás una posibilidad de sueño, un anclaje en una realidad que nunca había podido apretar con mis manos.

Hace cuarenta años le pegué a mi padre y ahora le había pegado a mi hijo.

La soledad me rodeaba como el barro de un pantano.

Me fui relajando al tiempo que se consumía mi Ducados. Luego acabé con el segundo y consulté mi reloj; cuarenta minutos de espera me parecían más que suficiente. Si el policía tardaba un poco más, me levantaría y me marcharía, sin más. Tenía ganas de volver a mi casa.

Pero la puerta de la habitación se abrió de par en par y entró un hombre alto, con el pelo cano, con un traje ligero de tonos verdosos y se detuvo a unos pasos de mí. Yo me puse en pie, lo había reconocido. Estaba con Matos en el restaurante Jockey.

—¿Señor Carpintero?

—Sí, soy yo.

—Teniente coronel Estrachan, Seguridad de la Casa Real.

Me tendió mis dos carnés y los guardé en la cartera. El militar continuaba mirándome sin decir nada. Parecía tranquilo.

—Siéntese, por favor. No voy a molestarle mucho.

Le hice caso. Y le pregunté:

—¿Hasta cuándo voy a estar aquí? Es casi la una de la madrugada.

—Lo siento, pero esto no lo controlo. Creo que debe permanecer aquí hasta que se lo digan. Están comprobando algunos aspectos de su documentación.

—No sabía que fuera delito hablar con un príncipe en un país democrático, Estrachan. ¿No le parece?

—Se trata del servicio de seguridad del señor Saragola, no el de la Casa Real. Y Su Alteza habla con quien gusta. ¿Trabaja para Matos?

—Investigador de su bufete. Defendemos al señor Delforo, ése es mi trabajo.

—¿Puedo hacerle unas preguntas, señor Carpintero? Por supuesto, no tiene obligación de contestarlas. No soy policía.

—Hágalas.

—¿Sabía que Su Alteza iba a acudir a la casa del señor Saragola?

—No, no lo sabía.

A continuación le expliqué las razones por las que estaba allí.

—Vaya, ¿quiere decirme que se trata de una casualidad?

—Sí, eso es. Y supongo que se suspendieron las veladas por la presencia del Príncipe. ¿No es cierto?

—Efectivamente, Su Alteza detesta esa bárbara costumbre. —No aclaró nada acerca de si se refería al boxeo en general o a las veladas clandestinas. Y yo

tampoco lo pregunté. Y añadió—: Supongo que conoce el diario privado de doña Lidia Ripoll, ¿verdad? Las preguntas que ha efectuado a Su Alteza así lo demuestran.

—Sí, conozco el diario.

Lo observé. Otra vez me miraba.

—Voy a sincerarme con usted, señor Carpintero. Le voy a decir algo que ya le he dicho a su jefe, el señor Matos. Ese diario no debe hacerse público. Está escrito por una... —Se detuvo durante unos instantes, pero continuó—: Quizá voy a ser duro al decirlo, pero la señorita Ripoll no estaba en sus cabales. Exageró lo que podía ser una atención de Su Alteza, ¿comprende lo que le digo? No voy a permitir que ningún miembro de la Familia Real sea molestado en una vasta campaña de prensa, cuyos fines quizás a usted se le escapen.

—Escuche, coronel, también yo voy a sincerarme. Bajo mi punto de vista, el señor Delforo está detenido, sin fianza, con pruebas circunstanciales, acusado de un crimen pasional. La única manera de defenderlo es mostrar el diario en el juicio. Y ahora que lo dice, es posible que Matos haya previsto una campaña de prensa, mostrando a la opinión pública ese diario. No veo otra manera de defender a Delforo.

—Ese juicio no se celebrará nunca, señor Carpintero..., nunca. Y Matos lo sabe, es bueno que usted lo sepa también.

—¿Me está amenazando, coronel?

—Tómelo como quiera.

Metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y me entregó una tarjeta. Sólo ponía su nombre y el número de un móvil.

—Puede llamarme en cualquier momento, señor Carpintero. Quizás usted sea más sensato que Matos. Bien, buenas noches.

Dio media vuelta y lo vi caminar hasta la puerta. Fui tras él. Pero al otro lado había un sujeto uniformado, junto al del traje gris claro.

—¿Adónde vas?

—A mi casa.

—No, no puedes todavía. Tienes que esperar a que te lo digan. —Me quedé inmóvil—. Es mejor que no lo intentes, en serio.

Cerraron la puerta y volví a sentarme en la silla. Encendí otro cigarrillo.

A la media hora llegaron los dos tipos de gris y Ricardo Saragola. Me puse despacio en pie y aguardé a que se acercaran.

El magnate se plantó frente a mí y me dijo:

—Vaya, vaya, vaya..., de manera que eres tú, qué casualidad, ¿verdad? Primero en el gimnasio y luego en mi propia casa. ¿A qué has venido, cabrón? No me creo eso de que estás con Matos. Dime la verdad y te podrás marchar tranquilamente.

—Sólo se lo voy a decir una vez, Saragola, así que escúcheme bien. Estoy

retenido en unas dependencias de su casa contra mi voluntad. Eso se llama secuestro.

Richi se volvió a los dos hombres.

—¿Habéis oído? ¡Es increíble! ¡Y nos amenaza! —Movi6 la cabeza—. Carpintero, Carpintero..., eres un poco boc6n, ¿verdad? ¿Qué le has dicho al Príncipe? No sé qué de esa chica..., lo tenías todo preparado, ¿no es así? ¿Quién te paga, cabr6n? —Se dirigi6 a los dos hombres de gris que permanecían inm6viles—: ¿C6mo ha podido entrar este hombre en mi casa?

Ninguno de los dos abri6 la boca y Saragola se quit6 cuidadosamente la chaqueta y la dej6 sobre una de las mesas.

—No voy a esperar a estar en el ring contigo, Carpintero. —Comenz6 a remangarse la camisa—. Y de paso le vas a dar un recado de mi parte a Estrachan, le vas a decir que me importa un par de cojones que me vigile. ¿Lo has entendido? Ponte a hablar, anda. Qué andabas buscando aqu6, ¿eh? ¿Que el Príncipe se cabreara conmigo?

—Pero ¿quién se ha creído que es usted, Saragola?

—Don Ricardo, el se6or Sanjusto ha dicho que... —comenz6 a decirle el del traje oscuro.

—¿Sanjusto? ¿Qué mierda me importa a m6 Sanjusto! ¡Estoy en mi casa!

—Déjenos a nosotros, don Ricardo —manifest6 el otro, el del traje claro—. Hablaremos con él... Ya nos conocemos.

—¿Ah, s6? —Richi solt6 una risita—. ¿Creéis que yo no puedo con él? Te vas a arrepentir de haberte colado en mi casa y de insultar a mi mujer.

—¿Por qué no se marcha a la fiesta, don Ricardo? Éste es nuestro trabajo. Márchese, por favor, es mejor.

—¿Vuestro trabajo? ¡Y una mierda! ¡Lo habéis dejado entrar como si nada! ¿Para eso os pago? ¡Sois todos una pandilla de inútiles!

—Ha entrado como personal de ayuda para el combate, don Ricardo. Traía autorizaci6n del director de la velada.

—No, no traía ninguna autorizaci6n. Me he colado en la fiesta —dije.

Richi me se6al6 con el dedo.

—¿Lo veis? Ha entrado por la cara. Y encima se chulea. Pero yo sé a lo que has venido, Carpintero. Eres un provocador, ¿verdad? Querías organizar un foll6n con la Casa Real, ¿eh? Joderme delante de Su Alteza. Pero te ha salido el tiro por la culata.

—Escuche, Saragola, si me lo hubiera preguntado con buenas formas, es posible que le hubiera contado la raz6n de por qué estoy aqu6. Me he colado en su casa y le debo una explicaci6n. Pero su tono de voz me est6 jodiendo. ¿Por qué no se marcha con su mujercita a bailar?

Richi exclam6:

—¡Hijo de puta! —Y se lanz6 sobre m6. Pero los del traje gris lo sujetaron.

—Espere, don Ricardo, espere un momento —dijo el del traje gris oscuro, y se dirigió a mí—: Oye, Carpintero, te estás metiendo en un lío. ¿Por qué no te callas?

—Nadie tiene derecho a retenerme. O me llevan a unas dependencias policiales o me dejan marchar. Y es la última vez que lo digo. Me he colado en esta casa para ver a mi hijo, se llama Silverio y estaba previsto que boxeara en esta mierda de veladas que prepara usted, Saragola, eso es todo. Y he entrado colándome.

—Eso es mentira. —Saragola se soltó de los dos hombres—. Silverio no es tu hijo, se lo he preguntado y me ha dicho que nada de nada. Estás mintiendo, jodido cabrón.

—¿Cuándo se lo has preguntado a mi hijo? ¿Mientras se entretenía con tu mujer?

Lo vi ponerse cárdeno. Pero sonrió y les hizo un gesto a los de seguridad.

—Vamos, cabrón, vamos a ver cómo eres de listo, defiéndete. Te voy a romper la cara. ¡Vamos, cabrón!

Se puso en guardia, pero yo no estaba en forma. Llevaba demasiado tiempo sin boxear, pero ese hombre casi me daba pena. Un fanfarrón que permitía que su esposa tuviera un amante de dieciocho años. Un tipo que quería demostrar delante de sus subordinados que además de dinero y poder era alguien.

Lo había visto moverse en el ring con Silverio. Sabía que era un chapucero y no me preocupé demasiado. Y eso fue un error. Se me olvidó por completo lo del kick boxing, las patadas. Estaba atento a sus manos y no adiviné el golpe a la rodilla. Cuando mi cerebro lo registró ya era tarde. Me alcanzó un poco más arriba de la rótula y me doblé; casi grito de dolor. Retrocedí, chocando contra la pared. El otro pie me rozó la cara.

Giré a la izquierda y me metí a la corta distancia para que no volviera a patearme. Le alcancé en un rápido uno dos al hígado y a la barbilla y lo vi desplomarse. Entonces sentí los dos golpes en los riñones lanzados por detrás. Dos mazazos que me dejaron sin aliento, sin que supiera quién me los había propinado, el del traje oscuro o el del claro. ¿Qué importaba eso? El caso fue que me agarraron de los brazos mientras Richi primero se ponía de rodillas y luego en pie, con la mirada turbia. Los dos esbirros comenzaron a machacarme el estómago con la precisión de redobles de tambor.

Pero aún pude escuchar a Richi, que les gritaba:

—¡Esperad, dejádmelo a mí, dejádmelo!

—No le vaya a marcar la cara, don Ricardo, tenga cuidado.

Lo vi retroceder, tomar puntería y preparar la pierna derecha. Cerré los ojos y me encogí, endureciendo los músculos del estómago. La patada me alcanzó en mitad del pecho. Supe que iba a desmayarme de dolor, la habitación y Richi comenzaron a dar vueltas, mientras lo veía retroceder de nuevo y tomar

carrerilla para patearme otra vez.

Pero alguien gritó:

—¿Qué es esto, Ricardo? ¿Qué pasa aquí?

Entre brumas distinguí al policía, a ese tal Luis Sanjusto, y a otro hombre, que podía ser Matos. Noté que me soltaban y me apreté el pecho con las manos, intentando que el aire entrara en mis pulmones. Me tambaleé, pero todavía pude escuchar a Luis Sanjusto, que le decía algo a Saragola que no entendí, y a Matos, que decía:

—Espera, Ricardo..., trabaja para mí.

—Es un... hijo de..., es un... —pude escuchar a Saragola.

Los de seguridad me dejaron apoyado en la pared. Intenté enfocar a Matos y no desplomarme al suelo. El dolor en el pecho y en los riñones no me dejaba respirar. Luis Sanjusto y Saragola discutían. Todos me miraban sin decir nada. Y el del traje claro me palmeó la mejilla.

—Tienes suerte, tío —me dijo, y sonrió.

Alguien ordenó:

—Llévalo al coche del señor Matos ahora mismo.

Mientras conducía, Matos me iba diciendo:

—Ricardo Saragola es muy poderoso, enormemente rico, te diría. Uno de los hombres más ricos del país. Me extraña que no lo conozcas. Su trust bancario es el más importante de España y el cuarto o el quinto del mundo. Y está ligado a un partido de la oposición. ¿Comprendes? Tiene importantes intereses con la Iglesia, el Vaticano... En realidad con todo el mundo. Es intocable. Menos mal que me conoce.

Su coche, el BMW negro, rodaba sin ruido hacia la Plaza de Castilla.

Y añadió:

—¿Vas a decirme de una vez por qué montaste ese número con Su Alteza?

—Déjame en paz, Matos. Me duele todo el cuerpo.

—Como quieras, Toni. Pero si quieres un consejo, no vuelvas a colarte en la casa de nadie. Y menos en la de Ricardo Saragola.

Apoyé la cabeza en el respaldo del asiento y entrecerré los ojos.

Matos me llevó hasta el portal de mi casa. Sentí una extraña alegría interior, como si fuera un caballo que regresara a su cuadra.

Pero se me había olvidado la peste en la entrada. Las bolsas de basura se extendían por el patinillo. Ningún vecino había sacado el cubo de la basura fuera. Yo tampoco. Miré el reloj. Eran las tres y media de la madrugada y el camión de las basuras debía de haber pasado a las diez de la noche. Faltaban casi veinticuatro horas para la próxima recogida.

Tardé una eternidad en subir las escaleras.

—Sí, sé quién es usted, Román Gades. Me acuerdo perfectamente. Usted participó en la reunión que celebramos en la Dirección General, cuando aparecieron en el diario de la señorita Ripoll ciertas menciones a un miembro de la Familia Real. Espero que no se extrañe si le digo que estamos acostumbrados a eso. La Familia Real tiene bastantes actividades protocolarias, pero muchas otras son privadas, como una familia cualquiera: amigos, conocidos, reuniones fuera del protocolo... Algunas de esas amistades, o conocidos casuales, intentan, a veces, aprovecharse de ese contacto con la familia para su propio beneficio. Y ahí es cuando entramos nosotros. Su Majestad es, y no hay que olvidarlo, jefe del Estado. Y por ley sucesoria, su hijo lo será también. Espero que comprenda el alcance de mis palabras.

—Lo entiendo, créame, coronel. Y muchas gracias por recibirme —contestó Gades—. Como usted sabe, llevo el caso del asesinato de Lidia Ripoll.

Román Gades hizo una pausa. Se encontraba en el despacho particular del teniente coronel Manuel Estrachan, director adjunto de Seguridad de la Casa Real, situado en el ala oeste del palacio de La Zarzuela. Una habitación grande, con dos ventanales enrejados que daban a un pequeño jardín interior. Detrás de la enorme mesa de caoba se encontraban los retratos de la pareja real. Sobre la mesa, cubierta de papeles, había una pequeña bandera española sobre un basamento de piedra.

Gades continuó:

—Verá, lo he meditado mucho, señor Estrachan, y no sabía a quién acudir. Finalmente he decidido que tenía que hablar con usted. He consultado el organigrama del Ministerio del Interior y usted..., ustedes, dependen del Centro Nacional de Inteligencia, ¿no es cierto?

—Hasta cierto punto. Pero sólo a nivel formal. Somos bastante autónomos, por así decirlo. ¿Sabe cuántos servicios de información existen en nuestro país? Le asombraría saberlo, inspector. La Guardia Civil tiene el suyo propio, la Policía, que usted conoce, también, sin contar los de los municipales, las Policías autonómicas y el alto Estado Mayor del Ejército, que a su vez coordina los servicios de información e inteligencia de los tres ejércitos y el de la Guardia Civil. Pero hay más, la Jefatura del Gobierno también tiene otro, el Servicio de

Documentación de Presidencia, y finalmente nosotros, La Zarzuela. Todos ellos bajo la batuta del Centro Nacional de Inteligencia, que depende del Ministro del Interior. ¿Se da cuenta? Por eso le he mencionado antes que dependemos del Centro Nacional, por supuesto, pero que la dependencia es bastante informal. De hecho, cada uno de los servicios de inteligencia, o de información, que le he mencionado son bastante autónomos.

—Necesito que me busque una Cita con el director del Centro.

—Deme una razón de peso, inspector.

—Mire, hará un par de semanas tuve conocimiento de cierto material reservado conseguido por la Brigada Central de Información de la Policía. Sus dependencias están próximas a la mía, la de Homicidios, en concreto el Grupo Primero, que es al que estoy adscrito. Bien, se trata de una serie d, e fotografías que se realizaron clandestinamente al señor Delforo, el acusado del crimen de doña Lidia Ripoll, entre los meses de junio y julio de este año. Es decir, dos meses antes del crimen. Y digo clandestinamente porque no medió orden judicial alguna. La razón que me dieron fue que el señor Delforo podía estar detrás de los disturbios universitarios que se produjeron por esos días. He enviado varias peticiones oficiales al señor Requena, jefe de la Brigada de Información, pidiéndole que me dejaran acceder a ese material reservado... La contestación ha sido que esas fotografías no existen y que nunca hubo un seguimiento del señor Delforo en esas fechas.

Manuel Estrachan lo interrumpió.

—¿Y le consta que existe ese material, inspector? Me refiero a esas fotografías.

—Sí, me consta. He visto algunas de esas fotos. Para mí no cabe duda. La Brigada de Información hizo un seguimiento ilegal del acusado, el señor Delforo, dos meses antes de que, presuntamente, asesinara a la señorita Ripoll sin razón ninguna. Lo cuales bastante extraño, ¿no le parece?

—¿Dos meses antes? ¿Está seguro?

—Sí, estoy seguro. Esas fotos incluyen el día, la hora y el año en que fueron realizadas, como es habitual. Bien, le diré que tuve acceso a algunas de ellas por casualidad... Permítame que no le mencione, de momento, la vía por la que conseguí ver algunas de esas fotos.

—¿Le consta para quién fue hecho el seguimiento del señor Delforo? ¿Alguna empresa privada, un servido de información extranjero?

—No lo sé... Y por eso quisiera entrevistarme con el director de los Servicios de Inteligencia.

Gades hizo una pausa. Manuel Estrachan continuaba con los ojos fijos en él.

—Tengo que decirle que fui yo quien descubrió el diario de la señorita Ripoll en el segundo registro, con mandamiento judicial, que efectuamos en su domicilio. Fue una casualidad, el diario se encontraba en la biblioteca, disimulado como un libro cualquiera, incluso con una tapa. Se trataba de Caballería Roja, la obra de

un escritor soviético, Isaac Babel, escrita en 1924. Busqué el libro y finalmente lo compré en una edición reciente. Isaac Babel fue víctima de un asesinato de Estado en 1941. Ese libro es, en realidad, una crónica de una guerra, la que realizó el Ejército Rojo en los años veinte contra los ejércitos zaristas, ayudados por las potencias extranjeras.

—¿Caballería Roja? Vaya, tengo que confesarle que no lo leí. ¿Y tiene que ver con el caso que nos ocupa?

—Aparentemente no. A no ser que... —dudó unos instantes—, bueno, ese escritor, Babel, queriéndolo o no, retrató prácticas y situaciones que hacen referencia a las cloacas del recién creado Estado soviético. Todos los Estados tienen cloacas —Gades sonrió, pero Estrachan se mantuvo sin mover un músculo—, incluidos los Estados socialistas, claro. Y el caso Lidia Ripoll..., quiero decir, la aparición de esas fotos de don Juan Delforo, si se confirmaran mis sospechas... ¡podrían poner de manifiesto una trama que se me escapa.

—Le agradezco su sinceridad, inspector. Puedo organizarle una cita con don Luis Sepúlveda, el director. Pero ¿qué le pedirá?

—Su palabra de honor de que el Centro Nacional de Inteligencia no dio orden de seguir al señor Delforo dos meses antes del asesinato.

—¿Y si no es así?

—Entonces estoy perdiendo el tiempo.

No dormí bien, tuve sueños agitados y confusos. Siempre el mismo sueño: el pasillo de mi casa y la puerta del dormitorio entreabierta y los gemidos y la bruma espesa. Y yo avanzando despacio por el pasillo. Es un sueño que yo no quiero soñar, pero que sueño y que en el sueño quiero que termine, deseo despertarme y no llegar al final.

Me incorporé en la cama sudoroso y agotado. Eran las doce de la mañana y el tibio sol de octubre entraba en la habitación por los cristales del balcón sin cortinas. El tráfico de la calle Esparteros bullía abajo, en la calle atestada de vehículos. Tomé uno de mis Ducados y lo encendí, me senté en la cama.

Me dolía el pecho, el estómago, los riñones y el muslo derecho. Siempre es así. Los golpes duelen más después. Yo sé un poco de ese asunto. En medio de la pelea, con la excitación, los golpes pasan desapercibidos, no duelen, apenas los sientes. Aunque el golpe que te tumba no lo ves venir. Es igual que el disparo que acaba contigo, ése no llegas a escucharlo.

Al menos eso contaba mi padre de su experiencia de miliciano durante la Guerra Civil. Mi padre no hablaba mucho. De hecho, habló muy pocas veces conmigo. Esa conversación se la escuché en la Cervecería Alemana, cuando yo no tendría más de nueve años. La recuerdo muy bien. Yo fui a buscarlo para traerlo a casa y que no se emborrachara. Lo encontré sentado a una mesa hablando con un antiguo compañero del frente. Un viejo con boina y el rostro alargado y seco. Aún lo recuerdo. Dijo: « ¿Éste es tu chaval, Antonio? ». « Sí, éste es », respondió mi padre.

Me senté en la mesa de al lado, en silencio, mientras mi padre y su amigo se emborrachaban de anís y hablaban de los viejos tiempos, de los amigos muertos, de la cárcel, del tiempo perdido irremisiblemente. Entonces mi padre contó eso, lo del disparo que te mata y que no escuchas. « Los tiros que oyes son los que no te matan », le dijo a su amigo.

Y añadió, mirándome: « Lo que acaba contigo no lo ves venir, hijo, acuérdate de eso ».

Luego, horas más tarde, lo conduje a mi casa, mientras mascullaba

imprecaciones ininteligibles y continuaba discusiones que había comenzado años atrás y que aún no había terminado.

Pero si algo sé, es que nadie debe compadecerse de sí mismo. Nadie. Ese sentimiento te anula y te convierte en un inválido. De modo que apagué el cigarrillo a medio terminar, abrí el balcón y me puse a hacer algunos movimientos gimnásticos, esperando sudar. Continué con flexiones hasta que el sudor comenzó a brotar. Después me duché y me sentí un poco mejor. Pero descubrí que la chaqueta nueva estaba hecha una pena. No me había dado cuenta. Se había descosido por la espalda; debió de ser cuando me enfrenté a Saragola. La mierda del jodido Huang *el Chino*, que cosía trajes en tres horas. Me puse el otro traje, el viejo, y preparé café. Era lo único que había en mi casa. ¿Le echaba unas gotas de ginebra?

Lo hice y me sentí medio bien. Calculé que los dolores corporales tardarían tres o cuatro días en desaparecer, a no ser que comprara linimento, el principal auxilio de un boxeador, lo que nunca debe faltar en el botiquín de un gimnasio.

Encendí otro cigarrillo y me puse a pensar. Saragola se había asombrado de que yo estuviera con Matos, no se lo esperaba. Eso me salvó. ¿Qué tenían que ver Matos y Saragola? ¿O era Matos y Totalsecurity? ¿Qué querían los de esa empresa de seguridad? ¿Tenían algo que ver con Lidia?

Eran demasiadas preguntas.

En la guía de teléfonos, en el epígrafe de empresas de seguridad, la publicidad de Totalsecurity ocupaba una página entera. La sede se encontraba en el polígono industrial de Alcobendas y anunciaba, con gran alarde tipográfico: «Seguridad en hombres y Tecnología puntera. ¡Invertir en seguridad es invertir en Felicidad!». La oferta incluía domicilios privados, urbanizaciones, empresas, tiendas, discotecas... y protección personal. Con filiales en México, El Salvador, Buenos Aires, Miami, Nueva York... Apunté los teléfonos y la dirección. Pero... un momento.

Discotecas.

Vaya, una imagen comenzó a formarse en mi mente. Me vi a mí mismo en El Círculo, apoyado en la pared, esperando a que Cristina acudiera para pedirle un gin-tonic. Recuerdo que me dediqué a recorrer las paredes con la mirada. Había una chapa en la puerta. Eso es, una chapa en la que ponía «Seguridad» sobre un círculo cruzado por un puñal, el símbolo de Totalsecurity.

Y la discoteca se llamaba El Círculo. ¿Una casualidad?

Antes eso no tenía importancia, ahora sí. Alguien tendría que hablarme de Totalsecurity. Veamos..., muchos policías que dejan el cuerpo se apuntan a la seguridad privada. Hagamos una lista... Inchausti, Carrión... No, Carrión no, está en un banco. Pero mi amigo Nico Sepúlveda trabajaba en seguridad, pero vivía en Miami. Nos enviamos postales por Navidad, pero sólo eso.

Llamé a Draper.

—¿Draper? Soy yo, Toni... Escucha..., sí, estoy bien, sí, el curro con Matos, pero no durará siempre... Eso es, escucha, ¿sabes algo de algún compañero que esté en la seguridad privada? ¿Eh? Sí, las empresas de seguridad. ¿Quién? ¿Balmace da? ¿Quién es Balmaceda? ¡Ah, sí, Vicente, el de Registro!... ¿Dónde puedo verlo? Ya..., espera que tome nota. —¿Dónde había un lápiz?—. Espera, Draper, tengo que encontrar algo con que apuntarlo... Creo que no tengo lápices; repíteme el número otra vez. De acuerdo... Gracias, hasta luego.

Lo anoté rápidamente en la memoria del móvil y lo llamé. Vicente Balmaceda estaba destinado en Registro, y ahora parece que tenía un cargo en una empresa de seguridad, Seguridad Zeus. Se puso una mujer, se escuchaban ruidos detrás, un niño llorando, y le dije que me pasara con Vicente Balmaceda, y o era Antonio Carpintero.

Balmaceda se puso muy contento. Era nada menos que director de operaciones de Seguridad Zeus. Quedamos en vernos esa misma tarde, a las cuatro y media para tomar café, en un bar de la calle Conde de Peñalver llamado El Expreso. Me dijo que podría contarme bastantes cosas de Totalsecurity. «Esos cabrones», dijo.

Cerré el móvil, pero volvió a sonar. Vaya por dios.

Era Lola, reconocí su voz.

—¿Toni?

—Sí, soy yo. ¿Qué ocurre, Lola?

—Te llevo llamando desde hace un buen rato. Oye, escucha, Matos me lo ha contado todo, es increíble, oye, ¿te han hecho daño? Pero mira, no te llamo para eso, es que Juan quiere hablar contigo. Me acaba de llamar y me ha preguntado si está bien tu número de móvil, te lleva llamando desde hace un buen rato.

—Sí, he tenido un buen ajeteo con el móvil, pero está bien. Llámalo y dile que estoy preparado.

—De acuerdo... Pero oye, ¿te parece que nos veamos un día de éstos? Me apetece mucho charlar contigo. ¿Qué te parece?

—Muy bien, Lola, pero hoy no puede ser, voy a estar ocupado.

—Yo tampoco puedo hoy, he quedado. ¿Te llamo uno de estos días?

—Sí, hazlo.

—Muy bien, adiós, un beso.

—Adiós.

Atravesé la Puerta del Sol con el móvil en la mano, esperando a que Delforo me llamara. En la cárcel están prohibidos los teléfonos celulares, sin embargo los hay. Algunos presos privilegiados los tienen. De todas maneras hay un servicio telefónico clandestino de precio variable. Tres minutos de uso pueden costar cinco mil pesetas.

Delforo me llamó cuando ya había dejado atrás la calle Preciados y caminaba por la Gran Vía rumbo a San Bernardo. Su voz sonaba ligeramente

distorsionada. Quería darme las gracias por lo que había hecho y lo llamó «resultados espectaculares». Se le notaba contento y me hablaba desde la celda. Le había alquilado el celular a un compañero preso por diez mil la media hora. El teléfono debía de ser de algún funcionario.

Me dijo que se había resignado ya a que yo no escucharía nunca las cintas originales, de manera que las estaba reproduciendo, escribiéndolas. Pero, de pronto, me preguntó por Helena. Me extrañó. Se mostraba muy preocupado por la actitud de la madre de Lidia conmigo.

—Bueno, Juan, ¿qué quieres que te diga? Se cree lo que escribió su hija en el diario, sigue pensando que le metí mano aquella madrugada. No pude hacerle cambiar de opinión.

—Siempre creí que Helena te quería mucho, y a ves. Al menos eso es lo que me contaba. Siento mucho todo eso que ocurrió, Toni.

—No fue culpa tuya, Juan. Pero y tú, ¿cómo te va? ¿Te estás acoplando al ritmo del talego?

Lo escuché reírse.

—Ya soy un veterano, Toni. ¿Cómo sigue el barrio? ¿Y las churreras?

—Ahí siguen, como siempre. Todo está igual, Juan... Pero te echamos de menos.

—No sabes lo importante que es la libertad, Toni. Ahora que estoy encerrado me doy cabal cuenta de lo que significa poder moverse por ahí sin impedimento. «La libertad, amigo Sancho, es uno de los más preciados dones de los hombres», dijo don Quijote, y es verdad, compañero, la más pura verdad. Si vieras cómo echo de menos nuestros paseos por los pocos bares interesantes que quedan en Madrid... Brinda por mí en cuanto puedas, Toni.

—Sí, lo haré.

—Escucha, estoy escribiendo a un ritmo de entre quince y veinte folios diarios. Creo que terminaré la novela enseguida. Gracias a eso puedo aguantar la espantosa rutina de la prisión. Pero quería decirte... ¿Sabes que estuve con el Príncipe? ¿Que lo conozco? Fue el año pasado, en una de esas recepciones del Palacio Real por el Día del Libro, el 23 de abril. Hablé con él, es un muchacho tranquilo y sereno, me gustó.

—Yo también hablé con él, ayer mismo.

—¿En serio? Matos no me ha dicho nada.

—No tiene interés para nuestro asunto, Juan. Pero le pregunté si conocía a Lidia y me dijo que sí, que la recordaba de alguna fiesta.

—Bueno, Toni..., aquí el amigo está en la puerta, viene a por su móvil... Oye, quiero contarte algo muy importante; podría escribírtelo, pero aquí censuran la correspondencia, como sabes, prefiero contártelo cara a cara, para que me perdones. —Lo escuché reírse y decirle al de la puerta: «Espera un momento, Josif» —. Es un compañero, se llama Josif..., o bueno, él dice que se llama así y

es ruso... Su *peta chungo* es Víctor Clemente. —Otra vez lo escuché reír—. Habla español muy bien... Mira, Toni, tienes que venir a verme, es importante, me remuerde la conciencia, quiero decírtelo de una vez. A ese funcionario, Cifuentes, lo han trasladado a la Dirección General de Prisiones, habla con Matos para que te busque un vis a vis conmigo. Él lo puede hacer. ¿Se lo dirás?

No me dio tiempo a contestarle. El móvil enmudeció de golpe. Continué caminando Gran Vía abajo.

Toqué el timbre de la puerta del Burbujas. Alcé la mirada al balcón esperando que Juanita se asomara. Pero abrió Catalina *la Grande* y se quedó en medio de la puerta, mirándome.

—Vaya, eres tú. ¿Qué quieres?

—Hablar con Juanita. ¿Qué te pasa, Catalina?

Seguía en la puerta, impidiéndome el paso. La vi volverse y la escuché gritar:

—¡Juanita, es Toni!

Los dos aguardamos.

—¿Quién? —Era la voz de Juanita, desde la cocina.

—¡Toni, y quiere subir a verte!

Otro instante de silencio.

—¡Vale, dile que suba!

Catalina se apartó y entré al bar.

—Está en la cocina. —Me señaló la escalera.

Como si yo no lo supiera.

Juanita estaba preparando la comida, pelando cebollas y ajos que arrojaba en una sartén. No levantó la mirada cuando me acerqué y la besé en el cuello.

—¿Qué haces?

Se encogió de hombros.

—Ya ves.

Me senté a la mesa, detrás de ella, y encendí un cigarrillo. Catalina pasó de largo y se encerró en su habitación. Un pajarito enjaulado piaba desde algún lugar de la vecindad. Era una paradoja, los pájaros enjaulados cantan para reafirmar su territorio. Su pequeño reino es la jaula, su cárcel.

Juanita llevaba una falda descolorida, sobre la que se había colgado el delantal, una camiseta negra holgada y calzaba zapatillas.

El silencio se estaba convirtiendo en incómodo.

Olía bien, estaba preparando un pisto. Los golpes de la espumadera en la sartén sonaban como pistoletazos. Pero terminó, puso el fuego bajo, tapó la sartén con la tapadera de una olla y se volvió secándose las manos en el delantal.

Con la cabeza baja, dijo:

—Bueno...

Aguardé. Pero era un juego que no me gustaba. Nunca me había gustado. Y le pregunté:

—¿Qué ocurre aquí, Juanita?

Se apoyó en la cocina y levantó la mirada. Aún continuó secándose las manos unos instantes más.

—¿Tú qué crees, Toni?

Una extraña cólera me subió desde el estómago a la cabeza. El pecho me seguía doliendo cada vez que respiraba y el simple paseo desde mi casa al Burbujas me había hecho cojear. Y ahora teníamos esto. Pero intenté calmarme. Aplasté el cigarrillo en el cenicero de lata roja, regalo del representante de Cinzano, que llevaba casi veinte años en esa mesa, y le contesté:

—Ayer vi a Silverio. Iba a boxear en un combate clandestino, pero la pelea se suspendió por la presencia del Príncipe. Tuvo suerte.

—Sí, ya lo sé... Me lo ha contado todo. Pero tuviste que pegarle, ¿verdad? —Vaya, era eso—. Le sacudiste..., como eres tan macho, ¿verdad?

—¿Eso es lo que te ha contado él?

—¿Es que es mentira? ¿Eh? ¿Vas a decirme que se lo ha inventado? Le pegaste un puñetazo, Toni. A un chaval... Debí habérmelo figurado... Siempre has sido igual..., tienes que presumir de que has boxeado, ¿eh? Fardar delante de todo el mundo... Siempre has sido un jodido chulo, un presuntuoso... Nunca me he sentido querida por ti, ¿te enteras? Nunca..., llegabas, te apoyabas en el mostrador..., era como si me hicieras un favor, Toni Carpintero *el Grande*, el gran macho que es capaz de pegarle a cualquiera.

—¿Ya has terminado?

—Sí, ya he terminado.

Guardé el paquete de cigarrillos en el bolsillo de la chaqueta, pero antes de levantarme de la silla, la puerta de la habitación de Silverio se abrió y Silverio, con un pitillo en la boca y las manos en los bolsillos de los pantalones, se asomó. La parte izquierda de la mandíbula la tenía negruzca, una mancha que casi le llegaba a la oreja. Debía de haberle pegado mucho más fuerte de lo que creía.

—¡Eh, no discutáis, me duele la cabeza!, ¿vale ya?

—Vaya, estás en casa, ¿eh, Silverio?

—¿No lo ves, tío?

—No me llames tío, Silverio. Me jode bastante.

—¿Es que le vas a volver a sacudir? —Juanita levantó la voz—. ¡Anda, sacúdele, eso es lo único que sabes hacer! ¡Venga, pégale!

Me puse en pie y caminé hasta la puerta.

—¿Adónde vas? —me preguntó Juanita.

—A tomar el fresco, aquí hay demasiada gente.

Silverio nos miraba divertido desde la puerta.

—¿Demasiada gente? —preguntó Juanita.

—Sí, hay un jurado, un juez y un verdugo. —Me volví a Silverio—. ¿Por qué no le has contado la verdad?

—Adiós, tío.

Di un paso hacia él, pero retrocedió con rapidez y cerró la puerta de su cuarto. Me quedé unos instantes frente a la puerta, esperando que Juanita me dijera algo. Pero no lo hizo y bajé las escaleras, atravesé el oscuro bar y salí a la calle, al suave solecito del otoño.

Cuando me di cuenta estaba en la Castellana y otra vez me dolía la pierna derecha. Se me había olvidado que tenía que comprar linimento. El Linimento Sloan, pero las farmacias ya estaban cerradas. Tendría que aguardar a las cinco.

Estaba en territorio extraño. El Paseo de la Castellana es la frontera entre mi mundo, Malasaña, Lavapiés, el centro de Madrid, y el otro, el barrio de Salamanca. Pero no podía caminar, de modo que tiré a la derecha y me introduje en el Café Gijón.

Un hombre que dijo llamarse Bárcenas, el relaciones públicas del café, me aconsejó comer arriba; el comedor de abajo era más caro. Se lo agradecí y me senté a una mesa. Afortunadamente Luengo no había acudido a tomarse el aperitivo.

Le indiqué al camarero que quería el plato del día. Y me contestó que los domingos no había. Me di cuenta de que era domingo. Se me había olvidado.

Vicente Balmaceda leía el periódico sentado a una mesa del rincón, en El Expreso, un pequeño bar vacío. Había engordado bastante y la cabeza se le había vuelto cilíndrica y extraña, como si el rostro se le hubiera empequeñecido. Llegué hasta su lado, levantó la cabeza del periódico, se puso en pie y me abrazó.

—¡Coño, Toni, qué alegría! Pero siéntate, hombre. ¿Cómo te va?

—Tirando, Vicente, ya sabes. Sigo con Draper.

—El jodido cabrón de Draper...

Me senté frente a él y apartó el mazo de periódicos dominicales. Y añadió:

—... ese cabrón sacó más pasta cuando estaba en comisaría que el hijo tonto del rey, qué bárbaro. ¿Sabes cuántas casas tiene?

—Ni idea.

—Seis pisos en Madrid y un par de locales comerciales. Y sigue currando, hay que joderse. Bueno, bueno, Toni —me golpeó el brazo—, ¿qué tomas?

—Café solo.

Llamó al camarero y pidió dos solos y dos chupitos de coñac. Luego me explicó que los domingos solía pasar la tarde con su familia, los jodidos nietos y su yerno, que se ponían a ver la televisión y a armar escándalo. Vivía ahí al lado, a unas cuantas manzanas. Me agradecía mucho que lo hubiera sacado de casa. Su hija venía a verlo cuando necesitaba algo, ya fuera dinero o que se quedara con los nietos para cuidarles.

Balmaceda había sido el encargado del Registro, el que recibe a los detenidos y les toma la primera declaración, si quieren hacerla. En caso contrario, pasan la noche en el calabozo y al otro día van a jueces, para que declaren. Así estuvo

siete años, luego lo destinaron a otra parte. Llevaba mucho tiempo sin verle.

Bebimos el café y paladeamos el coñac. Estuvimos hablando de los viejos compañeros y de aquellos tiempos. Era inevitable. Balmaceda era tres o cuatro años mayor que yo y se había jubilado dos años atrás.

—Lo de las empresas de seguridad es el futuro, Toni. Te lo digo yo. De aquí a unos cuantos años esto va a ser como Inglaterra o Estados Unidos. Aquí ya no le interesa a nadie la Policía normal, ¿entiendes? Todo se va a privatizar —empezó a contar con los dedos—, el servicio de correos, los trenes, la Policía, las cárceles. ¿Sabes cuántos policías privados hay ahora en España? —No aguardó a que yo pudiera responderle—: Más de ochenta y cinco mil. Y crecen a un ritmo mayor que las Policías estatales. ¿Te han ofrecido algo los de Totalsecurity?

Le conté el carácter de mi trabajo en un bufete de abogados. Y añadí:

—Los conocí ayer y me parecieron..., no sé, muy eficientes, muy cabrones, como tú dices. Y sobre todo, muy bien relacionados con gente importante.

—Bueno, Toni, verás, es que yo distingo entre las empresas de seguridad formadas por antiguos policías, como Seguridad Zeus, por ejemplo, y las formadas por militares. Ésos son otra cosa, ¿me entiendes? Mira, Totalsecurity es una multinacional, tiene sede en al menos seis países y filiales por todas partes. Esos tíos organizan golpes de Estado, asesinatos, revueltas, grupos paramilitares... Los contratan Gobiernos, no tienen nada que ver con nosotros..., aunque también se dedican a la seguridad privada.

—¿Tiene algo que ver Ricardo Saragola con Totalsecurity?

—Coño, Toni, ¿no sabes quién es Ricardo Saragola? Es uno de los socios de Totalsecurity. Bueno, eso se dice..., porque esas cosas se hacen a través de empresas intermediarias. No hay manera de saberlo. Saragola estuvo implicado en el intento de golpe del 23 de febrero de 1981, declaró en el juicio, pero salió absuelto. El teniente general Milans del Bosch era amigo suyo, y Saragola, curiosamente, estuvo en Valencia con él. Se calcula que Totalsecurity tiene, ella sola, un ejército privado de más de quince mil hombres repartidos por todo el mundo. Y para qué te cuento de la tecnología que manejan. Sofisticadá, de última generación. ¿Se puede competir con esa gentuza? No..., no se puede. Se llevan lo mejor del mercado y nosotros..., nada, a jodernos. Nos quedamos con las migajas. ¿Nunca has oído hablar de él?

—No, pierdo demasiado el tiempo en los bares cutres, Balmaceda. No alterno con quien debo, sino con quien quiero. Y eso es malo.

—¿Te ocurre algo, Toni?

—Nada, estoy pensando.

—El abogado ese para el que trabajas, ¿te ha pedido un informe sobre Totalsecurity?

—Bueno, no exactamente. Es el abogado que lleva la defensa de Juan Delforo, ¿te suena? El presunto asesino de Lidia Ripoll, la de la tele.

—Sí, sí..., me suena, Juan Delforo, sí, ya lo creo. Pero me dijiste que estabas con Draper, ¿no? ¿O es que lo has dejado?

—No, no lo he dejado. Lo que pasa es que no tengo un contrato en exclusiva con él. De vez en cuando me salen otras cosas. La agencia de Draper lleva sobre todo cobro de impagados, me dedico sobre todo a eso.

—¿Y por qué no te sacas la licencia de detective privado? Para nosotros está chupado. Yo la tengo. Te hacen un examen psicotécnico que es una mierda y te dan la papela. ¿Cuántos años te tiraste en el cuerpo?

—Veinticinco.

—Pues ya está, chupado. Deberías hacerlo. Saca el título y te vienes conmigo. Te doy curro, ¿eh, qué dices? De vez en cuando nos salen investigaciones. Ya sabes, adulterios, ejecutivos ladrones, herencias... Chorradas, pero que dan pasta. ¿Por qué no te animas?

—Si lo hago, tú serás el primero en saberlo, Balmaceda.

—Oye, ese abogado, me refiero con el que estás currando, el que defiende a ese Delforo, no será un tal Cristino Matos, ¿no?

—Sí, ése es, Cristino Matos.

—Pues es el que más sabe de Totalsecurity, fue su abogado.

Leandro apareció en el portal de mi casa a la media hora de haberlo llamado, con el viejo maletín de su padre en la mano y su cara de despiste de siempre. Aún no había cumplido los cincuenta, pero continuaba teniendo rostro de adolescente asombrado. Se afeitaba una vez a la semana y por el qué dirán. Apenas si tenía pelo en la barba.

Antes de que me viera sentado en la escalera, le dije:

—Leandrito, majo. ¿Por qué no te pones gafas?

Hacía lo menos dos años que no lo veía.

—Oye, Toni, joder, no me llames Leandrito, ¿vale?

Le señalé la portería.

—Es esa cerradura. ¿Has traído las espadas?

Leandro se tapó la nariz y empezó a protestar:

—¿A qué huele aquí, joder? Toni, yo tengo una familia, ¿entiendes? No soy como tú, que pareces un vagabundo. Estaba a punto de echarme la siesta con mi señora y vas tú...

—Leandro, tienes un negocio de cerrajería abierto las veinticuatro horas, no me vengas a joder. Además, van a ser diez minutos. Y deja ya de piarlas, anda. Me mareas.

Acercó el rostro a la cerradura. El olor lo echó para atrás.

—¡Joder, qué guarrería es ésta! —Se tapó la nariz—. ¡Cómo vives, Toni, hay que ver!

—Abre de una vez esa mierda de cerradura. Así podrás acostarte enseguida con tu señora.

—Y si nos ve alguien, ¿eh? ¿Qué pasa?

—En este edificio no hay más que oficinas, menos en el cuarto piso, donde vivo yo. No hay peligro de que suba nadie. Hoy es domingo. ¿Vas a abrirla o no?

Dejó el maletín de cuero en el suelo y lo abrió. Las ganzúas estaban clasificadas por tipos de cerraduras. Leandro se las acercaba a los ojos y las iba desechando, mientras decía:

—No creas que no tengo ganas de tirar esta mierda de espadas a la basura.

No sirven para nada, ahora hay aparatos cojonudos, los desbloqueadores de cerraduras. —Levantó la cabeza del maletín—. ¿Has oído hablar de ellos?

—No.

—Son una especie de ordenadores en miniatura, por así decirlo. Los metes dentro de las cerraduras y te dan el código de los engranajes. Te lo dibujan, vamos. Y luego no tienes más que meter el código y el aparato te hace la llave, es la hostia. Tardas unos cinco minutos. Los mejores son los israelitas, aunque también hay alemanes y americanos. Yo tengo uno israelita, un Godwing Premiun, pero hay que registrarlos en el Ministerio el Interior. Esto de las ganzúas es de cuando Prim era cadete, joder.

—¿Cómo sigue tu padre?

—¿Mi padre? Pues ahí sigue, en casa. Ya ni siente ni padece. Se pasa las horas sentado en el sofá mirando por la ventana. Ha dejado de hablar, ¿te parece a ti eso normal?

—Yo ya no sé distinguir lo que es o no es normal, Leandro.

Su padre, Leandro Rosales, alias Dartañán, había sido el mejor espadista de Madrid. Se decía que podía abrir cualquier cerradura que se le pusiera por delante. Su habilidad era legendaria. Lo recuerdo elegante, educado y con dedos de pianista. Una vez me dijo: « He abierto más de cinco mil cerraduras, incluidas cajas fuertes, prácticamente no hay cerradura que yo no pueda abrir. La única que nunca he sabido es la del corazón de una mujer que conocí cuando tenía veinte años» .

Por fin, Leandro levantó una arandela en la que había ensartadas un mazo de ganzúas que tintinearon.

—Aquí están las Fac, vamos a ver si sirve alguna.

—Esa cerradura tiene todo el aspecto de ser antigua. Seguro que la abres.

Elegió una de las ganzúas y pegó el rostro a la cerradura.

—Oye, Toni, el olor sale de aquí. ¿Qué pasa?

Me miró inquieto.

—Abre de una vez.

Fue probándolas y desechándolas. No tenía ninguna habilidad. Su padre hubiera abierto esa cerradura de espaldas y con una sola mano.

Cuando faltaban cuatro ganzúas, una de ellas se quedó encajada. La giró a izquierda y luego a derecha.

—Vaya, ésta parece que sí.

Sonó un chasquido y el cerrojo interior se descorrió. Leandro se echó para atrás.

—Yo no entro ahí, Toni. Lo siento, pero me las voy a pirar.

Hice girar el picaporte y abrí la puerta unos centímetros. La peste casi nos arrojó de espaldas. Leandro ya había guardado el mazo de ganzúas en el maletín. Retrocedió hasta el portal, tapándose la nariz con la mano.

—¡Yo me voy, Toni, y o no he estado aquí! ¿Vale? ¡Me voy ahora mismo!

—Espera un momento.

—¡No, me las piro!

—¡Espera!

Se calmó. Pero respiraba agitadamente, aún con la mano en la nariz.

—Si te vas, nunca has venido aquí. ¿Lo has entendido?

Asintió a cabezazos, dio media vuelta y salió en estampida.

Empujé la puerta. Sentí el característico e intenso hedor a muerte y putrefacción. Hacía tiempo que no lo sentía. Encendí la luz. Nunca había entrado a esa portería. Era un cuchitril alargado y sin ventilación, decorado como un burdel chino, o como se supone que lo sean. Una pesada alfombra en el suelo, luces indirectas rojas, gasas vaporosas en las paredes y fotografías de hombres desnudos en variadas posiciones, solos o acompañados de animales o de otros hombres. Porno duro y explícito. Apenas si había muebles.

Pero todo estaba revuelto, tirado por el suelo: botellas, jarrones rotos, cajitas y ropa. Poca cosa, pero que en una habitación tan pequeña destacaba mucho.

Decidí entrar, apretándome la nariz con los dedos. Ace bes ya no me diría lo que había hecho con las jodidas cintas. Era un bulto pálido abierto de piernas, tumbado, desnudo y muerto, en un diván al fondo de la habitación, que formaba una especie de hornacina pagana o de altar de sacrificios de algún rito ancestral.

No uso pañuelo, pero en aquellos instantes lo deseé. Di unos pasos dentro de la habitación, intentando no respirar, ni que me dieran arcadas. El asesino, o los asesinos, buscaban algo. ¿El qué? ¿O se trataba de una muerte a causa de un robo? Podían ser muchas las causas, sólo que no me las creería jamás.

Le calculé un mínimo de tres días muerto. Tres días pudriéndose en esa capilla dedicada a su actividad favorita. La rigidez cadavérica había dado lugar a la laxitud de la putrefacción, aunque aún no se le había abierto el vientre, anormalmente hinchado, como es habitual, ni habían aparecido los gusanos en los orificios corporales. Estarían dentro, pugnando por salir.

Más cerca me di cabal cuenta. Tenía el rostro vuelto hacia mí con los ojos desesperadamente abiertos. Le habían cortado el cuello hasta casi desprenderse de la cabeza. La sangre, espesa y oscura, se había solidificado y le cubría el pecho, la parte posterior de la cama y el suelo.

Eso era lo que quedaba de Gumersindo Acebes.

La aparición de un cadáver es siempre un suceso en cualquier parte. Acordonaron la zona y los coches con las dotaciones policiales aparcaron en las aceras. El Grupo de guardia de Homicidios, dos mujeres y un hombre, llegaron un poco después y se hicieron con la situación. Entraron con mascarillas y maletines en la portería para realizar la primera inspección ocular. Luego me hicieron repetir la declaración que ya le había hecho a la primera dotación del coche patrulla que acudió a mi llamada por el móvil.

La policía de Homicidios que habló conmigo era una mujer joven y seria con el cabello corto, que lo fue apuntando todo en el cuaderno de notas. Luego lo pasaría al informe de incidencias de esa noche.

Le expliqué que yo era un vecino, el del cuarto B.

Y le dije:

—El señor Acebes, el portero, llevaba tres días sin aparecer y de la portería empezó a surgir un olor como a podrido. Entonces decidí llamar a la Policía. Llegaron a los cinco minutos, rompieron la cerradura y entraron. Descubrieron que el señor Acebes estaba muerto.

La policía me preguntó a qué hora había llamado, mi nombre y si había estado presente cuando rompieron la cerradura. Luego me preguntó si en esos tres días había escuchado algo, una pelea, ruidos..., y si había visto a alguien sospechoso en el edificio. Le dije que no. Me anunció que tendría que firmar la declaración y yo le dije que con mucho gusto.

Los del juzgado tardaron más de dos horas. Llegaron en un coche negro, junto al furgón del Anatómico Forense. Eran tres: el juez de guardia, también bastante joven y con gafas, un empleado del juzgado, probablemente el secretario, que llevaría el papeleo del levantamiento del cadáver, y el médico forense, que fumaba un cigarrillo. Los tres entraron a la portería junto a los de Homicidios.

Pero las aceras ya se habían llenado de curiosos, paseantes y vecinos de los inmuebles cercanos, algunos de ellos asomados a las ventanas y balcones. La televisión ya los había acostumbrado a los espectáculos en vivo.

Las hermanas churreras bajaron enseguida. Hortensia y Felicidad, con las batas sobre los camisones y en zapatillas; Angus, sin embargo, se había vestido y portaba una especie de gabardina amarilla. Parecía un buzón de correos. Una de ellas, quizá fuera Hortensia, sacó un spray y comenzó a rociar la entrada a la casa. Uno de los agentes de Policía se lo impidió y la vi discutir con él a grandes voces. Las hermanas estaban muy enfadadas porque no les dejaban atisbar lo que pasaba dentro de la portería.

Gades llegó un poco después, cuando ya era noche cerrada. Apareció en un taxi y me distinguió enseguida, apoyado en el escaparate de la tienda de modas de enfrente. Lo vi mostrar su identificación a los agentes y pasar dentro de la portería.

Llamé a la Policía a las seis de la tarde, pero eran las diez de la noche y el show duraba todavía. Sin embargo, poco a poco se fue despejando la acera. Primero fue el coche negro del juzgado el que partió con el juez, el secretario y el forense del cigarrillo. Un poco más tarde se procedió al levantamiento del cadáver. Fue llevado en una camilla cubierta al furgón, que partió enseguida haciendo sonar la sirena.

Los de Homicidios se quedaron en la puerta hablando entre ellos.

Probablemente ya habrían precintado la portería. Gades me lanzó un par de miradas.

Entonces Angus cruzó la calle con las manos en los bolsillos de la gabardina amarilla y se puso a mi lado. Se había peinado y arreglado como si estuviera en un acto social.

Se quedó unos instantes sin decir nada, mirándome. Yo hice lo mismo. Pero al fin, me dijo en voz baja:

—Has sido tú, ¿verdad?

—¿Qué?

—Sí, no te hagas el tonto. Tú le has cortado el cuello, ¿a que sí? A mí puedes decírmelo, no se lo pienso contar a nadie.

—Oye, espera un momento, Angus. ¿Se puede saber qué te pasa? ¿Te has vuelto loca o qué?

—¿Loca? Sí, sí..., loca, lo que yo te diga. —Volvió a bajar la voz y me sonrió

—. Has sido tú, lo sé todo. Acebes me lo contó.

Me estaba empezando a cabrear.

—¿Por qué no dejas ya de decir tonterías, Angus? Llevo aquí más de tres horas como un pasmarote y no me apetece oír sandeces.

—¿Sandeces? Conque son tonterías, ¿eh? Pues me lo dijo Acebes, ¿sabes? —Me guiñó el ojo—. Me dijo que te vio con ese sinvergüenza de asesino, tu amiguito el escritor, entrar en su casa la noche del crimen... a eso de..., de las cuatro y media de la mañana o así. Para que veas. —Me agarró del brazo y bajó la voz—. Seguro que te cabreaste con él y le cortaste el cuello. ¿Ha sido el cuello? Pero yo no se lo he dicho a nadie.

—¿No se lo has dicho a la Policía?

Negó con furiosos movimientos de cabeza.

—No, Toni... Yo te hago favores.

—Estoy cansado, Angus, cada vez más cansado. ¿Por qué no me dejas en paz? Ni ayer ni hoy han sido días buenos.

—Tienes dos pelotas, Toni, di que sí. Acebes era un cabrón, le gustaban los chavalines. Y tú..., ¡jole con tus pelotas!

Me miró entrecerrando los ojillos y añadió:

—Me caso la semana que viene, Toni, tenemos que..., ya sabes, ¿eh? —Volvió a guiñarme el ojo—. Ya sabes que lo que vamos a hacer no es por amor, ¿eh? No te vayas a confundir. Yo a ti no te quiero. —Negó moviendo el dedo—. No creas que estoy celosa por esa novia que tienes. Ésa tan dispuesta ella, la que entró en tu casa como si nada. A mí plin, y o de celosa, nada.

—Buenas noches, Angus. Que descanses.

Pero no se movió. Permaneció en medio de la acera con la gabardina amarilla. ¿En qué tienda se la habría comprado? ¿En esa que se llama « Me cago en la elegancia » ?

Me dijo:

—Es la semana que viene, ¿eh, Toni? Que no se te vaya a olvidar. La vamos a celebrar en La Riviera, tú estás invitado. Quedan ya pocos días. Sí, no me mires con esa cara, me tienes que hacer ese favor..., si no..., bueno, yo tampoco te haré favores. Tú verás, vas a salir perdiendo.

La contemplé cruzar la calle y reunirse con sus hermanas, que intentaban, infructuosamente, hablar con uno de los agentes que se había quedado de guardia en el portal. Angus cruzó al lado de Gades, que la saludó con un movimiento de cabeza.

Gades vino hacia mí. Llevaba la misma chaqueta con la que vino a verme. Yo también llevaba el mismo traje.

Se plantó delante de mí.

—Debemos hablar, ¿no crees? —Me había tuteado por primera vez.

—Sí, eso creo, Gades. Pero tengo que decirte una cosa: trabajo para Matos, el abogado.

—Lo sabemos, el listillo de Matos ha enviado un oficio al juez instructor. Me gustaría hacerte un par de preguntas. Seguro que conoces por aquí un lugar tranquilo, ¿verdad?

—Nunca voy a un bar que no sea tranquilo.

Se llamaba Tángier Bar, estaba en la Costanilla de los Ángeles y parecía cerrado. Me abrió Mohamed, el macarra de Nador. Tenía mi edad, gastaba una espesa barba negra y había ensanchado gracias a las pesas.

—Lo siento, todavía no está abierto... —Pero me reconoció y exclamó—: ¡Vaya, caramba, señor Carpintero! ¿Quieren pasar?

Bajamos unos escalones, Mohamed delante y nosotros detrás. Iba diciendo:

—Estamos unos cuantos amigos tranquilos..., buena gente, charlando un poquito de nuestras cosas, antes de abrir, ¿sabe? Abrimos dentro de un ratito.

Desembocamos en una sala decorada por algún escenógrafo loco que deseara imitar un serrallo oriental. Había estado allí un par de veces con Delforo. Era un burdel, pero tenía licencia de cabaré para poder cerrar de madrugada, de modo que algunas de las mujeres, para cubrir las apariencias, realizaban un remedo de baile o de *striptease* que a Delforo le encantaba.

Había cuatro mujeres comiendo de unas tarteras, acompañadas de dos hombres. Enmudecieron cuando nos vieron entrar. Pero Mohamed los tranquilizó.

—Son amigos que vienen a tomar una copa. No pasa nada. ¿Dónde quieren sentarse, señores? Están en su casa, ¿eh?

Nos sentamos en una mesa del rincón. Le dejé a Gades que lo hiciera con la espalda contra la pared, y yo lo hice a su costado.

Mohamed se frotaba las manos y ensayaba su mejor sonrisa de embaucador de mujeres.

—¿Qué, están a gusto, señores? ¿Qué les pongo?

—Tráeme un gin-tonic de Larios, anda. Y le exprimes medio limón. ¿Tienes limones, Mohamed?

—Claro, señor Carpintero, gin-tonic de Larios, con medio limoncito exprimido. ¿Y usted, caballero?

—Un café con leche.

—Un cafelito con leche, muy bien. Enseguida se lo traigo. ¿Quiere usted algo para picar, señor Carpintero?

—No, y cuidado con el garrafón.

—Je, je, je..., garrafón. Aquí no hay de eso, señor Carpintero. ¿Alguna cosita más?

—No.

—Pues voy a por ellos. Esperen un momentito, ¿eh?

Hacía un bochorno húmedo en el local. Me quité la chaqueta y la colgué en la silla de al lado y me remangué las mangas de la camisa. Gades observaba al grupo de mujeres y a los dos hombres, que continuaron comiendo sin intercambiar palabra. Hasta nosotros llegaba el tufo a pollo frito.

Encendí un cigarrillo. Gades se había puesto a tamborilear la mesa con los dedos de la mano. De pronto, dijo, bajando la voz:

—Vaya lugar éste. No tiene extractor de humos, aquí nos vamos a asfixiar.

Apagué el cigarrillo en el cenicero y le respondí:

—No, no tienen, ni tampoco salidas de emergencia, ni permiso para cocinar. Ni, probablemente, tampoco licencia de apertura. Es una casa de putas encubierta. Detrás de aquella cortina hay un cuarto para que las mujeres se ocupen. Media hora tres mil, una hora, cinco mil. Pero arriba hay una pensión, Hostal Carabaña, que acepta la dormida por horas a tres mil. Es un poco más cómoda, y tampoco tiene licencia. Así son las cosas, Gades, el mundo real. Y he traído aquí varias veces a nuestro común amigo Delforo. —Lo miré. Había dejado de tamborilear la mesa y me observaba con atención—. Disfrutaba como un loco, bailaba con las mujeres, con todas, y les contaba chistes y las invitaba a copas. Pero no se ocupaba con ellas, nunca le vi entrar con una mujer en ninguna habitación, de ninguno de los locales adonde íbamos. Una vez, en un lugar de la Ballesta llamado El Pájaro Chegüí, vi a una mujer que le besaba la mano y le decía: «Dios le bendiga, señor». Le había regalado cinco mil pesetas de entonces sólo por bailar con él. Así era Delforo, una mezcla de niño asombrado con cualquier otra cosa. Creo que cualquiera puede matar a un semejante, Gades. Basta con un arrebató pasional, es suficiente. Incluso se puede matar a alguien que se ama. Pero Delforo..., no lo creo, no.

Me quedé en silencio, pensando en mi padre. Habían pasado cuarenta años y cada vez que me acordaba de la noche en que quise matarle, me entraba una inmensa tristeza. No sé qué interpretó Gades, porque añadió:

—Sí, eso lo puedo entender. Pero no evita que deje de ser un crimen. Existen

los eximientes de arrebató y obcecación en todos los códigos penales del mundo.

—Entender algo no significa justificarlo.

—Bien, de acuerdo, y entiendo que te choque que tu amigo Delforo haya matado a Lidia, también eso lo comprendo. No te cabe en la cabeza, ¿verdad? Y también entiendo que lo quieras ayudar. Escucha, me he leído casi todas las novelas de Delforo. Te saca en seis, eres el protagonista de ellas, un expolicia honrado con un pasado duro y difícil. Una especie de don Quijote que va haciendo el bien en esta jodida ciudad. —Hizo una pausa y me miró—. Eso no corresponde a la realidad, él te ha mitificado y tú..., bueno, creo que tú también lo has mitificado. Si Delforo no mató a Lidia, Carpintero, ¿quién lo hizo?

Mohamed apareció sonriendo con una bandeja y Gades cerró la boca.

—Bueno, aquí está el cafelito. —Mohamed colocó la taza ante Gades—. Y el gin-tonic con su limoncito. ¿Alguna cosita más?

—No, nada más, Mohamed, gracias. —Saqué una moneda de quinientas pesetas y se la puse delante—. Toma, cóbrate.

—¡No, no..., invita la casa, señor Carpintero, invita la casa!

—Cóbrate, Mohamed..., he dicho que te cobres.

Tomó la moneda.

—Bueno, gracias..., ahora le traigo la vuelta.

—No, quédatela.

—¡Muchísimas gracias, señor Carpintero, muchísimas gracias!

Gades parecía ensimismado, dando vueltas con la cucharilla a su café con leche. Yo eché un trago. Al menos no era garrafón. Mohamed se había sentado con el grupo y se puso a comer pollo frito, junto a los demás. Comenzaron a hablar en voz baja. Era chérja, el dialecto árabe utilizado en el norte de Marruecos.

—Mohamed era uno de nuestros antiguos confidentes —dije—. Me refiero al Grupo de Noche de la comisaría.

—¿Quién? —Gades levantó súbitamente la cabeza.

—Mohamed.

—El Grupo de Noche —repitió Gades, y bebió un sorbo de su café con leche—. Vaya Grupo. He consultado el informe que os hizo Asuntos Internos en 1992.

—Por eso me llamaste «expolicia corrupto», ¿verdad? —Le sonreí.

—Bueno, Delforo te ponía demasiado bien en sus novelas, ¿comprendes? Como Marlowe, el de Chandler. Eras demasiado perfecto.

No sabía quién era ese tal «Marlowe, el de Chandler», pero le contesté:

—Sí, el Grupo entero estaba corrompido hasta las cejas... Nico Sepúlveda, Carlitos Monge, Inchausti..., todos. El Grupo al completo se había hecho con parcelitas de terrenos que se iban a recalificar. Una operación redonda. Consiguieron una fortuna, bueno, la jubilación. Y, claro, intervino Asuntos Internos. El resultado fue un pacto, jubilación anticipada antes de dar carnaza a la

prensa. Hay que mantener la confianza del pueblo en las Fuerzas de Seguridad del Estado. Sin embargo, en la maraña de corrupción entraba mucha más gente: notarios, empleados públicos, concejales de urbanismo, empresas constructoras... Pero a ellos no les pasó nada.

—Y tú dimitiste.

Hubo un instante de silencio que aproveché para beber otro trago. Hacía años que no hablaba de esto con nadie. Quizá nunca lo había hablado. ¿O sí? Me parece que se lo dije a Juanita, pero no estoy seguro. ¿Se lo conté a Delforo?

Gades me dijo:

—Creo que te he subestimado. Caí en la trampa que me tendiste en tu casa. Caí como un pardillo. Me llamaste «muchacho» y yo perdí los estribos. Te conté que teníamos un testigo. —Me observó—. Ese testigo era Acebes; ¿crees que mintió? Declaró que te vio a ti y a Delforo entrar en su apartamento la noche del crimen a las cuatro y pico de la madrugada.

—No, no creo que mintiera.

Ahora sí que me observaba con atención.

—Me tenía demasiado miedo como para mentir sobre mí—añadí—. Era una babosa, un bujarrón miedoso, pero nunca se hubiera atrevido a acusarme sin pruebas. Me tenía demasiado miedo.

—No te entiendo.

—Se equivocó, Gades. Se confundió de persona. Debí de ver a alguien de mi estatura y peso. O... —Dejé la frase en suspenso.

—¿O qué?

—Alguien le ordenó que declarara eso.

—¿Alguien de nosotros, de la Brigada de Homicidios?

—No lo sé. Alguien... Mira, Gades, el asesinato de Lidia se complica cada vez más. La teoría del crimen por robo está descartada y la de crimen pasional es una chorrada.

—¿Una chorrada?

—Sí, una chorrada. ¿Te figuras a un hombre loco de celos levantándole la teta izquierda a su futura víctima para pegarle un tiro? Si os creéis eso, yo no. ¿Y un escritor de novelas policíacas deja el casquillo en el lugar del crimen para que identifiquen el arma? No me jodas, Gades.

—Pudo asustarse, ver aparecer a alguien, no sé... Hay muchas razones para abandonar a la carrera el lugar del crimen. De todas maneras, ¿cuál es tu teoría? Me interesa.

—Sinceramente no lo sé. Pero hay bastantes cosas raras. Y no sólo cometiste un error al decirme que teníais un testigo que me vio con Delforo la madrugada del crimen. Cometiste otro y más gordo todavía. —Lo vi adelantarse en la mesa—. Me dijiste que también sabíais que había estado con Delforo esa misma tarde en un bar de Malasaña. Eso fue lo que me dijiste, ¿no? Pero fui a ese bar y allí no

ha estado ningún policía preguntando, Gades. ¿Quién os ha dicho eso? Sé que no me lo vas a decir y es normal, pero te lo diré yo. Alguien de los vuestros debía de seguir a Delforo antes de que se produjera el crimen.

Terminó el café. Mejor dicho, ocultó su rostro en la taza. Pero yo continué:

—Y si no ha sido uno de los vuestros, ha sido una de esas grandes empresas de seguridad. Conozco una de ellas muy interesada en Lidia Ripoll, desde mucho antes de que la mataran.

Noté la espesura del silencio. Y lo aproveché para terminar mi bebida de un trago.

—Bueno, todo tiene explicación, pero no voy a ayudar a los abogados defensores, ¿verdad? En realidad no he venido aquí a discutir contigo del crimen, sino a preguntarte algo.

—Lo sé, pregunta lo que quieras.

—Los compañeros me dijeron que una dotación de la Policía Municipal rompió la cerradura de la portería, ¿no es así? Tú estabas presente, ¿no?

—Eso es, el cabo la rompió de dos patadas. Era un hombre muy fuerte.

—Eso quiere decir que la puerta estaba cerrada sin echar la llave, ¿no es cierto?

—Eso parece.

—¿Y no tuviste la tentación de entrar, Carpintero? Una cerradura sin pestillo es pan comido, incluso para los que no son duchos en abrir puertas. ¿Lo hiciste?

—¿Qué interés podría tener yo?

—Vamos, Carpintero. Me has engañado una vez, no esperes repetirlo. Por supuesto que tienes interés. Están las cintas de Delforo. ¿Las tienes?

—Mira, Gades, vamos a dejar de pelearnos a ver quién la tiene más grande. ¿Cómo sabes lo de las cintas? No está en el sumario.

—O sea, que buscabas las cintas.

—Coño, Gades, ¿hasta cuándo vamos a seguir de esta manera? Dime por qué sabes lo de las cintas y te diré la verdad.

—¿Me das tu palabra?

—La tienes.

—Pues es muy fácil. Matos ha enviado otro oficio al juez instructor exigiendo la entrega de unas supuestas cintas, y cito sus palabras, «dictadas por mi defendido donjuán Delforo, explicando sus puntos de vista sobre la desgraciada muerte de doña Lidia Ripoll y, supuestamente, en poder de la Brigada de Homicidios». Bueno, y añade que esas cintas podrían arrojar luz sobre la inocencia de su defendido. ¿Contento?

—¿Por qué Matos ha hecho eso? Ese hombre no está bien de la cabeza. Delforo las fue dictando como material para escribir una novela sobre la muerte de Lidia. No tiene ningún valor sumarial. Es absurdo.

—¿Eso te dijo Delforo?

—Sí, y ordenó que me las enviaran a mi casa antes de que le detuvieran. Tenía fundadas sospechas de que lo iban a hacer. Esas cintas nunca llegaron a mi poder y creí que podía haber sido obra de Acebes; es el que reparte el correo. Lo busqué durante tres días, pero no encontré rastro de él. Había desaparecido. Pero el olor que surgía de la portería me hizo sospechar. Sí, Gades, entré antes que la Policía, te he dado mi palabra y te cuento la verdad. Estuve dentro de esa portería. Como tú dices, no fue difícil. La cerradura, era una mierda. Y no encontré ningunas cintas, nada.

—Está bien, voy a creerte —respondió Gades—. Pero te propongo que me acompañes para que te des cuenta de quién es de verdad tu amigo Delforo. Cuando me enteré de lo de Acebes, estaba interrogando al ladrón que entró en su casa. Lo detuvimos esta tarde y lo trasladamos a la Brigada. ¿Quieres conocerlo?

En el vestíbulo de la Dirección General de la Policía, en Canillas, Gades abrió la puerta de la Inspección de Guardia y se asomó; había tres mesas, una de ellas ocupada por el inspector de guardia, que estaba en mangas de camisa consultando los estadillos de las incidencias del día.

Gades le preguntó:

—¿Qué, qué tal, Lucas, cómo sigue mi pájaro?

Lucas era gordo y bigotudo y nos contempló a los dos con una mirada ausente.

—Normal. —Se encogió de hombros—. Ahí está, donde tú lo has dejado.

—Sí, vale... Oye, éste va a entrar conmigo. Ha sido compañero. —Me señaló con el dedo—. ¿Tienes inconveniente?

—Ningún problema. Yo me voy... —consultó el reloj— dentro de... veinticinco minutos. Luego vendrá Vigil, se lo dices a él.

—Y el portero ese, ¿ha venido?

—Sí, estuvo aquí a las nueve y media. Parece que el tío fue picoletto. Reconoció al pájaro, dijo que fue a la casa disfrazado de empleado del butano y que le entregó un carné falso. Cuando se dio cuenta subió rápidamente al piso de ese Delforo, pero el tío ya se estaba descolgando por el patio.

—¿Tenéis ya los antecedentes?

—Sí, espera.

Se puso a registrar el montón de papeles y carpetas que tenía sobre la mesa. Nos alcanzó dos hojas grapadas dentro de una carpeta marrón, todavía son así, con el anagrama de COMISARÍA CENTRAL DE HOMICIDIOS. INSPECCIÓN DE GUARDIA. INCIDENCIAS.

Gades comenzó a leerlas.

Entró al vestíbulo un grupo de hombres y mujeres. Policías de las brigadas de elite que comenzaban el Turno de Noche. Bien trajeados todos, hablando entre ellos. En esas dependencias se encontraban Homicidios, Peligrosidad Social, Información, Delitos Financieros, Delitos Internacionales... Interpol España...

—Este pájaro es una buena pieza —comentó Gades, señalando el informe de

antecedentes.

Los policías se dirigieron a los ascensores y desaparecieron de mi vista. En ningún momento me dirigieron una mirada.

Pensé en el policía que me había pedido la documentación en el chalé de Saragola, Luis Sanjusto. En mis tiempos de comisaría era corriente que los policías tuviéramos trabajillos extras, aunque estaba prohibido. Los uniformados podían ser taxistas, acomodadores de cine, vigilantes de supermercado y hasta guardaespaldas por horas. Los salarios eran escasos y los comisarios —incluido Draper— hacían la vista gorda. Ellos también se buscaban un sobresueldo. Los de la escala superior, el Cuerpo Superior de Policía, los inspectores, lo hacían de otra manera. Eran jefes de seguridad, asesores de personal e, incluso, investigadores privados de bancos y grandes empresas.

Todo eso gracias a los turnos de trabajo, el llamado Turno Americano, que consistía en veinticuatro horas seguidas, con tres días de asueto, lo que permitía un horario flexible, proclive al desmadre del sobresueldo. Sin embargo, tampoco hacía falta ese turno. En muchas brigadas y comisarías se impuso el turno binario —día y noche— con la intención de acabar con esa práctica. Pero daba lo mismo. El trabajo policial es difícil de controlar, no hay comisario, ni jefe de Brigada, que pueda saber lo que hace un policía durante sus horas de trabajo. Era una práctica corriente, tan generalizada, que ni siquiera se consideraba ilegal. Cuando un alto jefe de la Policía se jubilaba o abandonaba el cargo pasaba inmediatamente a la empresa privada, con sueldos que triplicaban los que recibía en la Administración. Lo mismo ocurría con los altos funcionarios del Ministerio del Interior. Sé de algunos directores generales que al ser cesados se convertían en presidentes de consejos de administración de empresas de armamento o de seguridad privada. Si eso hacían los jefes, ¿qué no harían los subalternos?

Asuntos Internos ni se preocupaba de eso, a no ser que hubiera una evidente corrupción, como ocurrió con mi grupo, el Grupo de Noche, que trabajaba, entero, a las órdenes de una gran empresa inmobiliaria.

Las empresas de seguridad comenzaron con la democracia. Recuerdo las conversaciones que teníamos entre nosotros cuando el Ministerio del Interior las autorizó. Los bancos y las grandes corporaciones siempre han desconfiado de la capacidad del Estado para protegerlos. Los bancos se llenaron de policías privados, después fueron los trust joyeros, los grandes almacenes. Pronto vimos dependencias oficiales, ayuntamientos, ministerios —incluso dependencias policiales— guardados por policías privadas.

Y ahora teníamos a Sanjusto vinculado a Saragola y a Totalsecurity. Tenía que pensar en eso. Saragola manifestaba un gran interés por lo que yo podía estar haciendo en su casa. Sabía bastantes cosas. Desde luego no me dio a entender todo lo que sabía, pero sí lo suficiente. ¿Qué vinculación tenía Saragola con Lidia Ripoll?

Gades había terminado de leer el prontuario y lo sorprendí observándome. Y me dijo:

—Vaya, estás muy pensativo. ¿En qué piensas?

—¿Conoces una empresa de seguridad llamada Totalsecurity?

—Totalsecurity —repitió—. ¿Qué pasa con ella?

—Bueno, verás, Gades, mientras la Policía sea del Estado, al menos, existe un cierto control parlamentario y ciudadano. No mucho, pero sí mayor que el que hay en la empresa privada. Pensaba en eso.

—El detenido lleva siete horas esperándome. ¿No tienes curiosidad por verlo? Asentí.

—Entonces vamos, ¿te parece bien?

Las celdas estaban en el sótano, como en todas las dependencias policiales. En la comisaría de Centro, en la calle de la Luna, donde trabajé más de diez años, teníamos veintidós celdas. Era entonces una especie de comisaría central, de la que dependían otras tres o cuatro más, con jurisdicción teórica para el centro de Madrid, el mayor distrito de la capital. Pero poco a poco se había ido modificando ese estatus. Ahora, la comisaría de Centro ya no existía. Sólo quedaban un par de oficinas para la obtención del carné de identidad y los pasaportes. La función que antes cumplía Centro la había adquirido la comisaría de Leganitos.

Nunca había estado en la actual Dirección General de la Policía. Fue trasladada a ese lugar muy recientemente. Habían remozado los edificios adyacentes, que la habían convertido en un hormiguero. Caminamos por los sótanos entre uniformados que habían terminado el turno de día y se marchaban a sus casas con ropas de paisano, mientras charlaban con los que acababan de acudir al trabajo. Los policías de las brigadas regionales salían de los despachos en grupos de dos y de tres, colocándose las chaquetas o las cazadoras, que les permitirían moverse por la ciudad sin mostrar sus armas colocadas en la cintura o en fundas sobaqueras.

Siempre era lo mismo en los cambios de turno.

Seguí a Gades, que caminaba detrás de dos uniformados, uno de ellos mujer, que empujaban a la última detención del turno de día, dos mujeres que apenas si podían caminar, ciegas de droga. Darian la tabarra toda la noche exigiendo metadona.

El grupo se detuvo al final de un corredor, ante la mesilla de control, para ultimar los detalles del encierro. Gades apoyó la espalda en la pared, abrió la carpeta y me tendió las dos hojas que le había entregado el inspector de guardia.

—Toma, echa un vistazo.

Se llamaba Lorenzo Gomis Cascarro, de Jaén. Treinta y cuatro años, divorciado sin hijos, vecino de Madrid. Tenía un par de alias, el Conejo y el Figuras. Sin domicilio conocido, profesión encuadernador. Último trabajo,

Gráficas Celarain (1992). Detenciones desde los dieciséis años. Hurto, robo de coches, agresiones, escalo, uso y tenencia de drogas con la finalidad de delinquir. Cuatro años en Ocaña por asalto en cuadrilla y a mano armada a un chalé de Las Rozas; con una condena de doce años, salió en 1996 con el tercer grado. A los dos meses dejó de acudir a control de jueces. En busca y captura desde entonces.

La punta de un iceberg; debajo de esas frases frías y contundentes, latía la pobre vida de un desgraciado, uno de tantos, casi se podía adivinar la miseria de una vida sin infancia y sin futuro. Se adivinaban la pobreza, las borracheras del padre, el abandono de la escuela, la vida del barrio, el divorcio. En realidad, no muy diferente a mi propia vida.

Las fotos mostraban a un hombre de rostro enjuto, cabellos negros y ojos claros, que apretaba la boca. Casi se podía adivinar una gran y bonita sonrisa detrás de esos labios comprimidos. Le devolví los dos papeles.

—Lo detuvieron ayer por la tarde los de la dotación de un coche patrulla por una pelea en un bar de Aluche. Un asunto de faldas, según parece. Cuando pasaron el carné de identidad por el escáner, dio el busca y captura. Ahora tendrá que cumplir la condena entera, ocho años. El inspector de guardia, ese que has visto, Lucas, fue compañero de academia y me llamó; el pajarito quería pactar. Se chivaba de una banda de rumanos que asaltan casas y chalés, a cambio de dejarlo salir. Mencionó la casa de Delforo y Lucas se acordó de que yo llevaba el caso y me llamó. Lo estaba interrogando cuando me llamaron por lo de Acebes.

El ingreso de las dos mujeres ya se había realizado. Gades le mostró el carné profesional al oficial encargado de los ingresos, un hombre de unos cincuenta años, con el cabello blanco, sentado tras la mesa.

—Voy a interrogar a Lorenzo Gomis —le dijo al oficial, y volvió a señalarme con el dedo—. Éste me va a acompañar, ha sido compañero.

El oficial tendió la mano en silencio y yo le entregué mi carné de identidad. Se entretuvo apuntando mi nombre y dirección. Gades añadió:

—¿Está libre la sala del telediario?

Negó moviendo la cabeza, mientras terminaba mi filiación. Me devolvió el carné, al tiempo que le respondía a Gades:

—No..., y no creo qué quede libre hasta las doce, lo menos. Y hay cola, inspector, aquí hay ocho brigadas. Esta noche ha habido dos mujeres muertas, ya sabe. La violencia esa de género, o como le llamen. Busque usted un despacho por ahí, es lo mejor. —Suspiró—. Tenemos catorce celdas, en teoría para seis retenidos en cada una. Pero en alguna de ellas he metido a catorce, ni siquiera podemos separar a las mujeres. —Dirigió una mirada cansada a cada uno de nosotros—. Y los fines de semana es peor.

—Conduzca a Lorenzo Gomis a mi despacho. ¿De acuerdo?

Asintió con cansinos movimientos de cabeza.

El despacho de Gades era un cuchitril, no más grande que un ascensor, en el segundo piso. Gades pasó llevando un vaso de papel con café con leche al que le había echado azúcar y removido. Gomis permanecía con los brazos extendidos sobre la mesa de oficina, esposado. Un uniformado muy joven lo vigilaba.

Cerré la puerta detrás de mí y me apoyé en ella. No había más sillas. El uniformado nos preguntó:

—¿Quién es el inspector Gades?

Gades alargó la mano y el uniformado le tendió un papel.

—Firme que ha recibido al detenido, haga el favor.

Gades firmó, se sentó frente al preso y empujó el vaso hacia él. Gomis lo tomó con las dos manos y comenzó a sorberlo.

—Pues si hace usted el favor, cuando termine me lo lleva a la mesa de entrada. ¿Lo va a llevar a jueces? Se lo digo porque salen ahora las conducciones..., bueno, a partir de las doce, pero hay dos o tres turnos.

—Sí, gracias, yo le aviso.

—Cualquier cosa que necesite me llama.

—Eso haré, agente, no se preocupe.

El policía se marchó. Gomis continuó bebiendo a sorbos el café con leche. Me lanzó varias miradas.

Mientras Gades hablaba con el uniformado me había dedicado a observar al preso. Era muy delgado, de hombros estrechos, pero sus ojos claros y el cabello revuelto le daban el aspecto de buen muchacho, de chico formal. El hijo mayor de cualquiera.

Gades cumplía los requisitos. Observaba en silencio el paripé del detenido que se demoraba sorbiendo el café con leche.

—Bueno, jefe —le dijo al fin—. Gracias por el cafelito, se agradece. A estas horas sienta dabuti.

—¿Lo has pensado bien, Loren? No me gusta perder el tiempo, ¿vale? —Miró el reloj—. Me he tirado toda la tarde intentando hacerte un favor. ¿Sabes lo que he hecho?

—¿El qué, jefe?

—Pues he ido al Grupo de Asaltos Domiciliarios, sabes quiénes son, ¿verdad? —Gomis no contestó—. Tengo allí buenos amigos. Te conocen bastante bien. Y me he puesto a consultar los archivos. Más de trescientos robos en los últimos años que llevan tu marca, Loren, vamos, tu firma y sello. Así que deja de decir que la entrada a la casa del señor Delforo, en Alfonso XII, ha sido obra de esos rumanos. Eso no se lo cree nadie.

—Eh, un momentito, jefe, un momento. Yo no me como esos marrones. ¿Trescientos casos, dice usted? Es imposible, jefe, se lo juro por la salud de mi madre. Eso sí que no.

Gades volvió a desentenderse y Loren se frotó la boca con fuerza.

—Bueno, vale, jefe, quiero ir de legal con usted. Entré en la casa de ese tío en Alfonso XII, porque estaba desesperado y lleno de drogas, hecho una pena, jefe. Yo ya no estoy en eso, estoy con una mujer, vamos, que me va bien con ella. Le ayudo en un bar. ¿Ha ido a verla, jefe? ¿Qué le ha dicho?

—Así no vamos a ninguna parte, Loren, en serio. La próxima gilipollez que digas, me levanto y me voy. Y te vas a comer todos los marrones que yo quiera. No he parado en todo el día por tu culpa y me estoy cabreando. Tú no trabajas y lo de esa mujer es una bobada, ¿crees que soy tonto, Loren? Mira, me levanto, me voy y vas directamente a jueces y te comes los ocho años que te quedan de condena. Ocho tacos y dentro de un añito tienes un nuevo juicio y te vuelves a comer todos los asaltos que yo diga. ¿Sabes cuándo saldrías del trullo? Con más de cincuenta años, un tarra. ¿Vas entendiendo? Ahora te lo voy a preguntar otra vez. ¿Qué te llevaste de la casa del señor Delforo?

—Jefe, por la salud de mi madre, no se lo tome así, yo quiero colaborar, tengo cosas gordas que *santearle*. ¿Se acuerda que se lo dije esta tarde?

Gades se echó hacia atrás en la silla, fingiendo aburrimiento, y Loren me miró. Yo tenía más edad que Gades, de manera que debía ser un superior, quizás hasta comisario. Quería pactar, pero no sabía con quién ni con qué. En esos momentos estaba pensando a toda velocidad.

—¿Qué quieres decirme, Loren?

—Se lo dije antes, jefe. —Se removió inquieto—. Le puedo *santear* lo de la banda de rumanos, se lo digo todo y usted me deja en la calle. Jefe, no pudo estar ocho años más en el trullo, y o ya he pagado.

—Es tu propia banda, ¿verdad?

—¿Mi banda? —Otra mirada a mi persona—. No..., qué va..., es que van al bar de mi mujer, ¿entiende? Y me entero de cosas. Le puedo decir dónde van a dar el próximo golpe. Es la casa de un rico, un tío de esos muy importantes, forrao de pasta, de *colorao*, de todo, un tío de televisión... Un gran triunfo de la Policía. A lo mejor le ascienden, jefe.

—Eres un cerdo, Lóren..., me das asco, de verdad. Estás intentando vender a tus propios compañeros para salvar el pellejo. —Miró el reloj—. Bueno, Loren, tenemos que irnos. Da la casualidad de que el portero de la casa del señor Delforo te identificó y, encima, en la entrada del edificio hay cámaras de TV y se te ve muy bien, ibas disfrazado de..., ¿de qué ibas disfrazado, Loren? Espera, no me lo digas, ibas de repartidor de..., ¿de qué? Se me ha olvidado...

Esperó.

—De empleado del butano. ¿Ves cómo lo sé? Y entraste en esa casa desde el patio interior, trepando, para eso te llaman Conejo, vas de gazapo, ¿no es verdad? Ésa es tu especialidad. ¿Qué te llevaste de la casa de ese señor?

Vaya, Gades era bueno. No había duda.

—Un..., un libro, no me dio tiempo de más. Escuché la puerta, vamos, que

venía alguien, y me di el piro por la *ventosa*, me descolgué para el patio.

—Y te vio el portero. Se asomó a la ventana y te sorprendió bajando. — Gades puso un tono cansado en su voz—: Y además de ese libro que dices, un Corán del siglo XVI, robaste una pistola antigua, una Makarov, automática. ¿Vas a seguir mintiéndome, Loren?

—¿Una pistola, jefe? ¿Dice usted una pistola? ¡Por la salud de mi madre querida, jefe, eso es una bola! ¡Yo no he pillado *ningún fusco* en casa de ese señor!

Gades se puso en pie con gesto cansado.

—Bueno, ahora te vas a jueces, Loren. A mí no me jodes más.

—¡Espere, jefe, espere, por la salud de mi madre, espere!

Gades lo miró. El preso temblaba.

—Jefe, yo..., se lo juro. Pillé ese libro, el Corán ese, pero ya lo vendí. Si quiere le doy el nombre y le *santeo* al perista. Saqué dos taleguitos, era un libro raro, escrito en moro. Pero yo..., yo no pillé ningún *fusco*, jefe. Se lo juro por dios.

Empezó a llorar y se tapó los ojos con las dos manos esposadas. No hacía demasiado ruido, sólo se le notaba la agitación del pecho.

Gades levantó el teléfono:

—Aquí Gades, vengan a por el preso, va a jueces.

Estaba muy cansado. Me apoyé en el mostrador de la cafetería de la Dirección General, en la planta baja, y le pedí café al camarero. Gades no había vuelto a abrir la boca. También tenía aspecto de cansado. Pero pidió un té.

La cafetería estaba llena de policías, funcionarios y funcionarias auxiliares, que pedían copas en medio de un intenso parloteo. Podía parecer un bar de alterne.

Terminé el café.

—Voy a irme a casa —le dije a Gades.

—Creo que yo también. —Hice intención de pagar, pero Gades lo impidió—. No, no puedes, aquí me conocen. Éste es mi territorio.

Salimos a la calle. En la puerta le dije a Gades:

—Te lo agradezco. No tenías por qué hacerlo. Pero el que Delforo haya engañado respecto al robo de su arma no prueba que haya asesinado a Lidia.

—Sí, es posible. Pero ha mentido, ¿verdad? De eso no hay duda. Una mentirijilla. Ahora se le puede exigir a Delforo que diga dónde está su Makarov. ¿No te parece? De todas maneras es un palo descubrir que tu mejor amigo te ha estado engañando, ¿no es así?

Me quedé en silencio. Y añadió:

—A mí me ha pasado algo parecido. —Sonrió con tristeza—. El mejor amigo, un compañero de promoción, resulta que es un corrupto.

—Gades, quiero devolvarte el favor. Hace unos días me encontré en el portal

de mi casa a un tipo moreno, bajito y muy fornido, de ojos azules y cabello rizado, con uniforme de limpiador. Me dijo que pertenecía a una empresa, Limpiezas Ochoa, y que sustituía a Acebes, el portero. Me dio un número de móvil y pude hablar con un fulano que corroboró lo que me dijo el otro. Ese tío nunca volvió a limpiar el portal y el teléfono que me dieron está desconectado. Raro para una empresa de limpiezas, ¿no? Échale un vistazo al informe forense para que sepas la hora en que mataron a Acebes. Es muy posible que ese limpiador fuera la última persona que lo vio vivo. —Saqué mi móvil y lo abrí. Le recité el número, pero Gades no hizo intención de apuntarlo.

—¿Estás seguro de eso?

—Sí.

—¿Y hablaste con alguien llamando a ese móvil?

—Eso es. Y se identificó como señor Ochoa. Creo que ahora podéis saber a quién pertenece ese móvil, ¿verdad?

Asintió con un leve movimiento de cabeza. Parecía distraído, pero sabía que su cabeza estaba funcionando a cien por hora.

Respondió al fin:

—Sí, lo podemos hacer. Tenemos aparatos muy sofisticados —manifestó con ironía—. Se llama «colaboración». Los tienen los de Inteligencia. Podemos acceder a ellos. La tecnología ha mejorado mucho, más que las personas. Pero ¿de qué sirve? Las grandes empresas privadas de seguridad los tienen. Y muchos policías trabajan para ellos. —Hablabla observando la calle, pero se volvió a mí—. ¿Te acuerdas de las películas que veíamos de niños? Entonces se sabía quiénes eran los buenos y quiénes los malos. Era fácil. Ahora, no. Los buenos trabajan para los malos. Y, la mayor parte de las veces, los malos nos hacen favores. Todo está podridamente mezclado.

Hizo una pausa y giró el rostro de nuevo a la calle, donde aparcaban en ese momento dos coches policiales con las luces apagadas. Me di cuenta de que le embargaba una terrible melancolía. Un muchacho policía de treinta años o un poco más. Podía ser mi hijo.

—Gracias por la información, y no va a hacer falta ningún identificador de telefonía. Creo que conozco a quién pertenece ese móvil. Un poco de papeleo menos para la Brigada. —Me miró—. ¿Sabes una cosa? Voy a dejar el Grupo de Homocidios. Me voy a..., he pedido el traslado a la comisaría de Motril, en Granada. Mi mujer es maestra de niños, de primaria, y la han destinado a un grupo escolar en un pueblo cercano, Salobreña, va a ser directora. —Se quedó pensativo—. Qué bonita profesión la de maestro, ¿no crees? Yo también fui maestro, vamos, lo estudié, pero nunca ejercí, debí haber seguido. Mi mujer y yo nos conocimos en la Escuela Normal.

—¿Dejas el caso?

—Sí, eso es... El caso y la Brigada. Ya te lo he dicho. Me voy a Motril. Voy a

ser policía de comisaría.

—¿Y se puede saber por qué?

—No quieras saber demasiado, Toni. No te conviene. Y cuídate.

A un escritor lo pueden matar de muchas maneras. La más sencilla es como hicieron con Babel y con tantos otros, en diferentes épocas de la historia: una descarga de fusilería ante cualquier tapia. Pero hay otras maneras de acabar con ellos, otra forma más sutil, pero no menos cruel. Me refiero al olvido decretado, al abandono, a la condena de la no existencia.

Para matar a un escritor basta con no publicarlo, ningunearlo en las páginas de la crítica, no incluirlo en ninguna escuela o corriente literaria. Esto sería difícil en un mundo donde la prensa, el arte y la cultura fueran independientes de los intereses empresariales o de los grupos económicos. Pero no es así. La concentración del poder mediático es tan grande y tan intensa que sólo dos grandes grupos controlan la actividad cultural de este país. Si ganan unos, el aparato de la cultura oficial está en manos de sus servidores; si gana el otro, es el otro grupo quien controla todos los resortes de la industria cultural, incluyendo el oficial.

Ambos grupos cuentan con un gran número de escritores e intelectuales a su servicio, que cubren, rápidamente, los resortes del aparato cultural oficial. Ellos son los creadores del discurso único. De esa manera, el escritor ninguneado entra en el estrecho territorio de la marginalidad y se desespera.

Fuera de los grandes periódicos, de los programas de TV, de las portadas de las revistas especializadas, su obra se achica. Vende cada vez menos y, por lo tanto, sus antiguos editores le pagan menores adelantos. De esa manera, el escritor ninguneado tiene que dedicarse a otra actividad si quiere subsistir, sufre depresiones, manías persecutorias e, incluso, brotes paranoicos. Lo normal es que su propia familia se aparte de él y que sus amigos, cansados de aguantarle desplantes y borracheras y de soportar frases cáusticas, acaben por abandonarlo como un caso perdido. Dedicado a la bebida y sumido en la desesperación, odia a la gente, lo que mermará su producción literaria.

No es difícil imaginar el final de ese escritor. Lo habitual es que muera antes de lo previsto, corroído por la cirrosis y el desprecio general que ha provocado su abominable carácter. Los críticos y los profesores de literatura, que no han hecho caso de su obra, es posible que escriban algunas frases levemente piadosas en su obituario, explicando lo que pudo ser, lo que prometía y en lo que quedó.

Todo esto lo conozco bien.

Hacia mediados de mayo de este infausto año de final del milenio, me llamaron de una cadena de TV para hacerme una entrevista. Cuando terminé, se acercó una azafata y me dijo que don Ricardo Saragola, al que todos llaman Richi, me esperaba en su despacho. Quería hablar conmigo. Fui, por supuesto; ya conocía a Saragola.

Decir de él que es una rata es insultar a esos roedores. Comenzó desde abajo, de transportista, luego se hizo constructor. Era sabido que en su despacho tenía dos retratos enmarcados: uno de Hitler y otro de Franco. Su empresa tenía prácticamente todas las contrataciones de construcción de escuelas, silos para el trigo, viviendas de protección oficial hasta 1977. Pero tres años antes, en 1974, Saragola había retirado los retratos de esos personajes de su despacho y comenzado a coquetear con la derecha moderada. Se convirtió en editor de libros de texto para las escuelas y en un demócrata centrista, un salto que a muy pocos del régimen franquista les ha costado efectuar.

Si la base de su fortuna fueron sus actividades comerciales y constructoras durante el franquismo, con la democracia su poder se multiplicó por diez. No es un secreto para nadie que posee el diario de máxima difusión en España, más otros muchos más en provincias, canales de TV, editoriales, fundaciones culturales y cadenas de radio. A nadie se le oculta que la mayor parte de los altos funcionarios del Ministerio de Cultura, incluidos los institutos Cervantes y los Centros Culturales en el extranjero, están ocupados por hombres y mujeres que dependen, de una u otra forma, de sus empresas.

Supoder es inmenso. Y yo lo sé porque he trabajado en una de sus revistas, Ruptura, al comienzo de la Transición, cuando fungía de demócrata posibilista. Tuve ocasión de tratarlo. En aquella época Saragola necesitaba periodistas de izquierdas en sus empresas. Cuando le hizo falta cambiar de posición, cerró la revista y echó a toda la redacción a la calle. Hicimos una campaña contra él y su poder; cuando aún se podían escribir esas cosas y yo era un joven periodista.

Pero no sirvió de nada.

De todas formas, hoy sería imposible escribir algo contra Saragola. Ni siquiera en los diarios o en los grupos de presión que le son contrarios. Hay un pacto entre ellos. Tú no te metas conmigo y yo tampoco lo hago contigo.

Saragola me recibió en su despacho con los brazos abiertos hace ahora casi cuatro meses. Lo que no sabe es que grabé la conversación (cinta n.º 10), lo que demuestra hasta qué punto su poder y su vanidad le impidieron pensar, siquiera, que un vil gusano como yo, un pobre escritor de tres al cuarto, podría enfrentarle.

Para grabarlo utilicé un simple grabador, el que suelo utilizar en mi trabajo diario, del tamaño de una pluma estilográfica. Un Sienmes Martinus, fabricado en Alemania, y que puede comprarse tranquilamente en la Casa del Espía, en la calle Velázquez de Madrid, por una cantidad de dinero razonable. Lo suelo llevar

prendido en el bolsillo superior de la chaqueta, junto a otros rotuladores. Parece uno de ellos. Lo utilizo para captar diálogos en los lugares adonde voy: metro, autobuses, tabernas...

Grabo las conversaciones por afán de verosimilitud y no porque no pueda acordarme de ellas. Estoy lo suficientemente entrenado como para poder repetir cualquier tipo de conversación que haya escuchado en cualquier parte. Y puedo repetirla incluyendo las inflexiones, los giros y los gestos más importantes. Esto forma parte del entrenamiento de cualquier escritor o, al menos, de aquellos escritores que se esfuerzan para que sus diálogos parezcan reales y verosímiles.

La grabación no es muy perfecta, pero se entiende sin ninguna duda. No puede utilizarse como prueba en un juicio, pero quizá sí como evidencia de delito. En todo caso, Toni, debes entregársela. Y si decides hacer una copia, no se lo digas a nadie. Guárdala en lugar seguro.

Junto a Saragola se encontraba en el despacho un hombre bajo y moreno al que Saragola me presentó como «su colaborador». Su nombre es Luis Sanjusto, un hombre de los Servicios de Información, en nómina de Saragola. Eso no lo sabía yo entonces, pero cuando salí de la reunión, llamé por teléfono a Marcel Rico, mi antiguo amigo que había trabajado conmigo en la revista Ruptura. Marcel escribió un libro sobre el emporio Saragola con el título Los nuevos piratas del Mediterráneo. El caso Saragola. Le describía Marcel el personaje que estaba con Saragola aquel día en su despacho y me dijo de quién se trataba. Lo conocía muy bien. Incluso me enseñó fotografías de Saragola con ese personaje. Es su jefe de Seguridad y miembro en activo de la Brigada Central de Información con la categoría de Jefe de Operaciones Especiales. El que ese tal Luis Sanjusto pueda simultanear esos dos trabajos sin que nadie se oponga da idea del inmenso poder de Saragola.

Saragola me propuso que escribiera una serie de reportajes en su principal revista, Colores Semanales, que edita todos los domingos como suplemento del diario La Nación, cuya tirada es de dos millones de ejemplares. Me indicó que los reportajes tratarían sobre el Príncipe y las mujeres, «ya que había que detener el descabellado noviazgo de Su Alteza con una periodista de televisión». Él tenía pruebas de que esa mujer era una arribista de vida dudosa, cuyo matrimonio con el Príncipe «empañoaría el prestigio de la Casa Real».

Me prometió que habría una amplia cobertura en sus otras publicaciones, incluyendo las emisoras de radio y la TV. Ni que decir tiene que eso redundaría en mi propio beneficio.

«Tengo intención de volver a contratarte, Juanito —me dijo—. Nunca debimos habernos enfadado, ¿verdad?».

El asunto estaba muy claro. Saragola conocía mi talante republicano y sabía que yo había escrito varios artículos criticando determinadas actuaciones del Monarca, sobre todo su participación en el golpe contra Suárez, el 23-F, y ciertos

chanchullos poco claros con los trusts petroleros kuwaitíes. En resumen, yo era conocido por mi tibieza monárquica y, por lo tanto, el indicado para hacerlo, nadie sospecharía de mí.

Lo dejé hablar; su vanidad no conoce límites. Fingí que podía aceptar y me ofreció una gran cantidad de dinero, más la publicación de todos mis libros que sus editoriales me habían rechazado. Me daba «total libertad», frase que solía utilizar con gran prodigalidad. Su interés era sólo por España. La nación estaba en peligro.

Definió a la candidata como «una pobre loca, manejada por intereses espurios que buscan controlar a la Casa Real», «una desgracia para España si ocurriera el improbable caso de que se convirtiera en la futura Reina».

El que le acompañaba, ese que luego supe que se trataba de su jefe de Seguridad, Luis Sanjusto, añadió bastante información, «contrastada, por supuesto», sobre su vida sexual y sus relaciones con la droga.

Toni, podría describir cada una de las palabras de Saragola, sus paseos por el despacho, los movimientos que realizaba con las manos, pero tengo prisa en terminar las grabaciones de estas cintas y dejo que escuches la que le grabé a ese bandido y a su jefe de Seguridad. Toda la conversación —estuve casi una hora en su despacho— la encontrarás en la cinta número diez.

Durante años, me has contado muchas cosas sobre las infinitas maneras de delinquir, de engañar, robar y abusar, pero nunca sobre esa otra violencia, la llamada violencia legítima, la que ejerce el Estado o las grandes corporaciones. ¿Te suena lo que te digo? A veces hemos hablado de eso. ¿Te acuerdas?

En realidad la violencia es tan vieja como el mundo, y se equivoca quien piense que hoy está más extendida que ayer o que antes de ayer. Desde el garrote paleolítico a la bomba atómica, creada por pulcros ingenieros, la brutalidad y el desprecio al semejante no han cesado, se han metamorfoseado. La violencia es legítima, o se la llama así, cuando pretende hacer respetar el orden establecido. Por el contrario, se considera ilegítima la que proviene de individuos que actúan por su cuenta y en su propio beneficio. Esa que tú me has contado tantas veces.

Estoy convencido de que la delincuencia individual funciona como contrapunto de la delincuencia generalizada de los Gobiernos y de las grandes corporaciones que actúan como tales. En todas partes del planeta, los Gobiernos y los trusts económicos contaminan, roban, avasallan a las minorías, declaran guerras, aplacan sublevaciones, reprimen a sus opositores, encarcelan, torturan y matan, compran silencios y complicidades, engañan y extorsionan. A veces, cada vez menos, estas prácticas aparecen, en parte, denunciadas en alguna prensa y en libros. Pero nadie, o muy poca gente, parece darse cuenta. Estamos todos embrutecidos, muy entretenidos intentando sobrevivir en esta jungla, atareados viendo la tele y consumiendo los productos que una hábil publicidad nos hace comprar, ya sean coches, casas con piscina, libros o zapatos de marca.

Todo eso, querido amigo, lo hacen con la pretensión de hacernos olvidar que detrás de esa violencia institucionalizada apenas se esconde una brutal explotación que ha conducido a que un tercio de la población mundial viva en la más extrema pobreza.

Pero basta ya, ya me he cansado. Es de noche y Lola descansa a mi lado, ha decidido perdonarme y volver conmigo. Mañana seguiré, si no me detienen antes.

Le dije al taxista que me dejara en la Plaza de España. Caminé despacio, en dirección a la plaza del Callao. Esa zona me despertaba recuerdos que yo creía ocultos y sepultados en la memoria. Madrid era entonces mucho más pequeño y aquél había sido mi territorio: en la cercana Gran Vía, brillaban el Pasapoga, Jahy, Montmartre, Fuyma... Nombres de locales nocturnos que apenas si ocupaban ya un minúsculo lugar en un pasado cada vez más remoto.

Antes, cuando era joven y aún no conocía a Delforo, salíamos del turno de noche y nos íbamos a la Gran Vía o a Leganitos. Entonces era la calle de los clubes finos y los cabarés: el Riverside, el Señorial, el Alexandra... No existía la movida, pero en aquellos lugares se encontraban los mejores bares de alterne y los restaurantes que nunca cerraban.

Me detuve frente a Casa Justo. Antes había sido un bonito y barato restaurante que vendía una estupenda ginebra a granel a sesenta pesetas el litro, y Justo, un buen amigo. Pero nada de eso existía ya. Justo llevaba cinco años muerto y sus hijos habían convertido el restaurante en una pizzería posmoderna.

Imbuido en mis pensamientos no me di cuenta de que caminaba por la calle Preciados rumbo a la Puerta del Sol.

Diez minutos después vi en la acera opuesta a mi casa a Lola y a Matos, que con el móvil pegado a la oreja paseaba gesticulando.

La portería estaba precintada con la banda amarilla de la Policía y ya habían colocado en los cristales de la puerta la orden del juzgado. Pero el olor no había desaparecido del todo. Aunque, quizá, fuera el que yo llevaba encima.

Lola me vio, cruzó la calle rápidamente y me abrazó.

—¿Cómo estás, Toni? Oye, te estaba esperando, una vecina tuya, la mar de simpática, me ha dicho que te habías ido con un policía. Se acaba de marchar.

—¿Te refieres a Angus?

—Sí, ésa, Angus, la vecina tuya. Es simpatíquísima, hemos quedado muy amigas. Pero, oye, lo de Acebes lo dieron en las noticias de las diez en la tele. Dicen que lo descubrió un vecino y que la causa fue el mal olor. Qué horror. Angus me ha contado que lo descubriste tú, ¿es verdad?

Asentí y Lola me palmeó la espalda; parecía compungida. Como si yo fuera un pariente de Acebes y me estuviera dando el pésame. Añadió:

—Oye, Matos me ha dicho que ayer..., bueno, que te metiste en un lío muy gordo, ¿no? Que te sacudieron en casa de los Saragola. ¿Es verdad?

No dejé de observar a Matos, que continuaba con el móvil caminando por la acera de enfrente. Le contesté:

—A veces me sacuden, Lola. Y no ha sido la primera vez; lo malo es que ahora estoy viejo y lo agunto menos.

—¿Y te encuentras bien? —Asentí con un movimiento de cabeza y ella prosiguió—: ¿Qué hacías tú en casa de los Saragola? Vaya amistades que tienes, Toni. No sabía que volaras tan alto. Me ha dicho Matos que montaste un follón de espanto.

—Es un asunto privado, Lola. No tiene nada que ver con el trabajo que le hago a Matos.

—Bueno, oye, bueno... Vale. No quería ser cotilla, sólo me preocupaba por ti.

—Te lo agradezco, Lola.

Se acercó y bajó la voz:

—Oye, se lo he contado a Juan hace un rato, lo he llamado por teléfono y me ha dicho que... —Matos cruzó la calle y Lola añadió—: Oye, tengo que hablar contigo, es muy urgente.

Pero cerró la boca cuando Matos se acercó y me dio unos golpecitos en el hombro.

—¿Cómo te sientes, campeón, eh? ¿Cómo ha sido? No he visto la tele, pero me han dicho que Acebes llevaba, al menos, tres días muerto. ¿Lo han degollado?

—Eso parece. Le cortaron el cuello, pero no he tenido acceso al informe forense. Quizá tú lo consigas, Matos.

Se quedó en silencio.

—Sí, sí..., puedo alegar que es un testigo de la fiscalía y que puede tener conexiones con mi defendido.

—Escucha, fue Acebes el testigo que declaró que nos vio a Juan y a mí entrar en su apartamento la noche del crimen a eso de las cuatro y media de la madrugada.

—¿Sí? Vaya, así que fue él.

—Me extraña que no lo hayan incluido en el sumario. No lo entiendo.

—Bueno, yo tampoco lo sé, Toni, quizá porque el policía que lo interrogó decidió que no era una testificación fiable. Suele pasar.

—Gades me lo ha contado todo. Acebes declaró en un principio que a las cuatro y media de la madrugada escuchó que abrían el portal y sintió ruido de pasos y voces masculinas que él identificó como la de Juan y la mía. Salió de la portería y se asomó; la escalera estaba oscura, no encendieron la luz y él tampoco lo hizo. Afirmó que vio, de espaldas y durante unos segundos, a dos

figuras masculinas doblar el rellano.

—Bueno, ahí lo tienes. Son puras conjeturas. Hubiera sido una pérdida de tiempo utilizar esa declaración en el sumario, yo lo hubiera rebatido en cinco minutos. Oye, Toni, ¿y las cintas? ¿Sabes algo de eso?

—¿Otra vez la mierda de las cintas? Matos..., no había ninguna cinta en el cuchitril de Acebes. Al menos yo no las encontré.

—Espera un momento. ¿Entraste en la portería? Entonces hay que...

—Sí, entré. Y busqué las jodidas cintas.

Lola me interrumpió.

—Las cintas no abultan más que un paquete de cigarrillos. Son de esas pequeñas; además incluí el grabador de Juan, que es parecido a un bolígrafo. Pero... ¿cómo pudiste entrar?

Le hice un gesto a Lola para que me dejara seguir escuchando a Matos, que estaba diciendo:

—... hay que volver a entrar a esa portería y registrarla de arriba abajo. Ya sabemos lo que contiene una de esas cintas. Juan se lo ha contado a Lola por teléfono.

—Le dije a Juan que Toni había estado en casa de Saragola y se puso muy nervioso —manifestó Lola—. Me lo contó todo..., bueno, que había grabado una conversación suya. Saragola está implicado en la muerte de Lidia.

—¿Sí? Bueno, eso hay que probarlo. De todas formas tenemos que registrar a fondo esa portería. Es fundamental.

—Matos, está precintada por orden del juzgado. Te pueden quitar la licencia de abogado y Juan se quedaría sin defensa. Oye, escucha, necesito hablar contigo ahora mismo, es muy urgente. ¿Tienes tiempo?

—¿Ahora?

—Sí, ahora mismo.

—Joder... Bueno, vale, está bien... Espero que sea importante. Estoy agotado, yo me levanto temprano. ¿Por qué no me dices lo que tengas que decirme aquí mismo? Mañana tengo que trabajar muy temprano.

—Necesito sentarme. Mé duele mucho la pierna. Hay una cafetería, una especie de pub que se llama Orlando, en la calle de la Bolsa. Suelen cerrar bastante tarde. Vamos para allá y hablamos, ¿de acuerdo?

—Vaya, mira qué bien, siempre he querido alternar con el gran Toni Romano. —Lola sonrió y me tomó del brazo—. ¿Nos vamos?

Cafetería Orlando había sido una taberna de comidas, pero el turismo la había convertido en un local de tapas muy caras, gracias a la proximidad de la Plaza Mayor y a que enfrente había un restaurante de lujo. Era pequeño, con dos ambientes a media luz, y a esas horas estaba casi vacío. Aparte de nosotros, la mesa del fondo estaba ocupada por una pareja que juntaba las cabezas y se tomaba de las manos. En la otra habitación había una partida de cartas. La

música era suave, algo brasileño cantado a media voz, pero de vez en cuando se escuchan las voces broncas de los jugadores desde la otra habitación, por encima de la música. Aparte de eso, las bebidas eran buenas y se trataba de un lugar limpio y cuidado, aunque yo me encontraba dolorido y cansado.

Y no sólo por los golpes que me habían propinado.

—Hola, Toni —nos saludó Matías, el hijo del dueño—. ¿Venís a la partida?

—No, Matías. Vamos a estar un ratito, nada más. ¿Tenemos tiempo?

—Parece que sí, la partida va para rato. ¿Para ti lo de siempre?

—Sí, lo de siempre.

—Yo quiero otro gin-tonic a lo Toni Romano —pidió Lola, y sonrió—. Con su limón y todo.

Matos pidió café con leche.

—Enseguida os lo traigo —respondió Matías.

Matías se marchó. La muchacha de la mesa del fondo había puesto las piernas sobre las del hombre. Estaba bastante oscuro, pero se trataba de una mujer joven, una chica de cabellos negros y abundantes que había apoyado la cabeza sobre el hombro de su acompañante. El hombre era de mayor edad, tenía gafas y la coronilla pelada. La muchacha le estaba diciendo: «Vamos a tu casa, anda, vamos de una vez». Y el hombre le contestaba asintiendo con la cabeza. Saqué uno de mis Ducados y fui a encenderlo, pero Lola se adelantó y me dio fuego con el Zippo. Había colocado sobre la mesa otro paquete de Ducados, casi lleno.

—¿Fumas ahora, Lola?

—¿Qué? No..., no, bueno, sí..., dos o tres al día. —Hizo un gesto con las manos y prendió uno. Lo comenzó a fumar chupándolo como si fuera un cigarrillo de chocolate.

Matos observaba a la pareja sin disimulo. Se volvió a nosotros y dijo en voz baja:

—Un adulterio típico. ¿Os habéis fijado? El tipo le dobla en edad.

Lola se colocó la mano en el rostro y dirigió la mirada a la mesa del fondo. Fue mucho más discreta. Adelantó la cabeza y nos dijo, también en voz baja:

—Pues no sé por qué, Matos. El hombre le dobla en edad, ¿y qué? Juan también es mayor que yo, ¿qué pasa con eso? —Movié la cabeza.

Yo aparté la mirada. La pareja parecía ajena, aislada, sin conciencia de que había despertado nuestra atención y, quizá, nuestra soledad.

Empecé a jugar con el Zippo de Lola.

—¿Has traído a Juan a este bar, Toni? —me preguntó Lola.

—Sí, creo que un par de veces. Pero Juan ya es mayorcito y va a sus propios bares, Lola. ¿Crees que todo lo que ha hecho Juan se lo he dictado yo?

—¿Por qué dices eso? Vaya tontería —respondió Lola.

Levanté el Zippo y se lo mostré.

—Estaba en el despacho de Juan, ¿verdad? Parece el mismo.

—Sí, es de Juan. ¿Te gusta? Si quieres te lo regalo, en serio. Yo lo uso poco.

—No, gracias. Yo tengo otro, fue de mi padre.

—Oye, que si quieres te lo regalo, de verdad —insistió.

Negué con la cabeza. Matías trajo las bebidas y las dejó sobre la mesa.

—Si queréis algo más, pedidlo ahora. Me voy a la partida.

—Gracias, Matías, con esto está bien.

—¿Has venido a jugar aquí, Toni? —me preguntó Lola.

Matos añadió:

—Su especialidad es perder a las cartas.

Pero dijo Matías:

—No, a Toni le va el póquer. Nosotros estamos con el mus.

Matías se marchó. Lola levantó su vaso y lo chocó con el mío.

—Por nosotros, Toni... Y por la liberación de Juan.

Yo lo levanté también y bebí un trago. Matos nos observaba con atención. Decidí que tenía que hablar con tranquilidad y no sacar fuera la rabia y la frustración que me embargaban.

Empecé:

—Acabo de estar con el ladrón que entró en vuestra casa, Lola; lo han pillado y ha confesado. —Miré a Matos, que me miraba con los ojos muy abiertos—. Se llama Gomis, Lorenzo Gomis. Forma parte de una banda de rumanos que asaltan casas de ricos. Lo ha contado todo. ¿Me has oído, Matos? Todo.

Cuando terminé de contar lo que había presenciado con Gades, Matos se fue quedando de piedra, evitando mirarme a los ojos. Noté cómo se le endurecían las facciones y parpadeaba como si una repentina luz le hubiese cegado.

—Joder, joder, joder —exclamó y se tapó la boca con la mano.

Lola, en cambio, me había agarrado el brazo y me lo apretaba, sin dejar de mirarme. Se había hecho el silencio, aturdidos de la misma manera que cuando ocurre un accidente.

Matos continuó restregándose la boca durante un buen rato y me pidió que se lo repitiera otra vez. Se lo conté de nuevo. Y yo añadí las circunstancias de la detención, el interrogatorio de Gades.

Y Lola dijo:

—Yo..., yo he visto esa pistola, la Makarov o como se llame; la compró Juan en Moscú durante un viaje que hizo para presentar una de sus novelas traducidas. Creo que fue..., que fue hará unos cinco años o así... Es una pistola grande... —Señaló el tamaño abriendo las manos—. No sé, muy pesada. A Juan le encantaba, la compró en un anticuario, con todos los papeles, los permisos. La trajo precintada en la cabina de los pilotos y la mandó a un armero, la arregló para que pudiera disparar. No sé... —negó con la cabeza—, yo estaba en Valencia con mi familia cuando robaron en casa la pistola y el Corán. Juan...,

bueno, me parece que Juan se encontraba en Francia, en Burdeos, creo.

Enmudeció. Y de nuevo se hizo el silencio. Yo lo aproveché para beber otro trago de mi gin-tonic. Observé a Lola, qué volvió a tomar otro Ducados, lo prendió con el Zippo y arrojó el humo sin tragárselo.

Matos tomó las riendas de la situación de nuevo.

—Bueno, vamos a ver, vamos a ver... La fiscalía con esto va a tener una baza cojonuda, pero no perdamos la calma. En primer lugar, ese tal Gomis, Lorenzo Gomis, ¿no habrá pactado con la Policía, Toni?

—Estuve durante el interrogatorio, Matos. Te lo acabo de contar. —Miré a Lola—. Nuestro amigo Juan Delforo es un embustero. Miente, nos ha mentado a todos.

Hice una pausa.

—Aunque, al menos, no del todo. A ti sí ha debido de decírtelo, Matos. Y es posible que a ti también, Lola. Aquí el pardillo soy yo.

—Espera... —empezó Matos.

Pero lo interrumpió Lola.

—Toni, Juan no ha matado a Lidia, es así, estoy segura. Hay que preguntarle qué ha pasado, él te lo aclarará, ya verás.

Siguió Matos:

—No perdamos la calma... Un momento, un momento. Mañana..., bueno, hoy, iré a verlo a la cárcel y estoy seguro de que nos dirá algo que... Escucha, Toni. No hay que derrumbarse, la palabra de un ladrón no vale nada en un proceso judicial. Ya verás cuando se siente en el estrado de los testigos y yo le cuente al jurado la vida de ese tío, seguro que es de aúpa. Ya verás... Su palabra no valdrá una mierda...

Le interrumpí.

—Lo que no vale una mierda es la palabra de Juan Delforo, al menos para mí —dije—. Y ese juicio nunca se va a celebrar. No me j odas, Matos.

—Espera, espera, Toni..., espera. Mañana lo aclararemos todo. Iremos a la cárcel y hablaremos con Juan. Le diré a Rogelio que venga a buscarte en el taxi. Te avisaré al móvil. Tenemos que actuar lo antes posible. Yo creo que ahora deberíamos irnos los tres a dormir. —Se giró en la silla para llamar al camarero. Pero yo le dije:

—No cuentes conmigo, Matos. Se acabó para mí, dejo este asunto.

—¿Qué? —exclamó.

Saqué la cartera y extraje el carné de investigador y la tarjeta de crédito que dejé sobre la mesa. Matos continuaba mirándome. Lola dijo:

—Toni, pero..., pero ¿qué ocurre?

—¿Lo digo otra vez? —Me estaba enfadando, aunque me había propuesto ser un hombre tranquilo. Sin embargo, sentía que me subía por el cuerpo la oleada caliente de rabia. Intenté calmarme—. Que lo dejo, abandono. Ya está. —Señalé

la tarjeta de crédito y el carné de investigador—. Guárdate eso, Matos.

—¡Pero, pero...! —empezó Lola, y Matos la interrumpió, apretándole el brazo. Le dijo:

—Espera un momento, Lola. —Me miró—. Toni, ¿estás loco? ¿A qué viene esto? Tenemos que defender a Juan, es tu amigo. ¿Es que se te ha olvidado?

—Matos, cuando acepté el trabajo te dije que lo dejaría cuando yo lo estimase conveniente. Y lo estimo conveniente en este momento. No insistas más.

—Toni, escucha, por favor..., piénsalo, te lo ruego. Juan te lo aclarará todo, y a verás. Estás nervioso y es normal. Han pasado muchas cosas... Acebes..., lo de Saragola..., no sé, seguro que ha sido difícil toda esta investigación, pero dale una oportunidad a Juan.

—¿Una oportunidad? Le he dado muchas... Demasiadas. —Levanté el Zipzo y miré a Lola—. He visto este jodido encendedor tres veces. La última vez estaba en casa de Matos, sobre la mesita de su salón. ¿No, Matos? —Lo solté sobre la mesa y produjo un sonido sordo—. ¿Estabas allí, Lola? ¿Eras tú la mujer que dormía, a la que fue a buscar Rogelio? No me jodáis más, estoy cansado de que me contéis mentiras.

Lola me señaló con el dedo.

—Toni, no tienes derecho a..., a decir eso, tú no sabes cómo Juan y yo..., quiero decir, cómo era nuestra vida. Eso a ti no te importa. No tienes derecho a..., a inmiscuirte en mi vida privada.

—Sí, tienes razón. No tengo ningún derecho, pero ¿lo sabe Juan? Estoy seguro de que le alegraría la vida saberlo. Su mujer y su abogado liados. Parece una comedieta italiana.

Lola se puso en pie bruscamente y tomó su bolso.

—Vamonos de aquí, Matos.

Matos no había dejado de mirarme durante el tiempo en que Lola me había hablado. Se le había formado un rictus de desprecio en la boca. También se puso en pie. Y añadió:

—Coge la tarjeta y el carné, Matos. Que no se te vaya a olvidar.

Lola agarró y se los guardó en el bolsillo de la chaqueta.

—Y no tienes que pagarme nada. Me doy por cobrado con las dietas que he ido sacando del banco. Y otra cosa, irá a verte un chico, Julito Bengochea, te llevará lo que ha conseguido de Lidia: los informes psiquiátricos y la prueba de que tuvo un aborto a los quince años, se lo provocó su psiquiatra, ese Sánchez Ross hijo. Le debes cinco mil pesetas.

Los dos me estaban mirando ahora, Lola con el bolso apretado al pecho.

—Toni, espera, ¿en serio? —Lola se adelantó un paso y miró a Matos—. Eso es fantástico, ¿no? Podrás demostrar que Lidia no estaba bien de la cabeza. ¡Oh! Tenemos que decírselo a Juan, se va a alegrar.

—Mañana pensaba ir a hablar con ese psiquiatra, para que me explicara por qué le hizo el aborto a una niña de quince años. Un poco raro, ¿no os parece? Y de paso, para que me contara quién le ordenó que hiciera desaparecer los archivos de Lidia. Lo que contó sobre la pérdida de los archivos es un cuento chino. Es una lástima que no vaya yo personalmente a averiguarlo, porque creo que eso daría la clave de este asunto. ¿No lo crees, Matos?

—¿No lo destruyó un loco? —preguntó Lola.

—No, no lo destruyó un loco. —Observé a Matos—. Ese chico, Julito Bengochea, te entregará los auténticos informes psiquiátricos de Lidia. Caso cerrado.

Volví a beber un trago. Pero ellos seguían allí, frente a mí, mirándome.

—Toni... —empezó Matos—, te llamaré mañana, ¿vale? Y te explicaré mis relaciones con Richi y con esa empresa, Totalsecurity.

—No hace falta, ya lo sé. Fuiste abogado de Totalsecurity, ¿verdad? ¿Lo sigues siendo ahora? No me extrañaría nada. A lo mejor también sigues trabajando para el obispado como antes. Y se me ha ocurrido otra cosa. A lo mejor fuiste tú el que convenció a Acebes para que retirara su testificación. No creo que te costara mucho trabajo. El jodido turrón de guirlache vuelve, Matos. Es mejor que no me vuelvas a llamar.

Se marcharon y yo encendí otro cigarrillo con el Zippo; Lola se lo había dejado junto a su paquete de tabaco. La pareja del rincón no se había dado cuenta de nada. Ella continuaba con las dos piernas sobre las del hombre y las cabezas juntas, hablando quedo. El hombre se había quitado las gafas, supongo que por comodidad.

Matías se acercó.

—¿Os vais, Toni?

—No, yo me quedaré un rato más. ¿Vendes botellas de ginebra?

—No, Toni, no las vendemos, lo siento. La servimos por copas.

—De todas maneras tráeme una botella, cuatro tónicas y un par de limones.

Así no te andaré molestando.

Matías se marchó y terminé de beberme el gin-tonic. Cuando me domina la rabia siento que el cuerpo se llena de algo caliente, como si me vertieran dentro agua. Ahora, esa agua se había ido por algún desagüe. Me sentía vacío, hueco.

Bueno, ahora me beberé, tranquilamente, la botella que me va a traer Matías. Me la voy a beber vaso a vaso, para que la angustia desaparezca. Otra vez estoy en el pasillo de mi casa y tengo dieciocho años. Se rompió una cañería en el gimnasio, y Tigre Atocha, el entrenador, nos dijo que nos fuéramos a casa. Mi madre no volvía hasta las diez de la noche, iba a limpiar el ático de unos ricos en el Paseo del Prado.

La casa estaba en silencio. Mi padre debía de estar durmiendo la borrachera del día anterior. Era limpiabotas fijo en la Cervecería Alemana de la plaza de Santa Ana. No entraba a trabajar hasta las siete. Y eran las cinco.

Y la niebla en el pasillo. No se me olvida eso. Niebla y los gemidos que venían del dormitorio... Vaya, aquí está Matías con la otra botella... Gracias, Matías. Voy a servirme una copita con su limón exprimido y un poco de tónica... Eso es... Vamos a ver, me siento un poco mejor... Sí, ya estoy mejor. Pero no debí recorrer ese pasillo, ni tampoco debería haber estado abierta la puerta del dormitorio de mis padres.

Yo sabía lo que pasaba. Lo sabía, interiormente lo sabía. Pero tenía que

empujar la jodida puerta. ¿Por qué lo hice? ¿Por qué tengo que abrir todas las puertas que se me presentan? Déjalas como están, da media vuelta, sal de la casa y toca el timbre. Puedes decir que se te ha olvidado la llave. O márchate y no regreses hasta que sea la hora de regresar.

Pero no. Caminé por el pasillo oscuro, con niebla, y empujé la puerta.

Mi padre estaba en la cama con mi novia, Manolita Sacedón. Manolita tenía un año más que yo, diecinueve, y trabajaba en el taller de costura de Remedios Chelín; diez muchachas confeccionando ropa para Galerías Preciados, a sesenta céntimos el pantalón y a dos pesetas la chaqueta de caballero. Manolita Sacedón, que me iba a buscar al gimnasio porque no quería ver cómo nos pegábamos los muchachos. Y me preguntaba: «¿Vas a quererme siempre, Toni?». «Sí, Manolita, siempre te querré», le respondía yo.

Y cuando terminaba el gimnasio, ella me esperaba en la puerta y juntos nos veníamos para el barrio. Ella vivía cerca, en la calle de la Puebla. Y los domingos por la tarde nos íbamos a bailar a Yulia, en la calle Atocha, donde había una orquesta melódica. Todo el barrio sabía que Manolita era mi novia. El señor Marcos, el dueño de El Sol Sale Para Todos, me preguntaba muy a menudo por ella. «¿Qué, Toni, cómo sigue Manolita?». Por aquel entonces ni siquiera soñaba yo con hacerme policía. Trabajaba de dependiente en la tienda y luchaba por conseguir el campeonato de España de los wélter. Ésa era mi vida y mis sueños.

Manolita me vio antes que mi padre. Saltó de la cama, gritando, llevándose las manos a la boca, los ojos abiertos como platos, intentando taparse con la colcha, chocando contra la pared, como si tratara de escaparse filtrándose por el muro.

Mi padre empezó a reírse a carcajadas. No me acuerdo bien si yo dije algo. Es un sueño, es el sueño, que se repite cuando la angustia y la rabia me colman el cuerpo. Sólo me acuerdo de los puñetazos. Uno, dos, tres..., hasta ver la boca, el rostro de mi padre machacado, porque no se movió, no intentó cubrirse, ni repelerme. Dejé que yo le pegara.

Luego, sólo me acuerdo de ir a la tienda del señor Marcos, donde busqué refugio. Un día después vino mi madre a verme y me trajo mis papeles, la poca ropa que tenía y la autorización de mi padre para engancharme voluntario en los paracaidistas. Mi madre no me dijo nada. Ni un comentario, ni una pregunta, nada.

No volví a ver a mi padre, ni a Manolita. Mi madre viajó dos veces al cuartel a verme. No podía dejar la casa, ni el trabajo. Ocho años después murió mi padre. Pero yo ya me había hecho policía y era mi propio padre, se me había acabado el odio, la rabia y la frustración, o eso creía yo. Y había dejado de boxear. Ya no podía pegarle a nadie sin ningún motivo.

¿Qué hace esta chica frente a mí?

Me está diciendo algo con un cigarrillo en los labios. Tiene ojos verdosos soñolientos, un poco tristes. Pero bulle de alegría en su interior. Es pequeña y bonita.

—¿Me puede dar fuego, por favor?

Desperté del letargo.

—Sí, claro, cómo no. —Le tendí el Zippo y la observé prender el cigarrillo.

Me lo devolvió con una sonrisa.

—Muchas gracias, muy amable.

—Quédeselo —le dije—. Es para usted.

—¿Para mí?

—Sí, voy a dejar de fumar. Acéptelo, por favor.

El hombre se acercó y la tomó del hombro. Llevaba también un cigarrillo sin encender en los labios. Ambos me sonrieron. Ella le dio fuego con el Zippo y le dijo:

—Oye, nos lo regala.

—¿Sí? —contestó el hombre.

—Tengo otro en casa —le respondí—. Lléveselo.

—Bueno, muchas gracias.

Se despidieron dándome las buenas noches y se marcharon cogidos del hombro. Los estuve observando hasta que desaparecieron.

Todavía no había amanecido, pero el sol estaba a punto de salir. Era ese momento de bruma que precede al amanecer. Yo no podía, literalmente, mantenerme en pie. El dolor en el muslo izquierdo era insoportable y el pecho me laceraba al respirar. La Cafetería Orlando se encontraba a tres minutos de mi casa. Pero era consciente de que llevaba más de quince minutos intentando cubrir los veinte metros de la calle Esparteros que me separaban de mi cama.

Me apoyé en el muro de la tienda de enfrente, la de baratijas. Pasaban algunos coches tempraneros por la calle.

Tuve miedo de no poder cruzarla. Pero tenía que llegar a mi casa.

Esperé y crucé la calle a trompicones, cojeando. Tropecé con el bordillo, caí en la acera y estuve a punto de romperme la cara. Me laceré las manos intentando parar el golpe y me golpeé las rodillas. Lancé un grito. Me puse en pie con dificultad, avancé hasta la puerta a toda velocidad y me apoyé en ella. Ahora tenía que introducir la llave en la cerradura.

Lo conseguí a la tercera.

Ahí estaba la portería, con la cinta amarilla. Me acordé de Acebes muerto, blanco e hinchado por los gases de la descomposición. Me tambaleé en dirección al patinillo y empujé la puerta. Al fondo estaba el viejo fregadero, vomité y dejé correr el agua, luego me mojé el rostro. Me encontraba un poco mejor y me apoyé en la pared.

Consulté mi reloj, las 6.45. Pronto amanecería y hacía fresco, el otoño ya

estaba encima. Recuperaría fuerzas para subir los cuatro pisos hasta mi casa. Recordé al tipo moreno y fuerte con el uniforme de Limpiezas Ochoa, probablemente el asesino de Acebes. Lo había visto después, pero ¿dónde?

Vamos a ver, Toni, ponte a pensar: ¿Dónde lo viste? ¿Lo viste o son figuraciones tuyas? El tipo moreno..., bajo..., fornido... ¡Sí! Pero no podía ser, no, imposible.

Ahora lo veía con toda nitidez. Uno de los presos en el patio del módulo de Delforo. ¡Dios, sí! El que me rehuyó la mirada y se dio la vuelta cuando atravesó el patio. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Ese hombre estaba junto a los demás presos.

Ese hombre iba a matar a Juan Delforo.

Saqué el móvil, pero mis dedos no podían distinguir las teclas del aparato. Tenía que llamar a..., ¿a quién? ¿A Matos? ¿A la dirección de la prisión? ¿Y qué les diría?

Volví a guardarme el móvil. Tenía que despejarme e intentar pensar con claridad. Sobre todo, lo que tenía que hacer era subir a mi casa y hacerme café. Si yo estaba en lo cierto, Juan Delforo tenía razón cuando me decía que lo iban a matar.

Tardé, al menos, veinticinco minutos en alcanzar la puerta de mi casa. Tuve que descansar dos veces y sentarme en los escalones. Saqué la llave e intenté meterla en la cerradura. Es algo fácil, estoy acostumbrado, pero no podía, simplemente rio encontraba el orificio. Me coloqué de rodillas frente a la puerta y acerqué la llave a la cerradura.

Escuché una voz que me llamaba. Me di la vuelta.

Angus, en bata, se había asomado a la puerta y me hacía señas. No entendí lo que me estaba diciendo.

—Toni, ven, haz el favor.

Me puse en pie con dificultad.

—Angus, no es..., no es el momento.

—Está aquí la señora ésa, se ha dormido en el sofá.

—¿Qué sofá?

—En mi sofá, quiere verte. —Me hizo señas con la mano—. Ven, hombre, ven. Es la mujer de tu amigo, de Juan. Está aquí. —Señaló el interior de su casa—. Se ha dormido, pero te espera. Anda, ven.

Lola dormía tumbada en el sofá del saloncito con las piernas encogidas.

—¿Qué quiere esta mujer? —le pregunté a Angus.

—No hables tan alto, Toni, que vas a despertar a mis hermanas. Vino a verme y me dijo que tenía que hablar contigo. Estuvimos hablando casi toda la noche, pero se ha dormido hace un rato. Toni, ¿me perdonas?

—¿Perdonarte el qué? Pero espera un momento, Angus. Estoy un poco espeso hoy, tengo que tomar café. No me entero de nada.

—¿Espeso? Tú lo que estás es borracho, Toni. Llevas una curda encima que para qué, vaya con el hombre este. Toni, es que..., bueno, yo. Verás...

Fue a la mesa camilla, cogió un paquetito cuadrado del tamaño de dos cajetillas de tabaco y me lo entregó. Estaba dirigido a mí, el remitente era Dolores Blumber.

—Lo trajo el cartero cuando tú estabas fuera. Te lo quería dar, claro, pero tú... —Bajó un poco más la voz—. Tú no querías hacerme el favor que te pedí y...

—Un momento, Angus, un momento. No tan deprisa que no me entero.

—Si es que estás para el arrastre, hijo. ¿No quieres sentarte? Te vas a caer al suelo.

—No, no me voy a caer, estoy bien, Angus. Empieza otra vez, anda.

—Pues eso, Toni. Que yo te hago muchos favores, recogí el paquete que me dio tu amigo, nuestro vecino Delforo, y luego esto, lo del Correo. —Señaló el paquete que yo sostenía en las manos—. Y tú, nada..., tú pasando de mí. Y me dio rabia, oye..., pero aquí, esta chica —señaló a Lola, que continuaba durmiendo— me lo ha contado todo y parece que eso de ahí son unas cintas y que son muy importantes. Ya ves..., y yo sin entregártelas. ¿Me perdonas, Toni?

¿Había oído bien? ¿Un paquete de Delforo? Dios mío, seguía sin enterarme de nada.

—Angus, no tengo que perdonarte nada. Soy yo el que..., bueno, dejemos eso. ¿Qué ha venido a hacer Lola aquí?

Me estaba haciendo un lío.

—¿Que qué ha venido a hacer? Pero qué tontos sois los hombres, madre mía. Me ha contado lo que le has dicho, que estaba liada con ese Matas...

—Matos.

—Eso, Matos o Matas, o lo que sea, el abogado de su marido. Mira que pensar eso, Toni. ¿Tú es que te crees que todas las mujeres somos unas tiradas? No tienes conciencia, Toni. La pobre chica ha sufrido mucho, te traía un recado de su marido, un recado urgente. —Se acercó y bajó aún más la voz—: Ese Matas o Matos, o lo que sea, trabajaba para Totalsecurity, era uno de ellos. Y buscaba los guantes y la pistola para destruirlos y joder a su marido.

—Sí, eso es. —Era la voz soñolienta de Lola, que se restregaba los ojos.

—Vaya por dios, hija, te hemos despertado —manifestó Angus.

—No, Angus, no importa. —Se dirigió a mí—. Llamé a Juan a la cárcel y me dijo que lo había descubierto gracias a un compañero de patios, un preso que tenía orden de matarlo..., pero que se está muriendo, el pobre, de tuberculosis, ya ves, y se lo contó todo.

La interrumpí.

—¿Tienes una silla, Angus?

Angus me la trajo y me senté.

—Perdona, Lola, sigue.

—No, nada, ya está. Juan me contó todo eso y lo de la pistola y los guantes. Teníamos que hacer una conferencia de prensa, para denunciar a Matos y a Saragola. Ya está convocada para hoy a las doce. ¿Quieres venir conmigo?

—¿Quién mató a Acebes? —le pregunté.

Lola se encogió de hombros.

—Josif Moreno, alias Víctor Clemente, un pistolero ruso, lo declaró todo antes de morir. Trabajaba para una empresa filial de Totalsecurity. Buscaban las cintas, sobre todo la que Juan le grabó a Saragola. Oye, ¿cómo se te pasó por la cabeza que yo podía estar liada con Matos?, ¿es que no sabes que Matos es homosexual? Está liado con Rogelio, qué tonto eres. Me quedé a dormir en su casa para ver si averiguaba algo. ¿Vas a venir a la conferencia de prensa o no?

—Angus, ¿dónde se puede vomitar aquí?

—En mi casa no se vomita, te aguantas.

Me puse en pie con los carrillos hinchados. Escuché la cadena de un retrete y se abrió la puerta del cuarto de baño. Apareció el portero de la casa de Delforo.

—Buenos días —dijo, y se dirigió a Lola—: ¿La espero abajo, señora?

—Como quieras. Enseguida voy.

—¿Quiere usted café? —le preguntó Angus.

Avancé hacia el retrete.

—No hace falta —contestó el portero.

—Muchísimas gracias por el favor que me ha hecho —añadió Angus—. Ya me puedo casar tranquila.

—De nada, señora. A mandar.

Entré al cuarto de baño y vomité otra vez. Cuando terminé, escuché a Angus, que le decía al portero:

—Me han dicho mis hermanas que si les puede hacer el favor también a ellas. Le advierto que son muy limpias.

A lo que contestó el portero:

—*Lo que ustedes digan. ¿Vengo mañana?*

Toni, grabo esto por la mañana. Hoy es 12 de septiembre y son..., espera, las nueve y media. Estoy casi seguro de que van a detenerme, acusado de haber matado a Lidia. Yo no sabía de la existencia de su diario; si lo llego a saber hubiera actuado de otra manera, pero no se puede corregir el pasado, sólo aprovecharse de sus enseñanzas. Es posible^, Toni, que si te hubiera encontrado antes, no estaría ahora en esta situación. En estos momentos debes de estar en cualquier pueblo de Extremadura buscando a ese tipo, el estafador, cuyo nombre no recuerdo.

Me lo contaste aquel jueves, 28 de agosto, cuando nos encontramos por casualidad en La Manuela. Debían de ser las cinco y pico de la tarde y estuvimos juntos como una hora o así. ¡Cómo me arrepiento de no haberte contado nada! Pero dejemos esto, quiero ir a lo principal. Es muy probable que hoy mismo vengan a mi casa a detenerme. Hay un policía de Homicidios, un tal Román Gades, que es el que lleva el caso. Es bastante joven, casi un muchacho, y ya está en la Brigada Central de Homicidios. Es listo y honrado, cualidades que convierten a un policía en algo temible. Fue el segundo en su promoción y pudo elegir destino. ¿Adivinas quién fue el primero? Nada menos que Manuel Sanchidrian, el sobrino del actual secretario general técnico del Ministerio del Interior. Huelgan las palabras.

Me ha interrogado tres veces y tengo que confesarte que es bueno. Saben que estuvimos juntos aquel jueves de la muerte de Lidia. Y no me preguntes cómo lo saben, porque no sabría decírtelo. La única explicación es que me andaban siguiendo ya desde antes de que me acusaran de la muerte de Lidia.

Es posible que creas que soy un paranoico, y quizá lo sea, pero no tanto. De todas maneras no hay otra explicación plausible. Y sabiendo lo que yo sé de Saragola y Totalsecurity, no hay más remedio que creermelo. Saragola, a través de su empresa de seguridad, que la dirige un policía, un tal Sanjusto, Luis Sanjusto, está detrás de una operación de desestabilización de gran envergadura. Es muy posible que se hayan creído ese cuento de que Lidia era la futura novia del Príncipe y han tratado de impedir que ese matrimonio se realice. Yo nunca me he creído ese noviazgo. Conocía bastante bien a Lidia y sabía que era una fantásica neurótica, capaz de creerse cualquier cosa que imaginara. Yo no me lo he creído, pero es evidente que otras gentes sí. Te cuento esto para que sepas por dónde van

los tiros, y cuando te interrogue ese tal Gades, no intentes mentirle diciendo que no nos vimos la tarde de la muerte de Lidia. Sí, nos vimos ese día a las cinco y pico en La Manuela. Yo ya lo he declarado.

Lo que he negado, Toni, es que tú y yo nos viéramos después en mi casa, a las cuatro y media de la madrugada. Lo he negado porque es mentira. ¿Quién pudo declarar eso? Es posible que fuera Acebes, nuestro portero. Siempre sospechaste de él. Es posible que tengas razón. No me extrañaría que hubiera sido un confite de la antigua Brigada de Información Social, la siniestra Policía política franquista. Muchos porteros lo eran. A cambio de que mantuviera su actividad de pederasta, daría confitas a la Brigada. Es posible que hoy día se hubiera reciclado en confidente de la Brigada de Información. Cuidado con él.

Te lo repito, cuando te interroguen, porque te van a interrogar, niega que estuviéramos juntos ese día a las cuatro y media de la madrugada. No eras tú, era el novio de Angus, una buena persona, oficial de los municipales en Torrelodones; se llama Baldomero Humanes. No sabes cómo me arrepiento de lo que hice. Pero ese día estaba bebido. Bebí demasiado. Cuando nos despedimos en La Manuela, me bebí casi una botella de ginebra, gin-tonic a gin-tonic. Estaba nervioso. Iba a declararme a Lidia, siempre la quise, Toni, desde que era mi alumna en la facultad de periodismo. Se lo dije a Lola y ella lo comprendió enseguida. Ni siquiera se enfadó o se mostró celosa. Ella tiene sus propios amantes, es una mujer libre.

Yo lo tenía dispuesto todo. Abandonaría Alfonso XII enseguida. Ya tenía dispuesta y apalabrada la agenda de mudanzas. Empezaría una nueva vida en mi apartamento de la calle Esparteros.

Yo creí que Lidia estaba enamorada de mí, al menos lo estaba antes, cuando fue mi alumna. Ahora ya no estoy tan seguro. Ella me decía que estaba enamorada de alguien imposible, que era un amor inútil. Yo creía que era de mí. Nos separaba mi matrimonio y la diferencia de edad. La doblo, literalmente, en años. Sinceramente, ahora lo dudo, sobre todo después de que me rechazara.

Quiero seguir contándotelo, Toni. Aquel día, armado de valor, gracias a la bebida, compré una botella de champán de los caros y fui a ver a Lidia para confesarle mi amor. ¡Qué ridículos somos los viejos enamorados, Toni! Si te pasa alguna vez, mantén la dignidad. Yo la perdí con Lidia.

Últimamente la veía bastante a menudo, me pedía consejo. Afirmaba que la seguían y tenía miedo, yo quise ser su protector y le dejé mi pistola, la Makarov que compré en Moscú, se la dejé a primeros de mayo, antes de que entraran ladrones en mi casa. Reconozco que fue una estupidez, una locura, que la incluyera entre los objetos robados. Estaba —¿estoy aún?— enamorado de ella, capaz de cualquier locura.

Aquella tarde, por cierto, muy calurosa, fui a su casa y nos bebimos la botella. Ella, como buena neurótica bipolar, estaba ese día radiante de felicidad. Le dije que la amaba y que quería casarme con ella en cuanto me divorciara de Lola. Se

mostró asombrada y me dijo que no me quería en absoluto, que el amor que me tenía duró el tiempo en que ella era mi estudiante. Ahora estaba enamorada, verdaderamente enamorada, de un hombre joven y muy atractivo, pero un amor imposible. No quiso decirme quién era y la traté, muy duramente, de loca y neurótica. Me enfadé y ella lloró y entró en una fase depresiva que me asustó. Llegó a decirme que la única solución a su desgraciada vida era el suicidio.

Quiero resumirte las cosas, Toni, sobre todo porque tengo prisa. Sin embargo te diré que casi la obligué a salir de su casa, para que nos diera el aire. Seguía pensando que me mentía, que era una ensoñación neurótica eso de que estaba enamorada de otro. Ahora, después de darle vueltas al asunto en la cabeza he llegado a la conclusión de que ese otro, yo sabía su vida, era un muchacho que conoció de adolescente, con el que hizo el amor por primera vez y la embarazó. Ese chico se llama Arturo, al parecer bello como un dios griego, casado y con dos hijos, con el que se escribía de vez en cuando. Lidia abortó y siempre me hablaba de ese gran amor. Ahora creo que se trataba de él. Mejor dicho, estoy convencido. Pero ¿y si me equivoco? A veces creo que, a lo mejor, Lidia fue la novia del Príncipe. Siempre me quedará la duda.

Pues bien, Toni, continuó, conduje su coche sin tino y sin rumbo, mientras trataba, en vano, de convencerla de que olvidara ese sueño y se casara conmigo, un ser real de carne y hueso. Ella no paraba de llorar y de lamentarse de su mala suerte en la vida, hasta que cayó en un silencio terrible. Tengo que decirte que yo estaba furioso, detuve el coche en una calle cualquiera y le di un ultimátum, o se casaba conmigo o me olvidaba. No me contestó y salí del coche con malos modos, dando un portazo.

Pero ella me llamó cuando yo me había alejado unos cuantos pasos del coche. Aún resuenan en mis oídos sus palabras, me dijo: «¿Tú también me abandonas, Juan? Creía que eras mi amigo. Todos os vais de mi lado..., todos...».

Toni, han pasado dos semanas desde esa infausta noche, pero no he podido olvidarla. En mis insomnios, he dividido esos momentos en segundos, una película que pasa una vez y otra ante mis ojos. Escucha, después de decirme eso, vi cómo abría la guantera y sacaba la Makarov y la blandía. Y juro que sonreía, Toni, que me sonreía. Y fue como en cámara lenta, la vi levantarse el pecho izquierdo, colocar allí la pistola, mirarme por última vez, y luego el sonido del disparo, que retumbó en la noche.

Yo me quedé paralizado, incapaz de reaccionar.

La vi agitarse con una pequeña convulsión, inclinarse sobre la ventanilla, girar el rostro hacia mí, sacar el brazo por la ventanilla y soltar la pistola, que rebotó en el suelo. Todo eso con una lentitud estupefacta y lenta. Y después fue el silencio.

Y luego, de lo que ocurrió a continuación tengo una idea vaga y confusa. Creo que me acerqué y le hablé, le dije algo así como: «Pero ¿qué has hecho, qué has hecho?». Y ella mirándome, pálida, con los ojos muy abiertos y una especie de

extraña sonrisa en los labios, como si quisiera hablarme.

Y la besé, sí, la besé en los labios calientes y ella me miraba y sonreía...

Pero basta, Toni, no quiero seguir. Me asusté, de pronto sentí pánico. Se había matado por mi culpa, con la pistola que yo le había dejado, delante de mí. Era como si yo hubiese apretado el gatillo. Me acusarían de ese crimen. De pronto sentí un miedo terrible. Le quité los guantes y los envolví en mi pañuelo. Luego le robé la cartera y la pobre cadenita de oro que siempre llevaba al cuello, regalo de Arturo, aquel primer amor. Todo eso lo guardé en los bolsillos y me puse a registrar el coche buscando el casquillo. No lo encontré y me marché, caminando a ninguna parte, sin parar.'

Cuando entré en razón y me calmé, me encontraba frente al portal de nuestra casa. No estaba en condiciones, siquiera, de abrir la puerta. Tan borracho y con tanta adrenalina en la sangre, que apenas si podía empuñar la llave. Casualmente, salía del edificio el novio de Angus, nuestra vecina, ese tal Balamero Humanes. Él, con gran amabilidad, me ayudó a subir a mi casa. Es posible que Acebes nos viera, no lo sé, y se confundiera contigo, o que alguien le ordenara que dijera que eras tú. Tienes que averiguar eso, Toni. Acebes te tiene bastante miedo y respeto.

Si hubieras estado en Madrid, te habría llamado, Toni. Pero no tenía a nadie y tuve miedo de conservar en mi casa la pistola y los guantes de Lidia, envueltos en mi pañuelo. Lo guardé todo en una bolsa de basura y se lo entregué a Angus. Ella me ha hecho el favor de guardarlo.

Matos no lo sabe, tampoco Lola. A Matos le conté que la noche del crimen no había salido de mi casa, la versión oficial. Pero no contaba con el diario de Lidia, ni con el complot. Tampoco con la sagacidad de Gades. Ahora temo por mi vida. Supe que si me detenían, sería mi final. Es posible que sepan que yo había grabado la cínica petición de Saragola. Soy un testigo molesto.

Toni, llevo soñando con Babel desde el suicidio de Lidia. Doce noches pensando en Babel, su destino se aproxima al mío. Las oscuras fuerzas que mandan en las cloacas de los Gobiernos decretarán mi muerte.

Lola, mi querida amiga Lola, me ha perdonado. Ella te llevará estas antas a tu casa o te las enviará por correo. Le he dicho que no quiero que se mezcle en este asunto. Si estás escuchando estas cintas, querrá decir que me han detenido. En caso contrario, es que no lo han hecho, lo que no creo probable. Te ruego que vengas a verme a la cárcel. Sólo tú puedes ayudarme, Toni. De momento no hagas nada hasta que yo no te lo diga. Si noto que mi vida corre peligro, haré público el suicidio de Lidia. En caso contrario, me mantendré en silencio. No quiero exponer a las insidias de la prensa la vida de Lidia. Al menos, le debo eso. Y nada más. Un fuerte abrazo, tu amigo Juan Delforo.

En el último momento Matos y Luis Sanjusto pactaron. A cambio de entregarles la grabación de Saragola, Matos presentaría la conferencia de prensa, demostrando el suicidio de la pobre Lidia, gracias al guante. Ambos nos garantizaron que sacarían a Delforo de la cárcel en menos de veinticuatro horas y que Saragola daría por zanjado lo sucedido. Lola y yo aceptamos. Esa cinta nunca existió. Los periodistas no la escucharon.

La conferencia de prensa fue un éxito. Delforo se convirtió en un personaje célebre. Las editoriales se lo disputaron. Y contó que tenía ya el bosquejo de una novela en la que contaría el calvario que había pasado. Después, Lola y Juan se fueron de viaje a un lugar desconocido.

Días más tarde fui a ver al teniente coronel Estrachan y le entregué una copia de la cinta. El jefe adjunto de Seguridad me lo agradeció bastante. Era una carta bajo la manga. Según me dijo, serviría de prueba para cerrar Totalsecurity.

Poco después de estos sucesos, acudí a una gran partida de póquer. Se iba a realizar en Villa Clarita, el típico chalé de Puerta de Hierro.

Me encaminé por el patio hasta la entrada principal. Carlitos Rapaport, alias el Argentino, y su mujer Griselda Levi eran los mejores organizadores de timbas clandestinas en Madrid. Solían organizarias una vez al año, sobre el otoño o los comienzos del invierno. Este año se habían adelantado.

Alquilaban el chalé durante tres días y fingían que todo eso era una fiesta que daban a sus amigos españoles, por si la Brigada del Juego realizaba una redada. Pero la Brigada del Juego, que yo supiera, nunca había irrumpido en una de aquellas famosas partidas. Y todos los años, desde cinco años atrás, se venían celebrando sin ninguna traba.

Había ya, al menos, diez jugadores en uno de los salones de la casa, todos con sus vasos en la mano, charlando entre ellos como si realmente eso fuera una fiesta de amigos. Vi a Carlitos y a Griselda junto a una anciana vestida de negro, sentada en una silla de ruedas, que comía bombones que cogía de una bandeja. La empujaba un criado sudamericano.

La mayor parte de los jugadores me eran conocidos de otras partidas y de

otros años. Pero como es corriente entre nosotros, fingíamos que no nos conocíamos. Me dirigí a una de las habitaciones, donde había una pequeña fila ante la mesa de cambios y aguardé a que me tocara.

Cambié cincuenta mil pesetas en fichas de veinticinco y me asomé al salón principal. Las dos mesas ya estaban preparadas, cada una con su correspondiente crupier, que solían ser chicos y chicas alumnos de la escuela del Casino de Madrid. Sólo faltaba que Carlitos diera la orden y se cerraran las puertas de acceso al chalé y comenzara el juego. Podías quedarte allí tres días seguidos, si ésa era tu voluntad.

Deambulé otra vez por el comedor e intercambié leves saludos con la cabeza con algunos otros jugadores. Allí estaban los mejores. Luisito Rubio, Paco *el Duque*, Sánchez, Quesada, María Asunción...

Entonces los vi. El Cuquita llevando de la mano a Luz María y..., no pude creerlo, a Helena Ortuño, que vestía pantalones vaqueros, una sencilla chaqueta y se había recogido el cabello. Ambas mujeres se colocaron en la cola de los cambios y el Cuquita se acercó.

—¡Toni, qué alegría verte, hombre! —Nos abrazamos—. Te he llamado, pero no coges nunca el móvil, ¿qué coño te pasa?

—Ya no tengo móvil, Cuquita. De ahora en adelante llámame al fijo, como siempre. ¿Te va bien con Luz María?

—¿Que si me va bien? Es una joyita, Toni —bajó la voz—, creo que me voy a casar con ella, te lo juro. Y juega al póquer de maravilla... Vamos de pareja de juego, ¿sabes?

—Pues enhorabuena, Cuquita.

—Oye, Toni, te he estado llamando porque te quiero devolver la pasta que me prestaste. He tenido una buena racha. —Metió la mano en el bolsillo y me mostró un fajo de billetes.

—Yo no te presté eso, Cuquita. Era un adelanto para que investigaras. ¿Es que ya no te acuerdas?

Bajó la cabeza.

—Toni, es que..., bueno, no te quiero mentir... Es que no investigué, ni hice nada, me gasté el dinero en partidas, ¿sabes? He ido con ella, con Luz María, y me ha traído suerte. Coge la pasta, es tuya.

—¿Vas a decirme que no investigaste nada?

—Eso es, Toni.

Agarré el dinero y lo guardé en el bolsillo de la chaqueta. El Cuquita me palmeó el brazo y añadió, bajando la voz:

—Oye, Helena fue dos veces a la Asociación de Cazadores preguntando por ti. Le di tu móvil y te estuvimos llamando, pero tú..., claro, no sabíamos que ya no tenías móvil.

Me parece que Helena quiere hablar contigo, ya no bebe, ¿sabes?

—Me alegro mucho, Cuquita.

Cuquita y Luz María se marcharon agarrados de las manos. Helena se acercó.

—Hola, Toni.

—Hola.

—Quería..., bueno, quería hablar contigo. ¿Te ha dicho algo el Cuquita?

—Sí, algo me ha dicho.

—He ido a verte un par de veces a la Asociación, pero no estabas. Parece que ya no vas mucho por allí, ¿verdad? Oye, ¿quieres que vayamos de pareja de juego? Estoy sola, ¿sabes? Vamos, si no te importa.

—Me dijiste que tenías pareja.

—¿Eso te dije? —Hizo un gesto con una mano, como si apartara aire, y añadió—: Sí, tengo pareja o..., bueno, medio pareja. En realidad no sé bien lo que tengo. —Sonrió—. Sabes..., hace unos días recibí una carta de Juan, desde la cárcel. Una carta muy bonita, me dijo que te la dejara leer. Pero me la he dejado en casa, no estaba muy segura de que fueras a estar aquí. Nos pide perdón a ti y a mí... Tú sabes que..., bueno, que Juan y yo estuvimos saliendo juntos un par de veces cuando tú y yo nos dejamos... —Bajó la mirada, pero volvió a alzarla, mirándome fijamente, sus hermosos ojos verdes fijos en mí—. Él fue quien toqueteó a mi niña, Toni, estaba borracho y desesperado..., loco por ella, parece que siempre estuvo enamorado de Lidia... Bueno, al menos eso es lo que dice en la carta, y añade que creyó que cuando la acarició ella se daba cuenta, de que era algo..., algo compartido... Bueno, Toni, yo me lo creo y quiero cerrar esta historia. Te quiero pedir perdón, Toni. ¿Me perdonas?

—No hablemos más de esto, ¿quieres? —le respondí.

Carlitos Rapaport apareció en el comedor y dijo:

—Buenas noches, queridos amigos... La partida va a comenzar. Les ruego que vayan pasando... Gracias.

Helena me agarró de la mano y me la apretó. Supe que esa noche iba a tener suerte.

Se celebró la boda de Angus. Acudió casi todo el barrio y lo celebramos en La Riviera, la vieja y bonita sala de fiestas del Manzanares. Angus estaba radiante con su traje blanco y sus hermanas parecían pinceles. Me presentó a su marido, Baldomero Humanes, un hombre serio y fornido, con el uniforme de gala de los oficiales de la Policía municipal, que enseguida quiso ser mi amigo. Llevé a Helena a La Riviera y los dos nos hartamos de bailar a los sonos de una orquesta que tocaba melodías de hoy y de siempre.

Mientras bailábamos, le pregunté, como el que no quiere la cosa, sobre el aborto de su niña a los quince años. Seguía sin entender por qué lo había realizado un psiquiatra como Sánchez Ross hijo. Me contestó que la razón era muy sencilla, el padre de la criatura era el hijo de Sánchez Ross hijo, en este caso, nieto.

Pasaban los veranos en la casa de al lado en San Rafael, ambas familias eran amigas y los chicos se conocían desde que eran niños.

Y añadió que siempre había creído que ese suceso traumatizó a su hija, a Lidia, para el resto de su vida. Siempre estuvo enamorada de ese chico de ojos azules, Arturo; al menos, eso era lo que ella creía.

Por otra parte, Julito fue contratado por Matos como técnico en ordenadores. En realidad, posiblemente, para que siguiera introduciéndose en las vidas ajenas, principal actividad de Matos. Julito me dijo que le pagaba cincuenta mil al mes.

Tardé bastantes años en volver a hablar con Juanita San Juan, pero ésta es otra historia que no quiero que se cuente aquí.

En cuanto a Silverio, supe mucho tiempo después, por un viejo cliente del Burbujas, que se había enrolado en los paracaidistas. La historia volvía a repetirse.

Otoño e invierno, 2007 - Verano 2008



JUAN MADRID. (Málaga, 12 de junio de 1947) es un escritor, periodista y guionista de cine y televisión, popular, ante todo, por sus novelas policíacas protagonizadas por Toni Romano.

Licenciado en Historia Contemporánea por la Universidad de Salamanca, trabajó en varios oficios hasta desembocar en el periodismo en 1973. Ha sido redactor en revistas como *Cambio 16*, además de escribir numerosos reportajes en revistas nacionales e internacionales.

Publicó su primera novela —*Un beso de amigo*—, en 1980, después de quedar finalista del premio convocado por la colección Círculo del Crimen de la editorial Sedmay. Ha publicado cuarenta libros entre novelas, recopilaciones de cuentos y novelas juveniles y es considerado uno de los máximos exponentes de la nueva novela negra o urbana europea. Su obra ha sido traducida a dieciséis lenguas.

Ejerce regularmente la docencia en instituciones de España, Francia, Italia, Argentina y Cuba, destacando entre otras la Escuela Internacional de Cine y TV de San Antonio de los Baños en Cuba y Hotel Kafka de Madrid. Asimismo ha sido jurado en numerosos premios relacionados con la literatura y el cine.

Algunos de sus títulos se han llevado al cine como *Días contados* (dirigida por Imanol Uribe) o *Tánger* (realizada por él mismo). Ha escrito guiones para la televisión como *Brigada Central* (publicados posteriormente como una serie de novelas).

Es uno de los escritores de novela negra más considerado por la crítica: « En cualquier quijada ensangrentada hay matices, y con ellos trabaja Juan Madrid, que reúne una gavilla de crímenes de la España profunda» . (J. Goñi, *El País*).